



Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena



Jorge Isaacs



Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena

Jorge Isaacs

Colección Santa Marta 500 años



Isaacs, Jorge.

Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena / Jorge Isaacs ; edición literaria de Jorge Enrique Elías Caro. -- Primera edición. -- Santa Marta : Editorial Unimagdalena, 2024.

1. recurso en línea: archivo de texto: PDF. (Santa Marta 500 años)

ISBN 978-958-746-741-3 (impreso) -- 978-958-746-740-6 (pdf) -- 978-958-746-742-0 (epub)

1. Pueblos indígenas — Magdalena (Colombia) — Historia. 2. Historia local — Magdalena (Colombia) 3. Relaciones interculturales — Colombia — Siglo XIX. I. Elías Caro, Jorge Enrique, editor literario. II. Universidad del Magdalena, entidad editora. III. Título.

CDD: 986.1

Primera edición, septiembre de 2024

2024 © Universidad del Magdalena. Derechos Reservados.

Editorial Unimagdalena

Calle 29H3 n.º 22-01

Edificio de Innovación y Emprendimiento

(57 - 605) 4381000 Ext. 1888

Santa Marta D.T.C.H. - Colombia

editorial@unimagdalena.edu.co

<https://editorial.unimagdalena.edu.co>

Colección Santa Marta 500 años

Rector: Pablo Vera Salazar

Vicerrector de Investigación: Jorge Enrique Elías-Caro

Diseño editorial: Luis Felipe Márquez Lora

Diagramación: Jeynner Kevin Páez Vélez

Diseño de portada: Andrés Felipe Moreno Toro

Editores literarios: Jorge Enrique Elías-Caro y Angélica María Cortés Martínez

Corrección de estilo y anotaciones idiomáticas: Ricardo Adrián Tete Miele

Santa Marta, Colombia, 2024

ISBN: 978-958-746-741-3 (impreso)

ISBN: 978-958-746-740-6 (pdf)

ISBN: 978-958-746-742-0 (epub)

DOI: <https://doi.org/10.21676/9789587467413.9789587467406>

Hecho en Colombia - Made in Colombia

La UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA, en su calidad de editora y titular de derechos patrimoniales de autor, y en su propósito de contribuir con la difusión y divulgación del conocimiento, la producción intelectual y la educación, dispone autorizar la reproducción impresa así como su distribución, reproducción digital y puesta a disposición de la totalidad o parte del presente libro de manera libre y gratuita, en tanto se mantenga la integridad del texto y se dé la correspondiente cita a sus autores y mención institucional. No se autoriza la realización de versiones derivadas ni traducciones o adaptaciones. Queda prohibida la comercialización o venta a cualquier título de este material.



Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad de los autores y no comprometen al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni generan responsabilidad frente a terceros.



Colección Santa Marta 500 años

Así como no se conoce el valor y belleza de la perla hasta que, abierta la concha que la ocultaba, se deja ver ella a todas luces hermosa; así la provincia de Santa Marta, por más rica, fecunda y preciosa que sea, permanece en nuestros días oculta, y quedará para siempre poco estimada por no conocida si no se rasgara el velo de la ignorancia que la encubre [...].

Antonio Julián: *La Perla de la América,
provincia de Santa Marta.*

A través de esta colección, la Editorial Unimagdalena conmemora el quinto centenario de la fundación de Santa Marta dando testimonio de su exuberante naturaleza, rica historia y prolíficas manifestaciones culturales, para que las presentes y futuras generaciones conozcan, admiren y preserven la perla más hermosa del Caribe colombiano.

Querido(a) lector(a):

Como presidente ejecutivo del Banco de Desarrollo de América Latina y el Caribe (CAF), pero especialmente como samario, es un gusto presentar junto a la Universidad del Magdalena la primera reedición de una serie de libros esenciales e icónicos sobre la historia de la ciudad de Santa Marta, su tradición cultural y sus extraordinarios espacios.

Con ocasión de los primeros 500 años de fundación de la ciudad, se nos abre una oportunidad inigualable para conectar con una maravillosa identidad histórica que se nutre de diversas vertientes.

Este hito presenta una oportunidad propicia para hacer de la literatura una hoja de ruta que nos reencuentre con nuestras raíces.

El reencuentro con la historia y la esencia supone un impulso valioso y necesario para proyectarnos hacia el futuro. Es esta la oportunidad para enviar un mensaje de optimismo a un mundo cruzado por crisis simultáneas, promoviendo visiones complementarias entre espacios geográficos, procesos históricos y visiones del mundo.

La promoción del desarrollo sostenible, la cultura y la generación de bienestar para cada vez más personas son caminos para proyectar hacia adelante todos los valores que nos unen.

Reparar los procesos históricos y las construcciones culturales que han dado forma a nuestra identidad contemporánea como ciudad, implica también reparar la forma en que hemos construido nuestra identidad como nación y región.

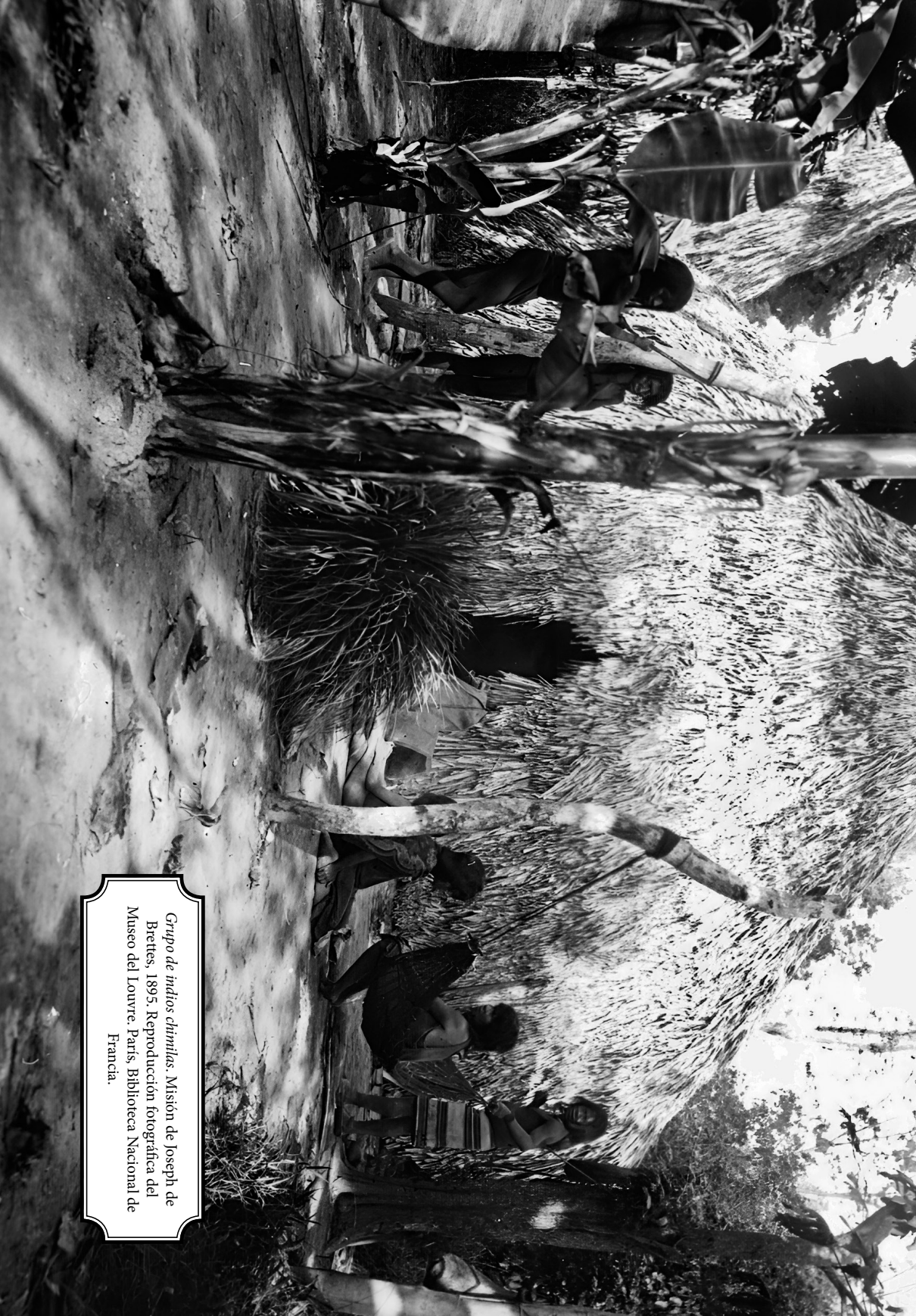
Se trata de un ejercicio valioso, necesario y constructivo en tiempos en los que el encuentro, la construcción colectiva y la promoción de consensos a partir de intereses comunes se plantean como los únicos caminos viables para superar los desafíos que nos plantea la historia.

Esta es una conmemoración de nuestras raíces y de las inmensas posibilidades que la historia abre ante nosotros. En buena hora esta reedición nos permite sumergirnos en la lectura del pasado para navegar con decisión hacia un futuro lleno de posibilidades.

Sergio Díaz-Granados
Presidente ejecutivo de CAF



Chimilas en descanso. Misión de Joseph de Brettes, 1895. Reproducción fotográfica del Museo del Louvre. París, Biblioteca Nacional de Francia.



Grupo de indios chimilas. Misión de Joseph de Brettes, 1895. Reproducción fotográfica del Museo del Louvre. París, Biblioteca Nacional de Francia.

Contenido

Presentación	10
Prólogo	12
Anotaciones idiomáticas de esta edición.....	24
Lista de abreviaturas y siglas.....	28
Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena	29
Preliminar.....	31
Lo preciso de geografía e historia	41
I	41
II.....	46
III	49
IV.....	55
V	72
VI.....	83
VII	86
VIII.....	101
Lo de historia.....	109
I	109
II.....	134
III	160
IV.....	171
V	204
VI.....	217

Poemas.....	223
Río Moro	223
Las hadas.....	227
¡Ten piedad de mí!	227
En los desiertos del Ariguaní.....	228
La tierra de Córdoba.....	229
I.....	229
II	230
III.....	231
IV	231
V	232
VI.....	233
VII	234
VIII.....	237
Bibliografía.....	238

Presentación

«No he visto nada tan bello como esas selvas y esos pueblos. Si la nación conociera el valor de lo que posee, no dejaría morir así a sus hijos».

JORGE ISAACS, *Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena*

En el marco de la conmemoración de los 500 años de la fundación de Santa Marta, la ciudad viva más antigua de Sudamérica, la Universidad del Magdalena presenta con profundo orgullo la reedición de *Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena*, una obra esencial y poco difundida del escritor y científico colombiano Jorge Isaacs. Esta publicación forma parte de la Colección Santa Marta 500 años, una iniciativa editorial que busca rescatar, preservar y divulgar el patrimonio cultural, histórico y científico del Caribe colombiano, con el decidido respaldo del Banco de Desarrollo de América Latina (CAF) y el compromiso generoso de su presidente, el doctor Sergio Díaz-Granados, samario ejemplar y promotor de las causas culturales de nuestra región.

Aunque Isaacs es ampliamente reconocido por su obra *María*, que lo consagró como figura clave del romanticismo latinoamericano, en *Tribus* nos revela su dimensión más comprometida: la del pensador humanista, el viajero incansable, el defensor de las culturas originarias de Colombia. En esta obra, escrita en 1884, fruto de una expedición científica por el antiguo estado del Magdalena, Isaacs se sumerge con rigor y empatía en la realidad de los pueblos indígenas del Caribe, denunciando su abandono, la explotación a la que han sido sometidos y la indiferencia del Estado y la sociedad frente a su inmenso valor cultural y humano. Por ello, con dolor y lucidez,

Isaacs escribe: «¿Cómo podrá prosperar una nación que desconoce a sus hijos originarios, que les niega sus derechos y que calla frente al saqueo de sus territorios?».

Este texto es, sin duda, un llamado de atención que aún resuena. Isaacs denuncia el desprecio de las élites por el conocimiento ancestral, la falta de estudios serios sobre los pueblos indígenas y la necesidad urgente de integrar ciencia, educación y respeto en el trato con estas comunidades. Su lenguaje, si bien condicionado por los prejuicios de su época, evidencia una profunda sensibilidad ética que lo ubica como uno de los primeros intelectuales colombianos en defender con vehemencia el derecho de los pueblos indígenas a ser escuchados, estudiados y protegidos.

La reedición de esta obra tiene hoy un valor especial. Desde la Universidad del Magdalena reafirmamos nuestro compromiso institucional con la preservación del patrimonio vivo de los pueblos indígenas, de las comunidades afrodescendientes y del mestizaje que nos constituye como región. Nuestra apuesta es por una universidad intercultural, que se nutra de los saberes ancestrales y aproveche lo mejor del legado académico europeo para construir un modelo de educación superior verdaderamente latinoamericano: inclusivo, pertinente, crítico y con raíces profundas en su territorio.

Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena no es solo un estudio antropológico; es una pieza clave de nuestra memoria histórica, que nos obliga a ver de frente las deudas pendientes con los pueblos originarios. En el marco de los 500 años de Santa Marta, esta publicación honra esa deuda y nos invita a caminar hacia una historia compartida, donde el conocimiento no excluya, sino que reconozca y abrace la diversidad como una fuente de sabiduría y desarrollo.

Ing. Pablo Vera Salazar, Ph. D.

Rector

Universidad del Magdalena, 2025:
Celebrando 500 años de historia y legado

Prólogo

Jorge Enrique Elías Caro¹
Angélica María Cortés Martínez²

Pese a ser una de las primeras aproximaciones etnológicas de las poblaciones nativas del Magdalena y La Guajira, *Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena*, del escritor Jorge Isaacs, no ha gozado del merecido reconocimiento en los círculos académicos y culturales del país. Lo anterior obedece a factores como las circunstancias en las que la obra fue escrita, su propósito, contenido y la forma como fue recibida por la crítica (López Jiménez, 2008; Morales Benítez, 2007). Para nosotros, esta edición, que es parte de una colección que conmemora la fundación de Santa Marta, es una oportunidad para resaltar el valor de este libro, que fue escrito desde la más profunda honestidad intelectual y compromiso polí-

1. Investigador Sénior del Sistema de Ciencia, Tecnología e Innovación en Colombia. Posee estancias de Postdoctorado en Patrimonio por la Universidad de Huelva (España) y en Historia Económica de América Latina por la Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo (Brasil). Doctor en Ciencias Históricas y Magíster en Historia Contemporánea, mención Estudios Latinoamericanos, Magíster en Administración de Empresas. Profesor Titular de la Universidad del Magdalena (Santa Marta, Colombia). Director del grupo de investigación Historia Empresarial y Desarrollo Regional, categoría A. Actualmente funge como vicerrector de Investigación de la Universidad del Magdalena, presidente de la Asociación de Historia Económica del Caribe (AHEC) y presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y de la Asociación de Estudios del Caribe (ACOLEC).

2. Politóloga de la Universidad del Rosario. Especialista en Docencia Universitaria de la Universidad del Magdalena. Magíster en Docencia e Investigación Universitaria de la Universidad Sergio Arboleda. Docente catedrática de la Universidad del Magdalena. Coordina procesos de edición de la Editorial Unimagdalena.

tico, y supuso una revolución en el conocimiento de nuestros pueblos originarios.

En 1850, el presidente de la República de la Nueva Granada, José Hilario López, autorizó la Comisión Coreográfica, dirigida por el ingeniero, estadista, militar, geógrafo y explorador italiano Agustín Codazzi, y de la que fue secretario, hasta 1852, Manuel Ancizar, escritor, abogado y periodista cundinamarqués. Si bien para este proyecto se tuvo muy en cuenta el precedente establecido por la famosa Expedición Botánica de José Celestino Mutis, que tuvo como propósito inventariar las riquezas naturales del virreinato de Nueva Granada, el alcance de la Comisión fue multidisciplinar, en tanto que tenía encargada una «descripción completa de la Nueva Granada, y a levantar una carta general de dicha República y un mapa corográfico de cada una de sus provincias», así como una descripción pormenorizada de «las costumbres, las razas en que se divide la población, los monumentos antiguos y curiosidades naturales», como se lee en el contrato aprobado por el presidente.

Ancizar publicó esta experiencia en el libro *La peregrinación de Alpha³ por las provincias del Norte de la Nueva Granada en 1850-1851*. El autor no solo habló de los paisajes, sino que contó la vida diaria de los habitantes de la región explorada: ocho provincias del oriente del país, desde Bogotá hasta Cúcuta. La descripción de la cultura y las costumbres de estas gentes la hizo de tal forma que, en palabras de Hoyos (2017), «se adentró en su alma y habló de sus supersticiones y sus fantasmas» (p. 103), como lo haría un etnógrafo. La influencia de esta obra fue determinante para *Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena*, como el mismo Isaacs (1967) reconocería:

Los viajes que hice por las costas e interior del Estado de Magdalena, los apuntamientos que en tales excursiones tomé, tenían por objeto escribir un libro en la forma que nos dejó

3. *Alpha* era uno de los seudónimos de Ancizar.

enseñada el señor doctor Manuel Ancízar en las *Peregrinaciones de Alpha*. Al partir de Bogotá en 1881, el ilustre y bondadoso maestro me estimuló para la ejecución de una obra así, verdaderamente superior a mis fuerzas, y las últimas palabras animadoras, de cariño, casi paternas, que oí de sus labios, diéronme muchas veces persistencia de voluntad, fe en el buen éxito —ilusoria pero necesaria—, y ánimo paciente, probado sin conmiseración en tantas ocasiones (p. 4).

Posteriormente, el primer gobierno del presidente Rafael Núñez (1880-1882) quiso continuar con la tarea de la Comisión Coreográfica, que no exploró la región norte de Colombia debido a la muerte de Codazzi en la aldea Espíritu Santo, que en la actualidad lleva el nombre del militar y geógrafo italiano y es municipio del departamento del Cesar. Por considerar que dio buenos resultados, se buscó repetir la metodología de la misión anterior: «Realizar trabajos de campo bajo la dirección de un excelente científico, el cual se apoyaba en un literato que servía de secretario e investigador social» (Domínguez, 2011, p. XV). Para tal fin, en 1881 el Gobierno decidió crear una Comisión Científica Permanente y contrató como jefe de la expedición al explorador argelino José Carlos Manó y a Jorge Isaacs como secretario, con las mismas responsabilidades de Ancízar: «Hacer una descripción pormenorizada —también llamada corografía— de la región y redactar los informes de la Comisión» (Hoyos, 2017, p. 103), así como estudiar los aspectos geográficos, la fauna y la flora, y la organización social de las poblaciones encontradas, «aunque debía darle prioridad a la búsqueda de minas y recursos vegetales hallados en sus bosques» (p. 103).

La misión de Jorge Isaacs inició con el viaje de Bogotá a Santa Marta en octubre de 1881. Desde ese momento empezaron los problemas entre Manó y los miembros de la expedición, ya que este no pudo ganarse el respeto de sus compañeros como científico (Hoyos, 2017). Y es que, al contrario de lo que pasó en la Comisión Coreográfica, donde «el ingeniero (Codazzi) ofreció su interpretación del

paisaje natural, mientras que el literato (Ancízar) lo relacionó con el paisaje cultural» (Domínguez, 2011, p. XVI), Isaacs juzgó que su jefe no estaba a la altura de la tarea encomendada, así que se separó de él y cada uno hizo su propia expedición e informes. Sobre los apuntes de Manó, Isaacs diría: «Peregrinos informes [...] que podría pulverizar un niño de escuela con solo recorrer el país que en ellos se describe» (Isaacs, 1967, p. 44). Por su parte, Manó, se quejó amargamente del abandono de sus compañeros y en una nota dirigida al redactor del diario *El Conservador*, dijo, a propósito de Isaacs: «No cometa la sinrazón de mezclar mi humilde pero honrado nombre con el del señor Jorge Isaacs a quien gracias a Dios y a su santa madre no me parezco en nada» (como se cita en Domínguez, 2011, p. XVII). Los anteriores comentarios reflejan la intensidad del conflicto entre quienes habían sido contratados para trabajar conjuntamente.

Como habíamos dicho, el recorrido de Isaacs inició en Santa Marta. En la primera parte de su obra, dedicada a la descripción geográfica, se da cuenta de los lugares que recorrió por buena parte del estado del Magdalena (conformado por los actuales departamentos de Magdalena, La Guajira y Cesar)⁴:

Valle Dupar, Ciénaga, Aracataca, Fundación, Chimichagua, El Banco, la laguna de Zapatosa, Riohacha, las estribaciones de la Serranía Motilona y la Sierra Nevada de Santa Marta, San Sebastián de Rábago, las riberas del río Magdalena en su último tramo, antes de desembocar en el mar, y las cuencas de los ríos Cesar, Ariguaní y el río Hacha (Hoyos, 2017, p. 107).

Todo esto transitó Isaacs en solo ocho meses, con un escaso patrocinio que lo obligó a endeudarse (el Gobierno solo le dio 200 pesos de los 3.000 anuales prometidos), «por caminos apenas transitable y entre indígenas que tenían muchos motivos para guardar

4. En esa época, el estado soberano del Magdalena estaba dividido en tres departamentos: Santa Marta, Padilla y El Banco.

profundos rencores hacia la población blanca y mestiza» (Dominguez, 2011, p. XII).

En esta parte, el autor, en diálogo constante con las fuentes bibliográficas a su disposición («la geografía no se inventa», dice), describe las características naturales y la historia de ese vasto e inexplorado territorio del Magdalena: desde la ubicación del ente territorial con coordenadas y los accidentes geográficos más importantes, como la serranía de Perijá, la Sierra Nevada, los ríos y valles, hasta lo que consignaron los cronistas de antaño sobre la vida y población.

La segunda parte es el estudio que hizo Isaacs sobre la historia de los pueblos indígenas, en donde hizo gala de su sensibilidad como novelista y poeta, atención al detalle, formación intelectual y lo aprendido en sus lecturas de Ancizar. Con esos elementos, llevó a cabo una aproximación innovadora en la esfera de las ciencias sociales del país, puesto que aplicó, con sabiduría e intuición, principios de investigación de Bronislaw Malinowski, considerado el padre de la etnografía: presencia en el campo, interacción directa con la población estudiada, observación, y registro de la información y su análisis con base en un marco teórico (Hoyos, 2017).

La tercera parte está dedicada al análisis lingüístico de las lenguas chimila, businka, guamaka, guajira y motilana. Se aborda la pronunciación, signos ortográficos, pronombres, adverbios, adjetivos, sustantivos, verbos, entre otros aspectos (Hoyos, 2017). Para lo anterior, el autor tuvo en cuenta la célebre obra del padre Rafael Celedón *Gramática, catecismo y vocabulario de la lengua goajira* y la constató con sus observaciones. Coincidió en varios registros que hizo el eclesiástico, pero subraya que Celedón cometió un error al consignar *goajira*, en vez de *guajira*, «porque el señor Celedón tiene muy bien sabido que en la lengua guajira no hay una sola palabra que tenga la radical *goa* y si muchísima la otra» (Isaacs, 1967, p. 13), en lo que tuvo razón. Con todo y este acierto, Triana Antoverza (1987) señala que no es razonable calificar a Isaacs como un experto en esta lengua guajira, dado el poco tiempo de estudio y permanencia en la zona.

La última parte de la obra está dedicada al análisis del arte rupestre y la colección de objetos que hizo durante sus viajes y que envió al Museo Nacional para su estudio arqueológico. Quizás esta es la parte más controversial del trabajo desde el punto de vista científico, puesto que el autor:

(...) se adentró por campos que le estaban vedados por falta absoluta de conocimientos para un trabajo comparativo basado en alguna sistemática. Con todo, los materiales que presentó pueden ser utilizados por muchos aspectos, prescindiendo, desde luego, de la serie de interpretaciones que hace el autor y que no tienen mayor validez científica (Duque, 1967, p. 8).

La obra fue publicada en los *Anales de instrucción pública*, tomo VIII, número 45, en septiembre de 1884. Sin embargo, su circulación fue tardía, en 1886, por causa de la guerra civil de 1884-1885, que enfrentó a los liberales radicales con el Gobierno conservador (Domínguez, 2011).

Vale decir que Isaacs consideró que su trabajo pudo ser mejor y que, a pesar de su esfuerzo por consultar bibliografía científica, podría estar equivocado en las afirmaciones que hace: «La que pide este trabajo, que doy a la prensa con justificable timidez, será lectura inútil para los etnógrafos y arqueólogos que le dediquen alguna atención en otros países de América, si él merece tal honra» (Isaacs, 1967, p. 1). Lo anterior confirma que la obra no se propone hacer ciencia, ya que «aun con las extensas reflexiones sobre orografía, cartografía, geología, demografía, geografía e historia, no parece que Isaacs hablara para científicos» (López Jiménez, 2008, p. 82). Son varias las razones que brinda para explicar las limitaciones de sus hallazgos: escasez de recursos, dificultad del encargo, falta de tiempo y el poco interés del Gobierno en las expediciones científicas (Hoyos, 2017).

Los resultados del estudio son muy interesantes. En cuanto a la misión que se le encomendó de encontrar minas y recursos naturales, Isaacs halló minas de hulla en Aracataca. Estos descubrimientos

los publicaría en *Hulleras de la República de Colombia en la Costa Atlántica* (1890). En 1886, celebró un contrato con el ministro de Hacienda, Antonio Roldán, con el objeto de explotar las minas de esa área, incluyendo las que se encontraran en la Sierra Nevada de Santa Marta y sus estribaciones, en el territorio de La Guajira y en el golfo de Urabá. Sin embargo, Isaacs nunca pudo sacar provecho de esa iniciativa (Rueda Enciso, 2010).

Pero lo que realmente es trascendental de esta obra son dos aportes. El primero, que el autor recopiló datos de primera mano, por ejemplo, mitos de la creación del mundo y la humanidad, que no fueron registrados en otras fuentes (Duque Gómez, 1967; López Jiménez, 2008), lo que no solo permite su conservación, sino el análisis de su evolución con el paso del tiempo:

De aquí la importancia de estas historias, que sirven como puntos de referencia para el estudio de la evolución de las formas religiosas a través de los tiempos recientes y para medir e interpretar el proceso de aculturación determinado por el contacto moderno entre las tribus indígenas y otros conjuntos étnicos, tales como los grupos de colonos blancos, mestizos y negros (Duque, 1967, p. 7).

Entonces, el autor, contrario a lo que pretendió el régimen conservador, no quiso interpretar la realidad que observó en su viaje desde la visión eurocéntrica que heredamos de la época colonial: la de tratar a los indígenas como gente bárbara y que solo alcanza dignidad y valía en cuanto abraza los valores occidentales, o sea, de verla únicamente como sujetos de culturización. Lo que hizo fue conocer a los indígenas desde lo que ellos mismos decían acerca de sus creencias y motivaciones, en una clara muestra de que les dio valor (Largo Gavia, 2016), que las considera un componente fundamental de la herencia cultural del país. Así pues, «blancos» e «indios» no están destinados al conflicto, sino que es en el fruto de su unión, del reconocimiento mutuo, donde está el futuro de Colombia (Jago, 2003).

El segundo aporte fue la posición política de Isaacs sobre la situación de las poblaciones indígenas. Y es que él «recoge los resultados de su investigación, no para definir con mayor precisión el mapa, los caminos, la orografía y las riquezas de la zona, sino para señalar el abandono en que se tiene a los indígenas que la habitan» (López Jiménez, 2008, p. 80), motivo por el cual el autor reclama un trato justo para ellos. Citemos algunos extractos:

(Las tribus del Magdalena) son la sangre rica y sana de aquella región de Colombia, son germen valiosísimo y obligado de toda prosperidad allí; y un absurdo y caro sistema de administración, socialías fiscales, torpes abusos, vicios que los mercaderes importan y estimulan, las irritan, las embrutecen y las envenenan (Isaacs, 1967, p. 2).

De suerte que lo que en muchas aulas de geografía del país se estudia y sabe acerca de las montañas dichas (la Sierra Nevada), es muy interesante y bonito (...) y aún más atractivo me parece el estudio de las tribus industriales, fuertes y de mansa índole que habitan aquellos montes, esperando sólo para su redención efectiva y prosperidad el amparo y apoyo que es deber procurarles (p. 20).

Lo que debe admirar y ser causa de extrañeza es que no sea mayor el número de habitantes de la República completamente bárbaros. ¿Qué ha hecho ella positivamente, práctico y visible, por la civilización de las tribus indígenas?, ¿qué? La respuesta, precisa e ineludible, no nos honra. Y de 1767 a época actual, ¿qué labor abnegada y loable, qué obra trascendente han hecho los misioneros cristianos en este país...? Exceptuándose los parciales y aislados esfuerzos del señor presbítero Rafael Celedón, esfuerzos ineficaces por lo mismo, nada, absolutamente nada (p. 40).

Por lo anterior, López Jiménez (2008) dice que la obra de Isaacs, antes que un estudio de estricto carácter científico, «es un reclamo por el trato que desde la Colonia se ha procurado a los indígenas del Magdalena» (p. 80). A través de un viaje que le permitió conocer y reconocer a los habitantes del Magdalena, el autor denunció el modelo de país que se impuso desde la élite política: el centralista que desconoce y desprecia la periferia. Por lo tanto, el viaje de Isaacs manifestó que el país que debía mirarse «desde las regiones y no desde el centro a las regiones, como lo pregonó la Constitución del 86» (Martínez, 2003, p. 192).

Una vez publicada, el recibimiento de la crítica no fue el mejor. Su mayor opositor fue Miguel Antonio Caro, miembro del Partido Nacional (conservadores nacionalistas) y delegatario del Consejo Nacional Constituyente que redactó la Constitución de 1886, de claro carácter conservador. Leyó la obra en 1886, un año después de la citada guerra civil en la que las fuerzas gubernamentales vencieron a los liberales radicales, facción a la que pertenecía Isaacs. Como vemos, el ambiente político no ayudó a que la obra fuera revisada sin apasionamientos.

Caro encontró en la obra una contradictora formidable de su idea de nación, una que se construía desde el centro hacia las regiones, la sumisión del individuo a la autoridad, el respeto a la herencia católica e hispana, y el conflicto entre civilización y barbarie, que era la visión de país de la Constitución del 86. Una estrategia que usó para deslegitimarla consistió en politizarla, es decir, reducirla a lo estrictamente científico, que era lo que precisamente el mismo Isaacs consideraba como lo menos importante de su estudio (López Jiménez, 2008).

Un ejemplo de lo anterior fue cuando Caro atacó la obra porque da validez al darwinismo, que en ese entonces resultaba herético para la casta política, a la que perteneció este crítico, y religiosa, porque negaba el origen divino del ser humano. Simplemente, él «no podía tolerar que en los Anales de la Instrucción Pública de una nación cristiana se le hubiese permitido estampar su adhesión

a la teoría de Darwin» (Arciniegas, 1967, como se cita en Velásquez Vásquez, 2016). Para Caro:

Las tesis de Darwin no son más que una falsa elevación al estatuto de teoría de un conjunto de datos recogidos sin orden, sin ningún criterio moral, sin ninguna tradición legitimadora, sin ningún proyecto milenarista, es decir, sin ninguna guía del entendimiento que garantice tanto la calidad científica del trabajo como su estatuto de teoría (López Jiménez, 2008, p. 92).

Actualmente, la teoría de la evolución por selección natural, que desliga la ciencia de la religión para explicar nuestros orígenes, es aceptada ampliamente, pero en el contexto de publicación de la obra, fue una posición audaz por la que Isaacs tuvo que soportar las burlas de Caro y los círculos conservadores (Largo Gaviria, 2016).

Tanto fue el rechazo de Caro ante la obra que hasta recurrió a acusaciones antisemitas como forma de desprestigiar al autor. El padre del escritor, George Henry Isaacs, era judío, y aunque su hijo nunca lo fue, le endilgaron las típicas descalificaciones asociadas a ese pueblo. En una carta de Caro a su amigo Victoriano Agüeros, leemos:

Isaacs es hijo de judío converso, y él tiene mucho de tornadizo. Ha sido realmente un hombre desgraciado, por su culpa y su mal carácter. En 1868 era conservador; sus partidarios le enviaron al Congreso. Entonces escribió *María* que yo ayudé a corregir en pruebas, y sus primeras poesías. De la noche a la mañana se hizo liberal y masón, y desde entonces se esterilizó por completo su entendimiento. Sin motivo alguno se declaró enemigo de la Iglesia, y hace gala de darwinista (...) Ahora mismo me ocupó de escribir un largo artículo de revista refutando las sandeces que ese hombre, que dio como explorador de La Guajira (...) En Colombia la cosa se reducía a darle palo por masón, por liberal y por darwinista, cosas que habían esterilizado el entendimiento, hasta el hecho de haber descubierto

el petróleo en La Guajira, resultaba una sandez (Morales Benítez, 1989, como se cita en Velásquez Vásquez, 2016).

A pesar de la oposición de Caro, el aporte que hace el libro a los estudios históricos del Magdalena Grande en cuanto a procesos etnológicos de base sociocultural, económica, política-administrativa y ambiental cubrió un vacío notable para ese entonces, así como para la misma historiografía decimonónica del Caribe colombiano. Sin importar si acierta o no en sus interpretaciones antropológicas o jurídicas desde la concepción actual, hay que recordar que el libro procede de una investigación que se hace durante la época del periodo Liberal Radical de los Estados Unidos de Colombia y no es admisible caer en errores argumentativos propios de las dinámicas de las disciplinas de las ciencias sociales o desde las humanidades del nuevo milenio, puesto que se puede incurrir en anacronismos, al no considerar la necesidad de construir y publicar nuevo conocimiento en ese entonces.

El autor dio a conocer diversas fenomenologías que cronistas coloniales, ya fueran militares o clérigos, hacían sobre los pueblos indígenas, pero fue más allá al registrar información que los gobernadores que hacían parte del régimen español no mostraban en sus escritos. Diversificó los puntos de vista, pero también las fuentes utilizadas. Empleó documentación primaria de la época, observación directa y entrevistas, lo que le permitió abrir el abanico de conceptos e ideas al escribir los textos. Su análisis fue pluralista y cambió en parte la visión que se tenía sobre las distintas etnias del Magdalena del siglo XIX, tanto las de la Sierra Nevada de Santa Marta (arhuacos)⁵, como la de los Motilones⁶ (serranía del Perijá), de las sabanas y zonas ribereñas del Magdalena (chimilas) y las del desierto de La Guajira (guajiros), hoy conocidos como wayuu.

5. Para ese entonces, el término *arhuaco* designaba a los actuales arhuacos, wiwas, koguis y kankuamos como si fueran una sola etnia o tribu.

6. Hoy serían los yukpas.

Isaacs escribe sobre la geografía y la demografía de cada etnia, sus costumbres y hábitos, su estructura social o jerárquica, la manera como se relacionan entre ellos mismos y con los demás, su agricultura, sus expresiones artísticas y prácticas culturales como la música o las danzas que llevaban a cabo, la forma como concebían la muerte y sus rituales religiosos o espirituales, entre otros conceptos, y hacía comparaciones entre las «tribus» analizadas.

Gracias a la reedición de este libro, la Editorial Unimagdalena y CAF contribuyen a reforzar el conocimiento histórico con estudios que han sido referencia para la sociología, la antropología, el derecho y, por supuesto, la ciencia del patrimonio. La Colección Santa Marta 500 se engalana con la publicación de este texto, no solo por la reputación del autor, sino por su contribución con esta obra. Esperamos que la divulgación de las costumbres, saberes y concepciones de vida de varios pueblos étnicos del Magdalena Grande fortalezcan las dinámicas de memoria histórica colectiva, para así derribar los arquetipos que discriminan o malinterpretan las tradiciones y conocimientos ancestrales de estos pueblos.

Anotaciones idiomáticas de esta edición

Ricardo Tete Mieles⁷

Para la transcripción de *Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena*, nos basamos en tres ediciones: la que se halla en la plataforma de la Fundación El Libro Total; la que se encuentra disponible en la Biblioteca Virtual del Banco de la República, de Ediciones Sol y Luna (1967), y la edición crítica que publicaron la Universidad Externado de Colombia y la Universidad del Valle (2011).

La revisión de estas tres ediciones nació de nuestro interés de ser fieles al discurso del autor, además de hacer algunas correcciones de erratas, dadas las circunstancias de escritura de la obra (en esos años Isaacs estaba sumido en la pobreza y escribió en poco tiempo el libro). Por ejemplo, corregimos el apellido *Schomburgh*, que en realidad es Schomburgk, referido a Robert Hermann Schomburgk, naturalista y explorador británico. También, en las citas donde se tuvo dudas sobre lo escrito por Isaacs, se consultaron las obras originales, para corroborar la transcripción; podrán encontrar los documentos consultados en la sección de bibliografía. Otro aspecto destacable es que agregamos las notas del autor en pies de página, material tomado de las ediciones de 1967 y 2011. Estas anotaciones no solo ofrecen información sobre las fuentes, sino que realizan apuntes de lingüística (como la reflexión que hace sobre el nombre *Guajira*), geografía, historia y cultura.

7. Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena, magíster en Edición de Textos de la Universidad Diego Portales y máster en Industrias Editoriales de la Universidad Pompeu Fabra. Editor de la Editorial Unimagdalena. Correo electrónico: ricardoadriantetemieles@gmail.com

Esta obra fue escrita en 1884, por lo que el lector podría encontrar diferencias entre el español de entonces y el actual. Sea un caso la utilización del guion en contextos donde nuestra norma hoy ya no lo considera necesario: *pre-históricos*, *anglo-americanos*, *latino-americanos*, *Centro-América*. Estas palabras se construyen con prefijos, que se escriben junto a la palabra que modifican, o sea, *prehistóricos* y *latinoamericanos*. También algunas mayúsculas ya no son normativas, como aquellas que Isaacs utiliza para los cargos: *Secretario*, *Presidente*, *Jefe*. Salvo contextos de extrema formalidad (como actas solemnes y documentos diplomáticos), ahora escribimos esas palabras con inicial minúscula. Y la misma norma aplica en la actualidad para los nombres de los puntos cardinales, que aquí se encontrarán con mayúscula.

Cabe observar otra diferencia con la lengua literaria de entonces: el manejo frecuente de verbos con enclíticos en contextos donde hoy se prefiere escribir el pronombre antes: *necesitábase* por *se necesitaba*, *bañábase* por *se bañaba*, *lanzábase* por *se lanzaba*, entre otros casos.

Otro aspecto diferenciador se observa en los nombres locaciones y accidentes geográficos. En la historiografía es clásico lo sucedido con Valledupar: esta población aparece escrita como *Valle Dupar*, *Valle de Upar*, *Valle D' Upar* o *Valle del Upar*. Santa Marta, la ciudad a la que hacemos homenaje en esta colección aparece como *Santamarta*. Pueblo Viejo aparece con un guion (*Pueblo-Viejo*). Y así ocurre con muchos otros casos. Afortunadamente, estas escrituras alternativas son muy semejantes entre sí, de manera que no impiden comprender la información.

En consideración a las diferencias en las convenciones ortográficas y estilísticas entre el español de antes y el de ahora, hicimos algunos ajustes. El autor cita, como es costumbre en este tipo de informe, varias obras para brindar referencias e información de lo que observó. Nos pareció necesario escribir con cursivas los títulos del material consultado, como se estila hoy, para facilitar la lectura (lo que destaca el autor con ese recurso está inalterado). En los incisos, se cambiaron los guiones por rayas, que es el signo que empleamos

actualmente. Las citas extensas las colocamos con sangría a la izquierda para diferenciarlas del discurso de Isaacs.

Como valor añadido de esta edición, se incluyeron anotaciones idiomáticas a pie de página de palabras que han caído en el desuso o el poco uso, por lo que podrían representar una dificultad interpretativa para el hispanohablante moderno, así como otros términos que tienen un uso muy restringido o especializado. Nuestra intención es que el lector mantenga el interés en la lectura y no tenga que recurrir al diccionario a cada tanto para buscar alguna palabra desconocida. Para estas cuestiones de léxico, se consultaron diferentes diccionarios, especialmente el *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia Española (2014), y el *Diccionario de la lengua española* (1917), de José Alemany Bolufer, así como otras fuentes. Un ejemplo de palabra en desuso es *agreña*, que significa «agreste, silvestre», y para el tema de especialidades, medidas poco habituales en el uso cotidiano, como *miriámetro* y *legua*, por cuanto se han estandarizado las establecidas por el Sistema Internacional de Unidades. Para esta labor, resultó crucial la colaboración del filólogo Mykola Holovanich.

Lo descrito en esta sección es una muestra de que el español, como todas las lenguas, ha sufrido transformaciones. A la manera de los seres vivos, las lenguas «nacen, se reproducen y mueren». Esta es una metáfora imprecisa (como todas), pero que explica esos cambios: incluso lo que fue la lengua culta de una época, el latín, hoy es una lengua muerta, porque no tiene hablantes nativos, no se aprende desde la cuna. El español de los castellanos que llegaron a conquistar estas tierras se enriqueció con los aportes de las lenguas nativas, de manera que la historia de los contactos lingüísticos y culturales entre los pueblos se puede rastrear en el léxico; *atún*, *cacao*, *cacique*, *caucho*, *coca*, *cóndor*, *huracán*, *jaguar*, *maraca*, *puma*, *tabaco* son testimonio de ello.

Estas transformaciones ocurren a veces rápidamente, como en el caso de los préstamos lingüísticos de los que estamos hablando, o bien toman su tiempo hasta fijarse en la conciencia lingüística de los hablantes. Todavía podemos escribir *Méjico* o *México*; la primera forma aparece en la obra de Isaacs, y la segunda, es la que recomienda la Real

Academia Española actualmente. Y quizás lo que más tarda en cambiar se relaciona con los significados, tanto denotativos como connotativos. El autor dice: «Lo que debe admirar y ser causa de extrañeza es que no sea mayor el número de habitantes de la República completamente bárbaros. ¿Qué ha hecho ella positivamente, práctico y visible, por la civilización de las tribus indígenas?». En nuestro contexto, este comentario no sería adecuado para describir la vida y sociedad de los pueblos indígenas: no es que se encuentren en un estado «incivilizado», sino que constituyen una civilización, solo que distinta a la que promulga el Gobierno, en sus propios términos. *Bárbaro* es una palabra que tuvo su origen en la Antigüedad Clásica y que denominaba a los pueblos que estaban excluidos de la «civilización», tal como la entendían griegos y romanos.

Pero no por ello debemos juzgar al autor severamente: quizás Isaacs no encontró un mejor término para describir la situación de los pueblos indígenas. Lo que sí queda claro es su inconformidad por el abandono de estos pueblos por parte del Estado, y a lo largo de su obra se detiene a admirar la complejidad y belleza de su cultura, solo que su lenguaje y conocimiento no están mediados por las décadas de investigaciones sociológicas, históricas, arqueológicas y antropológicas que se llevaron a cabo después. Por lo tanto, el desarrollo de las ciencias humanas y la terminología científica que media sus significados e interpretaciones no debe causarnos un prejuicio a la labor de Issacs, sino brindarle el necesario contexto.

Lista de abreviaturas y siglas

Capítulo: cap.

Desuso: desus.

Libro: lib.

N. S. E. O.: norte, sur, este, oeste.

Página/páginas: p./pp.

DLE: Diccionario de la lengua española.

Estudio sobre las tribus indígenas del estado del Magdalena

Jorge Isaacs



Indios arhuacos, guías de Joseph de Brierles.
(1892). Reproducción fotográfica del Museo del Louvre. París, Biblioteca Nacional de Francia.

Preliminar

La que pide este trabajo⁸, que doy a la prensa con justificable timidez, será lectura inútil para los etnógrafos y arqueólogos que le dediquen alguna atención en otros países de América, si él merece tal honra.

La falta de elementos precisos en mis viajes, la⁹ de unos meses más, necesarios por la índole del estudio y lo penoso de aquella labor, perjudicaron en gran manera el éxito de la obra; con pesar lo reconozco, porque si se hubiese efectuado en circunstancias propicias, habría sido menos imperfecta.

Debe suponerse que no estuvo en mi mano modificarlas, nada omití a fin de conseguirlo, e hice lo que pude, sin colaboración de ninguna especie, y ya sin otro estímulo que el bien de los aborígenes de aquellas regiones y el anhelo de llenar pundonorosamente los deberes contraídos, aunque ello hubiese de costarme la vida en los desiertos insalubres o en el corazón de las tribus bárbaras.

Los hombres de ciencia juzgarán únicamente por la valía o importancia de los resultados; es lo natural y lógico, es su derecho temible; mas los del país si tendrán en cuenta que sólo ahora está él dando los primeros pasos, vacilantes por lo mismo, en este género de estudios, tan ocasionados a dificultades, hostilidad y peligros en las comarcas salvajes, como a menos en las civilizadas y en la blandura y el grato calor del gabinete.

Los montes, las pampas, las selvas y los mares de la América española¹⁰ le esconden todavía tesoros inmensos e innúmeros arcanos

8. Expresión que puede entenderse como «lo que aporta este trabajo» o «lo que ofrece este trabajo».

9. La falta.

10. **América española.** Se refiere a las partes de América que estuvieron bajo dominio español durante la época colonial.

a esta civilización de ayer, de cuatro siglos no completos, que le costó millones y millones de sus hijos y un diluvio de sangre y de lágrimas.

Las ciencias interrogan impacientes; sus obreros meticolosos compilan, comentan y aguardan; los audaces luchan y escudriñan; la esclava rencorosa no responde, y bajo el manto de sus selvas oculta la descendencia que salvó de naciones incontables, como si oyese aún el grito de victoria de los conquistadores, retumbando el galope de sus corceles.

Es allí, en los dominios de las tribus salvajes, en lo ignoto y profundo de los desiertos, en el seno eternamente abundoso de la naturaleza, donde están la obra científica y humanitaria, la prosecución de la que empezaron en regiones de este país algunos misioneros heroicos, y Castellanos, Simón, Piedrahita, Duquesne, Mutis, Caldas, Humboldt, Boussingault, Jorge Tadeo Lozano, Joaquín Acosta, Plaza, Codazzi, Reclús, José Triana, Ancízar y Santiago Pérez (Secretarios de la Comisión Corográfica), Uricoechea, Rafael Celedón, Manuel Uribe Angel, Andrés Posada Arango, Vicente Restrepo, Zerda y pocos más¹¹. A ellos se debe lo que en realidad conoce el país de sus riquezas naturales, y en lo relativo a las naciones indígenas que lo poblaron y aún lo habitan, su historia confusa, creencias religiosas y ritos, caracteres, desarrollo intelectual, industria, costumbres, o sea el grado de selección y cultura en que se las encontró y el triste y criminal abandono en que hoy se hallan.

11. Nota del autor: Merece aquí particular mención el Licenciado Juan Vásquez, primer anticuario de quien hubo memoria en el Nuevo Reino de Granada. El historiador Lucas Fernández de Piedrahita, al hablar de las maderas que se emplearon en la construcción del templo de Itaca o Sugamuxi, transportadas de los Llanos de Oriente dice. «Y como la intención de estas naciones fuese hacer permanentes sus templos, es llano que siendo tántas las que habitaban aquel Reino, las condujesen de términos tan dilatados; y aún se infiere por personas curiosas en descubrir antigüedades de aquella provincia, en que fue singular el licenciado Juan Vásquez, hijo de Pedro Vásquez de Loaysa. que al tiempo de afijar en la tierra aquellos corpulentos maderos, los cimentaban sobre esclavos vivos, persudiéndose a que fundados sobre sangre humana se conservarían ilesos». *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*, lib. V, cap. V.

Dice muy bien el señor Rafael Merchán, refiriéndose a Colombia y a las Antillas, en su docto e interesante escrito sobre *El Dorado y Cuba Primitiva*, obras de los señores Zerda y Bachiller Morales:

Entre nosotros están muy descuidados esos estudios, *por falta de estímulo*, y no deja de humillarnos el que europeos y anglo-americanos investiguen con más interés que nosotros los misterios de nuestra propia arqueología.

De todos los países latino-americanos, quizás es Colombia el que más inexplorado campo presenta para tales labores. En la Academia de Ciencias de París, en el Congreso de Americanistas, en la Sociedad Americana de Francia, en las sociedades de Geografía y en otras Corporaciones sabias, se habla todos los días acerca de Méjico¹², Centro-América, Bolivia, Perú, Brasil y la República Argentina; la civilización azteca, las ruinas de Palenque y las soledades de las Pampas son constante objeto de prolijas exploraciones; el Brasil acaba de celebrar una Exposición antropológica que ocupará más de una página interesante en la historia de la ciencia americana, y leemos en un periódico que la van a repetir y que se invitará de nuevo a todo el Continente Americano.

Algunos patriotas, dominados por una vocación en que la abnegación debe de entrar en mucho, tratan de llenar en Colombia tal vacío.

Y así sucederá si el Gobierno de la Nación y hombres ilustrados, honrándola y sirviéndola positivamente, acogen las indicaciones que al efecto haré en algunas de estas páginas, y adoptan los medios que me he decidido a indicar con el fin de que todo se lleve a la práctica.

12. El cambio de ortografía de *Mejico* (sin tilde) a *México* ocurrió oficialmente en 1892, cuando la RAE publicó la primera edición de su ortografía oficial.

No siempre han de gastarse¹³ y perderse las fuerzas vitales y creadoras del país en luchas atroces, odios, escepticismo y desalientos que lo aniquilan y afrentan; ni siempre la barbarie, alardeando de autoridad y cultura, ha de ser estorbo, saña, celo parroquial en comarcas de la República que importa y urge estudiar, y que exigen protección efectiva y civilizadora.

Aparte de los trabajos de geógrafos y naturalistas competentes —no aventureros y embaucadores, *sino idóneos de veras*— la obra en los territorios ocupados por tribus salvajes, no solo pide administradores cultos y filántropos y labor de etnógrafos y arqueólogos; requiere misioneros de aptitudes probadas, de virtudes eximias, de mansedumbre y de perseverancia admirables. Suponíamelo así antes de estudiar las tribus del Estado del Magdalena, pero aún vacilaba; después no. Ellas son la sangre rica y sana de aquella región de Colombia, son germen valiosísimo y obligado de toda prosperidad allí; y un absurdo y caro sistema de administración, *socaliñas*¹⁴ fiscales, torpes abusos, vicios que los mercaderes importan y estimulan, las irritan, las embrutece y las envenenan. Si no se acude muy pronto a combatir el mal, transcurridos cuarenta o cincuenta años, casi toda la antigua Provincia de Santamarta¹⁵ será desierto temible, dominio de indígenas ya implacables y feroces.

La Cordillera Oriental del Valle de Upar¹⁶, que desde 1846 es refugio del resto de los itotos, tupes y yukures reunidos, y su posición terrible —todo a causa de las crueldades horribles cometidas entonces por los *civilizados* en la llanura de Casacará—, está mostrando

13. Estilísticamente, la locución *haber de* es de uso poco frecuente en el habla cotidiana y está restringida al lenguaje literario, jurídico y formal.

14. **socaliña.** desus. «Ardid o artificio con que se saca a alguien lo que no está obligado a dar» (DLE, 2024).

15. Entiéndase *provincia de Santa Marta*. La escritura de este ente territorial varía según el autor o la época.

16. En un sentido moderno, es *Valledupar*. El territorio fue fundado el 6 de enero de 1550 con el nombre Ciudad de los Reyes del Valle de Upar, en honor a los Reyes Magos y el cacique Upar. El nombre fue cambiando con el tiempo y los autores en la época colonial (Valle Dupar, Valle D'Upar, Valle del Upar...), hasta alcanzar su forma simplificada y oficial actual.

que no exagero en el pronóstico. Y la suerte que hoy se les puede augurar a otras regiones de la Unión habitadas por valerosas tribus de aborígenes, no es mejor.

Desviáronme¹⁷ unos instantes las palabras que cité del señor Merchán. Él ha señalado el vacío, la inmensa página en blanco donde apenas hay escritas... dos líneas. He ahí la múltiple labor que ofrece campo sin límites a muchas inteligencias y energías; y la porción que ha de corresponder a esos hombres abnegados de que habló el señor Merchán, no será lo menos importante y gloriosa; lo será mucho si se trabaja audazmente en el medio favorable, en la forma debida, dejando la tarea de compilaciones y comentarios a los aficionados que no tengan vigor físico ni índole para desafiar los rigores de ciertos climas, ni los riesgos y durezas de la vida al natural entre las tribus bárbaras.

En lo venidero no faltarán los estímulos de que se careció en otros días de rigurosas pruebas; ni habrá sacrificios inútiles, aunque sea escaso el fruto de una difícil labor. Ya estima y agradece el Poder Ejecutivo Nacional el resultado de los estudios que absorbieron mi atención en la costa atlántica durante once meses, hasta septiembre de 1882: lo demuestra así la acuciosidad empleada a efecto de que este periódico¹⁸ publique un extracto de aquellos estudios, y lo confirma la nota que el señor doctor Felipe Angulo, Secretario de Hacienda de la Unión, dirigió al Senado de Plenipotenciarios el 19 de agosto último. Nunca esperé con desconfianza tal recompensa, la más honorífica que pude ambicionar. Oscuro zapador en las regiones donde la muerte detuvo a Codazzi, a ese mártir del deber y de la ciencia, su constancia me sirvió de ejemplo; ahora doy por bien empleadas las penalidades que sufrí, y si gobernantes del Estado del Magdalena —no sus pueblos hospitalarios— desconocieron la sana

17. La forma enclítica es común en algunas regiones de América Latina y en España. En la gramática tradicional, la forma correcta sería *me desviarón*.

18. Nota del autor: *Los Anales de la Instrucción Pública*, 1884.

intención y alteza de mis propósitos en la obra que me fue encomendada, estas páginas les demostrarán su error, y todo lo olvido.

Para concluir este prólogo inevitable, que pretendí hacer muy conciso y se me figura demasiado extenso, permítanseme dos indicaciones: una en cuanto a la colocación que se da a las distintas partes del libro, y la otra sobre el nuevo plan que me ha sido forzoso preferir al retocar el conjunto apresuradamente, y no con el detenimiento y comodidad que la tarea requería.

Los viajes que hice por las costas e interior del Estado del Magdalena, los apuntamientos¹⁹ que en tales excursiones tomé, tenían por objeto escribir un libro en la forma que nos dejó enseñada el señor doctor Manuel Ancízar en las *Peregrinaciones de Alpha*²⁰. Al partir de Bogotá en 1881, el ilustre y bondadoso maestro me estimuló para la ejecución de una obra así, verdaderamente superior a mis fuerzas, y las últimas palabras animadoras, de cariño, casi paternas, que oí de sus labios, diéronme muchas veces persistencia de voluntad, fe en el buen éxito —ilusoria pero necesaria—, y ánimo paciente, probado sin conmiseración en tantas ocasiones.

Según el contrato que para desempeñar el empleo de Secretario de la Comisión Científica²¹, suscribí con el señor Ricardo Becerra, Secretario de Instrucción Pública, el 17 de septiembre de 1881, aquel libro debió escribirse y publicarse de octubre del siguiente año a enero o febrero de 1883. En el contrato hay una cláusula que, al enumerar los compromisos y derechos del Secretario de la Comisión, dice textualmente:

19. La palabra *apuntamiento* indica tanto la acción de tomar apuntes como el «resumen o extracto que de los autos forma el secretario de sala o el relator de un tribunal colegiado» (DLE).

20. Se refiere a la obra *Peregrinación de Alpha: por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850 y 51*, publicada en 1853 por Imprenta de Echeverría Hermanos.

21. Nota del autor: Ley 39 de 11 de Junio de 1881. Decreto Ejecutivo n.º 628, de 18 de Agosto de 1881. Véase *Diario Oficial* n.º 5.156.

2° A desempeñar ese empleo por el término de un año, prorrogable a voluntad de Isaacs, hasta que terminen los trabajos de la Comisión y sean impresos en la forma conveniente.

Por las estipulaciones del contrato, me era permitido un descanso de treinta a cincuenta días en Ibagué o Bogotá, cada seis u ocho meses, todo a costa de la Nación; y renuncié a esa ventaja con tal de no interrumpir los viajes y estudios que me preocupaban en el Estado del Magdalena, aunque el reposo oportuno aseguraba la conservación de mi salud, El 5 de septiembre de 1882 envié un oficio a la Secretaría de Instrucción Pública en el cual manifestaba que, por carencia absoluta de recursos para los gastos de traslación, que el Gobierno de la Unión quedó comprometido a suministrar, me veía precisado a desistir del propósito de recorrer el Estado de Bolívar antes de mi regreso al interior. Expresábale también que daba como prorrogado el contrato, a fin de escribir en tres o cuatro meses — corto tiempo en verdad— el libro a que he hecho referencia. Para viajes costosos de once meses, apenas se me habían suministrado por cuenta del tesoro nacional doscientos pesos, y transcurrido iba casi medio año sin que se me abonara sueldo alguno.

En sus correspondencias privada y oficial, el señor doctor Zaldúa, Presidente de la Nación, y el doctor Benjamín Noguera, encargado de la Secretaría de Gobierno, me excitaban a persistir en la obra, aplaudiendo la ejecutada hasta entonces, y esperé.

Recibió en oportunidad²² el señor Rufo Urueta, Secretario de Instrucción Pública, el oficio citado, y en breve dio por rescindido el contrato suscrito el 17 de septiembre de 1881. Proceder inexplicable. ¿Desconocimientos de las estipulaciones suscritas en aquella oficina y de la manera como yo había cumplido los deberes que contraje? ¿Iguálábame él al Jefe de la Comisión, burlador de la confianza que se le había depositado?

22. **recibió en oportunidad.** También puede entenderse como *recibió oportunamente*.

La injusticia se consumó, y yo no escribí una letra ni dije una palabra; no había previsto ni pude prever que llegase el caso de gestionar con el Poder Ejecutivo el cumplimiento de las obligaciones que él se impuso. Propúseme hacer trabajo honroso y positivamente útil a la Nación, y muy bisoño²³ y torpe abogado era yo para iniciar gestiones que la abochornaran.

Dictada aquella resolución por el señor Urueta, suspendí el arreglo de mis apuntes de viaje. Entonces hallábame de regreso en la población de Ibagué, ya gravemente enfermo desde Honda, y padecía... todo lo que ahora me ha hecho olvidar la nota del Poder Ejecutivo de la República al Senado de Plenipotenciarios.

Los periódicos oficiales publicaron desde principios de 1882 las observaciones que en el curso de los viajes creí oportuno anticipar al Poder Ejecutivo, en correspondencia destinada a las Secretarías de Gobierno, de Hacienda y de Instrucción Pública. Casi en su totalidad, los estudios restantes versan sobre las tribus indígenas del Estado, las cuales demandaban preferente atención, por motivos que antes apunté, investigaciones minuciosas, esfuerzo tenaz: captarse el respeto y cariño de los jefes y sacerdotes, y el de sus allegados, lo primero; recorrer así, ya en compañía de algunos salvajes, las comarcas que habitan y los desiertos donde imperan; en el estudio de los idiomas, no perder instante propicio para la adquisición de un dato valioso, de una palabra nueva, de un giro extraño; obtener de los ancianos, mediante dones, benevolencia y astucia paciente, lo que no ha sido fácil conseguir de los jefes y médicos-sacerdotes, en lo relativo a tradiciones y creencias religiosas; conquistar el afecto de las mujeres, comúnmente agreñas²⁴ y recelosas al principio, con regalos de bujerías y bagatelas, que estiman mucho para adornarse a su modo, y acariciando a los niños, tributando consideración a las ancianas; en fin, días y noches, perdido el recuerdo de número y de fechas, sin

23. **bisoño**. «Nuevo e inexperto en cualquier arte u oficio» (DLE).

24. **agreño, ña**. desus. «Agreste, silvestre» (Alemany y Bolúfer).

otra sociedad que la de gentes²⁵ bárbaras, sin más techo, ni hogar ni cuidados que los suyos; por horizonte, lo no visto, lo grandioso, lo ignorado, y sed insaciable de eso; una impaciencia indócil a las caricias del sueño, y fuerte, sin ligaduras ni zozobras, el alma libre.

Decía por qué hube de contraerme con predilección especial a las tribus del Estado, lo más importante, duro y peligroso si se quiere, de mis trabajos en aquella región, Así, el plan de ellos exigía modificaciones sustanciales; y hasta he tenido que cercenar muchas de las descripciones del país que hay bosquejadas en mis carteras, y casi todos los episodios de viaje desligados del asunto preferente, y que sobran por lo mismo.

El señor doctor Ancízar laboró en campo muy diverso, como se comprende, y hoy reputo favorables las circunstancias que me desviaron de su renta, porque seguirle en ella habría sido loca pretensión, temeridad indisculpable. Ojalá no lo sea también este ensayo en un género de estudios que requiere aptitudes especiales y muchos desvelos; sírvame siquiera de excusa la humanitaria intención de hacer lo posible en beneficio de las tribus salvajes de este país, desamparadas sin piedad o víctimas de inicuos explotadores.

25. El sustantivo *gente* también admite el plural *gentes*, utilizado en contextos literarios.



Itinerario de la misión de Brettes por las partes
civilizadas del Magdalena y los territorios de los
indios motilones, guajiros y arhuacos. (1892).
Reproducción fotográfica del Museo del
Louvre. Paris, Biblioteca Nacional de Francia.

Lo preciso de geografía e historia

I

Desde 1857 el Estado del Magdalena, antes provincia de Santa Marta, es una de las nueve secciones de los Estados Unidos de Colombia. Hubo época en que del territorio indicado se hicieron tres provincias, al crearse las de Riohacha y Valle Dupar, pero los cronistas daban a todo el país la denominación primero indicada. Su territorio, con el actual de Bolívar, formaron un solo departamento mientras subsistió la gran República de Colombia.

Las obras de los señores Felipe Pérez, Sergio Arboleda, José Manuel Royo, Ricardo S. Pereira abundan en los datos que necesito aprovechar, y tomaré de ellas lo indispensable, intercalando a veces algunas observaciones que me sugiere el conocimiento especial del país. El señor Pérez al tratar de aquella sección, en su *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia*, impresa en 1863, advierte en más de un pasaje, que la Comisión Corográfica, cuyos trabajos le sirvieron de base, no recorrió esa región de la República. Los señores Arboleda, Royo y otros que asimismo tuvieron que valerse de estudios incompletos y de informes no siempre ajustados a rigurosa exactitud, acogerán benévolo las rectificaciones que me sea preciso hacer.

El Estado del Magdalena se extiende desde 7° 36' hasta 12° 25' de latitud N., y desde 3° 6' de longitud E. hasta 0° 41' de longitud O. del meridiano de Bogotá. Tiene 698 miriámetros²⁶ cuadrados de extensión. El señor Arboleda²⁷ indica solamente una superficie de

26. **miriámetro.** Medida de longitud, equivalente a 10.000 metros.

27. Nota del autor: *Rudimentos de Geografía, Cronología e Historia*, 1872.

1.034 leguas²⁸ cuadradas. Según este autor, la población alcanzaba a 85.000 habitantes en 1872; y el señor Royo en su *Geografía*, edición de 1881, pone casi la misma cifra, superándola apenas en 255. Por los cálculos del señor Pérez (1863), el número de habitantes llegaba entonces a 100.284; en la nueva edición de su *Geografía* (1883), indica que el Estado, ateniéndose al censo de 1870, tiene los mismos que apunta el señor Royo; pero en el cuadro comparativo de la población de Colombia, de conformidad con los censos de 1843, 1851 y 1870, la sección tenía en este último año 88.928; en 1843, 62.411, y en 1851, 55.542.

En todas las cifras indicadas han quedado comprendidos los habitantes de los territorios de la Guajira²⁹ y de Nevada y Motilones. El último censo que se levantó en el Estado (1874), exagera la población, y cuando recorría el país, personas que intervinieron en el trabajo me hicieron notar el motivo que hubo para tal exageración: necesitábase que la cifra de los habitantes llegara a 125.000 sin contar los Territorios. Prescindiendo de la población de éstos, como debe ser, y hecho estudio de los principales centros en que habita la del Estado, hay que convenir en que ella no pasa de 75.000 habitantes.

28. **legua.** Unidad de longitud, que en el antiguo sistema español equivale a 5.572, 2 metros. Aún se usa en contextos específicos, como en textos literarios, históricos o regionales, así como en algunas expresiones idiomáticas. En el español está estandarizado el uso de unidades de longitud del Sistema Internacional de Unidades como kilómetro o metro.

29. Nota del autor: Los cronistas más connotados escriben *Guajira*, y no *Goajira*, y lo mismo los autores de las antiguas cartas geográficas. Solamente en la de los señores Manuel Ponce de León y Manuel María Fas, impresa en 1864, se nota la alteración inconsulta, y no disculpable, del nombre de aquella península. El señor doctor Rafael Celedón en su *Gramática, Catecismo y Vocabulario de la lengua Goajira* (París, 1878), acepta la modificación extraña: inclinome sin embargo a creer que fue obra del editor porque el señor Celedón tiene muy bien sabido que en la lengua guajira no hay una sola palabra que tenga la radical goa y si muchísima la otra, como en casi todos los idiomas americanos. Los señores Pérez, Arboleda, Royo, y ya muchos más, prohijan el mismo error, y de seguro convendrán en rectificarlo. *Guashlre* en guajiro, vale 'hombre rico'; *guayú*, 'persona, gente', y su plural es *guayiro*, según lo advierte el señor Ezequiel Uricoechea en la introducción que puso a la *Gramática* aludida. Tales palabras explican el origen de los nombres guajiro y Guajira. Con las mismas razones que asisten para alterar la raíz de que se trata, podría decirse: *Goayana*, *Goaira*, *Goatemala*, *Goayaquil*, *Goatapuri*, *Goaduas*, *Goasca*, etc.

Tengo a la vista copia de un documento que lleva este título: *Relación e informe de la Provincia de Santamarta y Riohacha por lo que respecta al estado actual de su comercio, labranzas, haciendas y frutos, que manifiesta los pocos que se cogen ahora y los que pueden cultivarse y conviene fomentar, y medios que se consideran oportunos para adelantar estos importantes objetos con beneficio de la Provincia, de sus vecinos, y de todo el Reino*. Es el informe rendido al Virrey don Manuel Antonio Flórez por el señor Antonio de Narváez y Latorre, Gobernador de la provincia de Santamarta, el 19 de mayo de 1778. El documento original se halla en la Biblioteca Nacional de Bogotá en el legajo que lleva por rótulo: *Nuevo Reino de Granada-Caracas*.

Del documento citado transcribiré algunos pasajes a medida que vaya siendo oportuno, y tomo ahora lo relativo a población:

La de esta Provincia es escasísima, la de sus primeros habitantes, los indios; por lo que mira a los no reducidos *que constituyen el mayor número, es inaveriguable, por no estar sujetos a poblaciones regulares, y muchos, viviendo aún como fieras en los montes*. Los cálculos más verosímiles suponen que los chimilas que ocupan la provincia de Santamarta sólo serán en el día poco más de mil en todos, y a los guajiros, y de más naciones dependientes que ocupan esta del Hacha, las hacen ascender a 30.000, pero ni unos ni otros *consumen de nuestros géneros, ni efectos, sino lo que se les da, ni cultivan, ni cogen frutos que pueden servir para nuestro comercio, a excepción de la pesca de perlas que se ha hecho peculiar a los guajiros (que podríamos hacer con negros esclavos, como se hacía en otros tiempos) y antes el temor de ellos sirve de motivo o pretexto para que muchas gentes no se apliquen con más eficacia a la agricultura, por lo que pueden por ahora contemplarse más bien por nocivos que por población útil*. La demás de blancos, indios reducidos, mulatos, negros libres y esclavos, y demás castas, apenas ascenderá toda de 25 a 30.000 almas en la provincia de Santamarta; y a 3.780 en esta de Riohacha,

de suerte que en cualquiera ciudad de Europa se encuentran muchas más gentes que las que se hallan en esta provincia (tan grande como media España) dispersas en varios lugares, pueblecillos, haciendas y hatos, que se miran como perdidos en su inmensa extensión de más de 100 leguas de largo y otras tantas de ancho: lo que considerada su fertilidad y facilidades que ofrece para la utilidad, debe llenar de asombro y pasmo: pero cesa la admiración cuando con reflexión y conocimiento se examinan las causas de esta despoblación, de que las principales han sido:

Primera, la indefensión de la capital, y de todos los demás pueblos de la costa (en que regularmente por la comodidad de la navegación para recibir y sacar géneros y frutos, se hacen los Establecimientos) que habiendo padecido por esto varias invasiones, saqueos y quemas por los enemigos, y principalmente de los piratas, que además de privarles de sus bienes mataban a los habitantes con extraordinarias crueldades, obligaron a muchos a abandonar esta Provincia, y retirarse a otras más defendidas en que hallasen mayor seguridad.

Segunda, el no haberse perfeccionado tampoco aquí la reducción de los indios, sino en la costa, y quedado el centro de la Provincia, y aún toda ella, ocupada de indios bárbaros chimilas, y otras castas que saliendo a los caminos, haciendas o labranzas, mataban irremisiblemente a cuantos encontraban, lo que ocasionaba que los españoles no pudiesen salir del recinto e sus pueblos, sino en mucho número y siempre armados, pues de otro modo iban expuestos, y aun así han padecido muchas muertes y estragos, lo que les imposibilita el dedicarse al cultivo de las tierras, de tal modo que aun los frutos de primera necesidad para el alimento de la vida les han venido y vienen todavía en gran parte, de la provincia de Cartagena inmediata, lo que movió también a muchos a pasarse a otras.

Tercera, la falta casi total de comunicación que entre si han tenido los pueblos de esta Provincia, y aun de caminos que no se habían abierto por la misma causa de estar ocupada de indios bárbaros, y principalmente de la capital que ha estado aislada y separada de las demás, sin haber otro paso que por la orilla del mar al Río de la Hacha³⁰, o al de la Magdalena, y por uno u otro al Valle y demás lugares dependientes, y aun éstos con grandes rodeos, riesgos y costos: lo que privándole del giro interior, que es el que más vivifica, y de los auxilios recíprocos que unos pueblos deben proporcionarse a otros, hacía también que las gentes la abandonasen.

Cuarta, la total falta de comercio, que por estas razones, y por no poder los indios cultivar frutos algunos, ha experimentado hasta ahora; y como el comercio, atrayendo las gentes, es uno de los principales fomentos de la población, no puede ésta prosperar: pues no habiendo aquí haciendas, comercio exterior, ni giro interior, se iban a otras provincias donde hallaban estas comodidades, y los pocos que quedaron en ésta, careciendo de comercio con nuestros pueblos, lo tenían sólo con los extranjeros, que por mar, les traían las ropas bastas y géneros que necesitaban, a cambio de palo de tinte, ganado y cueros, productos únicos y groseros de ésta, que no hallaban salida para otras partes y a aquellos acomodan mucho.

Alucinándole sus deseos, el señor De Narváez y Latorre agrega: «La mayor parte de estos inconvenientes han cesado ya». Redactaba su informe en Mayo de 1778, y veinte y nueve meses después había de estallar en Simacota la revolución de los Comuneros³¹.

30. Nombre antiguo de Riohacha. Como en el caso de Valledupar, el nombre de este ente territorial tuvo diferentes formas.

31. Nota del autor: «Hasta entonces (1776) el comercio de Indias había estado restringido al puerto de Cádiz, con grave perjuicio para los colonos y menor para el erario, por el poderoso estímulo que tenía el contrabando. En 1765 se ensayó franquear otros puertos para el

II

Son límites generales del Estado del Magdalena:

Al N. y N. E., el Atlántico; al S., el Estado de Santander; al E., Venezuela y Santander; al O., el Estado de Bolívar.

Límites particulares.

Con *Santander*: Caño Chocó hasta su unión con el Lebrija; luego éste aguas arriba hasta la boca de las Montañitas; de allí por las cumbres vertientes a uno y otro lado hasta el cerro de las *Jurisdicciones*; de aquí todas las cumbres vertientes de la cordillera de los Andes hasta el cerro Bobalí, y luego éste hasta las cabeceras del Río de Oro, donde la línea divisoria entra a partir límites con Venezuela.

Con *Venezuela*: Todas las cumbres de la Cordillera de los Andes en dirección al N., desde las cabeceras de Río de Oro hasta las fuentes del Socuy; aquí éste aguas abajo, hasta la laguna de Sinamaica, por cuyas orillas meridionales y orientales va la línea hasta el Grande Eneal, y luego una recta (N. E.) hasta la Boca Paijana.

comercio de las islas de barlovento; y como los resultados excediesen a las esperanzas, Don José de Gálvez extendió, en 1778, las franquicias a los puertos de Buenos Aires, Chile y el Perú, y algún tiempo después al Nuevo Reino.

Anhelando el Virrey la prosperidad en la Colonia, permitió el comercio por los puertos de Santamarta y de Riohacha: al mismo tiempo que, celoso por su seguridad, continuó las fortificaciones de Cartagena, destinando al efecto ocho mil pesos anuales: y envió la escuadra de que podía disponer en aquella ciudad en auxilio del Presidente de Guatemala, que la solicitaba para tener a raya a los ingleses que insistían en ocupar la costa de Mosquitos. Poco tiempo tardaron en realizarse los temores de guerra con la Gran Bretaña, y el Virrey se trasladó a Cartagena para atender oportunamente a la defensa del país. La Corte, urgida por recursos, quiso sacarlos de sus colonias: y descontenta de las medidas tomadas por el Virrey respecto del comercio libre, que así le llamaban, envió un comisionado a deshacer lo que aquel había dispuesto en beneficio de los pueblos. Con este doble objeto vino como regente Visitador don Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, que no sospechaba había de ser quien prendiera la primera chispa revolucionaria en el país, tantos años esquilado pacientemente». Quijano Otero, *Historia Patria*, 1883.

Con el *Atlántico*: Todas las costas de este océano comprendidas desde la Boca Paijana hasta las de Ceniza (del río Magdalena)³², incluyendo íntegra la península de la Guajira.

Con el *Estado de Bolívar*: El río Magdalena, aguas arriba, desde las Bocas de Ceniza hasta el caño Chocó, punto de partida en esta gran línea (Pérez).

En su obra citada, el señor Arboleda indicó así los límites de aquella sección del país:

1. El río Magdalena desde su desembocadura hasta el caño Chocó y la cuchilla de las Jurisdicciones;
2. La divisoria de aguas sobre dicho río y las del lago de Maracaibo;
3. El río Socuy desde sus fuentes hasta la bahía de su nombre; y
4. En fin las costas del golfo de Venezuela y del mar de las Antillas desde las bocas del Socuy hasta las del Magdalena.

De tal modo, la isla de San Carlos (península mejor dicho), y todo el distrito de Sinamaica separado de la provincia de Riohacha y agregado a Venezuela en tiempo del gobierno español³³, formaría parte del territorio de los Estados Unidos de Colombia, derecho que la Nación no gestiona, como puede verse en el erudito y concluyente alegato del señor doctor Aníbal Galindo sobre los límites de esta república con aquella³⁴.

32. Nota del autor: *Kariguañá* es el nombre indígena de este río, y así lo llaman los chimilas, que, como se sabe, habitaron, terribles, gran porción de sus riberas en la antigua provincia de Santamarta. Los indios de las vertientes orientales de la Sierra Nevada, designan al mismo río con el nombre de *Manúkaka*.

33. Nota del autor: Real orden de 13 de Agosto de 1790.

34. Nota del autor: Buscando algo más preciso sobre límites del Estado del Magdalena con Venezuela, en la obra del señor Arboleda únicamente hallo esto, que dice al mencionar los lagos de Colombia: «En el Magdalena (Estado) son notables: hacia las costas de la Goajira la ciénaga llamada Grande Eneal y la laguna de Sinamaica, por las cuales se cree corre la línea divisoria con Venezuela».

El señor Pérez publicó su tratado de geografía en 1863; fue escrito el alegato del señor Galindo veinte años más tarde, y en los límites a que me refiero están de todo en todo acordes.

Trayendo a la vista el mapa de la República de la Nueva Granada por el Coronel de Artillería Joaquín Acosta (1847), carta que arregló el señor José María Samper al sistema federal de 1858, nótase al punto que al delinear nuestros límites con Venezuela en las regiones de que hablo, la línea no baja desde las fuentes del Socuy a la laguna de Sinamaica, como debe ser: sigue al Norte por las cimas de la cordillera, e inclinándose a Levante desde las alturas al frente de Barrancas, más allá del nacimiento de Totolí, describe luego un arco para caer al golfo de Venezuela, muchas leguas al Norte de la Boca Paijana, o del sitio donde la indica al Noreste de la isla de San Carlos.

Aceptándose el error, quedaría perdido para Colombia el muy vasto y fecundo territorio que se extiende al Norte de Socuy hasta la base de la península Guajira.

El señor F.A.A. Simons publicó en 1881 una carta geográfica con este título: South America. Map of Sierra Nevada de Santamarta. State of Magdalena, United States of Colombia. Es bastante exacta respecto de la Sierra Nevada y sus inmediaciones al Sur y Oriente, que el señor Simons recorrió; sólo comprende por el Sur hasta Becerriil, y toda la parte de Occidente fue copiada del mapa de los señores Ponce y Paz: habiéndolo tenido a la vista, incurre sin acusa en el mismo error del coronel Acosta cuando no había sido estudiada a fondo la cuestión de límites entre Nueva Granada y Venezuela.

En el informe rendido por el señor De Narvéez y Latorre en 1778, citado antes, hay unos renglones que importa copiar aquí, escritos por el Gobernador al ocuparse de la «situación, extensión y términos de la Provincia de Santamarta y Río de Hacha»:

La provincia de Santamarta, una de las que comprende el Reino de la Tierra Firme, terminada a la parte del N. por el mar Océano, que baña su dilatada costa de más de cien leguas, se extiende de E. a O. desde el Saco de Maracaibo, que la divide de

la Provincia de este nombre, hasta el río de la Magdalena, que la separa de la de Cartagena, internándose de N. a S. también por más de cien leguas hasta la ciudad o partido de Ocaña que se incluyen en su jurisdicción, y la terminan por el Sur.

III

La Geografía no se inventa. Hojeo en lo referente a montañas del Estado del Magdalena las dos ediciones de la obra del señor Pérez, la más extensa y minuciosa que hasta hoy se ha escrito del país:

En Bobalí o cabeceras del Río de Oro, la Cordillera (Oriental o de Sumapaz) deja de correr paralela al Magdalena y toma rumbo al N. E. por espacio de 13.5 miriámetros, prescindiendo de inflexiones pequeñas, hasta el grupo de cerros que da origen, al E. al río Apón, afluente del lago de Maracaibo, y al O. al Majidiamo, tributario del Cesar³⁵, lanzando hasta una distancia de 3 miriámetros multiplicados contrafuertes, cabeceras de las aguas que vierten al Cesar. De allí vuelve a tomar su dirección general al N. para firmar la serranía del Valle de Upar o de Perijá, hasta el punto que da nacimiento al río Socuy, complementario del límite con Venezuela. De este punto tuerce por casi 2 miriámetros al N. O. volviendo definitivamente por 10 hasta su fin en dirección de la gran península de la Goajira, donde muere reventando en cuatro estribos en forma de estrella.

En este punto no tiene la cordillera hacia la parte de la hoya del Ranchería o Riohacha estribo alguno notable...

35. Nota del autor: *Jikuamake* (j francesa y e muda) es el nombre de ese río entre los indígenas que viven en las montañas donde nace.

En todas las planicies de la antigua provincia del Valle de Upar, *inexploradas por la Comisión Corográfica por muerte de su jefe el señor Codazzi*, sólo se encuentran los cerritos de Chimichagua, cerca del pueblo de este nombre, y el Alto de las Minas al N. del pueblo de El Paso, con uno que otro punto culminante innominado (Edición de 1863).

Cordillera Oriental o de Sumapaz. Llámase a esta cordillera así por estar situada hacia el Oriente de las otras dos. Su eje y ramales atraviesan los Estados del Tolima, de Cundinamarca, de Boyacá, de Santander y del Magdalena, y separan la grande hoya del río Magdalena de las más grandes aún del Orinoco y del Amazonas. Tómanla algunos geógrafos como la continuación del eje principal de los Andes; pero terminando como termina, en la cercana República de Venezuela, lo más lógico es dar este carácter a la Cordillera Occidental, la cual, después de atravesar el Istmo de Panamá, va a formar los montes de la América del Norte, y se mantiene inclinada hacia el Pacífico hasta las bocas del Mac-Kenci en los mares boreales.

Su punto de partida es el páramo de las Papas; hace allí una grande inflexión hacia el Oriente y toma luego hacia el N. E. hasta la ciudad de Pamplona, en Santander, en donde se abre en dos brazos, uno que va rectamente al Norte en busca de la Goajira y otro que penetra en la vecina República de Venezuela.

El brazo que toma hacia el Norte en busca del Estado del Magdalena recibe en su remate el nombre de *Serranía del Valle Dupar o de Perijá*³⁶, y separa allí las aguas que van al río Magdalena de las que fluyen al lago de Maracaibo. Despide luego algunos ramales de poca consideración hacia los dos lados de

36. Hoy es más conocida como serranía de Perijá.

su eje y termina en las cabeceras del río Hacha. Su largo es de 125 miriámetros (edición de 1883).

Un estudio detenido de aquella región permite observar que el brazo de la Cordillera Oriental que separa las aguas que van al río Magdalena de las que descienden al lago de Maracaibo no muere en la base de la península Guajira, como lo indicó el señor Pérez en su edición de 1863, ni termina en las cabeceras del Río Hacha, absurdo que seguramente es obra de un descuido de redacción (edición de 1863).

El mapa de los señores Ponce de León y Paz adolece del mismo error en que había incurrido el señor Pérez en su edición de 1863; pero ellos disculpan ése y otros con la siguiente advertencia, que va en nota al pie de la carta:

No habiendo recorrido la Comisión Corográfica todo el Estado del Magdalena, la presente carta ha sido formada en su mayor parte con datos antiguos o de referencia.

Mejor acierta el señor Arboleda cuando al determinar las siete comarcas principales en que divide el territorio de la Nación, dice:

6°. *La hoya del Río Hacha* comprendida entre la Sierra Nevada y el ramal de los Andes *que corre por la Goajira*³⁷.

Para indicar de seguida ciertos detalles, es oportuno advertir, primero, que la Cordillera Oriental o su brazo de que se trata, no puede terminar en las cabeceras del río Hacha. Las cabeceras de este río están en lo más alto de las vertientes orientales de la Sierra Nevada, en donde los aborígenes le dan el nombre de *Shínkaka*; toma después el de Ranchería; desde Barrancas o Corazonal se le llama río de

37. Nota del autor: Así la dibuja también en su carta geográfica el General Acosta.

Hacha, o el Hacha, algunas leguas al sur de su desembocadura; y allí se le denomina Calancale, alterando el nombre guajiro, *Carancara*³⁸.

Al internarse uno en la región occidental de la Guajira, inclinándose en la ruta hacia el sur, llega al pie de una arista de la cordillera, rama que naciendo en el nudo del *Cerrajón* corre al oriente hasta las inmediaciones de Las Guardias; y el mismo punto de nacimiento tiene el río *Aguarar*, que va por las pampas guajiras orilleando el ramal descrito.

Desde *Kasuto*, diez y ocho o más leguas del *Calancale* al centro de la Península, se divisan en dirección aparente de N. a S. estas alturas: *Epits* (la *Teta guajira*), que es la más inmediata al mar, *Pahurta*, *Juripish*, *Parária*, *Guarreschi* y *Ahiupana*. Remontando la costa en dirección N. E. se ven los montes de Carrizal (Jatets) en el fondo de la ensenada del *Cabo de la Vela* (*Tepira*); desde allí, ya en rumbo E. franco, se nota que van elevándose en montículos, y en altas lomas después, las eminencias que llegan a formar la *cordillera de Parassi*, ramal de la de *Makuira*: ésta se levanta abrupta y rocosa al S. E. de Bahía-Honda, y baja uno de sus pequeños ramales hasta Punta Chimare: se la vuelve a divisar más altiva a inmediaciones de *Puerto-Estrella* o *Cabo Falso* (*Pararierum*). Busqué su base y macizos principales en las cercanías de Magüaipá y desde el valle de Epiesí, muy poco trecho de Punta-Espada, deshice el camino hacia Occidente al pie de las montañas. La altura mayor, al S. E. de Epiesí, es la de Arahur; su cumbre, temida por los salvajes, está siempre cubierta de nieblas, que el impetuoso viento Nordeste no alcanza a disipar: dos o tres leguas adelante, se yergue Hitujoro, pirámide colosal. La *sierra de Makuira*³⁹ avanza casi rectamente en la dirección indicada (Oeste), desnuda y áspera en lo general, imponente y hosca en ciertos puntos, mostrando en sus plintos el estrago de marejadas que la azotaron en remoto tiempo: tal se nota en *Sisur*, *Jurjier*, *Gaguanúa* y *Kenap*.

38. Nota del autor: El señor Royo, en su geografía, edición de 1851, página 122, menciona como ríos distintos el Hacha y el Calancale.

39. Serranía de Macuira.

Adelantando leguas, es muy agrio el aspecto de los montes, cuyas rocas gigantes, y como socavadas y sacudidas, parecen esqueletos de serranía que el oleaje de siglos y siglos carcomió: así en *Houpainse*, *Haras* y *Arirú*. Desde Uchirou se tienden al S. O. las altas *vegas de Paruou*, donde nace el río *Guarkaro*.

Si en el corazón de la península, o mejor expresado, en su garganta, es visible el truncamiento o ruptura de la Cordillera oriental, de que apenas se descubren como vértebras regadas, ello se explica al reconocer que en edad remotísima las olas del mar Caribe y del saco de Maracaibo corrieron y lucharon allí, antes de que surgiera el territorio llano de la Península, formado por aluviones del *Kariguañá*, cuando corría, con diez o veinte veces mayor raudal que hoy, por la hoya del Valle Dupar, desembocando entre la Sierra Nevada y la Cordillera oriental sobre la extensión de costa cuyo centro ocupa hoy Riohacha.

Aquella arista de que se habló al principio, que termina aparentemente en las inmediaciones de Las Guardias, población venezolana, y que bordea el río *Aguarar*, es la más septentrional del nudo de Montes de Oca; y la *cordillera de Makuira* (Macoira, según Juan de Castellanos), debe de ser la designada en los mapas con el nombre de Sierra-Aceite, que es desconocido entre los aborígenes de la Península.

He ahí un mero esbozo del sistema orográfico de la Guajira: volveremos a ella. El lector no ha hecho más que recorrer a vuelo de águila⁴⁰ aquel escenario espléndido que las inmensidades luminosas del Océano circundan.

Tengo a la vista la importante obra del señor Ricardo S. Pereira, editada en París en 1883 —*Les Etats-Unis de Colombie, précis d'histoire et de Géographie physique, politique et commerciale*—, trabajo digno de encomio. El señor Pereira, que tan exacto y minucioso es, como muy competente, al indicar en el contexto y mapas los límites de Colombia con Venezuela, no poseía tampoco los datos indispensables al

40. Hoy se usa con más frecuencia la locución *a vuelo/vista de pájaro*, para referirse a algo que se ha visto o tratado brevemente o en sus aspectos más generales.

describir la manera como termina la rama de la Cordillera Oriental que desde las inmediaciones de Pamplona corre al N., separándose así de la que penetra en territorio de Venezuela. De ahí que, hablando en la página 68 de la Cordillera Oriental del Valle Dupar o de Perijá, o sea de Motilones, diga que «se pierde al Oeste del golfo de Venezuela, en las sabanas de los guajiros», y ya se ha visto que avanza y se extiende hasta Arahur, muy cerca de Punta Espada y Chichibacoa. Y en lo que dice de la fisonomía general del Estado del Magdalena siguiendo el curso o dirección de la cadena mencionada, se lee: «Al partir de este punto (nacimiento del Socuy), la cordillera dobla hacia el N. E. entrando en la gran península de la Goajira, donde forma un nudo con el nombre de *Montes Oca*, el cual presenta cuatro ramas principales que van a morir a orillas del Océano». Ya no terminan, pues, al occidente del golfo de Venezuela, según la indicación hecha en el primer pasaje transcrito; pero tampoco mueren en el Océano las aristas del nudo de Montes de Oca, y así lo demuestra el mapa del Estado del Magdalena en la obra que cito, y de la misma manera está indicado en la carta de los señores Ponce de León y Paz.

Los ramales de Montes de Oca, como dije antes, fueron rotos y derruidos por los oleajes de aguas del mar de las Antillas y del golfo de Venezuela, en la garganta de la Península.

La *Geografía* del señor Royo, edición de 1881, termina así la descripción del ramal de que hablo: «En el Estado de Santander, esta cordillera da una ramificación por la banda del occidente, la cual se extiende en la dirección Sudnorte hasta el Estado del Magdalena, *donde termina* con la famosa Sierra Nevada».

En el *Diccionario Geográfico de los Estados Unidos de Colombia* por el señor Joaquín Esguerra O., Cordillera Oriental, página 72, hállase la siguiente indicación, la misma del señor Pérez en 1883, respecto del punto hasta donde avanza la cordillera: «termina por último en las cabeceras del Río Hacha», lo que equivale a decir, en las más encumbradas vertientes orientales de la Sierra Nevada, nacimiento del río Ranchería, que ya en la llanura toma la denominación de Río Hacha.

Estas y otras rectificaciones, que con temor me atrevo a insinuar, no menoscaban en lo mínimo el mérito de los trabajos citados: no es obra de poco tiempo conseguir su irreprochable perfección, y con mucha oportunidad dice el señor Pérez en el prólogo que lleva la última edición de su *Geografía*:

En el mundo científico todo marcha lentamente, y no hay razón para exigir que nosotros, país de ayer con todos los inconvenientes de la ignorancia, seamos una excepción de la regla común. Las cartas generales y particulares de las naciones europeas, no han sido la obra de seis o diez años, ni tampoco de un hombre solo. Allá han trabajado en ellas diferentes sabios y se han empleado unas veces cincuenta, otras sesenta y otras ochenta años; allá se han tenido a la mano toda clase de recursos y se ha trabajado en regiones conocidas y pobladas desde tiempo de César.

IV

Con motivo de su estructura o formación extraña e imponente aspecto, y porque fue teatro de rabiosas batallas entre los indomables taironas y los conquistadores, la Sierra Nevada de Santa Marta ha sido siempre asunto de leyendas vulgares en las pocas y decadentes poblaciones que la rodean. El viajero lo halla muy explicable y natural; mas no cabe decir otro tanto de las fantasías que sobre el mismo tema escribió el ingeniero John May en un informe enviado al Comité de tenedores de deuda colombiana. El señor Felipe Pérez, tomando a veras las imaginaciones del ingeniero descriptor —lo que le hubiera sucedido a cualquier hombre serio en su lugar— insertó pasajes de aquel informe en su *Geografía de los Estados Unidos de Colombia*, publicada en 1863. Prohijó también en su *Diccionario Geográfico* el señor Joaquín Esguerra todo aquello que quiso idear el señor May describiendo regiones de la Sierra que no había recorrido. De suerte que lo que en muchas aulas de geografía del país



Pico Cristóbal Colón (cumbre de la Sierra Nevada de Santa Martha 5887 [metros]), cuya posición geográfica y altitud fueron determinadas por la Misión Joseph de Brutes en 1891. Reproducción fotográfica del Museo del Louvre. París, Biblioteca Nacional de Francia.

se estudia y sabe acerca de las montañas dichas, es muy interesante y bonito, si se quiere, pero casi todo inexacto. Ellas no pierden ápice de su importancia por las rectificaciones que en el lugar debido haré, ni como punto adecuado para la colonización extranjera, ni respecto a la grandiosa belleza de sus valles y cumbres; lo contrario, porque a cualesquiera esfuerzos de imaginación supera la sencilla verdad, y aun más atractivo me parece el estudio de las tribus industriosas, fuertes y de mansa índole que habitan aquellos montes, esperando sólo para su redención efectiva y prosperidad el amparo y apoyo que es deber procurarles.

Aquí viene a propósito curiosoar de prisa qué puntos calzaban los geógrafos españoles hasta 1788 en lo relativo a orografía de la América. En ese año se imprimió en Madrid el Diccionario *Geográfico-Histórico del Coronel don Antonio de Alcedo, Capitán de Reales Guardias Españolas*, escritor muy bien reputado entre los de su género, en tal época.

Principia así el artículo:

Andes (Cordillera de los): Cadena de montañas y serranías altísimas que atraviesan casi toda la América por espacio de más de mil leguas, corriendo siempre N. S., desde la Provincia de Santa Marta, en que tienen *principio en la Sierra Nevada, del Nuevo Reino de Granada*, siguiendo por las Provincias del Perú y Chile, hasta el Estrecho de Magallanes y Cabo de Hornos, donde terminan (etc.).

Nevada: Sierra muy alta y dilatada de la Provincia y Gobierno de Santa Marta en el nuevo reino de Granada: es uno de los tres ramos o brazos de la Cordillera de altísimas montañas que atraviesa toda la América por más de dos mil leguas; el tercero de estos *empieza en la Provincia de Santa Marta, sigue por el Reino de tierra firme donde se estrecha entre Panamá y Portobelo*, formando el Istmo que divide los dos mares del N. y del S. y sigue luego extendiéndose otra vez por la América

septentrional, y Provincias de Nueva España: abundan estas montañas de la Sierra Nevada en minerales (etc.).

Véanse unos párrafos del señor Pérez sobre la materia, tomados de su edición de 1863, sin que me sea permitido suprimir las imaginaciones del ingeniero May, porque el lector necesitará hacer, a su tiempo, la comparación entre lo fantaseado y la realidad:

Respecto de la importante Sierra Nevada de Santa Marta, región inexplorada, he aquí todo lo que podemos decir en el estado de la geografía del territorio que nos ocupa.

Basta echar una mirada sobre el mapa del Estado del Magdalena, para comprender que dicha sierra no es una continuación de la gran Cordillera Oriental como se ha creído hasta aquí, sino que forma un sistema distinto. ¿Es ella un gran nudo aislado, o formaba parte de la continuación de los Andes al través de lo que son ahora las Antillas, y que en remoto tiempo era la prolongación del continente hasta su unión con la isla de Cuba y las penínsulas de Yucatán y Florida? No lo sabemos, pero sí es ésta nuestra opinión apoyada en la infinidad de islas que constituyen los archipiélagos de las grandes y pequeñas Antillas, acaso viejas y paralelas costas del mar Pacífico en tiempos antiquísimos. Esa porción de tierra sería entonces la verdadera América Central, y contribuiría a regularizar (?) la forma del Nuevo Mundo, tan desgastada hoy hacia el istmo de Panamá. Los puntos de rotura debieron ser pues la isla de Trinidad y lo que hoy forma el grupo de las Lucayas.

Mas sea de esto lo que fuere, la Sierra Nevada es un gran nudo aislado mayor sin duda que el Chimborazo, cuyo centro lo componen cinco picos nevados, en la latitud N. de 10° 51', y en la longitud oriental de Bogotá de 0° 34', dos de ellos denominados el Picacho y la Horqueta, cuya altura se supone de 5.079

y 4.888 metros⁴¹. De él respectivamente se desprenden en todos rumbos diferentes estribos cuyo macizo alcanza de E. a O. a 15 miriámetros, y de N. a S. a 10, gran depósito hidrográfico de los ríos que tributan directamente al Atlántico, a la Ciénaga de Santa Marta y a los ríos Cesar y Riohacha⁴².

En 1565 tuvo lugar una formidable explosión de la Sierra Nevada, cuya detonación se oyó distintamente a grandes distancias, alcanzando la lava vertida por el volcán a más de 20 miriámetros. Los ríos Gualí, Guarinó, Sabandija, Nare y otros tributarios del Magdalena llevaron entonces al cauce común sus aguas espesas y de color gris, murieron muchos peces y se infectó el aire de un mal olor que duró muchos días. ¿Era esto un hecho relacionado con la explosión, o simplemente un acontecimiento simultáneo? No se sabe; mas lo que sí es cierto es que entre los antiguos habitantes del país no se tenía memoria de un

41. Nota del autor: Aquí hay una nota que dice: «May asegura que el pico principal alcanza a 7.926 metros». Ateniéndome a los informes que obtuve en viajes por la Sierra Nevada, creo que May no la trasmontó, y que en su corta excursión a las vertientes meridionales, se detuvo en San Sebastián de Rábago; parece que no hizo otra al interior de la Sierra. Como se verá, aquellos montes miden, según Humboldt, 16.000 pies de altura; 17.500 les da Simons en su mapa mencionado, y en la Geografía de Pereira se indica que alcanzan a una elevación de 6.000 metros. De seguro, este dato último se acerca más a lo cierto; mas será demostrable, de conformidad con la teoría de Boussingault, que la altitud de la Sierra Nevada ha ido disminuyendo después del movimiento plutónico que la hizo llegar a mayor elevación que todas las cumbres colombianas.

42. Nota del autor: En su edición de 1883, dice el señor Pérez respecto de la Sierra Nevada: «Quieren algunos que se repute le gran Sierra Nevada de Santamarta como el principio o el final de la Cordillera Oriental». Es visible y palpable que tal concepto entraña un craso error. Pero ella parece estar constituida separadamente. Su masa es mayor que la del Chimborazo, y su centro lo forman cinco picos, de los cuales el más elevado mide 7.926 metros. El que los aborígenes denominan Schinundúa, el más alto de todos, que se ve del Oriente como un león colosal en acecho hacia el mar, tiene de elevación 6.500 metros a lo sumo. La Sierra se extiende de S. O. a N. E., no de O. a E.; y desde el Alto de las Minas, al S. O., hasta los ramales que caen a inmediaciones de la quebrada de Moreno, extremidad del macizo al N. E., ocupa una extensión de 18 miriámetros: su anchura puede llegar de Santamarta a Valencia de Jesús, hasta 12 miriámetros.

suceso igual, ni en los tiempos posteriores se ha repetido con carácter tan tremendo.

Seguramente el señor Pérez conoce tradiciones serias referentes a aquella explosión en la Sierra Nevada de Santa Marta: en los cronistas más minuciosos (Castellanos, por ejemplo) ningún dato he hallado a este respecto. La memoria o tradición de los businkas, la tribu más antigua de la Sierra Nevada, sobre una erupción terrible de las cumbres, se remonta a tiempos pre-históricos muy anteriores a 1565. Con temor me resuelvo a insinuar que el fenómeno a que se refiere el señor Pérez tuvo su centro o causa en el Nevado de Ruiz que, dice Cieza de León, estuvo en actividad hasta 1540, presentando caracteres de ella hasta diez años más tarde.

La Sierra Nevada es en nuestro concepto no sólo el mejor punto sino también el único (excepto las sabanas de Chiriquí) que por ahora y muchos años después pueda adaptarse para un sistema de colonización en grande escala. Teniendo como tiene sus faldas entre las ondas del Atlántico; con todos los climas desde el calor de las riberas hasta el frío de los páramos, inocupada y con tribus *vecinas con quienes comerciar y a quienes civilizar*, no admite rival ni puede tenerlo en toda la vasta extensión de los Estados colombianos. El transporte a ella será fácil, la seguridad salutífera del inmigrante completa, y sus esperanzas de riqueza fundadas, pues tendrá a su vista el mercado opulento de las Antillas y de las costas de Venezuela, Santamarta, Cartagena y el Istmo; y hasta los medios de retornar a su patria un día cualquiera, no serán la consideración de menos monta en esos viajeros del hambre, de que tanto necesita un país como el nuestro, tan despoblado por la conquista y tan desangrado por las revoluciones.

En la Sierra Nevada de Santamarta es, en nuestro concepto, donde deben fijarse de preferencia las miras del país y del Gobierno,

si es que en realidad se piensa en apelar a la inmigración, como debe apelarse, para cambiar la faz industrial y mejorar las razas de la república.

La mayor parte de los asertos anteriores son de rigurosa exactitud, y para afirmarlo sin vacilar, bastaría conocer la región de que se trata. Pero no está inocuada, y así lo reconoce el señor Pérez en su edición de 1883, ateniéndose, porque no tenía otros, a datos oficiales incompletos acerca de población civilizada y de indígenas: la primera, de muy pocos blancos, y de mestizos y de mulatos —traficantes de que hablé en el prólogo de este libro— puede llegar cuando mucho a 500; y los naturales alcanzan a una cifra de 5.000 a 6.000, entre businkas, guamakas, sehiucos, kogües y residentes en Marokaso (Setkúa) y cercanías. Se ha incurrido en el error de comprender a todas estas tribus bajo el nombre de arhuacos, aruacas, aurohuacos o aruacos⁴³ denominación que ninguna de ellas se dio nunca y de la cual fue motivo el faltar a los conquistadores, como hasta hoy a los gobiernos del país, detalles sobre el particular.

Terminaremos esta breve reseña sobre las montañas del Estado litoral del Magdalena (prosigue el señor Pérez) con la parte final del luminoso y extenso informe que, sobre la Sierra Nevada de Santa Marta, dio el ingeniero John May al Comité

43. Nota del autor: En 1737, el cronista don José Nicolás de la Rosa, husmeando aun el Dorado de Tairona, le halló una etimología muy original a la Palabra. «Este apelativo Aurohuaco (dice) interpreta en nuestro castellano, oro escondido, porque verdaderamente es esta Sierra el Potosí de toda la costa en riquezas de oro, plata, cobre, plomo y variedad de piedras preciosas». No le fue en zaga el Presbítero Antonio Julián quien supone que los Aruacos del Orinoco son Aruacos de la Sierra Nevada de Santa Marta, quienes buscando refugio allá, como los caribes de la Provincia, abandonaron sus tierras. Este es uno de los candores menos admirables de aquel autor. *Floresta de la Santa Iglesia catedral de Santa Marta*. Valencia, 1833, lib. 2.º (escrito en 1737), cap. 39. *La Perla de la América*, parte 23, discurso 3.º (1854). Primera edición, 1787. Véanse sobre Aruacos: *El Orinoco Ilustrado* (1741), por el P. Joseph Gumilla, cap. X: Fray Pedro Simón, primera parte, 3.ª noticia, cap. XXIII.

de tenedores de deuda colombiana, a propósito de la cuestión colonización.

Dice así:

El escenario de la Sierra Nevada es extremadamente pintoresco, y participa de un carácter volcánico. Bajo algunos respectos puede parecerse al de Suiza; mas montañas como el Monte blanco se resienten de su insignificancia cuando se comparan con la estupenda Cordillera que se levanta repentinamente del mar a *unas pocas leguas al Oriente de Santa Marta*, y cubierta, aunque casi bajo el Ecuador, *de nieve y hielo desde muy cerca de la mitad de su elevación*.

Adrede copio en bastardilla algunos conceptos, para que el lector note, antes que yo lo haga, lo que pide rectificación en el informe del ingeniero May.

Contrafuertes de la Sierra caen a oriente y poniente de la bahía de Santa Marta, y el mismo cerro del Morro que se destaca en la bahía al N. E., no es sino un trozo del ramal avanzado entre ella y el puerto de Taganga.

Mr. May asegura que se levanta la Sierra 7.926 metros sobre el Océano ¿Si las nieves cubren «muy cerca de la mitad de su elevación», no tendrán los nevados, desde su comienzo inferior, una altura de 3.000 metros...?

La cima principal de la Sierra es un pequeño plano inclinado de forma ovalada, y su filo está tachonado alrededor de pequeños collados cónicos, que le dan mucha semejanza con una diadema. Acaso sea esto probablemente el cráter de un algún volcán extinguido o latente, y constituya un *comience coronado* y verdaderamente imperial de los Andes. La vista de la entrada al valle de Tairona es inexplicablemente hermosa. El adjunto mapa lo he sacado de cartas antiguas; la viñeta es copiada de

un dibujo viejo al aguada, casi borrado, representante de una curiosidad natural de la ribera del mar entre el río Dondiego y Palomino, y de ninguna manera hace justicia a la escena. El pico principal está incorrectamente dibujado, y ha cambiado de forma desde que se tomó el diseño. El desfiladero del primer término, detrás de la montaña, debe ser el de Rodrigo, llamado también Origua, el cual fue teatro de muchos combates desesperados entre los indios y los españoles. Se pinta como uno de los más espantosos del mundo. A poca distancia y más hacia atrás hay otro, escasamente de menor importancia. Estos dos desfiladeros conducen a *Cincorona*, *Taironaca* y a las *llanuras o sabanas de Bongay*.

Infiérese que el autor de estos párrafos estudiaba en los cronistas, especialmente en las *Elegías de varones ilustres de Indias*, que leyó en Gaira, el país que va describiendo, y los pormenores restantes lo demuestran más y mejor. Sin embargo, ninguno de los cronistas habla de llanuras o sabanas en Bongay, porque no existen, y si el proyecto de inmigración de que en seguida va a ocuparse Mr. May se hubiese llevado a la práctica, él habría tenido que recorrer las ignotas soledades de la Sierra con los historiadores bajo el brazo, para descubrir y señalarles a los colonos extranjeros las comarcas que pinta y menciona.

El país de Tairona es una tierra de profundos y estrechos valles, de abismos, rocas y ventisqueros. El centro del territorio se distingue por una montaña notable en forma de pan de azúcar, sin nieve, pero no por esto de una elevación menor de *quince o diez y seis mil pies*.

Este aspecto presenta la Sierra hacia las fuentes del Tucurínca y el Aracataca, no al norte, sino teniendo por punto de vista el Astillero, en las faldas al poniente: lo del monte central, salvo su altura *así precisada*, es el origen de la necia tradición consabida —el Dorado de Tairona— que costó la esclavitud y la muerte a millares de indígenas

en aquellas montañas desde 1539. Piedrahita dice del Valle de Tairona (lib. 3.º cap. 1.º): «Le asignan diferentes sitios, sin más autoridad que la de su presunción».

Los ríos forman *elevadas cataratas*, y sus vados son pocos y excesivamente peligrosos. Es increíble la variedad y el lujo (?) de la vegetación. Los distritos inferiores están infestados de *serpientes y tigres*⁴⁴, y la plaga de los insectos es intolerable; pero de cierta altura en adelante desaparecen estos inconvenientes⁴⁵ y no se hallan más animales que los que desearía encontrar un cazador. A uno y otro lado pueden verse los caminos ya mencionados, interrumpidos aquí y allí por árboles enormes que han echado raíces por entre las piedras, y rastros (?) que conducían a las casas de campo o a las *aldeas y ciudades* (?) que no existen ya, y cuyos restos, entremezclados con los *fragmentos de crisoles y loza despedazada*, *embarazan* (!) el terreno.

De esas calzadas, por lo que vi y está indicado en los cronistas, hablaré en más oportuna ocasión. Los fragmentos de crisoles o cosa semejante, sólo habría podido verlos Mr. May en Palomino, población situada cinco o seis leguas al N. O de San Antonio; lo de restos de edificios, que se construían —sabido se está— de madera con techumbres pajizas, devorados por las llamas de los conquistadores muchas veces, de 1516 a 1600, es una mera suposición.

El paisaje tiene algo de esplendor sobrenatural (?) y espantoso; las cimas heladas de las montañas, cuando no están cubiertas de nieves, brillan, relampaguean y cambian de color con la claridad del sol; y el silencio que reina alrededor no es interrumpido sino

44. Nota del autor: No son tantas ni tantos. Estas parecen noticias anotadas en el litoral, idénticas a las que se les prodigaron a Reclus y a otros viajeros al aviarse para la primera excursión a los desiertos de la Sierra.

45. Nota del autor: Desde que se llega a una elevación de 1.400 a 1.500 metros.

en raras ocasiones, bien por la caída de los árboles decadentes, la voz del trueno o el estruendo del lurte al descender.

Me parece que el territorio de la Sierra Nevada reúne todos los requisitos que pueden desearse, pues el clima, el suelo y la temperatura no se pueden tachar; los caminos están hechos y sólo requieren alguna reparación⁴⁶; los sitios propios para el establecimiento de nuevas ciudades y con las conveniencias de cada localidad, están preparados también⁴⁷; como lo están las líneas para buques de vapor y de vela en servicio constante. El mercado para los productos de las labranzas abraza toda la costa, en donde la mantequilla, las papas, el trigo, la cebada, los ajos, las manzanas, la cerveza y la cidra, tienen gran demanda y alcanzan a precios fabulosos (?). El distrito está rodeado de una población pobre y amiga, que quiere y puede trabajar. Tiene un buen puerto, y tan pronto como se halle colonizado y que las tierras se limpien y queden bajo el cultivo, la comisión misma se hallará poseedora (en virtud de algunos derechos de dominio que se reserve en algunas haciendas) de una propiedad en las minas adyacentes con fuerza de agua ilimitada, *y lotes en la ciudad, que por un manejo bien combinado pueden pasar a manos de los especuladores en tales empresas, y venir a ser de un valor incalculable.*

El buen puerto a que hace referencia, debe ser el de Santa Marta, y ninguna objeción ocurre hasta allí, porque en realidad es inmejorable;

46. Nota del autor: ¡Qué caminos! ¿Trozos de los empedrados de los indígenas, rutas sepultadas o derruidas en centenares de años?

47. Nota del autor: Cualquiera observación a ese respecto es inoficiosa. Hay en la Sierra todas las condiciones deseables para el establecimiento de colonias agrícolas y mineras: fácil le fue a Mr. May adivinarlo: lo difícil e imposible era llegar, sin estudio serio y minucioso de aquella región, a plan exacto y términos precisos y en empresas de tal clase, todo lo demás es humo.

pero luego se verá que indica a Posihueica⁴⁸ en el Riofrío, como el lugar preferible para la ciudad primera o centro de la colonia, distante de Santa Marta 45 ó 50 kilómetros, y solamente diez y ocho o diez y nueve de la Ciénaga de San Juan, población que por sus condiciones topográficas y riqueza efectiva ha de ser el puerto y mercado principal de cualquiera colonia que se funde en las faldas o vertientes occidentales de la Sierra.

El mejor sitio para una nueva ciudad sería probablemente el de Posigueica, en el Riofrío, cuyas orillas se dice que son planas. En la vecindad de esta ciudad el campo fue densamente poblado. La situación de Taironaca en el Dondiego debe ser buena también; pero quizá está muy al interior para la inmediata colonización. Los españoles se encantaron con este lugar y lo abandonaron con repugnancia⁴⁹.

Después de advertir que «no deben economizarse fatigas y gastos para empezar con buen éxito», hace prevenciones acerca del modo que conviene adoptar en el envío de los emigrantes y cualidades de ellos, y continúa así:

Probablemente las tierras de la Sierra Nevada pueden adaptarse al cultivo de la vid, porque las uvas crecen en los bosques en el estado silvestre; deberían por tanto enviarse personas que conociesen prácticamente este ramo del cultivo.

Las uvas silvestres de que se habla, son frutillas de las regiones cálidas, y tal vez agraz (*Cocoloba uvifera*), adorotes, y otras de la especie; seguro estoy de ello; y si en la producción de aquellas plantas monteses es cordura fundar probabilidades de buenos resultados en el cultivo de la vid, rarísimas comarcas de la América tórrida serían de mal temperamento o inservibles para tan valiosa industria. Por

48. Nota del autor: *Posihueyca* y *Posigueyca* escribe Piedrahita: Castellanos. *Pocigueyca*: ¿la c fue de seguro alteración andaluza, como en *Dorcino*?

49. Nota del autor: No tal. Fue Ecija, la ciudad fundada por Francisco de Castro en 1570. *Varones Ilustres de Indias*, parte 2.^a, Elogio de Rojas, canto 1.º, octavas 64, 131 y 132.

carencia de datos fidedignos, o más bien a causa de precipitud en el estudio previo que requería un informe de tal importancia, se hallan casi a continuación estas aseveraciones erróneas:

«Los indios sirven perfectamente bien de criados de labranzas con tal de que les dé que comer y vestir». No se les menciona ni se les tiene en cuenta para más en lo que transcribió el señor Pérez del informe que me ocupa.

«Las *inmensas* llanuras que hay al pie de la Siena Nevada producen *espontáneamente algodón, índigo y tabaco*; el cacao no tiene igual en el mundo en punto a calidad». No les cabe el epíteto de inmensas a las llanuras que, muy angostadas por el mar al principio, se extienden de Dibulla o Nueva Salamanca hasta Riohacha; ni les cabe tampoco a las del Valle Dupar: en cuanto a la producción espontánea de aquellos frutos y excelencia incomparable del cacao, que se cosecha en muy corta cantidad, no hay ápice de exactitud.

Una inspección del mapa del Nuevo Mundo mostrará que, suponiendo que sea el clima de la Sierra tal como lo he presentado, ella es el lugar propio y natural para empezar la colonización de Sur América por los europeos. Como antes se ha observado, ella es el principio de los Andes, y el territorio que yace detrás es del mismo carácter y casi ilimitable en extensión. La temperatura del Valle de Upar es fría y suave⁵⁰, y más allá está la cordillera de Ocaña, rica en minas y en tierra de una fertilidad sin igual. La proximidad de este país encantador a Europa, *su historia romántica (...!) y tradiciones fascinadoras*, constituirían al ser verdadera y simplemente representadas, una atracción *irresistible* para los emigrantes europeos, especialmente en los momentos presentes, en que, por motivo de la guerra civil de lo Estados Unidos, querrán establecerse en

50. Nota del autor: Según la *Geografía* del señor Pérez, segunda edición, 1883: temperatura media del Valle Dupar, 30° del centígrado: Valencia de Jesús, 31°; San Juan de Cesar, 29°; Fonseca, 31°. Véase el prólogo de la primera edición, p. IV.

otros países, donde puedan estar seguros de las enormes contribuciones y cargas que deben pesar sobre cada ramo de la industria en esa grande y hasta aquí próspera república.

La debilidad de este último argumento en favor de la empresa, aventurado por imprevisión, y el ser excesivamente romántica la comarca descrita para colonizadores ingleses, no debieron de contribuir poco al resfriamiento del Comité de negociantes en deuda colombiana.

Quizá se juzgue que me he detenido demasiado en la inserción y análisis del informe de Mr. May. Habríaseme hecho imprescindible la tarea más adelante; en ocasión menos oportuna, y ya está. A no hallarse inserto el informe en una Geografía de carácter oficial, hubiera sido mejor dejarlo sin rectificación; mas tratándose precisamente de regiones que por desgracia no pudieron estudiar el señor Coronel Codazzi y sus inteligentes colaboradores, es aprovechable todo lo que ayude a poner la verdad en su punto, desechándose lo incierto y lo de pura leyenda o aprendido de oídas: al país y a sus geógrafos distintos les importa que así se haga, y aunque el trabajo en que hoy me ocupo requerirá otros verdaderamente científicos, después de mis esfuerzos iniciales, contribuyo a tal obra de rectificación en cuanto alcanza mi insuficiencia y no me lo impidieron rémoras y enojosos obstáculos de que al principio hablé.

En lo que dijo el señor Pérez sobre aspecto del país —Estado del Magdalena— hay unos párrafos que, por las mismas razones apuntadas hace poco, exigen también examen.

Por lo que hace a la *Sierra Nevada*, hoy completamente desierta o visitada cuando más por algunas tribus semibárbaras, ella parece ser el don más precioso que la naturaleza ha hecho al Estado. Su cercanía al mar, pues casi puede decirse que moja los pastos de sus faldas en las espumas del Atlántico; la variedad de sus temperaturas, lo saludable de sus aires, la riqueza de sus aguas, *la hermosura de sus mesas, propias para el asiento*

de grandes colonias industriales, y hasta su bella posición entre Venezuela y los Estados colombianos, teniendo a su frente las Antillas y atrás el Orinoco, todo en fin parece haber contribuido a hacer de ella una región privilegiada (si!), centro futuro del Estado.

Por carecer el señor Pérez de pormenores exactos acerca de tales montañas, acogió los de Mr. May, sin vacilación ni desconfianza mínima, y cualquiera habría hecho lo propio en su lugar. De ahí que las suponga *completamente desiertas o visitadas más por algunas tribus semibárbaras*; de ahí que acepte lo de la hermosura de las mesas. Hay en ello de verdad las inducciones del señor Pérez, no bastantes a premunirlo de errores.

En páginas que destinaré al efecto, se encontrarán detalles bien minuciosos sobre las tribus que moran en la Sierra Nevada, sus tradiciones interesantes, religión, etc. Los *businkas* y *guamakas*, cuyos vocabularios quedan impresos en hojas precedentes, son de estas tribus, al igual de los *kogües* y *sehiucos*. Ningunas tribus semibárbaras visitan la Sierra: únicamente podrían ser los chimilas, habitantes de los declivos y llanuras pantanosas, al Occidente; *los motilones* de la Cordillera Oriental, o sean, prescindiendo del antiguo apodo *itotos*, *tupes* y *yukures*; o *los guajiros*, dueños absolutos de la península que se extiende al Levante. Los naturales de la Sierra Nevada temen u odian a esas tribus, y no viene todavía al caso historiar los motivos, algunos de los cuales se remontan a tiempos prehistóricos.

Sí es colonizable con muchísimas ventajas el macizo de la Sierra, como el señor Pérez lo infería; pero no en los puntos o regiones que Mr. May designó, abiertas en el escritorio las *Elegías de varones ilustres de Indias*. De seguro se habrá supuesto el señor Pérez que recorrió aquel país con su obra en mi exiguo equipaje: precisamente así sucedió. Y transcurridos ya ocho meses de viajes en el Estado, no me satisfacía por completo el estudio acerca de lugares aparentes para colonizaciones, por los climas y posición de ellos. Están en las vertientes orientales de la Sierra Nevada. De ahí se tienen: las planicies

guajiras a los pies, el Valle Dupar media jornada al Sur, y el puerto de Riohacha a diez o doce leguas por camino que se hará casi todo carretero a costa de pequeña erogación, viniendo él a ser parte de la carretera de doce miriámetros que debe construirse desde San Juan de Cesar a aquel puerto. La necesidad premiosa e inaplazable en el Estado, ésa; y también la obra que duplicaría en el transcurso de ocho o diez años la renta, decadente ya por diversos motivos, que produce la aduana. Con sesenta mil pesos —la subvención anual efectiva que ahora da el Gobierno de la República para el proyectado ferrocarril de Santa Marta al Cerro de San Antonio— la carretera sería un hecho, y devolvería de sus gastos de construcción ciento por uno.

Diseñaba indicaciones que han de hacerse en otro lugar: impaciencia disculpable, que es amor a los pueblos de aquella sección del país, y honda gratitud.

Continúa el señor Pérez:

Este enorme macizo que según Humboldt mide 16.000 pies de elevación, y cuyas crestas coronadas de nieves eternas se distinguen en el mar desde una distancia de 40 miriámetros⁵¹, creen algunos que forma el principio de los Andes (...?); otros lo toman por su fin (!); y otros lo miran como una cordillera independiente hoy, y acaso ramificada en tiempos anteriores con las tierras que forman las grandes y pequeñas Antillas⁵². Mas sea de ello lo que fuere, lo cierto es que después del soberbio nudo de Pasto o Almaguer, donde se trifurca el gran sistema de los Andes, nada hay en los Estados colombianos tan imponente y tan bello en la escala orográfica, como este nudo que interrumpe la monotonía de las costas del Estado y desafía la ciencia del geólogo con sus caracteres y rareza.

51. Nota del autor: Es quizá demasiado: de Bahía-honda y Taroa, a 21 o 22 miriámetros, se ve difícilmente en tardes y mañanas límpidas

52. Nota del autor: Esta conjetura tiene en su apoyo inducciones bien fundadas. Argumentos que casi pudieran llamarse tangibles en vista de la formación y aspecto de la montaña a que se refiere. Algunas páginas adelante será preciso volver a tratar de la materia.

Sin comentarios, que estarían de sobra después de los ya escritos, tomo a continuación algunos renglones de la *Geografía de los Estados Unidos de Colombia*, por el General T. C. de Mosquera, publicada en 1866.

Ha dicho, siguiendo el curso de la Cordillera Oriental, desde su bifurcación al Norte: «De los páramos de Pamplona se desprende la cadena que forma la sierra de Ocaña y Perijá, que inclinándose al Occidente, vuelve al N. E., y va a morir en la península de la Goajira, dejando al Valle de Upar entre este ramo de la Cordillera y la Sierra Nevada de Santa Marta, que se eleva a la altura de 7.926 metros»⁵³.

En la descripción particular del Estado del Magdalena: «A la parte oriental está la cadena de montes de Santa Marta, que se eleva hasta las regiones de la nieve perpetua, y cuyo aspecto majestuoso se divisa desde el fondo del mar Caribe. Valles altos, y mesas semejantes a las del interior del país, se encuentran en esta Cadena, que puede asegurarse que apenas tiene un enlace con la Cordillera de los Andes, y que hemos clasificado como un grupo especial, llamado a connaturalizar en él a los hombres de la raza caucasa, que al pisar las abrasadoras playas de Colombia, no pueden resistir el clima intertropical. La aspereza de los bosques que hay que vencer para llegar a una altura amena y fecunda, ha sido sin duda la que ha impedido que se pueble; y apenas habitan esas altas regiones algunas hordas de indígenas salvajes y pocas familias de otros medio civilizados de la Nación de los Motilones»⁵⁴.

De lo que relativo a la Sierra Nevada hay en las geografías nacionales, he aquí lo más correcto, salvo la inexactitud que indico en bastardilla, error que debe excusarse, como otros de los autores citados.

De los grupos montañosos de Colombia, independientes del sistema andino, el más notable es el macizo de la Sierra Nevada de Santa Marta. Forma una isla de montañas completamente

53. Nota del autor: Parte 3a. *Geografía física*, p. 185.

54. Nota del autor: Parte 4a. *Geografía especial de los Estados*, p. 267.

rodeada por aguas y terrenos de aluvión: al O, la Ciénaga de Santa Marta y los caños del Magdalena; al S. y al S-E, el valle del río Cesar; al E. y al N-E. el valle de Ranchería o Río Hacha, la separa de los Andes. *Entre el Ranchería y los altos afluentes del Cesar, el suelo es perfectamente plano*⁵⁵. Ningún otro grupo de cumbres se eleva tanto, en comparación de su base, como la Sierra Nevada: cubre una superficie cuatro veces menor que la Suiza, y sin embargo yergue sus picos cargados de nieve a 6.000 metros de altura⁵⁶.

V

Se calcula que de los 698 miriámetros cuadrados, superficie de aquella sección, 352 podrán ser de mesas⁵⁷, cerros y páramos; 282 de llanuras, 43 de anegadizos, 19 de ciénagas y 2 de islas. Clasificado de este modo el territorio, se acierta en lo posible, y son conocidas las razones por las cuales no se puede exigir rigurosa exactitud.

Basta, por el pronto, lo dicho acerca de la parte montañosa, y necesitan unas líneas respecto a los demás, contrayéndome a lo absolutamente preciso.

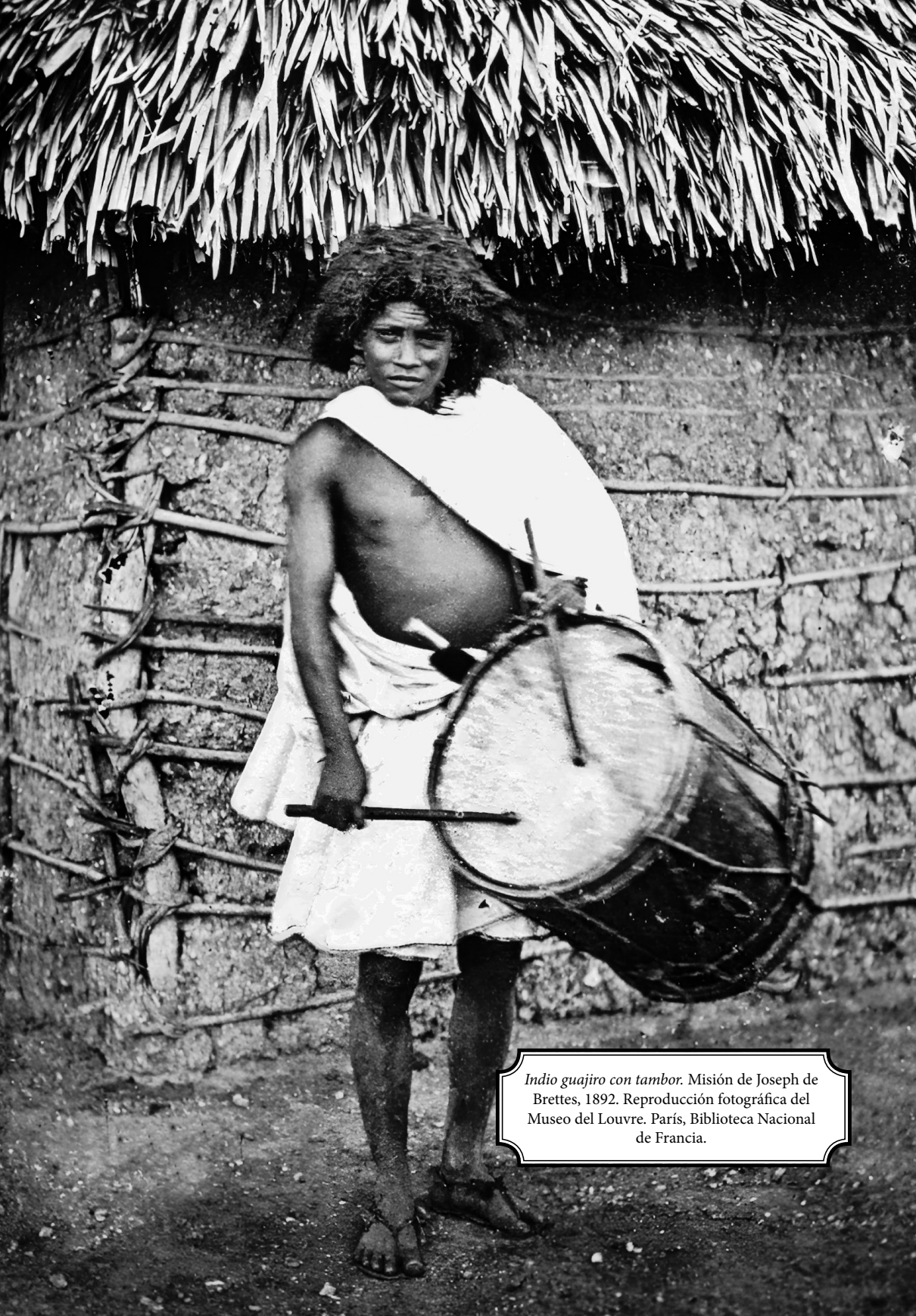
Desde la desembocadura del caño Chocó, ya indicado, hasta que llegan sus corrientes al Atlántico, el río Magdalena baña el límite occidental del Estado, en una extensión de 40 miriámetros, estimables en 50 o muy poco más de curso; y es esa la parte de menores obstáculos o de mayor seguridad para la navegación, peligrosísima al llegar a Honda, inconvenientes que ha evitado, desde Las Yeguas, la construcción de una vía férrea.

55. Nota del autor: *Entre la Ranchería et es haute affluents du César, le sol est parfaitement uni.*

56. Nota del autor: Pereira, obra citada *Orografía*, p. 68.

Nota del editor: Por mediciones realizadas desde el espacio, hoy sabemos que la altura de la Sierra Nevada es de aproximadamente 5.700 metros, según la Misión Topográfica Radar Shuttle (SRTM, por sus siglas en inglés).

57. **Mesa.** Terreno elevado y llano, de gran extensión, rodeado de valles o barrancos (DLE).



Indio guajiro con tambor. Misión de Joseph de Brettes, 1892. Reproducción fotográfica del Museo del Louvre. París, Biblioteca Nacional de Francia.

El Lebrija y el Cesar son los tributarios principales de aquel río en el Estado. Llévale el Cesar las aguas de Guatapurí, Garupal, Ariguaní y otros de menor importancia que nacen en la Sierra Nevada, y también las que recibe de la Cordillera Oriental en su despacioso y casi forzado curso, estancándose antes aparentemente en la laguna de Zapatosa, para desembocar al fin en el Banco.

El Cesar (Zesari lo llaman algunos cronistas) no es efectivamente navegable desde las cercanías del Valle Dupar, o sea el puerto de Salguero, sino en tres o cuatro meses del año, los de lluvias abundantes. Importaba convencerme de que había ligereza o exageración al asegurar lo contrario, y con el fin de evitarle al gobierno nacional en lo futuro compromisos gravosos, hice por el río mi regreso, desde donde se le reúne el Ariguaní hasta el Banco.

Dicho queda ya: no es el de Guatapurí⁵⁸ de los afluentes que le caen al Cesar de los Andes o Cordillera Oriental, y entre ellos lo enumera la *Geografía* del señor Pérez (edición de 1863, página 567). Justamente, para trasmontar la Sierra Nevada por la vía de San José, se hace largo trayecto de ascensión remontando la hoya de ese río, y tuve que vadearlo al cruzar las montañas desde Pueblo-viejo⁵⁹ (antigua Valencia de Jesús) hasta la población de Atanques.

Ni es tampoco N-E. la dirección general del Cesar, como se lee en la misma página. A partir de su nacimiento en Rosario o la Sierrita, ya de O. a E; en Corral de Piedra forma cascada al hundirse en un abismo; de ahí se inclina⁶⁰ por algún trecho al S-E; lo restante de su dirección general es de N. E. a S. O.

Aquel río y sus tributarios fecundan la hoya del Valle Dupar, que anchísima sobre el Magdalena, se angosta más y más extendiéndose

58. Nota del autor: *Guatacurí* se dice erradamente en la obra del señor Pérez y en el mapa de Ponce de L. y Paz: en esa carta el río corre bien lejos de la ciudad del Valle Dupar, en vez de habérsele dibujado a pocas cuadras al Oriente de la población.

59. Pueblo Viejo luego cambiaría su nombre a Pueblo Bello en el siglo XX.

60. En la edición de María Teresa Cristina (2011), publicada por Universidad Externado de Colombia y la Universidad del Valle, se lee «se inclina». La versión de Ediciones Sol y Luna (1967) dice «se molina». Nos inclinamos por la primera opción.

al N-E, hasta el punto donde casi se juntan, como grandes brazos de un vértice roto, el nudo del Cerrajón y las aristas orientales de la Sierra Nevada. El señor Pérez describe perfectamente el valle al hablar del aspecto del país. No tuvo igual acierto ni hacer mención de los ríos que desembocan en la Ciénaga Grande y en Atlántico. Copiarle es ineludible para rectificar mejor.

Vierten a la Ciénaga de Santa Marta, procedentes de la Sierra Nevada, los ríos San Sebastián, *Tuarinca*⁶¹ (formado por el Aracara y Candelaria), Sevilla, *Origuaca* y Frío; y directamente al Atlántico los siguientes: Córdoba, *Papare*, Manzanares, las Piedras, el arroyo Mendiguaca, y los ríos Guachaca, Buritaca, Dondiego, Palomino, Negro, Ancho, Pedregal, Cañas, Dibulla, Manavita, Micharogua, Enea, Camarones, Ríoacha, *San Juan y Almidones*, todos los cuales nacen de las ramificaciones de la Sierra Nevada, siendo el principal el Riohacha, *que nace en los picos nevados bajo el nombre de Ranchería*, y se abre paso en forma de semicírculo por entre aquélla y la Cordillera de los Andes. Es navegable en parte, *recibe varios tributarios ind denominados*, y se *bifurca en su desagüe al mar*.

El Tucurinca y el Aracataca o Cataca (*no Aracara*) descienden con el nombre del segundo á la Ciénaga Grande, como otros ríos y quebradas que mencionaré en orden de Oriente a Occidente: Río-frío, quebradas Guáimaro, Origüeca y Latal, el Sevilla, quebrada de Santana, el Tucurinca y Aracataca, caño Macaraquilla, Fundación o San Sebastián, y Caravallo, que ordinariamente está seco.

San Juan y Almidones son ríos imaginarios, desagües de invierno, que según la carta de los señores Ponce de León y Paz desembocan en el mar Caribe, el San Juan en Punta Almidones, y el Almidones en Punta Manare, que es *Manaure* (tierra lejana o afuera) en el lenguaje

61. Nota del autor: Tuaraica se le llama en la *Geografía* del General T. C. de Mosquera. Es Tucurinca; Tucuerinca según los chimilas.

de los indígenas. Pero véase el mapa, y dígase si esos ríos concediéndoles el nombre de tales, pueden nacer en las ramificaciones de la Sierra Nevada.

El Ranchería no nace precisamente en los picos nevados, sino en una laguna que vi en lo hondo hacia Levante, al trasmontar la serra-nía, y creo haber dicho ya la denominación que le dan los aborígenes. Solo es utilizable desde Corazonal para el transporte de maderas, y eso muy trabajosamente.

Lo tributan sus aguas los arroyos y riachuelos que voy a nombrar, muchos de los cuales se agotan por completo en los veranos, épocas en que las llanuras que cruza el Calancala absorben porción considerable del raudal; el Cerrajón, los arroyos Agua-blanca, Ojo de Caro, Soldado y la quebrada de Moreno, que nacen todos en los contra-fuertes orientales de la Sierra, salvo el Cerrajón, que desciende del ramal de los Andes.

Los ríos que bañan la Goajira (dice el señor Pérez), no son conocidos, excepto el *Macuire*, que nace en las tetas de *Casiapatore* y derrama cerca del cabo Chichibacoa, y el Carrizal que corta los cerros de este nombre.

Ese río *Macuire*, riachuelo apenas, será probablemente el *Sarsaráin* que cava su cauce peñascoso en el flanco occidental de Arahur, y quizá sus aguas lleguen al mar, como las del Guarkaro, en semanas de copiosas lluvias. Del río Carrizal cabe decir lo propio que del San Juan y Almidones.

Del Limón, perteneciente al Estado hacia la parte oriental de los Andes, habla el señor Pérez con todo acierto: es el mismo que después de recibir el Guazare cae a la laguna de Sinamaica con el nombre de Socuy.

Sería prolijo nombrar todos los caños que en la parte anegadiza del Estado —márgenes del río Magdalena— ponen varias lagunas en comunicación más o menos fácil con él. Son notables estos: entre la laguna de Cuatrobocas y el río, el caño del Rompedero, con

desembocadura en Ciénaga Grande, Sitio-viejo, Remolino, Renegados y Caño-ciego.

La Ciénaga Grande o De Santa Marta, y la de Zapatosa⁶² son las más importantes por su magnitud y posición. El señor Pérez da a la primera más de 3,3 miriámetros de longitud y 2,5 de anchura. El General Mosquera, 25 millas de N. a S. y 11 de E. a O.

En cuanto a Zapatosa, aun considerándola una sola ciénaga con las de Pankuiche y San Juan, es grande el error que se advierte en la extensión indicada por el señor Pérez: 25 miriámetros de largo y 2 de ancho. Obsérvese en el mapa de los señores Ponce de L. y Paz la longitud que de S a N. se le dió a la Ciénaga de Santa Marta, de la desembocadura del Caño de Renegados a la Barra de Pueblo-viejo, y compárese esa longitud máxima con la mayor también que presenta Zapatosa, y ésta resultará de menor tamaño, como en la carta de Mr. Simons. Mas no obstante, el texto del señor Pérez, copiado literalmente por el señor Esguerra en lo relativo a Zapatosa, le da una extensión de 25 miriámetros, y a la otra 3,3. Salí de Chimichagua a las siete de la mañana con bogas muy despaciosos y ya muy fatigados hube de permitir que atracaran en la Punta del Encanto, y a pesar de haberse perdido dos horas o poco menos allí, llegué al Banco, sin apuro, a las cinco de la tarde. ¿Habíamos pues navegado a remo y palanca veinticinco miriámetros en ocho horas?

Tocante a las costas del Estado, me proponía extractar lo muy preciso del *Derrotero de las islas Antillas, de las costas de Tierra Firme*, etc.⁶³, compendiando lo más posible estas apuntaciones preliminares acerca de la geografía del país; pero no serán inoficiosos algunos detalles de los marinos españoles, particularmente al rodear la Península guajira, que en raros puntos les era dable abordar.

62. Nota del autor: Zapatoca se lee en la *Geografía* del señor Arboleda dos o tres veces, seguramente por error tipográfico, siendo aquel nombre de una población del Departamento de Guanentá en el Estado de Santander.

63. El título completo de la obra es *Derrotero de las islas Antillas, de las costas de Tierra Firme, y de las del seno mexicano, formado en la Dirección de Trabajos Hidrográficos para inteligencia y uso de las cartas que ha publicado.*

A partir de la Boca Paijana, al Norte de la isla de San Carlos, comienzan las costas colombianas, siguiendo el bisel de la ensenada de Calabozo hasta la punta Teta. Sigue al N.E 12 millas para llegar al puerto de Cojoro, que carece de agua y es mal abrigado.

Se eleva desde allí la costa en forma de explanada cortada verticalmente, para rebajarse después cerca de las lagunas Cocinetas y Tucacas⁶⁴; hay arrecifes en la embocadura. Nuevamente se levanta cerca de Punta Espada: desde allí corre la costa como al N-0. 1/4 N. la distancia de trece millas hasta el cabo de Chichivacoa, y toda es limpia y aplacerada: *aunque la costa es baja tierra adentro, se levantan varios picos y montañas, y las más elevadas se llaman las Sierras del Aceite.*

Ya el lector sabe que son cumbres de la Sierra de Makuira, de Parasi y Jaiparepu (Bahía-Honda).

Desde el cabo Chichivacoa corre la costa como al ON.O. la distancia de 25 millas hasta Punta Gallinas, *que es la más septentrional de toda ella.*

De Chichivacoa a Punta Gallinas están el cabo Falso, de arrecifes temidos, y en seguida Puerto Estrella (*Pararierun*⁶⁵), activo de algunos años a esta parte. Forma rada con el cabo, Punta Chimare, al N-O, cuya larga fila de rompientes hace peligrosa la salida de los buques de vela, únicos que se arriesgan a visitar la rada. A una legua o poco más de Pararierun corre el río Guarkaro, de agua excelente. Siguiendo

64. Nota del autor: La Laguna, población venezolana, ventajosa por sus condiciones para la explotación de la sal. La posee quizá Venezuela por efecto del tratado de 1830, que no llegó a ratificarse. Los indígenas allí, como en las Guardias y Paraguaipó, son hostiles a las autoridades y traficantes de aquella República.

65. Isaacs escribe aquí el nombre indígena de este territorio. En la actualidad, en wayuunai-ki se escribe *Parrarielu'u*.

el mismo rumbo se halla Punta Taroa y el puerto de igual nombre, no de amplio fondeadero ni muy bien abrigado. En sus cercanías hay vertientes, circunstancia que favorecería el fomento de una población.

Desde Punta Gallinas baja al O-S-O, la distancia de cinco millas hasta la Punta de la Aguja: en esta Punta roba la costa al S., y forma una ensenada de corta extensión llamada Bahía-Honda chica, la cual, por lo muy aplacerado de su fondo, no da abrigo de mar, y a ella sigue el puerto de Bahía-Honda, cuya punta oriental (Soldado) dista de la Aguja cuatro millas.

Bahía-Honda forma una ensenada de grandísima extensión, y su boca tiene tres millas de amplitud: para entrar en esta gran bahía no hay más que resguardarse de un bajo que hay en su boca y en la enfilación de las dos puntas de la entrada, el cual dista de la punta occidental una milla, de la oriental una milla y dos tercios: el bajo tendrá de extensión en su mayor largo, que es casi E-O, como un tercio de milla o poco más, y la menor está en su cabeza E., donde solo hay un pie, y con poco viento que haya revienta en ella la mar. Por lo demás el fondo de esta bahía es tan aplacerado, que sin más que el escandallo se puede fondear en ella.

Bahía-Honda carece de agua corriente y no la hay en muchas leguas de distancia. La Nación costea el establecimiento de un resguardo celador allí para cortar el contrabando en aquella costa abierta, es erogación perdida de todo en todo, si ha de ser eficaz el servicio de los buques guardacostas, gasto que desde julio de 1882 indiqué al gobierno nacional como apremiante.

Desde la punta occidental de Bahía-Honda corre la costa como al S-O., la distancia de once millas hasta una gran bahía llamada Portete, de entrada sumamente estrecha y cuyo fondo

en lo interior solo admite embarcaciones pequeñas⁶⁶. Desde el Portete corre al O. la distancia de catorce millas hasta el cabo de la Vela. La costa es limpia y desde Bahía-Honda empieza en ella a altear la tierra.

Una legua antes de llegar al cabo de la Vela hay un morrito en forma de pan de azúcar, en el que bate la mar, y sale al N. del resto de la tierra como media milla: desde este morro continúa la costa bien alta, y se redondea para el S. hasta la punta occidental, que es la que propiamente se llama cabo de la Vela, al O. del cual, y a distancias de dos cables y medio, hay un islote o farallón muy limpio y acantilado... La tierra del cabo de la Vela es muy estéril, y al S-E. de él, y como siete millas tierra adentro, se levanta una sierra llamada *del Carpintero*.

Es la de *Jatets*, extremidad occidental de la de Huruma, que se levanta al Sur de Bahía-Honda.

[Desde el cabo hurta la costa para el S. y forma una]⁶⁷ gran ensenada donde hay abrigo de las brisas: para dirigirse a fondear en ella, no hay que tener cuenta sino con el escandallo, pues todo el fondo es limpio, y tan aplacerado, que a dos millas de la costa se encuentran seis brazas, y desde ella va disminuyendo el fondo suavemente para la tierra.

La costa desde el cabo de la Vela sigue corriendo casi al S. con alguna inclinación para el O. por distancia de 23 millas, hasta

66. Nota del autor: De todo el litoral guajiro, aquel puerto es el más rico en pesca. La salida de las embarcaciones se hace dificultosa por extremo si los indios se proponen impedirla, y en algunas tragedias los traficantes han aprendido que es peligroso desmedirse con gentes de la tribu.

67. En la edición consultada de 1967, no aparece lo escrito en corchetes y este párrafo no estaba entre comillas, como si Isaacs lo hubiera escrito. La edición de María Teresa Cristina hace la corrección de formato y añade lo faltante.

la punta de Castilletes... Desde esta punta continúa al S. 74° O. 14 millas largas hasta la punta de Manare (Manauere), y entre ambas forman ensenada con algunas puntas.

Al S. 72° O. distancia 13½ millas de la punta Manauere se halla la de la Cruz, en cuyo intermedio es la costa casi seguida, sobresaliendo las puntas de Almidones, Pájaro y Frontón de Jorote, y entre estas dos últimas distancias de una y media millas a la mar, está el bajo del Pájaro con dos brazas de arena.

Al S. 54° O. de la punta de Cruz y a distancia de cuatro millas, se halla la de la Vela, y desde ella al S. 42° O. siete millas, está la ciudad y río de la Hacha; desde cuyo punto al S. 64° y S. 53° O., continúa la costa hasta la punta de Dibulla (La Ramada o Nueva Salamanca), que dista de la ciudad de la Hacha 31½ millas, desde la cual sigue al O. y N. 75° O. hasta el cabo de San Juan de Guía, que dista de punta Dibulla 38½ millas: toda esta costa desde el cabo de la Vela hasta 12 millas al E. del de San Juan de Guía despierte placer de sonda más o menos saliente a la mar, siendo peligrosa por los bajos que hay en ella bastante salientes a la mar; el primero, de que hemos hablado, llamado el Pájaro, y el segundo, nombrado de Navío Quebrado, situado a dos y media millas de la costa entre las lagunas Grande y de su nombre, por la latitud de 11°, 26', 1" y longitud de 66°, 57', 30" O.: por esta razón conviene que las embarcaciones nunca la atraquen a menos de cuatro leguas, y que se dirijan de modo que nunca bajen de 10 brazas. Esta costa es bastante baja, y algo al O. de la ciudad del Hacha empiezan a levantarse tierra adentro las célebres montañas llamadas Sierras Nevadas, muy conocidas no solo por su gran elevación, sino porque su cúspide termina en dos picos como panes de azúcar, que están siempre cubiertos de nieve: estas sierras corren para el O., y terminan en meridianos del cabo la Aguja.

Error: está dicho en qué forma se extienden a Suroeste.

Desde el cabo de San Juan de Guía corre la costa al O -N- O., O. y S-O, la distancia de 12½ millas, hasta la punta N. del islote del cabo de la Aguja, formando un frontón saliente de serranía alta, escarpada y bien acantilada con varios andones y buenos fondeaderos. El islote del cabo de la Aguja forma un freu con el cabo de este nombre, de tres décimos de milla, quedando sumamente estrecho por los arrecifes que salen tanto del cabo como del extremo S., de la isla; de modo que aunque hay agua suficiente para pasarlo por cualquier buque, no debe verificarse por el riesgo de perderse.

Desde el cabo de la Aguja corre la costa al S. 31° O, distancia tres y media millas hasta la punta de Betín, que es la N. del puerto de Santa Marta, y la meridional del Ancón de Taganga: la costa es alta y escarpada con algunas playas y ensenadas.

El puerto de Santa Marta puede mirarse como uno de los más excelentes de esta costa. Al S. de la ciudad desagua el río Manzanares, que aunque es poco caudaloso, tiene agua muy buena.

Desde Santa Marta y de su punta S, llamada de Gaira, corre la costa al Sur la distancia de 13½ millas hasta la Ciénaga, que es un lagunazo formado por alguno de los desagües del río de la Magdalena.

Se indicaron ya los caños que comunican al río Magdalena con la Ciénaga, en la cual sirve de dique al mar la isla de Salamanca, quedando en su extremidad oriental la boca o entrada, cerca Pueblo-viejo. En el mapa de los señores Ponce de León y Paz, ese pueblecito está mal situado, no inmediato a la boca, como debiera ser, sino en la ruta de San Juan de la Ciénaga al Valle Dupar, en punto medio entre aquella población y las riberas del Riofrío.

Desde esta Ciénaga corre la costa al O. y O-N-O. la distancia de 34 millas hasta la boca occidental de este célebre río, llamada de Ceniza; quedando al E. y a distancia de 8 millas otra denominada de Río-viejo, formando ambas una isla en figura de delta de 6 millas de N. a S. y 8 de E. a O. De estos dos arribamientos que hace la costa desde Santa Marta, formase una ensenada muy grande, en cuyo fondo está la Ciénaga. Toda ella es de costa baja y aplacerada, y desde la Ciénaga para el O. se forma la isla de Salamanca, cuyo extremo occidental es el oriental de la boca del Río-viejo, comunicándose las aguas de la Ciénaga y las que forman esta isla con el río de la Magdalena por varios canalizos.

La corriente de este gran río es de tal pujanza, que a más de cinco leguas a la mar da al agua el color verdoso, como si se navegara sobre un placer de poco fondo.

VI

Para delinear la fisonomía del Estado hacia el interior, escogeré un punto de vista favorable en la Cordillera Oriental o en la Sierra Nevada, tomando de mis apuntes de viaje lo escrito allí mismo.

Puesto que no la abarcará el horizonte que he de diseñar, unas palabras antes respecto de la Guajira. Propiamente, su territorio es homogéneo desde las orillas del río Enea, ocho o nueve leguas al Occidente de Río-Hacha; los guajiros habitaron esas llanuras, que se extienden del río Calancala hasta la Enea, en época cercana. Con motivo del asesinato de que fue víctima el señor Luis Capela en 1850, en el cual a buen seguro sólo fueron instrumentos escogidos *ad hoc*⁶⁸ los indígenas cómplices, se les arrojó sin piedad de sus rancherías, de Navío-Quebrado, Perverito, Camarones y Moreno, lugares que desde tiempo inmemorial ocupaban. Anticipando alguna reflexión

68. Lat. *Para esto*. Referido a lo que se dice o hace para un fin determinado.

sobre el asunto, viene al caso decir que si las tribus guajiras han sido indomables y rencorosas con la raza que en vano pretendió domarlas desde 1530, ni en tiempo de la Colonia, ni en el transcurrido desde la fundación de la República, se ha hecho nada con espíritu generoso, cordura y perseverancia a fin de impulsar cristianamente a aquellos aborígenes en la vía de la civilización.

El General Mosquera calcula en 121 miriámetros y tres hectáreas, o sean 3.527 millas cuadradas, el territorio de la Península.

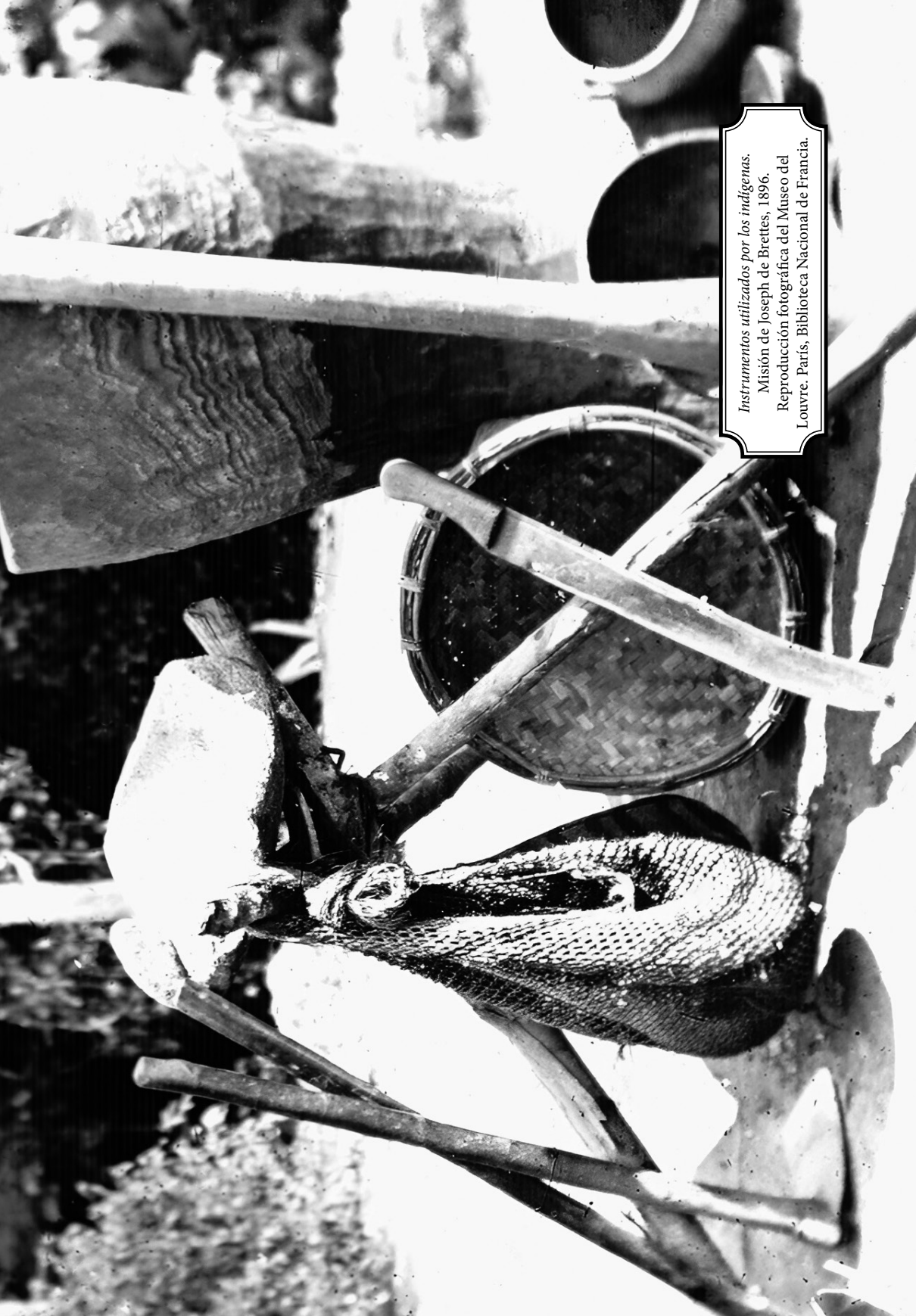
M. Reclus⁶⁹, autor que me será grato e indispensable citar en varias ocasiones, dice sobre esto:

El territorio ocupado por los guajiros es una península de catorce o quince mil kilómetros cuadrados, de unos 220 kilómetros de longitud y unida al continente por un istmo, en parte pantanoso, son sesenta de anchura.

Tiene la Península no menos de 40.000 habitantes, computadas las tribus de *cosinas* y *paraujas*, población en la cual hay que contar —dolorosa sorpresa causará el dato— 1.500 a 2.000 esclavos.

De suerte que los aborígenes de la Guajira; los de la Sierra Nevada; 4.000, lo mínimo, que pueden sumar los itotos, tupes y yukures de la Cordillera de Motilones, y 1.800 o 2.000 chimilas, componen una cifra de 52.000 salvajes. Ellos son el objeto principal de este trabajo, pequeña parte del que exigen, obligado y por honra del país, los 400.000 indígenas que en completo estado de barbarie, sin estímulo alguno civilizador, sin oír tiempo há la voz de un misionero cristiano, habitan los desiertos de la Nación. No se crea exagerada la última cifra que he escrito; no se admire que a tanto monten los indígenas así desamparados y en gran porción hasta desconocidos por los Gobiernos nacional y seccionales; los datos minuciosos que sobre la materia he recogido, concuerdan de todo en todo con los que se le han suministrado por muchos sacerdotes y personas entendidas al

69. Nota del autor: *Voyage a la Sierra-Nevada de Sainte-Marthe, par Elisée Reclus*, Paris, 1861.



Instrumentos utilizados por los indígenas.
Misión de Joseph de Brettes, 1896.
Reproducción fotográfica del Museo del
Louvre, París, Biblioteca Nacional de Francia.

señor J. B. Agnozi, Delegado Apostólico. Lo que debe admirar y ser causa de extrañeza es que no sea mayor el número de habitantes de la República completamente bárbaros. ¿Qué ha hecho ella positivamente, práctico y visible, por la civilización de las tribus indígenas?, ¿qué? La respuesta precisa e ineludible, no nos honra. Y de 1767 a época actual, ¿qué labor abnegada y loable, qué obra trascendente han hecho los misioneros cristianos en este país...? Exceptuándose los parciales y aislados esfuerzos del señor Presbítero Rafael Celedón, esfuerzos ineficaces por lo mismo, nada, absolutamente nada.

La conquista de los iberos en América quedó interrumpida desde que no hubo tesoros inmensos como estímulo de los expedicionarios pertinaces, y desde que las riquezas del botín de medio siglo debilitaron en la molicie⁷⁰ y viciosa holganza a los bravos capitanes que habían sobrevivido.

Está pues por concluir, hoy, a fines del siglo XIX, la obra realmente cristiana, de justicia, de amor, humanitaria y de reparación que se dejó en comienzo apenas al terminar el siglo XVIII.

Las breves reflexiones que acabo de hacer, son pertinentes en este capítulo, aunque hayan de exigir ampliación en otro.

VII

Muy acertadamente dice el señor Pereira, hablando del aspecto general del país que describo:

La configuración del Estado del Magdalena es la de un triángulo rectángulo formado por líneas curvas, cuya hipotenusa sería la línea fronteriza de Venezuela. Lo recorre de Sur a Norte el ramal que se desprende, cerca de Pamplona, de la Cordillera Oriental de los Andes colombianos, llamada primero Sierra de las Jurisdicciones, y más lejos cadena de Upar o Perijá;

70. **molicie.** «Afición al regalo, nimia delicadeza, afeminación» (Alemany y Bolufer); «Abandono invencible al placer de los sentidos o a una grata pereza» (DLE).

sus cumbres, o línea divisoria de aguas, forman la frontera colombiana con Venezuela hasta las cabeceras del río Socuy. Al partir de este punto, la cordillera dobla hacia el N. E., entrando en la gran Península de la Goajira, donde forma un nudo con el nombre de Montes de Oca, el cual presenta cuatro ramas principales que van a morir a orillas del Océano.

Únicamente es rectificable hasta aquí lo dicho sobre la manera como terminan los ramales del nudo de Montes de Oca; y para concluir el diseño que de la periferia del Estado hace el señor Pereira, transcribiré de nuevo unos renglones que he citado antes:

En cuanto a la Sierra Nevada de Santa Marta, es un grupo de montañas del todo independientes, que constituye el rasgo más notable de la configuración física del Estado.

Habla en seguida del río Magdalena, que le da su nombre a la sección y cierra al Occidente el triángulo cuyo vértice viene a ser la isla de los Gómez, encerrada en la bifurcación del río al descargar sus corrientes en el Atlántico.

Imagine el lector que hemos rodeado los declivios occidentales de la Sierra Nevada, que se prolonga en aristas enanas hasta las inmediaciones de Heredia y al Sur del pueblecito, como es fácil observarlo desde la cubierta de un vapor al navegar ese trayecto del río Magdalena. Estamos ya en el Alto de las Minas a 400 metros de elevación sobre el nivel del mar; a 340 sobre Tamalameque; a 391 sobre Heredia, y a 260 sobre San Juan Juan de Cesar⁷¹.

71. Nota del autor: El alto de las Minas no está desprendido de la Sierra Nevada; no es de los cerros o collados que se levantan, como Porrilla y Chimichagua, en las planicies de la antigua provincia del Valle Dupar. Por cierto pasaje que ya copié de la *Geografía* del señor Pérez (edición de 1863, p. 561). podría creerse que la posición del Alto de las Minas es otra: está al N-O. y no al N. del Paso; y en el mapa de los señores Ponce de León y Paz no se situó acertadamente la eminencia, y sí en la carta de Mr. Simmons.

Al despuntar el día es muy bello el panorama. El ramal de los Andes que desciende al río Magdalena, cerrando muy lejos el Valle Dupar al Sur de Tamalameque, va levantándose hasta las serranías de Ocaña, de perfiles indecisos en el confín del horizonte. Avanza la Cordillera de Perijá rectamente al Septentrión y sus cumbres redondeadas a veces, angulosas y abruptas a trechos, se destacan en la blancura refulgente del cielo, y sesgando en el Cerrajón hacia el Levante, dejan libre el abra anchurosa de la Guajira, fondo último de tintes de ópalo y fulgores de oro. La masa gigantesca de la Nevada se prolonga al Nordeste y el Shinundúa y las otras cúspides níveas que la circundan, irradian al despuntar el sol reflejos indescriptibles que se cruzan en el éter con los primeros rayos de la aurora: son como dos alboradas esplendentes que sorprendidas y en arrobamiento se contemplan. Duerme el valle a los pies, y sus llanuras de verdor amarillento bordadas por selvas serpeantes de color sombrío, aparecen a distancia veladas aún por vapores azulinos. En la hondonada, algún reflejo de las aguas del Cesar, o del Magdalena al Sudeste; y en esa dirección, líneas vagas de los ramales que bajan de la Cordillera central hasta inmediaciones del Banco: momentos después la diamantina corona de la Sierra se apaga; parecen sus picos de amatista y lapislázuli, y el astro-rey difunde luz y vida sobre el hemisferio de América.

Es ya ocasión de volver sobre aquel aserto del señor Pérez que dejé transcrito al hablar del macizo de la Sierra Nevada: «Otros lo miran como una cordillera independiente hoy, y acaso ramificada en tiempos anteriores con las tierras que forman las grandes y pequeñas Antillas».

He aquí lo probable. El estudio de aquel apiñamiento colosal de montes, independientes de las cordilleras andinas y como aislados por su grandeza, indica que de sus flancos y escarpas septentrionales desgajó un cataclismo ramas, enormes seguramente, que destrozadas se hundieron en el Océano, y fragmentos de ellas son, visibles aún, las islas que bordan el mar Caribe. Tal vez por efectos de la misma acción plutónica se elevó entonces la Sierra Nevada a la altitud que hoy tiene,

y se levantaron a trechos las costas adyacentes hasta la desembocadura del río Sinú, o poco menos. Y se ve: el Atlántico las cubrió en lejanas edades, y ahora deprimidas de nuevo y desgastándose, pretende otra vez arroparlas.

La hidrografía del Valle Dupar, extraña de suyo, es demostración del dictamen que respecto a la Sierra Nevada me he atrevido a emitir en las líneas anteriores. Tráigase a la vista el mapa del Estado, bien el de los señores Ponce de León y Paz, o el de Simmons, pues para el caso lo mismo da. El río Magdalena, corriendo en dirección S.N., con insignificantes desvíos, baja toda la región occidental del Estado y la limita: el Ariguaní, que nace en las montañas de Ancízar⁷², denominadas antes Las Cuevas, al S. E. del valle donde estuvo situada la antigua Valencia de Jesús, baja del Septentrión al Mediodía, paralelo al río Magdalena, como desciende el Garupal, también en dirección paralela al Ariguaní, quedando entre los dos el ramal del Alto de las Minas. ¿Qué corrientes si no las del Kariguañá formaron la hoya del Valle Dupar? En época prehistórica no desembocó seguramente en el lugar de la costa denominado hoy Bocas de Ceniza: con raudal diez o más veces mayor que ahora, desaguaba en el Atlántico por el cañón que forman al N. E. del Valle la Cordillera Oriental y las faldas de la Sierra Nevada, sobre la costa cuyo centro ocupa a ciudad de Riohacha.

Entonces no terminaba la Cordillera Central donde hoy parece terminar: se tendían sus últimos ramales hasta confundirse con los del Sudoeste de la Sierra Nevada; y los cerros de Chimichagua, que se ven al Norte de la laguna de Zapatosa, son la extremidad, ahí de uno de los ramales de la Cordillera Central. Los rompió el Magdalena al excavar sus corrientes el cauce que hoy tienen desde el Banco hacia el Norte. Esto debió de suceder al efectuarse el cataclismo que, levantando la Sierra Nevada a grandísima altura en medio de una cordillera truncada al presente, desprendió de sus flancos septentrionales los brazos

72. Nota del autor: Así llaman los businkas aquellos montes desde que estuve en la comarca: débil tributo de mi admiración y cariño a la memoria del virtuoso y sabio repúblico.

que se prolongaban en el mar de las Antillas hasta Yucatán y la Florida, sobre regiones del continente que el movimiento plutónico despedazó quedando sólo vestigios de ellas sobre la superficie del Océano. Al elevarse en su extremidad Nordeste el antiguo lecho del río, es natural inferir que sus raudales se arremolinaron en lo más profundo del Valle, allí donde hoy se estancan las aguas de Zapatosá; y al cubrirse de nieves las cumbres de la altísima montaña, bajaron de ellas los ríos que van directamente al Atlántico, y por las faldas meridionales, el Cesar, el Vadillo, el Guatapurí y varios otros, terminando esa red el río Ariguani, cuya dirección he descrito antes. Así el Jikuamake (hoy Cesar), al recoger en el fondo del Valle sus afluentes, tomó un lecho robado al Kariguañá, lo que explica la causa del curso perezoso e indeciso de aquel río, pequeño e insuficiente para la hoya que recorre.

Son necesarias en la materia algunas citas de autores competentes, porque no tienen la autoridad requerible mis conceptos, lo que reconozco de antemano, primero que los lectores de estas páginas. Las citas, además, serán de agradable lectura e interesantes.

Por razones que al lector se le alcanzan, y francamente, a fin de adelantarme a la suposición de que ciertas aficiones literarias puedan inducirme a citar con alguna frecuencia estrofas de Juan de Castellanos, es bueno advertir que los historiadores chilenos se ven precisados a citar frecuentemente pasajes íntegros de *La Araucana* de Ercilla, y de Pedro de Oña, autor de *Arauco domado*, lo mismo que les acaece a historiadores argentinos con las estancias del poema que escribió el Arcediano don Martín del Barco Centenera. Aquellos poetas cronistas fueron minuciosos y veraces casi siempre, y de ahí que sea imprescindible leerlos y comentarlos al escribir la historia de tales países. Los propios méritos e importancia tienen entre nosotros las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, particularmente en lo que dicen del litoral samario y su conquista, en la cual fue batallador el poeta, y hasta minero poco feliz, de 1544 a 1550⁷³. Doy, pues, como

73. Nota del autor: Prueba de ello da la *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* por el Ilustrísimo señor don Lucas Fernández de Piedrahita —verdaderamente

recibida de los lectores la venía para citar algunas estrofas oportunas, y a veces admirables de don Juan de Castellanos.

En su primera incursión de Riohacha al Valle Dupar, Mr. Reclus prefirió el camino que pasa por el burgo de Treinta, para esguazar el Ranchería en el paso de Chorrera. A partir de este punto, he aquí las observaciones que hizo en cuanto se refieren a la transformación hidrográfica de que traté:

La muralla de rocas que se levanta sobre la margen derecha del Ranchería, debe sin duda su formación actual a las olas de un lago o de un río caudaloso que venía a chocar contra esa base: es un antiguo tajo, como lo prueban las escarpas, las grutas, los terrenos de aluvión de las llanuras vecinas, y los caracoles y conchas de agua dulce diseminados por el suelo. Todas las colinas que rodean esta hoya son escarpadas y su base se encuentra a una misma altura: no se puede dudar de que en otro tiempo un anchuroso lago se extendió entre la Sierra Nevada y el nudo de los Andes llamado Sierra Negra. Quizá el río Magdalena atravesaba entonces este lago de agua dulce, tomando el lecho actual del Ranchería; paulatinamente, el levantamiento gradual de la Sierra Nevada derramaría el lago en el mar, rechazando el Magdalena más al Oeste, hacia el golfo que se extendía entre Cartagena y Santa Marta, y que después ha sido colmado por los aluviones del río. Todavía hoy la elevación del terreno que separa de la hoya del Ranchería la del Cesar, afluente del Magdalena, es apenas notable⁷⁴.

Errando mucho en cuanto no se refiere al punto que me ocupa, este párrafo de los señores Truchon y Striffer, que recorrieron el Valle

ilustre—. Obispo de Santa Marta desde 1669: aproveché en su obra, como lo dice en el proemio, los perdidos cantos que formaban la cuarta parte de las *Elegías* mencionadas. Véase el prólogo del libro de Piedrahita, párrafo penúltimo.

74. Nota del autor: Obra citada, cap. XII.

Dupar hasta pocas leguas al Oriente de la ciudad de ese nombre, corrobora⁷⁵ la teoría desarrollada antes:

El llano de ocho leguas de anchura que atraviesa el Cesar, se extiende de Norte a Sur entre dos cordilleras paralelas, de que la oriental es la continuación de los Andes que costea el Magdalena hasta cerca del Banco, y la Occidental es un costado del grupo de la Nevada, sublevación aislada que parece haberse interpuesto para impedir al Magdalena la salida por Riohacha⁷⁶.

Para escribir el señor Manó sus peregrinos informes, ya juzgados —que podría pulverizar un niño de escuela con sólo recorrer el país que en ellos se describe— apenas hizo viaje desde Riohacha a Villanueva, trayecto de catorce y medio miriámetros... En su informe del 5 de abril (1882), arreglado en Santa Marta, hay unos pasajes en que, sorprendido y perplejo, diserta a su modo, confirmando la expedición muy natural que hubo de sugerirme el aspecto de la hidrografía y montañas del Valle Dupar. Los transcribo y basta:

Aunque haya tenido la fortuna de conseguir casi por completo mi principal intento, me ha visto, sin embargo, invenciblemente distraído desde mis primeros pasos por una de esas cuestiones de ciencia pura, de las cuales quería precisamente huir para el mejor desempeño del cometido que me fue confiado a la vez por el Congreso y el Gobierno de la Nación.

Me refiero a la pasmosa tranquilidad con que se han verificado en esta parte septentrional de los Andes, toda la serie de los fenómenos geológicos que tan profundamente trastornaron la corteza terrestre en casi todos los demás puntos del orbe conocido.

75. La edición de María Teresa Cristina dice *robora*, de *roborar*, verbo en desuso que significa «otorgar, confirmar, rubricar algo» (DLE).

76. Nota del autor: Exploración minera practicada en el Estado del Magdalena. Corto folleto impreso en castellano, 1876.

Aquí, las diferentes épocas geológicas que los geognostas caracterizan bajo los nombres de penéana, triásica, jurásica y cretácea, no forman, se puede decir, sino un solo y único período, a pesar de la inmensidad de los tiempos que debieron transcurrir durante la lenta formación de sus potentísimas estratificaciones; y no constituye asimismo sino un solo piso perfectamente concordante, toda la serie de los terrenos o capas sedimentarias, desde los calcáreos conchillares⁷⁷ del «lías», que presentan en los fósiles que forman inseparable cuerpo con la masa de dichos calcáreos, la tan característica quebradura espática y brillante, hasta las tobas postjurásicas.

Pues señor, por allí corrió un gran río; y no hay más que decir. Veamos ya con el lector los efectos de aquella acción plutónica en el litoral.

Habla Castellanos de cómo, por la primera amenaza de piratas franceses, se trasladó más al Occidente del Cabo de la Vela la población fundada por los españoles en 1538 a fin de explotar los bancos de madreperla, lucrativa empresa que inició poco antes Federmann:

Pero como ya viesen descubiertos
Caminos a canalla tan borracha,
Para poder estar más encubiertos
A buscar el remedio se despacha;
Y así luego poblaron otros puertos
Más abajo del río de la Hacha,
Do⁷⁸ llaman la Barranca,
campos buenos
Del río media legua y algo menos.
Donde sin centinelas ni resguardo
Por un poco de tiempo se reposa,

77. **conchilla**. Restos fósiles de crustáceos, moluscos.

78. **do**. desus. «Donde» (DLE).

Por ya no parecer flecha ni dardo
De la gente crüel y belicosa;
Y en el mismo lugar pobló Luis Pardo
Un pueblo que llamó Villaviciosa,
Que fue por don Alonso Luis de Lugo,
Por ponelles encima cierto yugo.
Esto fue por el año señalado;
Mas ellos sin perder su señorío,
El de cuarenta y cinco desmediado,
El asiento mudaron mas al río,
O por ser puesto más acomodado,
O por cumplir hacer este desvío,
Con el renombre de Nuestra Señora,
Con el cual permanece hasta agora.
Hay campo por allí muy extendido,
Ya poblado de vacas y de yeguas,
Cuyo compás se ve que mar ha sido
Por espacio de dos y aun de tres leguas,
E ya de tal manera retraído
Que tiene para siempre hechas treguas,
Dejando gran espacio descubierto
Desde donde residen, que es el puerto.
Y ansi⁷⁹ por las cabañas y el aprisco
Do pastan los ganados destas gentes
Se ven muchas horruras, mucho cisco⁸⁰,
De marinas menguantes y crecientes,
Y aquí y allí montones de marisco,
Con otras muestras claras y patentes
Por do conocerá quien puede vello
Ser mar antiguamente todo ello⁸¹.

79. **ansí.** desus. «Así» (DLE).

80. **cisco.** «Bullicio, reyerta, alboroto» (DLE).

81. Nota del autor: *Varones Ilustres de Indias*, parte II. Relación de las cosas del Cabo de la Vela, etc., p. 252. Madrid. M. Rivadeneyra, editor, 1857.

Vayan unos renglones de don José Nicolás de la Rosa, tomados del libro segundo de su obra ya citada:

Con la construcción del castillo de San Jorge⁸², y la seguridad que ya ofrecía la guarnición de 40 hombres que S. M. le situó luego⁸³, con las asistencias en la real Caja de Ocaña, tuvieron mayor motivo los vecinos del río de la Hacha para fomentar el buceo de perlas de aquella costa, manteniendo barcas y negros buzos, con lo que enriquecieron tanto que fue aquella ciudad, si no la más populosa en fábricas y edificios, la más frecuentada de los españoles, y la más rica de una y otra provincia, y venía a ella el patache de la Margarita en todas las ocasiones de galeones con cédula especial para conducir a España los reales quintos de perlas, que entonces eran copiosos. La calle que allí llamaron de la Mar, y como suya la posee hoy, era toda poblada de artífices y enjoyadores...

Como se ve, el mar que devoró esa calle de la población no tenía para siempre hechas treguas, según lo supuso Castellanos.

Después de sus observaciones en Riohacha y llanuras inmediatas, escribía M. Reclus:

Todavía subsiste uno de los tres fuertes que defendieron a Riohacha en la época de los españoles; las olas minaron tiempo ha los otros, cuyos cimientos se han convertido en pequeños arrecifes cubiertos de políperos. Los temblores de tierra, tan frecuentes y muy temibles en otros puntos de Colombia, parecen no haber tomado parte en esta obra de destrucción. En cambio, quizá se ha efectuado una lenta depresión del suelo, porque se notan en varios sitios invasiones graduales del mar: la calle de la Marina, en otro tiempo la más importante de Riohacha, ha

82. Nota del autor: En 1602.

83. Nota del autor: Más o menos lo mismo que ahora hace el gobierno nacional.

desaparecido tragada por las olas. En época anterior, un movimiento en sentido inverso debió producirse con grande intensidad. La llanura entera, compuesta de aluviones marinos y calcáreo conchillar, tiene la apariencia de una ría cuyo lecho hubiese surgido recientemente. Los arrecifes perdidos en el interior de las tierras muestran contornos tan patentes como en la época en que sus anfractuosidades eran socavadas por los oleajes: las arenas parecen haber sido depositadas la víspera: los fondos de los bajíos son hoy salados como en el día en que un dique de morrillos los separó del mar.

Si Mr. Reclus hubiera recorrido la Sierra Nevada, no limitando sus excursiones solamente hasta San Miguel, en las riberas del Nina, clara se hubiera presentado a su vista perspicaz, en las cumbres y en los flancos del Septentrión y Mediodía, la causa de aquel movimiento de mersión, contrario al que se efectúa ahora en el litoral samario y en el de Bolívar, y al haber hecho viajes en la hoya del río Cesar, habría adquirido certidumbre de las inferencias que hizo estudiando el valle en la extremidad Nordeste, al vadear el Ranchería por el paso de Chorrera: es tangible, por los asomos de poderosas eyecciones ígneas en las bases meridionales de la Sierra y en sus declivios a ese lado y al Occidente, que no fue gradual el levantamiento de las montañas, sino efecto de un cataclismo trastornador de los sistemas orográfico e hidrográfico de aquellas regiones, y que probablemente modificó la forma que en edad remotísima tuvo la América.

Una rápida inspección de la costa, de Riohacha a Cartagena, dejará conocer los efectos de la inmersión que se efectúa en todo ese litoral.

La ciudad de Santa Marta se fundó a la entrada de un golfo estrecho, abandonado por el mar pocos siglos antes de la conquista. Ocioso, es decir, que hasta en la extremidad interior de aquel golfo deben encontrarse a flor de tierra casi, restos de moluscos, políperos y peces, en terreno marino; todo lo cual demuestra que el desagüe del golfo tuvo lugar en una época relativamente cercana al año de 1526.

El fuerte de Santa Bárbara, situado delante de la ciudad en el centro del arco que forma la bahía, tuvo extensa playa desde el pie de sus bastiones fronterizos hasta el límite de las aguas. Esto a fines del siglo XVIII; y próximamente, en el año de 1843, todavía quedaba espacio no muy angosto para evolucionar un batallón. Hoy baten las olas los muros derruidos del fuerte, y las marejadas de leva han corrido ya por las calles de la ciudad.

No se efectúa meramente en el litoral samario de la hacienda de Papares, una zona de terreno cultivado, que ha desaparecido, quedando apenas libre el piso indispensable para la ruta que conduce de San Juan de la Ciénaga a Santa Marta. Y en los barrancos de Dorsino, socavados y carcomidos también, los oleajes derrumban momias o esqueletos de indígenas que seguramente fueron sepultados en cementerios distantes de las antiguas playas.

El mar ha devorado en el término de cuatro o cinco décadas una milla o más de la llanura que hubo entre la población de la Ciénaga y la rada: recorriendo aquella parte de la costa, podría decirse que se ve al Océano avanzar. El fondeadero de la Barrita, en el camino de la Ciénaga al río Córdoba, está hoy donde existió la finca denominada Los Mangos, y se recuerda muy bien el sitio en que estuvo, por circunstancias inolvidables en la muerte el Gobernador Fábrega. Después les ha sido preciso a las autoridades de la población ocupar predios de la vera, a fin de reponer aquel camino, derrumbado por las olas dos o tres veces en veinte o treinta años.

Pueblo-Viejo, villorrio de pescadores situado cerca de la Barra de la Ciénaga, ha perdido considerable porción de su playa y los escombros de la iglesia se hallan ahora en el mar, a cuarenta metros de la orilla.

No se efectúa meramente en el litoral samario esta depresión de la tierra o avance del Océano; sucede lo mismo en la costa de Bolívar.

Rectamente, Turbaco dista 15 o 16 kilómetros del mar, y tiene de altura sobre él 300 metros. En abril de 1801 visitó aquel villaje y alrededores el Barón de Humboldt, como puede verse en el capítulo

V de su obra titulada *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*.

Turbaco (dice) se halla situada sobre una colina... Límpidas fuentes corren en distintas direcciones, naciendo de una roca caliza que contiene algunos restos de corales petrificados.

Y al hablar de los Volcanes de aire:

Hállanse situados los Volcancitos a 6.000 metros al Este de Turbaco, en un espeso bosque donde abunda el Tolú, la Gustavia de flores de ninfea y la Cavanillesea mocrando... Elévasse gradualmente el terreno a 40 ó 50 metros sobre Turbaco; pero el suelo, cubierto por todas partes de vegetación, impide que se conozca la naturaleza de las rocas superpuestas al calizo conchífero.

Vi en el cementerio de Barranquilla, que está en lo más alto de la población, esparcidas las madreporas que los cavadores de sepulturas hallan a dos pies de profundidad o poco menos. Y en Malambo, pueblecito de la orilla occidental del Magdalena, a 20 ó 22 kilómetros de su desembocadura, hay también subsuelo marino.

En otro tiempo el mar se hallaba bien distante de sitios que hoy azota en la bahía de Cartagena, o de riberas que ha cubierto: ahora llega a la Punta de la Tenaza; la playa de Cruz Grande con sus bosques de uvitales ha desaparecido, así como la casa y pozo que antiguamente existieron allí; la coquera de la playa de Crespo fue barrida por las mareas; la de Palo-Alto, que perteneció al señor D. Manuel Román, corre igual suerte, y es muy angosto ya el playón que va de Guayepo a Punta-Canoa. Todo ha sido obra de treinta o cuarenta años, y sencillo es demostrar que otro tanto viene sucediendo en la costa de Bolívar que se extiende hacia el Sur. Con tal motivo, y al hacerle algunas de las observaciones que dejo escritas, me decía en septiembre último un hijo ilustre de Cartagena: «Paseando hace



Indios chimilas con sus chozas. Misión de Joseph de Brettes, 1896. Reproducción fotográfica del Museo del Louvre. París, Biblioteca Nacional de Francia.

poco las murallas, que no recorría desde algún tiempo, exclamé sorprendido: a esta ciudad la devora el mar».

¿La inmersión de aquellas costas se efectúa meramente a causa de ir volviendo ellas a su primitivo nivel, sobre el cual las levantó el cataclismo de que traté? Acaso no. El crecimiento progresivo de montañas submarinas en el mar Caribe, o fenómenos del mismo orden, podrían determinar en parte los efectos indicados. Mas sea o no así, muy visible está el peligro en que se hallan las poblaciones litorales de que hice mención, y prevenirlo de algún modo es cordura y necesidad. De lo contrario, desprevenidas, en el curso de medio siglo se cumplirá esto:

Riohacha perderá otra vez su nueva calle de la Marina que las olas van estrechando día a día, haciéndose preciso e ineludible la traslación de la ciudad a las eminencias o collados que tiene cerca al Occidente.

Santa Marta, que debió ser edificada en altura de tempero dulce y de condiciones favorables en las estribaciones inmediatas, a no haber temido los conquistadores las hostilidades de las tribus aborígenes, buscará ese sitio para su reedificación, y cerca lo tiene en las faldas septentrionales del monte de la Horqueta, caso de que no sea preferible la traslación a las orillas de Gaira, buen puerto y lugar de saludable clima, en comparación con el de Santa Marta.

La pintoresca población de la Ciénaga, que seguramente se trasladó de Pueblo-Viejo al sitio en que está, porque el mar desde entonces le robaba espacio, se situará en los declivos de la Sierra, que tiene al Oriente con marmoleras riquísimas, cerca del Córdoba; a no ser que se repliegue sobre la aldehuela⁸⁴ de Riofrío, de vastos y fecundos bosques para los cultivos que constituyen hoy la riqueza y merecido bienestar de la población a que me refiero.

Cartagena... De la ciudad vencedora de Vernon y sus formidables huestes; de aquella donde se proclamó en 1811 la independencia absoluta de la metrópoli española; de la víctima sublime en 1815, no puede la Nación abandonarles a los abismos del mar ni un puñado de argamasa, ni un guijarro. Es más fácilmente defensible que las

84. **Aldehuela.** desus. «Diminutivo de *aldea*» (Alemany y Bolúfer).

otras poblaciones del litoral, por las murallas y bastiones que la escudan, y la obra precisa se ejecutará.

En San Juan de La Ciénaga podrían retardarse los efectos de que hablo, con sembrar a conveniente distancia del límite a que llegan hoy las olas, triples hileras de mangles, cuyas raíces poderosas detienen las marejadas en varios puntos del litoral colombiano en el Atlántico y en el Pacífico; y tajamares de poco gasto bastarían a favorecer por algún tiempo a Santa Marta y a Riohacha. Sin embargo, es muy posible que en el transcurso de ochenta o cien años, apenas queden vestigios de estas poblaciones, y que las naves de alto bordo suelten sus anclas en el sitio donde hoy se halla la ciudad que fundó Rodrigo de Bastidas.

VIII

Las cuatro secciones departamentales en que estuvo dividido el Estado, son hoy tres: Santa Marta, departamento cuya población pertenece en su mayor parte al distrito de la Ciénaga, importante por su agricultura y abundancia de pesca, que se exporta en cantidad de consideración al Estado de Bolívar; Padilla, de lisonjero porvenir por lindar con el territorio guajiro, y si se construye la carretera que debe poner a Riohacha en fácil comunicación con la hoya del río Cesar; y El Banco, que tiene ventajosamente situada en la orilla del Magdalena la población que le da nombre del departamento.

Forman el Territorio de la Nevada y Motilones, como lo indica el nombre que se le da, dos partes o distritos diferentes, que divide el Departamento de Padilla al Nordeste y centro del Valle Dupar. La fracción de la Sierra Nevada comprende su nudo central, y desde Palomino, al Norte, hasta Rioseco al Sur, y de Tembladera al Nordeste a Pueblo-Viejo al Sudoeste. La otra (Motilones), se extiende por el Sur hasta el río Casacará, y hasta el río Jobo al Norte, limitándola al Levante la Sierra de Perijá⁸⁵ y al Poniente el Cesar.

85. Nota del autor: El señor Pérez, en su edición de 1883, página 353, al indicar estos límites exactos, dice que la cordillera de Perijá es llamada también Sierra Negra: no; conserva el nombre dicho o el de Sierra de Motilones, Si Sierra Negra se la llamase, no sería límite de

He hablado ya de la extensión y aspecto del Territorio de la Guajira. Sus límites debieran determinarse así: la periferia de la Península desde la boca Paijana hasta la desembocadura del río Calancala, o sea, por el Oriente, con la ensenada de Calabozo y el golfo de Venezuela; hacia el Norte y Nordeste con el mar de las Antillas, y al Sudoeste y Oeste con el Estado del Magdalena. Al Sur le sirven de límites con la República de Venezuela los mismos de aquel país con los Estados Unidos de Colombia; de modo que la región comprendida entre los ramales de Montes de Oca y el curso del Socuy, hasta que después de recibir las corrientes del Guazare entra con el nombre de río Limón en la laguna de Sinamaica, pertenece al territorio guajiro, o debe figurar como porción integrante de él, puesto que en ella no ejerce dominio el Gobierno del Estado del Magdalena. Arreglada la cuestión de límites entre Colombia y Venezuela en términos justos, lo que seguramente sucederá por medio del arbitraje acordado, aquella región, caso de pertenecerle a Colombia, lo que parece seguro y natural, debe ser administrada como Territorio separado, que podría denominarse del Socuy.

Es hoy capital del Territorio de la Guajira (*en nombre, lo mismo que antes lo era oficialmente Maraúyén*) San Antonio de Calancala, ranchería que fundó el señor Antonio Granadillo en 1882, siendo Prefecto del Territorio, *a dos millas de Riohacha*, en la ribera oriental de aquel río. Aparte de ese aduar o aduanilla dañosa, pues entorpece y ahuyenta el comercio de los salvajes con la ciudad, hay un triste burgo de barracas en *Calabacito*; el corregimiento de Marichó es puramente nominal, y la ranchería de Soldado no existe desde la matanza que ha poco hicieron allí los indígenas, represalia, como siempre, de los latrocinios⁸⁶ y ruines abusos de los traficantes que se titulan civilizados.

Hay estas líneas en la *Geografía* del señor Arboleda, página 113: «La Sierra Nevada, Motilonés y la Goajira, son territorios administrados por

este último Territorio, porque la Sierra Negra, al N. de Cerro-pintado, la mayor eminencia de la Cordillera al descender a la costa, se halla en el Departamento de Padilla.

86. **latrocinio.** «Acción propia de un ladrón o de quien defrauda a alguien gravemente» (DLE).

el Gobierno nacional; sus poblaciones y caseríos principales son respectivamente: San Antonio, Espíritu Santo y *la Misión de Maraúyén*».

Siendo tan compendiada aquella obra, su propio título explica la carencia de ciertos pormenores en lo referente a la geografía de este país. Cuando publicó su libro el señor Arboleda, aún existía la misión de Maraúyén, que fue abandonada en 1873. Unos misioneros holandeses intentaron restablecerla en 1879 y desistieron también de la obra en 1880. Desde entonces, la capilla de techo pajizo que se construyó primero, y la de madera que comenzaron los sacerdotes que dije —ruinosas, desmanteladas y abiertas— sirven de sesteadero a los ganados. Los persistentes y abnegado esfuerzos del Presbítero Rafael Celedón en beneficio de la misión, fueron ineficaces, porque no tuvo apoyo efectivo. Además, el sitio era inadecuado para el establecimiento, sin agua potable y distante el defectuoso sistema de catequización, de meras predicaciones y ceremonias, lidiándose con tribus que siempre habían rechazado o recibido con befa⁸⁷ y desdén a los misioneros católicos. Apuntaciones circunstanciadas sobre la materia son de otro capítulo.

Posteriormente, hasta 1882, sucedió esto, que tiene bastante de gráfico y original. Cabecera del Territorio guajiro venía siendo Soldado, caserío mísero, en suelo pantanoso —zurdo y meticulosamente escogido al *Oeste del Calancale*—; y haciéndose forzoso abandonar aquella rancharía, figuró Maraúyén, sólo en notas oficiales, como capital del Territorio, y ya se dijo qué había en Maraúyén.

Es el pueblo de Atanques (Kankuak), en la tierra de los kogües, de los cuales existen muy pocos cabecera de las dos comarcas que constituyen el Territorio de Nevada y Motilones. La capital, por ahora, debería ser San Antonio, administrándose con particular esmero el corregimiento de San Sebastián, en cuyas cercanías es ventajosamente situable una colonia rica y sana, que con pequeño gasto se pondría en comunicación con las altas orillas del Aracataca, navegable desde el sitio donde su raudal corta las minas de hulla. Pero Atanques, situado

87. **befa.** «Burla grosera e insultante» (DLE).

en las faldas meridionales de la Sierra, dista menos de la sección de apenas tres o cuatro millas de Riohacha; y probablemente contribuyó mucho al mal éxito Motilones que las otras aldeitas de la Nevada; y esta es la razón por que residen allí los empleados nacionales, siendo notorio que algunos prefectos ni se han atrevido a visitar el pueblo de Espíritu Santo, por temor a los salvajes denodados y rencorosos, crueles a veces, que lo dominan desde la Cordillera Oriental.

Prescindiendo del cuadro que contiene la *Geografía* del señor Pereira, sobre población de los Estados Unidos de Colombia en 1881, encuentro los datos que van en seguida:

Aunque algunos autores computan en 100.000 o en 60.000 el número de indígenas no civilizados de la Guajira, él calcula que alcanzan solamente a 25.000, y estima en 12.500 el monto de los habitantes civilizados del Territorio, que forma —dice— *setenta agrupaciones o caseríos*. Más adelante, en la página 210, expresa que el Territorio de la Guajira contiene 40.000 ó 50.000 habitantes, comprendiendo en ese número los indios salvajes.

El señor Pérez (edición de 1883), ocupándose de ese Territorio, indica que la población civilizada alcanza 9.000. No acierta: son ya 3.500 menos que los computados por el señor Pereira, y la causa de estas vacilaciones y del error en geógrafos como ellos, se explica por la dificultad de obtener datos verdaderos, que tampoco ha poseído el Gobierno nacional. Mas si atinó el señor Pérez al decir en una nota de la misma página, que se calcula por los concedores en 40.000 almas la población del Territorio.

La de los civilizados no llega en la Península a 9.000, y mucho menos, claro está, a 12.500. No cause extrañeza ni admiración la cifra que voy a escribir: los habitantes que en la Guajira se toman el nombre de *civilizados*, a falta de otro más característico, alcanzarán a 250 ó 300 a lo sumo. Ellos, como lo afirman informes de Prefectos de aquel Territorio, son ingobernables; y es la verdad, aunque me hallo en la obligación de advertir que deben hacerse algunas excepciones, raras empero, de individuos que pudieran ser base de Colonias positivamente útiles y civilizadoras en la Guajira.

Población de Nevada y Motilones en la *Geografía* del señor Pereira: 4.500 habitantes, repartidos en catorce burguitos: 7.000 a 10.000, comprendidos los indígenas no civilizados.

El señor Pérez (edición citada): habitantes del Territorio, civilizados, 3.680; bárbaros, 3.500. Total, 7.380.

El señor José Manuel Royo dice en su *Nueva Geografía Universal*, edición de 1881: «Los Territorios de *Sierra Nevada*, *Motilones* y *Goajira*, a los cuales se les calcula una población de *mucho más de 2.000 habitantes, están al Norte del Estado del Magdalena*. Los dos primeros forman hoy un solo Territorio; tiene por cabecera a *San Antonio*; y cuenta otros lugares notables, entre ellos San Miguel, Santa Cruz y Palomino»⁸⁸.

Ya he dicho que los indígenas salvajes en la Sierra Nevada son de 5 a 6.000, y los habitantes que se titulan civilizados, 500 aproximadamente.

En cuanto a Motilones, apuntado quedó que el número de sus pobladores salvajes puede llegar, lo menos, a 4.000, y para lo demás, tomo de una de mis carteras estos apuntes que personas competentes me suministraron en Espíritu Santo o Pueblito⁸⁹.

Habitantes civilizados, y bien pocos merecen tal nombre, 850 y nada más, distribuidos así: en Jobo, 90 a 100; en Palmira, 45 a 50, y en Pueblito 700. Lo que restaba de la población de Becerril, insignificante por cierto, emigró después del incendio de 1882, época en que recibí estos datos.

Compárese pues la diferencia que hay de 3.680, cifra indicada por el señor Pérez, a 1.350, que es la verdadera.

88. Nota del autor: Aún suponiendo que por error tipográfico le falte un cero a esa cifra de 2.000, mucho va todavía de 20.000 al número real de los habitantes que tienen los dos Territorios. La Península guajira no está al Norte del Estado del Magdalena, sino al Oriente, y la sección de Motilones se halla incrustada en el Valle Dupar al Sur. La cabecera o capital del Territorio de Nevada y Motilones es Atanques, y el señor Royo no menciona aquel pueblo, ni a San Sebastián, único, y de importancia por su clima, industrias, etc, al Sudoreste de la Sierra Nevada.

89. Nombres antiguos del hoy municipio Agustín Codazzi, del departamento del Cesar.



Indio motilon. Misión de Joseph de Brettes,
1892. Reproducción fotográfica del Museo del
Louvre. París, Biblioteca Nacional de Francia.

Y aquí es obligatorio explicar por qué motivo se ha exagerado desde 1871 hasta hoy del número de habitantes civilizados, o no salvajes por completo, que habitan en los Territorios de la Guajira y de Nevada y Motilones. El Tesoro de la Unión costea desde entonces, por cada Territorio, un Comisario, especie de Representante que concurre a la Cámara Nacional de Diputados, con voz y voto en los asuntos relacionados con el respectivo Territorio. Estos Comisarios reciben viáticos y dietas como Representantes de la República⁹⁰. Háse convertido pues en un empleo lucrativo y honorífico la representación de indígenas: las cábalas y las prestidigitaciones en la farsa del sufragio popular, son también de provecho y usanza en las regiones salvajes del país. Afirmino, sin riesgo alguno de que se me contradiga, que en los Territorios a que me refiero jamás hubo un centenar de indígenas salvajes que supiera de qué se trataba en las tales elecciones de Comisario; y sé que los aborígenes bárbaros no conocen ni de nombre a las personas que vienen a representar los intereses de esas tribus en el Congreso Nacional. Tuve en mi poder registros de aquellas elecciones, y no sé verdaderamente decir a qué se parecen los apuntes en borrón. Compréndense así las razones que obraron en el ánimo del señor José Manuel Goenaga, probo e inteligente servidor de la República, al proponer, en 1882 o 1883, en su carácter de Comisario del Territorio de la Guajira, que tal empleo y los de su misma especie fueran suprimidos.

Mas con ser tan perjudicial de suyo ese aparato costoso, de mera forma, que les da nominalmente representación en el Congreso a los aborígenes de los dos Territorios, ocasiona deplorables consecuencias en perjuicio de las tribus salvajes: las indicaciones que el Gobierno nacional recibe comúnmente para hacer la designación de Prefectos, significan a la vez, y en último resultado, designación de

90. Nota del autor: Cada uno de los Comisarios tiene, cuando no se prorrogan las sesiones del Congreso, \$606.45 por dietas, y de viáticos. \$1.308, o sea la suma total de 1.914.45. Los dos Comisarios le han importado anualmente a la Nación \$3.828.90. lo menos; y desde 1872 hasta la fecha. \$45.946.80. Dinero perdido, que a invertirse en escuelas industriales, o en obra de provecho, habría sido fructuoso para la Nación y las tribus.

Comisarios, porque aquéllos, en realidad de verdad, eligen o dan por elegidos a éstos; y las Prefecturas son confiadas así, no a individuos idóneos y amados de los indígenas, sino como les conviene a los pretendientes del empleo de Comisario.

En justicia y sana razón esto debe terminar, y es humanitario y decoroso e imprescindible que el país adopte otro sistema, fácil y económico, en todo lo relativo a la administración de aquellas secciones. Devolvérselas al Estado del Magdalena, como desde 1880 lo indican los Secretarios de Gobierno en sus memorias, es triste confesión de impotencia o de ineptitud que no honra al Gobierno de la República.

Lo de historia

I

En lo tocante a historia de las tribus que subsisten en la región descrita y de las refundidas en ellas, o aniquiladas por crueldad o incuria de los gobernantes españoles, no basta un bosquejo aquí, y sólo detalles sobre sus costumbres, índole, rasgos fisonómicos, etc., irán bien al contraerme a las diversas agrupaciones indígenas, según el itinerario de los viajes que hice en el país.

Mas no es acertado tomar punto cronológico de partida en 1499, en que Alonso de Ojeda descubrió al regreso del golfo de Paria costas de la península Guajira; desconociéndose, o así desestimadas las verdaderas causas de errores y crímenes futuros, inexplicables habrían de ser ellos al estudiar de 1526 a 1577 el cuadro horrorizador de la conquista en aquellas comarcas; y forzoso es también investigar en edades prehistóricas cuanto sea posible.

Transcurridos ya treinta años en hondas meditaciones, en lucha con la omnipotencia ignorante, torturándole infortunios y miserias, devorado y casi enloquecido por la fiebre del genio⁹¹, firme estaba en el alma de Colón aquella fe sobrenatural en la grandeza de su destino, y aguijoneado más vivamente por sus anhelos sublimes, la existencia se le agotaba sin vencer. Entonces venció.

Pero no desvalido en absoluto, y en comprobación de ello —que es reparación debida a todos sus protectores y a España— inútilmente pretendería escribir algo tan preciso, inconcuso y acabado como unas líneas trazadas por el historiador que más recientemente se contrajo

91. **fiebre del genio.** Una forma coloquial de decir que una persona se encuentra en un estado de alta producción y creatividad.

a estudiar la vida de Colón y circunstancias y pormenores de ella, desconocidos antes o que se perdían en la grandeza del conjunto.

Se equivocaron, sí; se equivocaron lastimosamente, tanto Muñoz como Bossi, y lo mismo Navarrete que Humboldt, que Irving y Prescott, ni más ni menos que los Lamartine y los F. Cooper, y lo mismo Rosselly que De Belloy. y así M. Latour como E. de Chanel, el Duque de Rivas tanto como el espiritual Campoamor, novelistas, poetas e historiógrafos, al dar de barato⁹² que la Universidad de Salamanca declaró imposible el intento de Colón; que la docta Junta de Salamanca dio un dictamen desfavorable; que declaró el plan del insigne cosmógrafo quimérico, impracticable y apoyado en muy débiles fundamentos; se equivocaron lastimosamente, tomando las *Juntas y pláticas del prior de Prado*, tenidas en Córdoba a principios de 1486, por las famosas Conferencias de Salamanca, que, provocadas officiosamente por los entusiastas protectores de Colón, y dirigidas, inspiradas y presididas por el R. P. M. Fr. Diego de Deza, se celebraron durante la estancia de los Reyes Católicos en aquella ciudad, de 1486 a 1487. Se equivocó grandemente el eruditísimo, y por otra parte juicioso y atinado Prescott, al decir: «que desde el primer instante de su concepción hasta su complemento final, Cristóbal Colón no encontró más que molestias y embarazos de toda especie, sin hallar casi ni un corazón que se interesara en su favor, ni una mano que le ayudara». Se equivocó también el insigne Irving al creer y dar por cierto que Colón no había tenido más amigos y protectores en España que Fray Diego de Deza y Fray Juan Pérez.

Demostrado irrecusablemente dejamos que, aparte de Juan Verardi y de la Colonia italiana que residía por entonces en

92. **dar de barato.** «Aceptar algo como válido o verdadero, aunque no se tenga certeza de ello» (DLE).

Sevilla, en el Puerto de Santa María, a luego de su llegada a España encontró al Duque de Medinacelli; en Córdoba al Cardenal Mendoza, a Fray Diego de Deza, a Alonso de Quintanilla, al Comendador D. Gutierre de Cárdenas, a Luis de Santángel, al Secretario de la Reina, Gaspar Gricio, al Tesorero, Rafael Sánchez, al Camarero del Rey, Juan Cabrero, y a mujeres de tan levantado ánimo como la Marquesa de Moya y doña Juana de la Torre; encontró en Salamanca a toda la comunidad de San Esteban y a todo lo más celebrado de aquella Universidad; en la Rábida, a Fray Juan Pérez y al físico García Hernández; en Palos, a Juan Rodríguez Cabezudo y al clérigo Martín Sánchez; en Moguer, a los Pinzones; y en todas partes a los dos frailes que siempre fueron constantes: el Maestro Deza y el buen astrólogo Fray Antonio de Marchena, verdaderos creyentes y apóstoles fervorosos de las ideas y proyectos de Cristóbal Colón.

Todo eso —entiéndase bien— no amengua en nada el mérito indisputable de aquél, ni hace resaltar menos la indomable energía de su espíritu. Todo eso no desnuda de su belleza, de su lirismo y de sus encantos el poema heroico del descubrimiento. Los inspirados versos que en loor del gran Colón han escrito, desde Torcuato Tasso, hasta nuestro compatriota Campoamor, prueban que merecía la corona que a porfía le han tejido pintores, escultores y poetas⁹³.

Es verdad: demostrado irrecusablemente deja en su obra lo que afirma el autor que acabo de citar. El confiesa que si el Reverendo Fray Hernando de Talavera no fue comparable por la pequeñez de miras y ruines procedimientos al Obispo Calzadilla, que hizo fracasar las

93. Nota del autor: *Colón en España. Estudio histórico-crítico sobre la vida y hechos del descubridor del Nuevo Mundo, personas, doctrinas y sucesos que contribuyeron al descubrimiento*, por Tomás Rodríguez Pinilla. Madrid, 1884.

proposiciones de Colón en Portugal, si era tan enemigo de la empresa como aquel Prelado; pero lo disculpa haciendo notar que lo absorbía en absoluto el deseo de ver terminada la guerra, de tres centurias ya, con los moros, y la impaciencia de que Isabel su Reina, pudiese tachonar la corona de León y de Castilla con los rubíes de la de Granada. Mas no es disculpable en verdad; y léanse en prueba de ello las confesiones del mismo historiador:

Desde luego formó (el propósito) de despedir buenamente a Colón; y al intento cogió con las dos manos, la ocasión que le proporcionaba el encargo de oírle, de examinar el negocio e informar a los Reyes. Reunió al efecto y de corrido las personas a él más devotas, y el informe negativo de la Junta no se hizo esperar.

No se limitaron a eso solo el celo y la diligencia del consejero Fray Hernando. No ignoraba él que Colón tenía en la Corte protectores valiosos; no desconocía los atractivos que por su grandeza y trascendencia ofrecía la empresa, ni lo que ésta halagaba el levantado espíritu y varonil aliento de la Reina; sabía bien el influjo que podían ejercer en el ánimo de ésta las altas cualidades que desplegaba el navegante genovés, en medio de su exterior modesto y de su aire reservado, pero noble, grave e insinuante, y consideró, por lo tanto, que para vencerle era preciso desautorizarle; quiso aburrirle. Y de aquí las invectivas y los sarcasmos de los palaciegos cortesanos, comensales y amigos del siempre resuelto e infatigable en sus propósitos, Fray Hernando de Talavera. Esas son las burlas que tan honda huella dejaron en el alma de Cristóbal Colón y a las que tantas veces se refieren sus cartas.

Si las que sufrió en las antesalas y en las Juntas del Prior de Prado no fueron las únicas amargas ironías que hubo de sufrir en su lucha, también tenaz contra el descreimiento y la rutina,

fueron, sin duda alguna, las que más le amargaron y las que más honda huella dejaron en su alma.

E innoble y vil ha de ser la que no palpite indignada leyendo esas líneas, sin que tranquilice el pensar que los siglos y la historia han hecho la apoteosis de la víctima, y que del burlador estulto⁹⁴ y cobarde, si queda un nombre que se escribe con desprecio, preciso es buscarlo entre el polvo de los archivos de la nación que sólo se atreve a balbucirlo avergonzada.

Y he aquí, nulas por imposibles, las disculpaciones que para el Reverendo Fray Hernando de Talavera rebuscó el historiógrafo ibero:

La campaña de 1486 contra la morisma se cerró victoriosamente con la primavera. Apenas habían regresado a Córdoba los Reyes, la Junta de letrados, que había presidido e inspirado Fray Hernando, se apresuró a darles cuenta del resultado de su ya evacuada comisión. Los términos de este informe, tomados por todos los historiadores y biógrafos modernos del seco y desabrido relato de D. Hernando Colón, se redujeron, como ha dicho Irving, a decir de sus Altezas: *«Que en la opinión de la Junta, el propuesto proyecto era vano e imposible, y que no convenía a tan grandes príncipes tomar parte en semejantes empresas, y de tan poco fundamento»*.

Fray Bartolomé de las Casas, más ingenuo, o menos apasionado, en esta parte, que D. Hernando Colón, y mejor informado, dice, hablando de aquella comisión y de su informe: *«Y así fueron dellos juzgados sus promesas y ofertas (las de Colón), por imposibles y vanas, y de toda repulsa dignas. Y con esta opinión fueron a los Reyes, persuadiéndoles que no era cosa que a la autoridad de sus personas Reales convenía ponerse a favorecer negocio tan flacamente fundado y que tan incierto e imposible*

94. **estulto**. «Necio, tonto» (DLE).

a cualquiera persona letrado, por indocto que fuese, podía parecer; porque perderían los dineros que en ello se gastasen y derogarían su autoridad Real sin fruto».

El navegante visionario fue despedido por obra de los sabios incrédulos y agudos mofadores de la Corte... Mas todavía le concedió alguna esperanza el espíritu audaz y adivinador de Isabel. Es de inferirse que Colón, después de tantas ilusiones acariciadas y desvanecidas desde su arribo a España, persuadióse al fin de que toda insistencia para lograr el apoyo de los Reyes Católicos le ocasionaría matadores desvelos y más humillaciones inútiles. Esperaría entonces únicamente el éxito de la misión que en Inglaterra desempeñaba su hermano Bartolomé, valeroso y leal compañero de su juventud; y si funestas contrariedades no le hubiesen detenido en el curso de aquel viaje, y a no haber dominado el corazón del Almirante un sentimiento poderoso y vivificador que velan los historiadores timoratos y que en Córdoba lo retenía —su amor a Beatriz Enriquez— los pendones de Castilla y de León hubieran llegado tarde a las costas de América, divino ensueño del marino indigente.

Es justo decir en honor de Enrique VII (Rey de Inglaterra), que acogió la proposición más favorablemente que ningún otro soberano. Llegó a celebrar con Bartolomé un pacto para llevar a cabo la empresa, y éste partió para España en busca de su hermano. Al llegar a París recibió la fausta noticia de que el descubrimiento estaba hecho⁹⁵.

Ya desde aquel tiempo cabían en los corazones de los monarcas ingleses los océanos del mundo.

Mas la benévola y casi heroica protección que Fray Diego de Deza le consagró al peregrino que andaba buscando un Rey para donarle un mundo, no bastó a librarle de cruelísimos escarnios y torpes

95. Nota del autor: Washington Irving, *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, lib. VIII, cap. I.

injurias en el propio recinto de la gloriosa Universidad de Salamanca, ahí donde para su apostolado atesoró ciencia y virtud invencibles Bartolomé de las Casas.

Leamos, que importa y bueno es, algunos renglones más del señor Rodríguez Pinilla:

Hemos dicho que Fray Hernando de Talavera, electo ya Obispo de Ávila, no estuvo en Salamanca con la Corte, durante el invierno de 1486 a 87. Mas si no estuvo él, estuvieron sus comensales y amigos. Estuvo el doctor Talavera, o sea Rodrigo de Maldonado, consejero de los Reyes, Regidor perpetuo de aquella ciudad, el personaje más granado de los que formaron la Junta de Córdoba, y de los que opinaron allí contra los proyectos de Colón. Estuvo, además, con la Corte en Salamanca, D. Gutierre de Toledo, primo del Rey Católico, discípulo y ahijado espiritual de Fray Hernando. Y allí estaba también aquel Ramírez de Villaescusa, que fue después Deán de la Catedral de Granada, protegido por su primer Arzobispo Fray Hernando. Es decir, que si éste no estuvo en persona, estuvo en espíritu, estuvo su opinión contraria a la empresa del navegante genovés...

Esto basta a dar explicación de lo que algún escritor ha referido, como tradicional en Salamanca, a saber: que los bedeles de la Universidad echaron a Colón de su recinto, calificándolo de *loco*; que por tal le silbaron los estudiantes, y que alguna turba de muchachuelos le persiguió con aquel dictado por la calle que de la Universidad conduce al convento de San Esteban; calle que hoy lleva el nombre de Colón, y a donde se añade que un lego de aquella comunidad vino a su socorro.

*Nada tendría de extraño que todo eso aconteciera, o que se pro-
palara después, como si acontecido hubiese*⁹⁶.

El asunto, grave y extraordinario de suyo, había ya dividido en dos bandos a los consejeros de los Reyes, y por tanto, a los cortesanos. La persistencia de Colón irritaba a sus contrarios, y la misma protección de sus favorecedores producía en aquellos el empeño de exagerar la oposición, haciendo en todas partes y por toda clase de medios —el del ridículo inclusive— atmósfera desfavorable a los proyectos audaces y a las portentosas ofertas del pobre navegante-genovés.

Esto mismo sirve para explicar también el *por qué no se celebraron las conferencias en el recinto de la Universidad*, y sí en el salón bajo, que da a la galería interior del convento de San Esteban; y aun el por qué Daza y sus parciales sacaron a Colón de Salamanca y le llevaron a la gran casa-granja del Valcuevo. Al doctor Rodrigo Maldonado, al Maestrescuela y a los demás prosélitos de Fray Hernando de Oropesa, empleando el arma

96. Nota del autor: De seguro sucedió lo que se pone en duda: la época, las ruidandes cortesanas, mala voluntad al extranjero desconocido... todo induce a creer lo aseverado por el escritor a quien se alude. Si la humanidad no fuese capaz de tales demencias, sería disminuíble en mucho la gloria de sus benefactores. En ese pasaje hay una nota que transcribo en seguida:

«El mismo D. Hernando Colón declara que la oposición y las burlas al proyecto del descubridor, partían del Prior de Prado y de sus secuaces. “Por una parte, dice, le contradecían el Prior de Prado y sus secuaces...” (*Vida y hechos del Almirante D. Cristóbal Colón*, cap. XIII). Y en el capítulo XII confirma nuestro aserto con estas significativas palabras: “Aunque éste (Cristóbal Colón) tenía perdidas ya las esperanzas, por el poco ánimo y juicio que hallaba en los consejeros de SS. AA.” El propio Colón es en esa parte explícito y claro: y señala a sus opositores de manera que no se le pueda confundir con los doctores y maestros de Salamanca. “Esto deste viaje conozco, dice el Almirante, que milagrosamente lo ha mostrado así (la Providencia), como se puede comprender por esta escritura, por muchos milagros señalados que ha mostrado en el viaje (el primero) y de mí, que ha tanto tiempo que estoy en la Corte de vuestras Altezas con oposito y contra sentencia de tantas personas principales de vuestra casa, los cuales todos eran contra mí poniendo este hecho de que era burla”». (*Relación del primer viaje de Cristóbal Colón*, por Fray Bartolomé de las Casas Navarrete, tomo I, p. 312).

terrible del ridículo, les había sido fácil predisponer contra el genovés a la movediza juventud de las aulas y al vulgo malicioso, socarrón y mal prevenido siempre contra todo extranjero.

Es verdad: el vulgo, plebe o nobleza, titulado o anónimo, anatematiza lo que no comprende, o ríe de ello.

Pero contra todo y contra todos lucharon y vencieron los amigos de Colón. Ciertamente que sin la magnanimidad de Isabel de Castilla, aquella victoria no se hubiera obtenido... Pero es necesario ser justos, diciéndolo todo; el jefe de la pelea, como ahora se dice, en aquella larga campana, fue el generoso, hábil y valiente dominico Fray Diego de Deza, eficazmente auxiliado por todo su convento de San Esteban y por la Universidad de Salamanca.

Era —¿y cómo no?— depresiva y amarga para las nacionalidades hispanoamericanas la aseveración histórica, mal contradicha antes, que ahora desvanece por completo el señor Rodríguez Pinilla. En las conferencias de Salamanca no se creyó irrealizable el propósito del marino inspirado, ni su exposición fue combatida por herética. Aproveché en estas páginas la ocasión de escribirlo y afirmarlo, como en lugar mío lo hubiera hecho cualquier escritor del país, porque honra obliga; y, aunque lo olvidaron a comienzos de la presente centuria un Rey español y sus tenientes, sangre de los descubridores de América, sangre latina corre en nuestras venas.

Solamente los altos y selectos espíritus de la nación española podían comprender y secundar las aspiraciones y anhelos de Colón. La mayor parte de la nobleza y del clero, el vulgo reacio, la masa ciega, sorda e inerte cuando se trata de que la humanidad divise horizontes que le son desconocidos y avance en su senda tortuosa, creían aventurero demente al anunciador de la tierra prometida y no tuvieron más que altivo desprecio y escarnios para él. Pero como de ordinario sucede, el buen éxito, el imposible éxito, convirtió en fervorosos glorificadores del audaz marino a los incrédulos y ortodoxos intransigentes de los días de

lucha y prueba; y ellos habían de ser los explotadores aprovechados de los riquezas conquistadas, y los poderosos en la dispensación de títulos y honores a los capitanes de las conquistas; ellos, los crueles aniquiladores de las tribus indígenas, y ellos, en fin, los que cargaron de cadenas, y de dolor y en angustiosa pobreza hicieron morir al hombre que tamaña gloria y montes de oro ganó para la nación española; y se les negaron a los hijos de la víctima hasta los derechos garantidos solemnemente con la firma de Fernando, el ingrato Rey.

El poder y la gratitud de la reina de Castilla no alcanzaron a frustrar las obras de la envidia y de la malevolencia; y al morir, sus últimas palabras fueron de amor maternal para los aborígenes de América. Mas todo en vano: fue el Rey de Aragón, que ni un maravedí de sus tesoros, ni la vida de uno de sus súbditos quiso arriesgar en la empresa de Isabel; fue el avaricioso Fernando, alma fría y calculadora, el heredero de ese mundo que el trono de Castilla había merecido ganar y que tres siglos más tarde mereció perder.

Los primeros colonos españoles en la isla de Haití —hidalgos vanidosos los más, propensos a la holganza a título de nobleza, y sí enérgicos y osados para la insubordinación que rompía los diques de su libertinaje, latrocinios y lujuria— dieron la muestra de lo que las otras expediciones hasta fines del siglo XVI podían prometer y enseñan por qué fue de avaricia y de exterminio, de indolencia y fatal, la obra de muchos misioneros católicos, entre los cuales resplandece, para vindicación del cristianismo, la memoria de algunos, abnegados hasta el martirio, inquebrantables y verdaderos apóstoles de caridad.

Pedro Margarite, deudor al Almirante de protección decidida y afectuosa, motejándole de plebeyo ennoblecido de ayer, y contrariando estúpidamente los planes de Colón hasta desertarse en su ausencia; el padre Boil, Vicario Apostólico, fugitivo de la Colonia con aquel jefe y sus revoltosos y cínicos secuaces; y Bobadilla... y Obando a luego, y muchos de igual calaña y carácter, explican con sus hechos criminosos lo que de otra manera sería imposible explicar haciendo estudio de la conquista en el territorio que hoy pertenece a la nación donde escribo.

Unas líneas de Washington Irving acerca de aquellos dos primeros personajes que he mencionado, son muy oportunas.

Entregado ya Margarite a toda clase de excesos con su tropa en la Vega —contrariando y desobedeciendo las órdenes del Almirante, precisas, a efecto de llevar a término feliz la expedición a las montañas, sin enajenarse de ninguna manera la amistad y consideración de los indígenas— desconoció el derecho que tuviera Diego Colón para reconvenirle a nombre del Consejo, y sus desmanes en tal camino no tuvieron límite.

Sus cartas en contestación a las órdenes del Presidente y Consejo, estaban concebidas en términos que no revelaban más que un petulante orgullo y un profundo desdén. Continuó con sus gentes acuartelado en la Vega, y persistiendo en su sistema de ultrajes y vejaciones, altamente funesto a la tranquilidad de la isla.

Le apoyaban en su arrogante oposición a la autoridad los caballeros y aventureros de noble cuna que había en la Colonia, profundamente heridos en el amor propio, que es siempre en un español la pasión dominante. No podían olvidar ni perdonaban la justa severidad que ejerció con ellos el Almirante cuando en tiempos difíciles los hizo someterse a las privaciones y participar del trabajo y sinsabores de las gentes de humilde esfera. Menos aún querían reconocer la autoridad de su hermano Diego, destituido de las recomendaciones personales que distinguían al Almirante. Formaron, pues, una especie de facción aristocrática en la Colonia, afectando considerar a Colón y su familia como meros mercenarios y extranjeros alzados del polvo de la tierra, que estaban labrando su fortuna a expensas de los trabajos y sufrimientos de la generalidad, y con la degradación de los hidalgos y caballeros españoles.

A más de estos partidarios tenía Margarite un aliado poderoso en su paisano el E. Boil, cabeza de la comunidad religiosa, miembro del Consejo y Vicario apostólico del Nuevo Mundo. No es fácil penetrar la causa primitiva de la hostilidad de este santo religioso contra el Almirante, que trataba siempre al clero con el mayor respeto; pero lo cierto es que habían tenido los dos varios altercados. Dicen algunos que quiso intervenir el fraile en las estrictas medidas que juzgaba el Almirante necesarias para la seguridad de la Colonia; otros que se resintió del ultraje recibido por él y por su comunidad, puestos a media ración como la demás gente. De todos modos se echa de ver que le disgustó el empleo que la Colonia le ofrecía y que se acordaba con dolor de los alicientes y sibaritismo de Viejo Mundo. Carecía de aquel celo entusiasta, y de aquella devoción, desinterés y perseverancia que indujo a tantos misioneros españoles a soportar todos los trabajos y privaciones del Nuevo Mundo, esperando convertir a la verdadera fe sus habitantes.

Animado y robustecido por tan poderoso apoyo, empezó Margarite a considerarse real y verdaderamente superior a todas las autoridades de la isla. Cuando pasaba a Isabela, se desentendía absolutamente de don Diego Colón, no hacía caso del Consejo, y se conducía como si no tuviese superior. Constituyó una sociedad secreta a los más implacables enemigos de Colón, y a los que más sentían permanecer en la Colonia. El P. Boil era entre todos el agitador más activo. Se resolvió entre los cabecillas apoderarse de los buques que don Bartolomé Colón había traído y regresar a España. Como Margarite y el P. Boil poseían el favor del Rey, creían que les sería fácil justificar su abandono del mando militar y religioso que ejercían, cohonestándolo bajo pretextos del bien público. Al llegar a España pintarían al Rey el desastroso estado del país, a causa de la tiranía y opresión de sus gobernantes. Algunos atribuyeron la repentina partida de Margarite, al miedo de que hiciese el

Almirante a su vuelta una severa investigación militar de la conducta que había observado; otros, a haber contraído en el decurso de sus licenciosos amores cierta enfermedad desconocida aún a los europeos, que le creían hija del clima y fácil de curar en España. Comoquiera, lo cierto es que tomó sus providencias, sin consultar autoridad alguna ni acordarse de las consecuencias de su partida. Acompañados de una turba de descontentos, Margarite y el P. Boil se apoderaron de algunos de los buques del puerto y se hicieron a la vela para España, dando así vergonzoso ejemplo de la deserción de sus puestos, *el primer General y el primer Apóstol del Nuevo Mundo*⁹⁷.

Acaso no se estimen suficientes las aseveraciones de Irving al tratar de las dificultades amargas y perjuicios sin número que ocasionó el espíritu revoltoso, la insidia y la villana emulación de muchos de los expedicionarios españoles que trajo Colón en su segundo viaje; luego se verá que las abona un escritor competente. Pero ante todo, es necesario dejar aquí muy visible, y dibujada por historiadores maestros, la figura ominosa de D. Juan de Fonseca, Arcediano de Sevilla, enemigo despiadado e implacable de Colón: él y Fr. Hernando de Talavera, ya Obispo de Ávila en 1487, fueron al principio y al fin de la obra grandiosa, intrigantes ruines y funestos, y los martirizadores del grande hombre.

Apercíbíase el Almirante para su segunda expedición, después del triunfo obtenido en la Europa entera sobre sus émulos y burladores de otros días. Óigase ya al señor Rodríguez Pinilla:

Muchos hidalgos de noble y empinada alcurnia, muchos oficiales de la Real Casa, y no pocos caballeros andaluces, habituados a las vehementes emociones de la vida militar, amantes de peligrosas aventuras y de gloriosos hechos de armas, solicitaban

97. Nota del autor: *Vida y Viajes de Cristóbal Colón*, lib. VIII, cap. II.

con empeño formar parte de aquella expedición: los unos a servicio de los Reyes, y los otros a su costa.

No eran esos solos los que entonces anhelaban ir a probar fortuna a las nuevas Indias. A ellos se juntaban muchos aventureros y no pocos especuladores. Las maravillas del descubrimiento habían logrado exaltar las imaginaciones hasta tal punto que lo que en vísperas del suceso habían sido temores y desconfianzas, se convirtieron para el segundo viaje en temerarias audacias y esperanzas halagüeñas. Y no fue todo esto lo que me nos contribuyó al descrédito del descubrimiento que vino en pos de las desilusiones, a los desastres experimentados en las nuevas tierras y a las amarguras que sufrió el heroico y calumniado descubridor.

Aquí pido cortésmente de los lectores especial atención:

Pero todavía tuvo éste otra desgracia, que fue la de haberle asociado los Reyes a *Don Juan de Fonseca, Arcediano de Sevilla, que después fue sucesivamente Obispo de Badajoz de Palencia y, por último, de Burgos*, para que equiparan, armaran y fletaran la escuadra que había de partir para las Indias, creando, demás, una especie de superintendencia de todos los asuntos que a ellos se referían *a favor del hábil Arcediano y de su lugarteniente Juan de Soria, dos célebres personajes que, abusando de su posición y de la confianza de los Reyes*, persiguieron después a Colón con una diplomática habilidad a la par que con un ensañamiento tenaz y con una perfidia sin ejemplo. Antes de darse a la vela la armada, ya tuvieron los Reyes necesidad de prevenir a Fonseca y su lugarteniente Juan de Soria que trataran a Colón con más deferencia y acatamiento, y que procurasen complacerle en todo⁹⁸.

98. Nota del autor: *Colón en España*, cap. XI.

En este aparte hay una nota en que se cita a Washington Irving: tomaré de él los párrafos en que habla de Arcediano Fonseca, poniendo en bastardilla los renglones citados por el historiógrafo español:

En el entretanto (al emprenderse el segundo viaje), sin esperar la sanción romana, ponían en contribución los Reyes todos sus recursos para equipar una armada. Con el objeto de que hubiese regularidad y prontitud en los negocios del Nuevo Mundo, se pusieron bajo la superintendencia de Juan Rodríguez de Fonseca, Arcediano de Sevilla, y sucesivamente Obispo de Badajoz, Palencia y Burgos, y por último Patriarca de las Indias. Era persona de alta prosapia y gran influencia; sus hermanos Alonso y Antonio poseían respectivamente los señoríos de Coca y de Alaejos; y el último era, además, contador general de Castilla. Las Casas representa al Arcediano como hombre mundano, más a propósito para los negocios del siglo que para los espirituales, y bien ejercitado en la bulliciosa ocupación de armar escuadras. No obstante las altas dignidades eclesiásticas a que ascendió, nunca consideró sus empleos temporales incompatibles con aquellas sagradas funciones. *Gozando el perpetuo, aunque no merecido favor de los soberanos, mantuvo su influjo en los negocios de Indias por cerca de treinta años. Naturalmente debía poseer grandes facultades para alcanzar y sostener tamaños favores y tan altas funciones; pero era maligno y vengativo, y para halagar sus odios privados, no sólo hacinaba injurias y males sobre los más ilustres descubridores, sino que impedía con frecuencia el progreso de sus empresas, con grave perjuicio de la corona. Así podía obrar segura y reservadamente a merced de las prerrogativas de su empleo.* Su pérfida conducta se indica repetidas veces, aunque en términos cautos, por escritores contemporáneos de peso y crédito, tales como el cura de los Palacios y el Obispo Las Casas; pero evidentemente temían expresar la plenitud de sus sentimientos. Los historiadores españoles posteriores, siempre refrenados más o menos

por el ojo avizor de la Inquisición, que inspeccionaba con escrupulosidad todas sus palabras, han tratado también con demasiada benignidad a un hombre de alma tan baja. Pero merece presentarse su imagen como ejemplo de aquellos odiosos oficiales de los Estados, que yacen como gusanos en las raíces de las honrosas empresas, marchitando y corrompiendo con su oculta influencia los frutos de las grandes acciones y engañando las esperanzas de los Reyes y de los pueblos⁹⁹.

Prometí demostrar que un autor competente confirma el juicio de Irving acerca del carácter y procedimientos de Margarite, el P. Boil y la chusma que los secundó. No se tachará de parcial y prevenido contra el clero y la nación española al señor Rodríguez Pinilla. Se ocupa en describir los preparativos para el segundo viaje de Colón:

Equipadas y pertrechadas las diez y siete embarcaciones para dar en ellas entrada a mil personas, el favor hizo subir el número a mil doscientas, y aún se acercó, con las que entraron a escondidas, a mil quinientas las que formaron parte de la expedición. Entre ellas se contaba al notable marino Juan de la Cosa, que sirvió de piloto en la nave almirante; el bravo Alonso de Ojeda, uno de los caudillos legendarios de aquella época; muchos recomendados de la Corte, que dieron después hartos malos ratos a Colón y pagaron sus beneficios con negra ingratitud. Entre ellos, Pedro Margarite, Bernal Díaz de Pisa, Juan Aguado y el famoso benedictino *Fray Bernardo Boil*, que fue de Vicario Apostólico en aquella expedición con otros doce religiosos, cuyos nombres no son conocidos, si se exceptúa a Fray Román Pano...

99. Nota del autor: *Vida y Viajes de Cristóbal Colón*, lib. V, cap. VIII.

De muy buena gana haríamos aquí la narración de los sucesos por demás curiosos en este segundo viaje de Colón, con todo el pormenor de sus dramáticos accidentes...

Asistiríamos después a la fundación de la Isabela; a las dificultades que a la empresa oponían el clima, los alimentos, el cambio recíproco de opinión entre indígenas y españoles, no pudiendo aquellos ya ver en éstos, como al principio vieron, seres venidos del cielo, ni los españoles en los indios gentes mansas y apacibles, después de la hecatombe de Navidad.

Descubriríamos en aquellas mismas dificultades y en las precauciones y medidas que la necesidad de vencerlas impusieron a Colón, los primeros gérmenes de la desinteligencia que primero surgió entre él y los caudillos de su hueste, y de la desafección y las infidencias que produjeron después. Veríamos al *P. Boil, resentido y enconoso porque el Almirante le medía a él y a sus frailes con vara igual en la tasa y reparto de raciones que medía a los demás y se medía a sí mismo*. A Bernal Díaz, vano, avaro y orgulloso, ponerse abiertamente enfrente de Colón, a *Pedro Margarite, pretencioso y desleal, confabularse con el P. Boil para cometer un acto de deslealtad y de infidencia, fugándose de la isla con dos carabelas, y viniéndose a España, para sustraerse a los trabajos de la colonización, y para intrigar cuanto pudieron, a fin de desacreditar a Colón y hacerle perder el favor de los Reyes*.

Colón, que había salido de la Isabela el 10 de marzo de 1496, arribó a Cádiz el 11 de junio. «Desembarco bien diverso del que tres años antes había hecho en Palos», dice el autor que cito. En verdad, las decepciones de los ilusos que supusieron encontrarían amontonado a su alcance el oro en las regiones descubiertas; las enfermedades contraídas en la Española por gentes no acostumbradas a los climas tropicales y alimentación propia de ellos, y en fin, los sacrificios que requería

la magnitud de la obra, insufribles para hombres de mente apocada, difundieron en descrédito de la empresa las mil especies de invención o verdaderas que es fácil suponer. No desperdiciaron esta oportunidad los enemigos del Almirante, mas el resultado no correspondió a sus esfuerzos: un día después del desembarco en Cádiz, le llegó una carta de los Reyes, bastante a reanimarlo. Más tarde iban a vencer.

En medio de todo, los Reyes seguían dispensando su confianza a Colón, y le recibieron en Burgos con inequívocas muestras de distinción y de afecto. *Las maquinaciones de Margarite y del P. Boil*, a pesar de encontrarse apoyadas por el proceso informativo de Aguado, y por las vociferaciones de los descontentos, no habían logrado más que pasajeros efectos en el ánimo de los Reyes. El concepto que de Colón tenían era altísimo, y por otra parte no desconocían las inmensas dificultades con que había tenido que luchar hasta allí¹⁰⁰.

Esta exposición, ya lo he dicho, era oportuna a fin de estimar y conocer en algunas de sus manifestaciones el espíritu de la época, sin lo cual aparecerían extraños y en cierto modo incomprensibles los desaciertos, odios recíprocos y crueldades de los conquistadores en nuestra costa atlántica, y la falta de unidad y alteza de miras en la obra, que a no ser así, habría sido menos desastrosa para las tribus aborígenes, y menos infecunda también.

Pudiera creerse redundante al efecto lo escrito sobre el dictamen que en realidad emitieron las Juntas de Salamanca acerca del proyecto de Colón. Mas no: érame preciso mostrar al lado de Fray Hernando de Talavera la noble figura, los generosos procedimientos, la intuición maravillosa de Fray Diego de Deza, y a éste, como a Fray Juan Pérez de Marchena y los religiosos de San Esteban, superiores al vulgo necio, dejando en sombra al Arcediano Rodríguez de Fonseca y a Bernardo Boil, aquel cómplice y azuzador de los primeros

100. Nota del autor: *Colón en España*, caps. XI y XII.

revoltosos en Haití. Y los mismos contrastes, y ya las consecuencias del corruptor ejemplo, se hallan al bosquejar la historia de la conquista en el territorio comprendido entre el golfo de Maracaibo y la desembocadura del río Magdalena.

Las preocupaciones y carácter de la época, y la índole singular del pueblo español, influyeron grandemente, y así debía suceder, en la conquista y colonización de la América. Se cometería error e injusticia si se juzgara a gobernantes y a soldadescas de aquellos tiempos con extrema severidad, aplicándoles el criterio ilustrado de hoy: tal lógica nos sería muy desfavorable a los colombianos del presente, transcurridos uno o dos siglos, y van cuatro o muy poco menos desde que las primeras armadas españolas anclaron en el mar de las Antillas.

Ni Colón —reconocerle apesara— ni él, alma de excelsa estirpe, corazón humanitario, compasivo por fuerte, inteligencia vastísima, pudo elevarse de continuo sobre las preocupaciones de la edad en que vivió. Cuando en 1493 despachó nueve de sus naves con Antonio de Torres, reservándose cinco en la colonia, empeñóse efecto de remitir a la Corte la mayor cantidad posible de oro en aquellas circunstancias, frutos, plantas curiosas, etc., y al hablar de estos detalles, dice Irving:

Envío además en los buques los hombres, mujeres y niños tomados en las islas Caribes, recomendando que se les instruyese atentamente en la lengua española y fe cristiana. Por la naturaleza aventurada y emprendedora de esta gente, y su conocimiento general de los muchos idiomas de aquel archipiélago, pensaba él que cuando los preceptos religiosos y los usos de la vida civil hubiesen reformado sus costumbres y propensiones caníbales, podían ser eminentemente útiles como intérpretes, y convertirse en instrumentos de propaganda para difundir las doctrinas de la cristiandad.

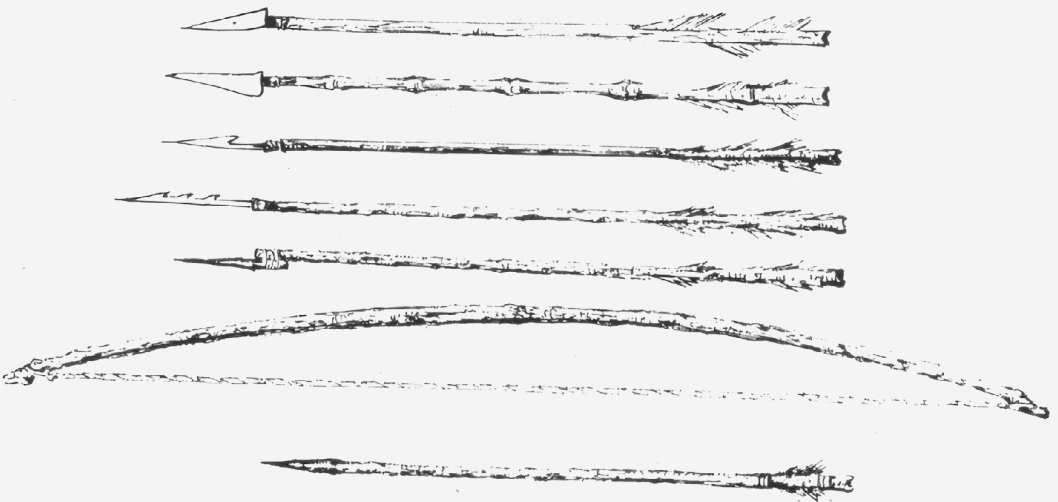
Entre las muchas sugerencias saludables y acertadas de esta carta (la que dirigía a los Reyes en tal ocasión), hay una de muy preciosa tendencia, *escrita bajo los erróneos principios del derecho natural de entonces*. Considerando que mientras mayor número de aquellos caníbales paganos se transfiriese al suelo católico de España, mayor sería el número de almas encaminadas a la salvación, propuso trocarlos como esclavos por ganados, que podría enviar el comercio a la colonia. Los buques que lo trajesen no debían desembarcarlo más que en Isabela, donde encontrarían prontos ya para la entrega los caribes cautivos. Se debían poner sobre los esclavos derechos para beneficio del tesoro real. Así se proveería sin gasto la colonia de toda especie de ganados y aves; se libraría a los pacíficos isleños de sus feroces vecinos; se enriquecería la corona, y se arrancarían de la perdición vastas multitudes de almas, llevándolas al cielo a la fuerza. Tan extraños sofismas, engañan a veces a los hombres más rectos y magnánimos. Colón temía desazonar a los Reyes con el poco producto de su empresa, y deseaba hallar algún modo de aligerar sus gastos, basta que pudiese abrir manantiales de copiosas riquezas. La conversión de los infieles por medios buenos o malos, por persuasión o por violencia, era una de las máximas populares de su tiempo; y al recomendar la esclavitud de los caribes, creía Colón obedecer los dictados de su conciencia cuando sólo escuchaba las insinuaciones de su interés. Debe añadirse en justicia, que no aprobaron los soberanos sus ideas, mandando que se convirtiesen los caribes como el resto de los isleños; *orden que emanó del corazón misericordioso de Isabel, benigna y constante protectora de los indios*.

Hállanse estos párrafos en el capítulo VII del libro VI, y páginas adelante, tratándose ya de la devolución a España de los cuatro buques que Torres trajo a la colonia en 1494, se ve que Colón insistía en el envío de indígenas para que se realizasen como esclavos, lo que

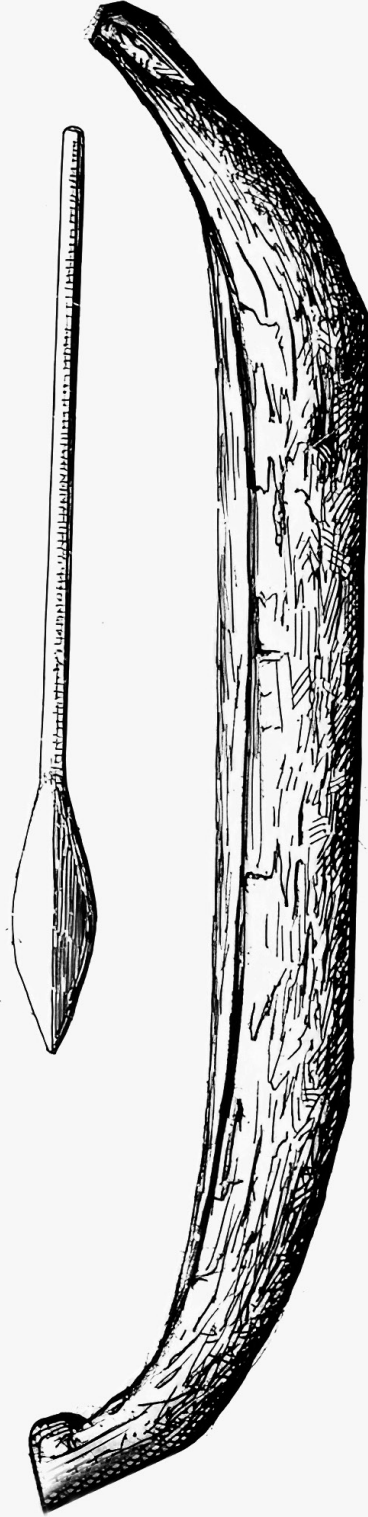
sugiere la inferencia de que no fue perentoria la orden mencionada antes, o que hubo subterfugios o arbitrios para desvirtuarla. Véase si no lo historiado por Irving, refiriéndose al mismo asunto:

Deseando contrapesar todas las calumnias (las de Marguerite, Boil, etc.), aceleró Colón el regreso de los buques a España y quería embarcarse en ellos, no sólo para satisfacer los deseos de los soberanos y hallarse presente al tirar la línea geográfica, sino que también para vindicarse de las censuras de sus enemigos. Pero la enfermedad que le tenía postrado en cama se opuso a su partida; y su hermano Bartolomé era del todo necesario para ayudarle con su sana razón y ánimo resuelto a regularizar los desordenados negocios de la isla. Resolvió por lo tanto enviar a España a don Diego, para que atendiese a los deseos de los soberanos, y cuidase de sus intereses en la Corte. Al mismo tiempo hizo los mayores esfuerzos para mandar por los buques satisfactorias pruebas del valor de los descubrimientos. Envió en ellos todo el oro que pudo recoger, con varias muestras de otros metales, frutos y plantas que se habían encontrado en la Española y en otras islas, *siendo tan vehemente su deseo de producir inmediata ganancia e indemnizar a los soberanos de los gastos que había hecho el real Tesoro, que envió también más de quinientos prisioneros indios, para que se vendiesen como esclavos en Sevilla.*

Sensible es que empañase Colón su brillante nombre con acción tan fea; es triste ver la clara gloria de sus empresas oscurecida con violación tan flagrante de los derechos de la humanidad. Las costumbres de aquellos tiempos son su única excusa. Los españoles y los portugueses habían sentado desde mucho tiempo este precedente funesto en sus descubrimientos africanos, siendo el tráfico de esclavos una de las más ricas fuentes de sus ganancias. En efecto, la más alta autoridad sancionaba esta práctica, la autoridad de la Iglesia misma, pues los



Arco y flechas. Misión de Joseph de Brettes,
1892. Reproducción fotográfica del Museo del
Loeuvre. París, Biblioteca Nacional de Francia.



Indios guajiros (canaoa). Misión de Joseph de Brettes, 1892. Reproducción fotográfica del Museo del Louvre. París, Biblioteca Nacional de Francia.

más doctos teólogos aseveraron que todas las naciones bárbaras o infieles, que cierran sus oídos a las verdades de la cristiandad, son objetos de guerra y de rapiña, de cautiverio y de esclavitud. Si hubiese Colón necesitado ejemplos y demostraciones prácticas de esta doctrina, en la conducta de Fernando mismo las hubiera hallado, que en las últimas guerras contra los moros de Granada estaba siempre rodeado de una nube de consejeros espirituales, y pretendía obrar sólo por la gloria y progresos de la fe. En aquella guerra santa, como solían llamarla, era práctica común hacer entrada por tierra de moros, y llevarse cabalgadas no sólo de ganados, sino de hombres; y no precisamente de los que habían hecho prisioneros con las armas en la mano, sino de pacíficos labradores, industriosos aldeanos, inocentes niños y desvalidas mujeres, quienes iban al mercado de Sevilla, o de otra ciudad grande, *y se vendían como esclavos*. Suministró un ejemplo memorable de tales procedimientos la toma de Málaga, después de la cual por castigo de una obstinada defensa, que debiera haber causado admiración en vez de venganza, *once mil personas de ambos sexos, y de todas condiciones y edades, muchas de ellas de la más fina educación, se vieron repentinamente arrancadas de sus hogares, separadas unas de otras y sujetas a esclavitud, aun después de haber ya pagado la mitad de su rescate*. Estas circunstancias no se recuerdan para vindicar, sino para explicar la conducta de Colón. Obraba en conformidad con las costumbres de su tiempo, y sancionaba sus disposiciones el ejemplo del soberano a quien servía. Las Casas, celoso y entusiasta abogado de los indios, que aprovecha todas las ocasiones para clamar vehementemente contra su esclavitud, habla de Colón sobre este punto con la mayor indulgencia. Si aquellos hombres doctos y piadosos, dice, a quienes tomaron los Reyes por guías e instructores, ignoraban la injusticia de esta práctica, ¿qué mucho que el Almirante la ignorase también?

Si Colón hubiera podido prever, imaginar o presentir siquiera, las iniquidades que autorizó en muchos países de América, especialmente en nuestra costa atlántica, su envío de esclavos a España en 1493 y 1494, un dolor más profundo y mortal que los sufridos por obra de sus difamadores viles y de la ingratitude de Fernando, le habría llevado primero a la tumba.

Respecto a los sacerdotes que con los expedicionarios venían, eran hombres como ellos, de la misma raza, de la misma época; y sin embargo, de prodigios de abnegación y de virtud fueron capaces algunos. Y asimismo se destacan en el conjunto de los conquistadores y gobernantes, sin referirme a los de otras regiones de América, Vasco Núñez de Balboa, Francisco César, Rodrigo Bastidas, Alonso Martín, Gonzalo Jiménez de Quesada y Lope de Orozco, aunque haya manchas sangrientas en las biografías de los dos últimos.

Terminada victoriosamente después de tres siglos de lucha la guerra con los moros, victoria que por estrechas miras y saña del fanatismo religioso se hizo decididamente perjudicial a la riqueza pública de la Nación, España emprendió al comienzo del siglo XVI su más heroica jornada aguerrida en tan largo batallar, y no aún tan poderosa como lo fue bajo el reinado de Carlos V. ¿Cumplía en el Nuevo Mundo una misión que en contados meses modificó la geografía del orbe, abriéndoles a todas las naciones del antiguo, panoramas inmensos, raudales de riqueza? Y al propio tiempo las huestes de Gonzalo de Córdoba difundían con sus hazañas homéricas la estupefacción y el renombre de sus tercios invencibles. España era entonces grande y temida. El oro de América que en cantidades fabulosas recibió años y años, fue funesto a sus glorias y preponderancia industrial, por inexorable ley, y sus colonias americanas hubieron de sufrir los efectos de la decadencia y sopor de la metrópoli: de otra suerte, quizá poseyera todavía

los dominios que en este hemisferio perdió, si es que no les era necesario a las naciones independientes hoy en la América Latina, avanzar desde los albores de esta centuria hacia los remotos destinos que deben cumplir en lo futuro.

II

A no ser algunas tribus indígenas el objetivo primordial de estos estudios, podría contraerme apenas a indicar lo que escribieron los cronistas minuciosos acerca del estado de cultura en que se las encontró, según la escala de perfeccionamiento o clasificación creada por los etnógrafos. Muy deficientes hubieran de ser los datos, y aun contradictorios a veces; mas partiendo de ahí, el trabajo se reduciría a comparar la situación presente de las tribus que subsisten, con la que tenían al comenzar la conquista. No era eso lo bastante.

Lo propio que si se tratara de los aztecas y del imperio de los incas o de los reinos que subyugó Gonzalo Jiménez de Quesada en la altiplanicie del Funza y regiones comarcanas, aquella comparación no sería favorable por cierto a la raza conquistadora, que detuvo en su ascenso progresivo a las nacionalidades y tribus vencidas, o las aniquiló; y de la retrogradación consecencial los resultados son visibles, porque en Méjico como en el Perú y en muchas regiones de Colombia, los aborígenes que sobrevivieron a la conquista han soportado degradante servidumbre, o huyeron a lo más recóndito de los desiertos, o les fue necesario defender su independencia y derecho natural en desesperadas y sangrientas luchas, cual los guajiros en nuestra costa atlántica y los araucanos en Chile, los más valerosos e indomables pueblos de todo el Continente.

Contrayéndome al territorio que pertenece hoy a Colombia, se deja ver cuán afortunadas fueron las tribus guajiras resistiendo victoriosas en la lid con los conquistadores, porque de otro modo habrían corrido la misma suerte que casi todos los indígenas de nuestro litoral caribe, muriendo bajo el filo de las espadas castellanas en lucha desigual, o lejos de la patria en cruel esclavitud.

Los antropólogos y sociólogos, que hacen diversas clasificaciones de razas, explican a su manera la victoria inevitable de las unas sobre las otras, y la extirpación o absorción de las razas vencidas. Ello será muy científico, mas la historia que tales asertos pudiera justificar, demuestra a lo sumo que la humanidad ha estado muy distante, casi tanto en los últimos siglos como hoy, del perfeccionamiento o selección que alcanzará algún día, remoto tal vez. Entre tanto, a despecho de la doctrina redentora del Cristo, la fraternidad humana, síntesis de todo progreso sobre la tierra, es una utopía.

En las edades anteriores a la época en que los primeros expedicionarios europeos llegaron a nuestras costas, ¿qué es posible investigar en lo relativo a la historia de las tribus que estudio? Vagas tradiciones, algunos débiles rayos de luz a distancias indecisas en casi profundas tinieblas: he aquí todo.

Los sacerdotes businkas de la Sierra Nevada de Santa Marta, una vez que pude ganarme su cariño y estimación, me referían que en los altos montes de Sulivaka, al Sudeste de los nevados, nacieron los primeros hombres, para esparcirse en familias por toda la tierra. Kankusina (Dios) y su esposa Nahueyekan habían engendrado la especie humana, y el grupo escogido de ella fueron los descendientes de Kavio Kúkui, nieto de aquel Creador Universal. La humanidad vivía entonces en un medio o ambiente casi tenebroso, porque ni el sol ni la luna alumbraban: apenas se percibía en la tierra el débil resplandor de Hukue (constelación de Tauro), de Minkoko Avankaba (Sirio), de Nauteke (Júpiter) y de otras estrellas, que en largos tiempos no se divisaban. De tal región bajaron Busin-Diuave y sus descendientes, que eran, por su genitor, de la raza de Kavio Kúkui, y marchando como a tientas de cumbre en cumbre y de abismo en abismo, llegaron al fin al valle que fue primer asiento de la nación businka —treinta kilómetros al Noroeste de San Sebastián de Rábago. De súbito apareció el Sol en el Oriente, y Busin fue convenido en la enorme piedra sagrada que en el valle me mostraron. El musgo de los siglos ha cubierto en contorno, bajo densa alfombra, los amuletos de cornerina, ágata, mármol

y pórvido. La roca no tiene signos ni en el dorso ni en los flancos: los businkas le dan el nombre de Busin-Diuave.

De los jeroglíficos y emblemas que copié en los adoratorios recónditos de las montañas, los sacerdotes indígenas, no obstante la veneración de que son objeto las piedras sagradas, sólo conocen el significado de tres emblemas, los distinguidos en las planchas anexas con los números 42, 84 y sus semejantes, y 92. El primero es representación de la divinidad; el segundo, del Sol; y el tercero, una interminable evoluta, de la eternidad. Los tres signos, o su mayor parte, podrían comprobar que la tribu o nación que los grabó en las rocas, conservaban tradiciones toltecas, o memoria de inscripciones de ídolos y monumentos de aquel pueblo. Así lo aseguró, al mostrarle las planchas adjuntas, el señor Presbítero Filiberto Thermos, viajero doctísimo que acaba de estudiar las antigüedades de Méjico y de Centro-América. Observaciones minuciosas sobre la materia serían extemporáneas; pero sí es del caso hacer aquí la siguiente:

En las planchas llamarán la atención las figuras de los números 2, 3 y 7; las dos primeras fueron tomadas en la piedra de Kuakamukué, y la última, al Oriente del sitio donde están las ruinas de la antigua Valencia de Jesús. El signo marcado con el número 7, es obra relativamente moderna, y por la inicial que tiene en su base, he inferido que lo grabó Fray Luis Beltrán, evangelizador en las tribus de la Sierra Nevada por los años de 1563 a 68, como Fray Luis de Vero en Maracaibo y la Guajira, sacerdotes de eximias virtudes y loable abnegación, *nunca imitada por otros de la Diócesis de Santa Marta*: demuéstalo así la historia seria, prescindiendo de los encomios desautorizados que les prodigó a muchos en su *Floresta* don José Nicolás de la Rosa, y antes Fray Alonso de Zamora, cronista de sano criterio en casi todo lo demás, y de altas dotes.

De un autor irrecusable por muchos motivos —el Marques de Nadaillac— son terminantes las observaciones que se escriben en seguida, síntesis de las que copiaré en mejor ocasión, si fuere necesario.

La cruz es de remota antigüedad en todos los países. Se la encuentra en los más antiguos monumentos de Egipto, como símbolo de la vida eterna¹⁰¹.

Y en el capítulo VII: «La presencia de la cruz en Palenque, en monumentos anteriores a la introducción del cristianismo, no es un hecho aislado. El Auditor de Justicia, Palacio, vio en Copán una cruz con uno de los brazos roto. Nosotros mismos hemos hablado de varias. La cruz era mirada como el símbolo del poder creador y fertilizante de la naturaleza, y en diferentes lugares se la honraba con sacrificios de codornices, incienso y agua lustral».

Si cruces de tal forma (números 2 y 3) *subsisten tendidas así en los flancos de la piedra kuakuamukué*, en cuya faz superior está ileso el signo número 1 —dos soles juntos, el que probablemente significa límite de dominio, como en la figura 33 de Atisánaruak—, tiene fundamentos la conjetura de que no fueron hechas por hombre civilizado; y puesto que se hallan en lugar inferior y como caídas abajo del jeroglífico, de seguro se conservan porque no las vio ningún sacerdote católico. Los salvajes, empero, no guardan tradición alguna sobre el particular.

En época remotísima, decíanme los sacerdotes y ancianos, las montañas se estremecieron espantosamente, y fuego y arroyos de lava brotaron de las cumbres tronantes: casi toda la nación pereció; sus restos huyeron en distintas direcciones, y se asilaron algunos en las cavernas cuando los montes dejaron de temblar, porque de tiempo en tiempo llovían abrasadoras cenizas.

Zimoni llaman los businkas, y *shímoni* los sehiukos, las cuentas, cilindrillos y dijes de preciosas piedras, perforadas o no, a las cuales atribuyen poder curativo y eficacia de amuletos, persuadidos de que las unas, de diáfano cristal, sirven para atraer las lluvias en tiempos de sequía; otras, de color rojo, de figura clitoridea (mabey), son eficaces para obtener los favores y fidelidad de la mujer amada; y de que una, de mármol verde, aviva maravillosamente la inteligencia.

101. Nota del autor: *L'Amérique préhistorique*. cap. IV. París 1883.

El examen de estas joyas, que los indígenas estiman en mucho, como se puede inferir, es muy importante. Ellos no saben fabricarlas hoy: parece que los sacerdotes las sacan de los sepulcros antiguos, o las toman de los adoratorios, por autoridad especial que tienen para ello. Al contraerme adelante al estudio de las antigüedades de aquellas tribus serranas, hablaré detenidamente de esas piedras, que son muy semejantes a las encontradas en sepulcros de Cundinamarca y Boyacá, y acaso idénticas algunas a las que hallaron en cantidad los conquistadores al apoderarse en Tunja del alcázar del Zaque Quimuinchateca¹⁰².

Mas de los amuletos que nombro, requieren desde ahora mención singular los que representan en cornerina purpúrea cabezas informes de caballo o de animal semejante, que según los sacerdotes indígenas tienen la propiedad de hacer producir caballos vigorosos y de color alazán o castaño a las yegudas de quienes poseen tales amuletos; y los creen únicos para conseguir fácilmente la domesticación de los potros cerriles¹⁰³ y bravíos. Interrogado por mi uno de los sacerdotes a fin de que me explicara el motivo de encontrarse en sepulcros de sus mayores las cornerinas de aquella forma, se detuvo a pensar largamente, a sabiendas de que los caballos fueron traídos al país por los conquistadores, y díjome al fin, esforzándose por explicar de algún

102. Nota del autor: «Hallaron también tres thytúas, que son cajas redondas llenas de mentas y tolas de algodón, de las que tributan sus vasallos al Zaque: Muchas sartas de piedras turquesas y de otras verdosas y coloradas de grande estimación para el ornato de los indios, y que han llegado a ser de aprecio para los españoles, por hallarse virtud medicinal en las verdes para las ijadas, y en las coloradas para restañar la sangre»... Del cap. IX, del lib. del *Compendio Historial*, escrito por Quesada. «Era cosa de ver ciertamente, ver sacar cargas de oro a los cristianos en las espaldas. llevando también la cristiandad a las espaldas, poniendo cartas en mitad de aquel patio, y lo mismo en lo de las esmeraldas que entre las joyas de oro se hallaban... Si los nuestros hubieran guardado las mantas de algodón finas, y la infinidad de sartas de cuentas que hallaron para rescatar con ellas después entre los indios, es cierto que les hubiera valido más oro que cuanto vieron junto en el montón del cercado, por ser aquellos dos géneros tan estimados de los señores Mozcas para el arreo de sus personas, que los tenían por su principal tesoro; pero ignorantes de ello entonces los españoles, lo repartieron todo después entre los indios amigos». Piedrahita, obra citada, lib. V, cap. IV.

103. **cerril**. «Dicho del ganado mular, caballar o vacuno: No domado» (DLE).

modo la inferencia posible: «¿Emplearían los antiguos dantas como animales de carga? ¿Hubo tal vez una raza de venados grandes que se aniquiló?» Dos ejemplares de objetos de tal especie conseguí en la Sierra Nevada, los mismos que con los números 24 y 25 hacen parte de la colección cedida al Museo Nacional. Obtenidos otros, y dedicando a su examen algún estudio, podría deducirse quizá que representan cabezas del caballo que existió en la América del Sur, del cual solo se han hallado restos fósiles¹⁰⁴.

Como la horadación difícil y muy perfecta en varias de esas joyas es hoy un problema insoluble para los businkas, guamakas y sehiukos, estos explican así el origen del arte que produjo aquellas obras:

Un tigre enorme, Güéraba, recorría las comarcas devorando las gentes, y se guarecía en las selvas de Maleiraka. Los jefes de las tribus¹⁰⁵, se reunieron para resolver la mejor manera de matarlo. Se comisionó a los cazadores más valientes, Zalahui, Irusa, Majtuví e Hinjuika. Pusiéronle trampas de grandes leños de oro en Simintukúa y Hulana, y escapó rompiéndolos en pedazos; se le puso la última en Teiraka, donde fue muerto. Recogidos los huesos y barbas férreas, y llevados a Terona (sacerdote sapientísimo), sirvieron desde entonces para el pulimento de las piedras preciosas, y su perforación.

Peiko, legislador y maestro, llegó después de países desconocidos, del lado de la mar. No supieron decirme nada sobre sus rasgos fisonómicos y aspecto, pero sí que era dulce, amoroso y muy sabio. Enseñóles a cultivar las tierras, a tejer lindamente los lienzos para sus vestidos, a labrar joyas de piedra y oro. Les dijo los nombres de las estrellas y luceros, y dejóles máximas o sentencias que tomaron forma de leyes en las tribus. Corridos algunos años, debía regresar, y no fue posible detenerle. Los jefes de las tribus y los sacerdotes-médicos, sus discípulos, le acompañaron a las playas marinas, pero no las mujeres, porque él había prohibido que bajasen de los altos montes

104. Nota del autor: Darwin. *El origen del hombre*, etc., cap. VII.

105. En la edición de María Teresa Cristina se añade: «Acechado y perseguido largo tiempo inútilmente».

y más especialmente a las riberas del Océano, para evitarle calamidades a la nación. Le aguardaban marineros de su país: subió a una banca de oro, movida por remos del mismo metal, y desapareció lejos, muy lejos en la mar azul.

En regiones inhabitadas de la Sierra encontré cementerios cuya existencia desconocían los aborígenes, y uno de aquellos especialmente, por la forma de las sepulturas, demuestra su inaveriguable antigüedad: son colinas sobre las cuales aparecen las bocas circulares de urnas enormes de arcilla, tapadas con otras de menor tamaño. En cada una de las primeras había el cadáver de un hombre, y en las chicas el de un niño. Los indígenas que me acompañaban el día que lo descubrí, mostraron natural sorpresa, y averiguándoles luego a qué tribu perteneció aquel cementerio, los sacerdotes businkas y guamakas nada sabían.

En las orillas del río Enea, a inmediaciones de los últimos ramales de la montaña, sobre las llanuras de Chanchico (las de Orino probablemente), vi otro cementerio del cual saqué urnas de arcilla pequeñas, de 40 a 45 centímetros de altura por 15 o 20 de ancho, más angostas en la base y con tapas sobre las cuales había bustos de guerreros, reinas y jefes, que en la colección cedida al Museo llevan los números 39 a 42. Hallé en las urnas huesos convertidos casi todos en tierra, y unos discos también de arcilla, que acaso representaban la edad de los muertos. Inútil es decir que los aborígenes son incapaces de ejecutar hoy tales obras, pues sus trabajos en cerámica han vuelto a ser rudimentarios: ignoran quiénes fueron los antiguos habitantes de esa región.

Sheukaká es el sacerdote más anciano y venerable de la parte oriental de la Serranía. Cuando en agosto de 1882 estuve en Marocaso y en los valles y montes circunvecinos, bajó de las alturas de Dunguirúa, que él habita, porque deseaba verme. Lleváronle a sus desiertos la noticia de que «un español cariñoso y bueno con los indígenas» visitaba aquellas comarcas y después de haber recorrido las del interior y Occidente de la Nevada. Encanecida ya por completo su cabellera, que le cae sobre los hombros, destácase sombrío el rostro inteligente del anciano. Debió de ser muy gallardo en su juventud, y aun está vigoroso, pero es presumible que no baja su

edad de noventa a cien años. Me sorprendió mucho verle el ropaje de los guajiros, extraño en la Sierra; e interrogándole sobre el particular, me dijo que aquel traje habían llevado siempre, en tiempos anteriores, los varones de su tribu. No supo darme la razón de tal coincidencia, y por estudios hechos poco antes en la Guajira, era más importante para mí la circunstancia de que trato: algunas tribus fueron desalojadas de la península por los caribes que actualmente la poseen, y de seguro los vencedores, menos cultos que los *vencidos* (*aruákár*), adoptaron el traje de estos, vestidura que los aruá no pudieron conservar en las regiones frías de la Sierra donde se asilaron después.

Odian y temen estos indígenas a los guajiros, y desde sus montes divisan las llanuras patrias, cuya pérdida lamentaron sus mayores desde aquellas mismas cumbres:

Autá equivale a *muerte* en el lenguaje guajiro, y es el nombre que dan los guamakas a los habitantes de la Península, lo que significa, igualmente asesino; denominación reveladora de los recuerdos sanguinarios que la tribu conservó de la ferocidad de los vencedores.

De los chimilas y tribus salvajes que moran en la Cordillera Oriental del Valle Dupar, es difícil obtener hoy tradiciones de ese género: antes sería necesario estudiar con mayor detenimiento a dichos aborígenes. Los antecesores de los chimilas —indudablemente de raza caribe— fueron tal vez una parcialidad desprendida de la nación que conquistó la Península y el territorio limítrofe del Sur. La semejanza de los chimilas actuales con los guajiros es muy marcada, y lo mismo cabe decir de su gentileza y denuedo; pero entre los últimos no hay memoria de la emigración de esa tribu hacia el Occidente, ni la nombran.

El lenguaje de los chimilas, cual se ve por la muestra que hay de él en la sección *Vocabularios*, se diferencia notablemente del idioma guajiro; aquél abunda en sonidos guturales y nasales, de difícil emisión; mas no sería raro hallar, al formarse un vocabulario más extenso, algunas palabras del todo idénticas en los dos lenguajes, por lo que se nota revisando la muestra a que me he referido. Y otro

tanto se puede decir de alternaciones que ese dialecto recibió a causa del contacto que tuvo la tribu con los taironas de la Sierra Nevada, habitantes del macizo al Occidente, nación de la cual fue aliada durante la lucha sangrienta con los conquistadores desde 1526, detalle inadvertido por los cronistas, y circunstancia sobre la cual insistiré en ocasión oportuna.

Cuando estuve entre los chimilas, no me hallaba persuadido aún de lo que importa el conocimiento y análisis de la numeración en los idiomas americanos para deducir el origen o tronco primordial de algunas tribus y las relaciones que tuvieron en tiempos remotos¹⁰⁶. La denominación de los números tiene de suyo forma invariable, por muchos motivos que estaría de sobra expresar, y casi puede decirse

106. Nota del autor: Tomé, sin embargo, los nombres de la unidad y de la decena, totama y kracha. Es presumible que cuenten hasta ciento o más, como los guajiros y las tribus de la Sierra, y no algunas veintenas, al igual de los motilones o tribus comprendidas en esa designación; el uso de la decena en su lenguaje, autoriza para suponerlo así.

Los muiscas contaban también por veintenas inducidos a ello por la naturaleza, o la forma de las manos y de los pies, lo mismo que los aztecas y casi la totalidad de las tribus americanas. Y merece anotarse que los guajiros y businkas adoptaron instintivamente el sistema de numeración perfecto, lo que no arguye poco en favor de su desarrollo intelectual.

«Los mejicanos cuentan por los múltiplos de dicho número veinte, como los árabes por los de diez, a que llaman nudos. El mejicano dice: un-veinte, cempohuali; dosveintes, ompohuali; tres-veintes, yei-pohuali, y cuatro-veintes. nahui-pohuali; expresión esta última, idéntica a la que emplean los franceses». (Humboldt. *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, cap. VI).

Al norte de Cundinamarca y en Boyacá, los pastores de raza chibcha, que hablan español e ignoran si otro lenguaje fue el de sus antepasados, no se avienen a contar sino por veintenas los corderos que reciben de los mayordomos. Obra de tradición —y es lo más probable— o sistema claramente indicado por la naturaleza, como dije antes, la singularidad merece estudio.

Hay en la *Geografía* del señor Arboleda, en lo referente a historia de los Estados Unidos de Colombia, estas líneas: «Parece, no obstante, que la mayor parte de la población de Nueva Granada fuera de origen caribe: así lo indican muchas de sus costumbres, su ferocidad de carácter y su sistema de numeración que no pasaba de cinco (Lección LIV, p. 95).

El General Acosta, en su *Compendio histórico* otra vez citado, dice que los salvajes del Golfo del Darién alcanzan a contar hasta ocho. Permítome suponer que le faltaron pormenores precisos, porque siendo aquellos Indígenas de raza caribe e inclinados al comercio, deben de contar, fácilmente, tanto como los guajiros (cap. II).

De los salvajes, por causas que sería inoficioso decir, los pueblos pastores y los guerreros perfeccionan más pronto su sistema de numeración.

que, conocida exactamente la numeración de varias nacionalidades indígenas, a un etnógrafo práctico le sería dable indicar con certidumbre si entre ellas hubo relaciones en tiempo más o menos lejano. Acaso haya sido ya aprovechado este derrotero o forma de investigación segura por algunos americanistas; pero no la encuentro indicada en Humboldt, ni en Acosta, ni en Darwin y los amplificadores de su doctrina, ni en Nadaillac, ni en las obras de Bachiller y Morales, Aristides Rojas, Unicoechea y Zerda, de publicación reciente las más.

Y volviendo a los chimilas, viene a punto esta observación comprensiva también de las tribus que habitan y defienden, tenaces, la Cordillera Oriental del Valle Dupar.

Mareigua es el nombre con que los guajiros designan a Dios, mejor dicho, al no engendrado, fuerza inmaterial, dueño de la creación. Los chimilas le llaman *Marayajna*, y los tupes y *yukures Maruta*. No es, a buen seguro, casual la común raíz mar en las tres denominaciones o palabras. Y véase ahí, como en otros ejemplos del mismo orden, un nuevo rumbo que los filólogos pueden aprovechar, lo mismo que las numeraciones, en la investigación de orígenes y comercio o trato remoto de las tribus americanas; porque es lógico y natural suponer que ha sido invariable o de muy difícil alteración, en las que alcanzaban ya cierto grado de cultura, el nombre de Dios o del poder más o menos temible que reconocían y veneraban a su manera.

En Magüeipá, al Oriente de la Península, y en Pararierun, recogí las tradiciones más importantes de los guajiros.

Mareigua habitó un tiempo en las cumbres de Arahur, y se fue dejándoles la tierra a sus nietos. Existe allí una laguna salada, donde vive una serpiente voraz. Si alguien toma frutas de los árboles inmediatos, al punto muere. Las alturas de aquel monte, el más venerado de las tribus, se cubren a veces de nieblas, y es de aspecto extraño en aquella región e imponente por lo mismo para los indígenas. A esto se reduce lo que de su teogonía¹⁰⁷ me fue dado conocer.

107. **teogonía.** «Narración del origen y genealogía de los dioses» (DLE).

Como otros pueblos salvajes de América, tienen recuerdo legendario de un diluvio o inundación del país que habitan, y he aquí el relato que de tal acontecimiento me hizo un anciano de la raza Jayariú:

Era Guarunka una virgen de extraordinaria hermosura e irresistibles atractivos, y su padre, el jefe más poderoso y valiente de la nación. Nunca mujer tan bella habían conocido los hombres, y ninguno podía ser bastante rico para comprarla como esposa. Un agorero o adivino advirtió a los padres de la doncella, que sería funesto el instante en que su hija concediera las primicias de amor. Vióla Yarfá —Luzbel o espíritu maligno— y desde ese momento fue poseído de amoroso frenesí. Toma entonces, experimentado y astuto, la apariencia de un mancebo gentilísimo, y ronda las florestas y campiñas espionando a Guarunka, ya en secreto abrasado de amor.

Bañábase la princesa en las corrientes del Sarsaráin: aprovechó Yarfá el descuido de los guardianes celosos, y ella, olvidada del fatal y odiado pronóstico, fue débil para resistir a los ruegos y caricias de su amante.

Obligada era la fuga, y se asilaron en Guarkasnhirú: allí tenía casa el raptor, grande y cómoda; pero al despertar advirtieron los amantes que se había convertido en piedra, o en un antro sin salida, sobre el cual bramaban las olas. Largo tiempo transcurrió después, que es de suponerse no sería de ansiedad ni de privaciones para la reclusa y venturosa pareja, porque Yarfá debió apelar a todo su poder, no bastante sin embargo a combatir el elemento que los sepultaba. Al fin oyeron sobre la casa de piedra el canto de un ave: les decía que llamasen a Suarrar —la rata grande— para que abriera salida bajo el suelo, porque ya la tierra se había secado; mas no se aceptó el recurso. Entonces la avecilla —el canoro turpial de aquellas pampas— convocó a todas las aves a efecto de abrir algún agujero en la roca: todo en vano, porque sus picos se amellaban y solo el Hischu fue capaz de hacer uno pequeñito, por donde salieron Yarfá, Guarunka y cuatro hijos, en forma de pájaros diminutos, colibríes seguramente. Mas el quinto de aquéllos se resistió a transformarse así: era el más sabio y malicioso; el padre futuro de los guajiros nobles. Le instaron a que saliera convertido en humo, y eso sucedió. Luego una

grandísima serpiente fue sacando del lodo gentes de todas las razas: primero los indios que habitan la región oriental de la Guajira, después los paraujas, que marcharon más allá de la sierra de Makuira, en seguida los cosinas, que se fueron al Sur, y por último, ingleses, españoles y otros blancos. Notóse a poco, que los guajiros comían mucho, y fue necesario resolver que los blancos buscaran tierra en donde vivir, y se les arrojó al punto.

Aquellos indígenas no le dan por causa al diluvio de su leyenda la corrupción de los hombres, que tal castigo merecieran, rebeldes a los mandatos y enseñanzas del Creador; atribuyen la calamidad a obra del Espíritu maligno —a quien temen y cuyo poder admiran— enloquecido de amor por una mujer de la tribu, se reputan descendencia de Satanás, su Noé, si no con orgullo, a lo menos sin rubor.

De estas leyendas (las indígenas, dice Nadaillac) las que tratan del diluvio universal serían de mucho interés si fuese dable creer que no han sido amplificadas ni alteradas por los misioneros españoles.

En el corazón de la tribu de que se habla, inconquistable, y en comarcas que nunca visitaron misioneros, la sencilla leyenda que acabo de relatar, tiene verdaderamente su carácter primitivo; mas de seguro se refiere a épocas en que ese pueblo habitó otro país, y por sus mayores fue acomodada a las condiciones geográficas del que poseen hoy. Confirma esta hipótesis lo que dicen sus antiguas tradiciones sobre la manera como se adueñaron de la Península, que ocupaban desde tiempo inmemorial cuando el arribo de la primera expedición española a sus costas en 1499, la de Ojeda, que tocó en Chichibacoa, según es de colegirse región que fue denominada Coquibacoa, erradamente quizá.

Véase qué memoria subsiste entre ellos en cuanto a la época de la llegada de sus mayores a la Península y la tribu que antes la habitó. En Juyamurá, cerca del valle de Epiesí, estaba el centro de la nación de los aruá. Pelearon con un jefe de Maracaibo, Arakuayú, y fueron

vencidos en la guerra; de ahí su emigración hacia el Occidente, donde se asilaron en las alturas orientales de la Sierra Nevada.

Hay circunstancias interesantes en esa tradición breve y precisa, que he tomado literalmente de una de mis carteras de viaje. Habitaba no lejos de Epiesí el mayor núcleo de la tribu de los aruá, y restos de ella, gentes despreciadas y en servidumbre hoy, encontré en el valle que fecundan y embellecen con sus cultivos, extraños en medio de la nación dominadora de la Península. Aruá (vencidos) se les llamó, y también *kachosas*, por apodo depresivo y humillante. Aquél es el mismo nombre que aún se les da en las tribus guajiras a los habitantes de la Sierra Nevada, y si éstos las temen por agresivas y feroces, ellas les atribuyen sabiduría de envenenadores y de brujos. En guajiro la partícula *kar*, añadida a los nombres de cierta terminación, como la partícula *kor* en otros casos, sustituye al artículo, que en nuestro idioma se antepone a muchos vocablos: *arudkar* significa el arud, y es evidente que de tal expresión provino el nombre de aruacas o aruacos, que los españoles les oírían a los indígenas al hablarles éstos de las tribus que habitaban en la Sierra Nevada; y así debió suceder desde que los primeros soldados de Federmann cruzaron las planicies guajiras de lid en lid. Dice la tradición apuntada, que de Maracaibo era el jefe que venció y expulsó de la tierra a los aruá, es decir, del Sur, y hay motivos para suponer que del lago de Maracaibo, y aun de regiones más lejanas del litoral venezolano, y de las Antillas, llegaron a la Península las diferentes parcialidades de la nación guajira.

De los caribes, nación marinera, belicosa, y fuerte además por su número; de ese pueblo conquistador que difundía el espanto entre las tribus que habitan en la desembocadura del Orinoco y en el litoral que se extiende a uno y otro lado de ella, debió venir, batallando y venciendo, el enjambre que se apoderó del hermoso país y de las comarcas que lo limitan hasta el Socuy y el río Enea. Otras reflexiones o inferencias sobre el mismo asunto son oportunas aquí.

Efectuóse quizá, al propio tiempo que la otra, una migración de caribes a esa parte del Continente y al litoral comprendido entre Santa Marta y el río Sinú: el viento Nordeste que agita impetuoso esos

mares en casi todos los meses del año, hecha excepción de tres o cuatro, pudo facilitar mucho aquellas migraciones de pueblos o tribus, y por relaciones y cruzamiento con los aborígenes primitivos de la región, se alteró su lenguaje y se modificaron a la vez sus feroces costumbres: de ahí acaso el tipo y carácter viril y belicoso de los chimilas, vencedores de Álvaro Palomino en las orillas de la Ciénaga Grande de Santa Marta en 1526, orillas circundadas por poblaciones de aquella tribu; de ahí también la resistencia heroica que primero Ojeda, y Heredia después, encontraron al batallar con los indígenas de Turbaco y otras parcialidades del territorio actual del Estado de Bolívar¹⁰⁸.

No iba pues descaminado Fray Alonso de Zamora al decir lo siguiente de los indígenas de Cartagena, en su *Historia de la Provincia del Nuevo Reino* (Libro II, capítulo II):

La valerosa nación de los machanaes, nombre común de los indios de esta Gobernación, que en nuestro idioma quiere decir no hay, es oriunda de Maracapana, que costa a costa, del Mar del Norte vinieron desde Caracas a llenar la Provincia de Cartagena. Su fama belicosa se dilató por todo lo descubierto, con tal asombro de valentía, que si pasaban por aquella costa algunos bajeles, miraban la tierra como sepultura de soldados españoles.

108. Nota del autor: Refiriéndose a estos últimos —de las hazañas de los otros me ocuparé en el lugar debido— dice el bachiller Martín Fernández de Enciso. Alguacil mayor de Castilla de Oro, en *La suma de Geografía* publicada en el año de 1519: «Estos puertos de Cartagena tienen una isla en medio que no sale del compás de la tierra, y por la una parte y por la otra de la isla hay puerto, pero la de la parte del Este (¿Boca Grande?) es la mejor entrada; la isla se llama Quodego: tiene dos leguas de longitud y media legua de latitud; está bien poblada de indios pescadores. La gente de esta tierra es bien dispuesta, pero los hombres y las mujeres andan todos desnudos como nacen: son belicosos y usan arcos y flechas: tiran todas las flechas con yerba de la mala, y pelean las mujeres tan bien como los hombres; yo tuve presa una moza de fasta diez y ocho o veinte años que se afirmaba por todos, que había muerto ocho hombres cristianos antes que fuese presa en la batalla en que la aprehendieron». *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*, por el Coronel Joaquín Acosta. Apéndice, París-1848.

No hay en la Península guajira jeroglíficos ni emblemas grabados en las rocas; todas mis investigaciones a ese respecto fueron inútiles, y más tenaces por cuanto acababa de hacer estudios de la pictografía en la Sierra Nevada de Santa Marta, y naturalmente me aguijoneaba el deseo de completar investigaciones del mismo orden en todo el territorio del Estado. Quizá un viaje detenido con el fin de hacer inspección minuciosa en las serranías de la Península, diera más felices resultados; pero lo dudo: es de suponerse que los invasores caribes se adueñaron de la tierra en tiempo relativamente no muy lejano de la edad en que las planicies aparecieron poco a poco y no alcanzó ya el Océano a cubrirlas. La retirada gradual de las aguas se ve en las ondas vastísimas de collados que descienden a la costa, en Güinkúa, al centro de las pampas de Occidente, como en Jurjier y Kenap, al pie de la Cordillera de Makuira, cuando se espacia la mirada en el horizonte que en último término limita el mar. Y las tribus que habitaban la Península al efectuarse la invasión caribe, eran, sin duda, descendencia muy lejana, mucho, del pueblo que grabó en las vertientes orientales de la Sierra los signos y figuras que copié en Setkús (Marocaso) y valles al Poniente, en las rocas de seukuke, Hungüirruambá y Lonzeirá. Escribí en páginas anteriores que ni los guamakas ni los otros moradores actuales de la Sierra conocen el origen y edad de las pictografías, y que solo les ha llegado muy débil luz de aquellos tiempos: apenas pueden explicar la significación de dos emblemas, si bien les tributan culto secreto a los antiguos adoratorios- Parte de los guamakas, dicho se está, fueron los aborígenes vencidos por la tribu guajira, y expulsados casi en su totalidad de la Península.

Por razones idénticas a las apuntadas, no existen, al menos que yo sepa, pictografías o jeroglíficos prehistóricos en el Valle Dupar, hoya antigua del río Magdalena, que ocupó en toda su anchura según puede observarse al pie de los contrafuertes meridionales de la Sierra Nevada y en los occidentales de la Cordillera de Perijá.

Remontémonos cuanto sea dable investigando de qué regiones de América vinieron los inmigrantes cuyos descendientes se hallaban en las Antillas y en nuestro litoral Atlántico al empezar la conquista,

incluyendo las tribus subsistentes hoy en el macizo de la Nevada, y la nación de los taironas, extinguida a mediados del siglo XVII en su lucha valentísima con la raza conquistadora.

Bueno es antes leer unos párrafos de Irving sobre los caribes, adecuadísimos a mi propósito, porque sintetizan lo que interesa dejar anotado. Son de la obra citada otras veces (libro VI, capítulo III):

Es de todo punto probable que muchas de las pinturas que se nos han dado de esta singular raza de gente hayan derivado su triste *colorido del miedo de los indios y de las preocupaciones de los españoles*. Eran los caribes el horror de los indios, y la pesadilla de los españoles. Las pruebas que se presentan de su canibalismo deben juzgarse con mucha circunspección, por lo descuidado e inexacto de las observaciones de los marineros, y la preconcebida creencia del hecho que existía en los ánimos de los españoles. Era usanza general entre los naturales de muchas de las islas y de otras partes del Nuevo Mundo, conservar los restos de sus difuntos, parientes y amigos. A veces todo el cuerpo; otras la cabeza sólo, o algún miembro disecado; y otras, en fin, nada más que los huesos. Estos, cuando se encontraron en las viviendas do moraban los habitantes indígenas de la Española, contra quien no existía semejante preocupación, se miraban regularmente como reliquias de los muertos, conservadas por afecto o reverencia; pero cualquiera de semejantes restos, hallado entre los caribes, se miraba con horror, como prueba de su canibalismo.

El belicoso y altivo carácter de aquellos isleños, tan diferente del de los pusilánimes que los rodeaban, y el ancho campo que daban a sus empresas y expediciones, como las tribus errantes del Antiguo Mundo, debían necesariamente distinguirlos. Se les educaba en las armas desde su infancia. Tan pronto como sabían andar les ponían sus intrépidas madres el arco y flechas en la mano, y los preparaban a tomar temprana parte en las

arriesgadas empresas de sus padres. Sus atrevidas expediciones marítimas los hacían observadores e inteligentes.

Las tradiciones que restan de su origen, aunque de suyo inciertas y poco valederas, pueden hasta cierto punto verificarse por hechos geográficos, y abren una de las únicas venas de curiosas investigaciones de que abunda el Nuevo Mundo. Se dice que emigraron de los remotos valles formados por las montañas Apalaches. Las primeras noticias que de ellos tenemos los representan con las armas en la mano, continuamente empeñados en guerras, conquistando su camino y mudando de morada, hasta que con el tiempo se encontraron al extremo de la Florida. Abandonando luego el continente del Norte, se pasaron a las Lucayas, y de allí gradualmente en el decurso de los años, de isla en isla, por aquella verde y dilatada cadena que eslabona los extremos de la Florida y de la costa de Paria, en el continente del Sur. El archipiélago que se extiende desde Puerto Rico a Tobago era su principal guarida, y la isla de Guadalupe su ciudadela. Desde aquel punto lanzábase a atrevidas expediciones llevando la guerra a todos los países circunvecinos, que amedrantaban con su presencia. Desembarcó multitud de ellos en el continente del Sur, y se apoderó en algunas partes de tierra firme. Se han descubierto también sus huellas muy en el interior del país por donde fluye el Orinoco. Los holandeses hallaron colonias de ellos en las márgenes del Ikouteca, que desemboca en el Surinam, por el Esquivo, el Maroni y otros ríos de Guayana; y aun parecería que avanzaron hasta las costas del Océano del Sur, donde, entre los indígenas del Brasil, había algunos que se llamaban caribes, distintos de los otros indios por su valor, constancia, sutileza y arriesgadas empresas.

El trazar las huellas de estas tribus en sus emigraciones desde las montañas Apalaches en el continente del Norte, por el grupo de islas que esmalta el golfo mejicano y mar Caribe, hasta la

costa de Paria, y lo mismo por en medio de las vastas regiones de Guayana y la Amazónica, a las remotas playas brasileñas, sería una de las investigaciones más curiosas de la historia primitiva, y derramaría torrentes de luz en puntos misteriosos que envuelven en tinieblas muchas cuestiones de alto interés para el Nuevo Mundo.

Ciertamente, aquella investigación es de importancia suma para la historia de los pueblos americanos; y los estudios hechos con posterioridad a la época en que escribió Irving los pasajes que he transcrito, ayudan a determinar con alguna precisión el itinerario de las migraciones que vinieron de las zonas templadas de los hemisferios boreal y austral a refundirse en la tórrida, formándose así, seleccionada por el cruzamiento de dos nacionalidades guerreras e inteligentes, la poderosa Nación caribe. El carácter aventurero y empresario de las dos masas migradoras; la superioridad de entrambas sobre las tribus que iban venciendo y arrollando, desde los montes Apalaches a las Antillas, y desde los dominios guaraníes hasta la desembocadura del Orinoco y las Guayanas, determinó una alianza seguramente, y de ahí el poder y la dominación del pueblo caribe.

Simonin, citado por Nadaillac, desconoce la posibilidad de estas migraciones en América: me refiero a su obra titulada *El hombre americano* (París, 1870).

Tiran sus argumentos a combatir el monogenismo de la especie humana, mas son tan débiles y rebatibles, que si únicamente con argumentaciones de tal fuerza y especie pudieran contar los partidarios de su teoría, ya estuvieran vencidos. Me es necesario prescindir por ahora del dictamen de ese autor, para ocuparme de su razonamiento en próxima ocasión.

Hay en la Península nombres de sitios, como Jamaikamana y Paraguai-pó, que autorizan la inferencia de haber sido llevados de las Antillas, y de región muy más distante al Sur del Continente. Podríase, sin embargo, observar que falta la comprobación de que tales denominaciones de comarcas existan de tiempo remoto o inmemorial; pero

cuando interrogué a los ancianos guajiros sobre este punto, con el deseo de confirmar la hipótesis, y precisado a no fundarla por ningún motivo en una base falsa, me contestaron que aquellos sitios nunca habían tenido otros nombres¹⁰⁹.

Pronto se advertirá que no tiene nada de extraño, y si de muy natural y lógico, el hallarse el nombre de Paraguaipó empleado en la Guajira para designar un sitio que en época no muy distante debieron tener cubierto las aguas marinas y las que desbordaban del Grande Eneal. Démosle primeramente una ojeada breve al vocabulario guajiro, o estudio sobre ese idioma, que dejó el lector en otras páginas, y el señor doctor Aristides Rojas, de profundos conocimientos que admiro, y otros americanistas tan perspicaces y competentes como él, harán esto mejor, procurándose vocabularios de dialectos caribes, que no ha estado a mi alcance conseguir al hacer con precipitud imprevista el presente trabajo.

Arauka llámase entre los guajiros cierto árbol, y *araukema* una planta medicinal. Es inútil recordar, porque ha de hacerlo el lector, que *Arauka* es el nombre del río que recorre los llanos de Casanare y Meta; que *Araukó* es el de un pueblo de la provincia de Tucumán cerca de la ciudad de Rioja, en la República Argentina, y *Araukanía* del de un territorio que ocupan en el corazón de Chile, indomables hasta hoy, los araucanos cuyo heroísmo cantó Ercilla.

109. Nota del autor: No parece extemporáneo añadir la observación que dicto a seguida: Tupis es el nombre de una tribu de los guaraníes, y Tupi el de uno de sus progenitores de la época prehistórica. Tupes fue siempre la designación de la tribu aguerrida y audaz, en parte domesticada al pie de la Cordillera Oriental del Valle Dupar hasta 1575, cuyos restos habitan hoy en lo alto de la Sierra. Guana es el nombre de una comarca guaraní, y el mismo, sin diferencia, es el del puerto más importante de la República de Venezuela; y con leve diferencia, el de la tribu que se halló a corto trecho de Santa Marta y cuyo nombre tiene su población primitiva. Martín Fernández de Enciso que recorrió aquella costa antes de 1515, después de Alonso de Ojeda que la visitó en 1509, dice en su obra ya citada. «Desde Santa Marta vuelve la costa al Sur a veinte leguas (distancia exagerada, observa Acosta), y en la vuelta, cabe Santa Marta, está Baria, que es la gente muy mala, y adelante está Aldea grande». Al hallar el nombre de Baria, que nunca tuvo esa tribu, sino el otro de Gaira, Acosta hace notar el error. Véanse *Paruruma* y «*Parasis* en el *Diccionario* de Alcedo.

Aparáin vale en guajiio pescador; *paraj*, mar o playa marina; *paransís*, hombre blanco, extranjero, no español; *parasír*, naufrago; *parás*, salado; *parúa*, salina.

En el vocabulario de la *Gramática Goajira* del señor Presbítero Rafael Celedón, hay estas palabras: *parúrua*, mero (pez); *párapa ejéjte*, viento nordeste; *parápuna*, del lado del mar; *pararu*, costa del mar; *paraise*, corriente de río; *pararuma*, sitio donde ha estado el mar; *paraset*, arrastrarse; *aparajasij*, revolcarse; *párait*, voltear; *partaj*, peinarse. Este último verbo, así como los tres anteriores, inducen a suponer que se les formó expresando cada acción con una imagen tomada del mar.

Viene al caso hacer mención de ciertas designaciones geográficas de la Península. Pararía, cumbre que se divisa de Baretamana y *Kasuto* hacia la costa oriental: Parasi, cadena de montes que se tiende de Punta Chimare a Bahía-honda, no lejos del mar: Parisuó, arroyo que nace en las alturas de Arahur: Pararierun, que significa 'ensuada de mar', es el nombre indígena de Puerto Estrella.

En el *Diccionario geográfico histórico* del Coronel don Antinio de Alcedo hojéense cuidadosamente del cuarto tomo las páginas 62 a 95, y se encontrarán setenta y siete y más nombres de ríos, islas, puertos, cabos, poblaciones ribereñas, etc., en su mayor parte del Brasil, Paraguay y la República Argentina, que llevan todos la raíz *para*.

Esto anotado, es más oportuno ahora transcribir algunos párrafos de los Estudios Indígenas del señor Aristides Rojas, que abundan en conceptos confirmados en las últimas líneas que dejo escritas. Trata de las radicales del vocablo agua en las lenguas americanas.

El estudio de las radicales del agua, en el Continente Americano, no es para nosotros estudio de mero pasatiempo; propósitos más elevados nos estimulan. Si por una parte deseamos conocer nombres geográficos de un mismo origen etimológico, por otra queremos investigar la filiación de ciertos pueblos, el camino que ellos trazaron, la ley de sus emigraciones, sus conquistas de Oeste a Este o de Sur a Norte, y hasta los orígenes

primitivos de la población Americana, oriunda de los pueblos de Asia, por un lado, de las regiones de Europa y África, por otro¹¹⁰. El estudio de una sola de las radicales del agua, va a hacernos conocer las peregrinaciones del pueblo Caribe y de sus numerosas tribus, venidas de pueblos más adelantados que demoraban al Sur del hemisferio Americano; la manera como se pobló la extensa región acuática que constituye las hoyas del Plata, del Amazonas y del Orinoco; y las conexiones que tuvieron, en remotas épocas, naciones que hoy existen en regiones del hemisferio diametralmente opuestas.

Los orígenes quechua y guaraní de algunas radicales del agua, van a ponernos de manifiesto las conexiones que tuvo el pueblo Caribe con las naciones que habitaron los Andes del Perú y de Bolivia, y con las que se establecieron en las pampas del Plata. Toda la región oriental de la América parece haber participado mucho de la civilización de los pueblos del Sur. Los nombres geográficos nos indican el itinerario constante que siguió el pueblo Caribe, favorecido, en sus excursiones y conquistas, por la inmensa red de ríos navegables, al Este de América; pudiendo de esta manera aclimatar sus costumbres, imponer su idioma y dialectos a las tribus y naciones que conquistó en la dilatada área de tierra que se extiende desde los Andes peruanos hasta las costas de Venezuela e islas del mar antillano¹¹¹.

Los quechuas, los guaraníes, los moxos, los chiquitos, y mas al Norte los omaguas, los salivas y otras naciones, fueron los pobladores de las sabanas y bosques de la gran región acuática al Este de los Andes. Su comercio, sus luchas y conquistas tienen

110. Nota del autor: Contrariedad penosa es para el autor de este trabajo no tener opinión idéntica a la del señor doctor Rojas sobre este punto, aunque no diferente del todo.

111. Nota del autor: Y asimismo en el litoral de Colombia, desde la Guajira a la desembocadura del Sinú, excepto la parte de costa que dominaban los taironas; y más aún, probablemente, hasta el golfo de Urabá.

que haber sido por agua, favorecidos por una naturaleza propicia a sus proyectos. Por esto abundan en esta región las radicales que pertenecieron a las naciones del Sur...

De todas las radicales del agua, en los pueblos antiguos de la América del Sur, la que ha abrazado una zona geográfica más extensa y ha impreso su sello sobre las grandes regiones acuáticas del Continente es la radical quechua-guaraní, *para*.

Para, en lengua quechua, equivale a lluvia, y en un sentido más general, a agua, y por lo tanto, a mar, gran río, gran lago, etc. De *Para*, parihuara, que significa *flamante*, ibis; *parani*, significa LLOVER; *paranayana*, ESTA PARA LLOVER; *paramilla*, TIEMPO DE AGUAS, INVIERNO; *paray-conchuy*, TORBELLINO, TEMPESTAD...

En la lengua guaraní, la radical *para* no equivale a lluvia como en el idioma quechua, sino a mar. De *para*, mar; *paraguacu*, mar grande; *parana*, pariente del mar, punta del mar...

Los guaraníes llaman al río de la Plata, Paraguacu, que quiere decir, grande agua o paranaguacuque, que equivale a río como mar. Paraguay, en documentos antiguos está escrito *Paragua-y*, que quiere decir, 'fuente del mar'. Si continuamos hacia el norte y entramos en las dilatadas hoyas del Amazonas y del Orinoco, y seguimos hasta las costas de Venezuela o islas adyacentes, veremos que las dos radicales guaraní y quechua no pierden su acepción primitiva, y que tienen sus representantes en toda la zona hidrográfica, al Este de los Andes...

Pernambuco es corrupción de *Paranambú*. El nombre antiguo del Brasil fue Para-sil y el del gran Amazonas, Paraná, con lo que quisieron decir los indígenas pariente del mar o gran

masa de agua. Con el nombre de Paraná conocieron los omaguas al Amazonas.

Finalmente, los paranapuras, paranos, parapecos, fueron los nombres de las tribus indígenas que estuvieron en las misiones del Marañón. Véase por estos ejemplos que la radical *Para*, como equivalente de grandes y pequeños ríos y sitios fértiles, es abundante en la nación brasilera, en la cual se habla hoy el idioma guarani.

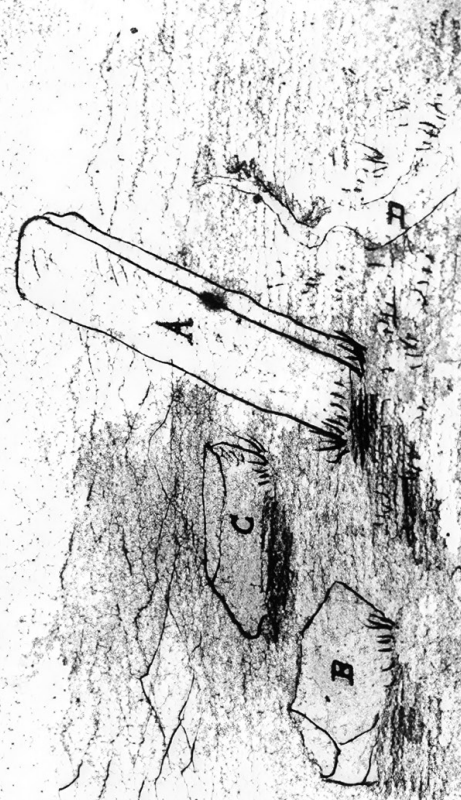
En la lengua general del Brasil, la tupí, en la caribe y en la maypure, *para* equivale a 'mar'. Por esto, Pará, Paraná, como nombres de ríos, indican, grandes masas de agua.

El antiguo nombre del Orinoco fue Paragua, que lleva hoy un afluente del Caroní. Cuando Ordaz cruzó el Orinoco en 1536, el río era conocido con el nombre de Uriaparia que llevaba uno de los principales caciques de la comarca. De aquí, los nombres corrompidos de Aparía, Yupaparia, Huriaparia, Viaparia, con los cuales se designó al Orinoco en los días de la conquista castellana. Este nombre de Uriaparia, no pasó de las regiones del Meta, y fue más conocido cerca del golfo de Paria.

Largo sería transcribir, y ya de sobra, todo lo que sobre el asunto hay en libro que tengo a la vista. Páginas adelante, el señor Rojas hizo esta indicación, única, pero de importancia, referente a la nación indígena de que me ocupo:

Los goajiros, *cuyo idioma tiene mucha semejanza con el caribe*, llamaron al agua *uin*. He aquí un vocablo perteneciente a la costa Oeste de Venezuela, idéntico a los vocablos de origen peruanos, *uni*, *ueni*, *uiní*, etc., que representan el agua en muchos ríos del Amazonas y del Orinoco. Los goajiros llaman al manantial

Antique monument religieux indien au sommet
du Cerro Pijoná Jóni.



Plan.

- A. } Plan level
- A. }
- B. }
- B. }
- C. }
- C. }
- D. Section Indian

Depositories sur les bords de rio Bontoye

Páginas del álbum de M. de Brettes
(monumentos indios). Se ilustran los entierros
indígenas. Misión de Joseph de Brettes, 1892.
Reproducción fotográfica del Museo del Louvre.
París, Biblioteca Nacional de Francia.



Plan



- A.A.?
- B.B.?
- C.C.?
- D.D.?
- E Rio Bontoye
- F muelle a guisa de

UINCUA, voz compuesta, semejante a la cumanagota *Huincua*, que significa 'fuente, manantial'.

Aunque no rigurosamente exacta la observación, sí demuestra o permite inferir que hubo en lejana época relaciones entre los cumanagotos y la parcialidad caribe de la cual descienden los guajiros, lo que no tiene nada de extraño; antes bien confirma el concepto que emití al principio acerca de la vía que siguió en sus migraciones y conquistas esa última tribu; y a ser posible un estudio comparativo y atento del lenguaje de las dos, la identidad quedaría seguramente comprobada, o por lo menos, semejanzas numerosas. Mas no es uin, sino *güin* el nombre que los guajiros le dan al agua: mal escuchada la locución, se incurre en el error. El señor Celedón en su gramática de aquel dialecto, también puso *güin*; y *Güinkúa* se llama, no todo manantial, sino el muy puro y socorrido por cierto que está en el centro de la región occidental de la Península a muy poco trecho de Iramaki, ranchería que tiene al Oriente.

Concluye y queda completo —gracias a la copia de importantísimos datos que ha recogido el señor doctor Rojas sobre la materia— lo que me importaba decir o exponer en lo relativo a origen e itinerario de la nación guajira o de sus ascendientes, hasta que desalojaron de la Península a la tribu que la poseía. Y tomo del capítulo revisado estas líneas, que sugieren una deducción importante acerca de otra tribu del Estado del Magdalena:

Los motilonos, pueblo nómade, inconstante y feroz, llamaron al agua *chimara*.

Según se ve en la muestra del lenguaje de los indios motilonos que ha quedado atrás, *kumasiase* es el nombre que dan al agua; y tratando de un vocablo de muy difícil alteración por su uso frecuente, aserto abonado por las sabias observaciones del señor Rojas, transcritas ya, es de suponer que hay diferencias notables de origen e idioma entre la tribu de los motilonos que habita territorio de Venezuela, y la que tiene el mismo nombre entre nosotros, muy temible desde 1846 en el Valle Dupar. Estos son evidentemente mezcla o conjunto

de tupes, itotos, yukures y acaso también de akanayutos, tribu de la cual dice a su manera, y con la sencillez que lo caracteriza, cosas de provecho don José Nicolás de la Rosa¹¹².

Viene al caso lo que casi a seguida escribió de los motilones:

Los caribes que habitan las serranías de Ocaña, son llamados motilones. Estos fueron conquistados en los principios, y poblados en los llanos que llaman de la Cruz, y estuvieron sujetos a doctrina; pero habiendo entrado luego una general epidemia de viruelas en Ocaña, acudían temerosos a su cura, y éste los preparaba haciéndoles tomar baños y bebidas frescas, para que moderada su naturaleza cálida hiciesen las viruelas menos efecto en ellos, y últimamente les hizo quitar el pelo, para mayor desahogo de la cabeza. No bastaron estas preparaciones, para que ellos se asegurasen, y cautelosamente trataron de fuga. Hicieronla todos una noche, llevándose al monte violentamente al cura, con sus ornamentos y demás alhajas, dejando desierto el pueblo. Seis meses estuvieron fugitivos, enviando sus exploradores de tiempo en tiempo a saber el estado de la epidemia, y luego que se aseguraron de estar acabada, volvieron a la Cruz, y trajeron a su cura. Los vecinos que veían pelados a los exploradores, y después a los indios, empezaron a llamarlos motilones. El cura, que no había retirádose de muy buena gana, tuvo alguna desconfianza en la perseverancia de sus feligreses, y sólo asistía entre ellos a lo preciso, y así no se halló en el pueblo en otra epidemia que hubo pocos años después: de cuya ida al monte no volvieron más los indios a la Cruz, quedándose alzados en la montaña. De esta raza proceden los motilones, y de éste acaso se formó la etimología de su apelativo, que así es la tradición, y por el mismo hecho se conoce la verosimilitud que tiene, no porque permanezcan pelados, sino porque lo estuvieron con aquel motivo sus primeros ascendientes. Las costumbres y políticas

112. Nota del autor: Obra citada. Libro tercero, cap. IV.

de estos indios, no son bien sabidas; pero siendo cierto que por lo interior de las montañas tienen comunicación con los demás caribes, es también indudable que se aparten muy poco de su modo de vida, y está lastimosamente experimentado que en dar muerte a cuantos pueden, son tan eficaces como todos ellos.

Sirvan de solaz el cuento curioso del señor Alférez y sus especies, que no debieron de ser mal fundadas, y a beneficio de inventario aceptará el señor Rojas lo de la tradición, costumbres y políticas referentes a la tribu, como lo hizo en casos semejantes y aun más peregrinos el Barón de Humboldt, leyendo el *Orinoco Ilustrado* del padre Joseph Gumilla.

III

Inquisiciones del mismo orden respecto a las tribus que habitaron la Sierra de Santa Marta y restos sobrevivientes que aún la pueblan, sería ardua labor; me circunscribiré a lo preciso y más que todo a delimitarlas; mi carencia de los múltiples y vastos conocimientos imprescindibles en un trabajo de esta clase, que muy valioso pudo ser si lo hubiese acometido en campo tan fecundo y nuevo un etnógrafo y antropologista experimentado. Empero, será el mío un desbrozo en la tarea verdaderamente científica y provechosa que otros, no en aislamiento como yo, ni privados de los recursos más indispensables en la difícil obra, continuarán con buen éxito.

Ya que remontamos lo más posible en la vida prehistórica de estas tribus, precisa revisar algunos otros objetos que no he mencionado, recogidos en mis excursiones por la Sierra Nevada.

Esculturas rudimentarias de los indios guamakas. Son representaciones, rústicas como se expresa, de tortugas y animales parecidos, obras ejecutadas en piedra, y de reducidas dimensiones, de pulgada o poco más.

Ídolo de la misma tribu, tallado probablemente en el colmillo de algún pez. Es pequeño y hay bastante corrección en las formas: el

rostro es de tipo indígena muy marcado. Tiene las manos cruzadas sobre el pecho y una argollita de suspensión en lo alto de la cabeza.

Amuletos de piedra verde, casi esféricos, en forma de fruta, hasta el tamaño de una manzana pequeña. Están perforados por el centro, y en uno de ellos la perforación ha dejado señales de haber sido hecha con instrumento movido por torno o un aparato semejante. Los indígenas entierran esto en las eras o campos que cultivan, porque le atribuyen el poder valiosísimo de producir excelentes cosechas.

Comprenderé en esta enumeración de lo que estimo más importante en el índice que va anexo, las piezas recogidas en Dibulla, al pie de las montañas, territorio que los indígenas denominaban Yaharo, y que después tuvo el nombre de la Ramada y también el de Nueva Salamanca¹¹³; e incluiré asimismo en la mención los objetos conseguidos en Chimichagua, de valía por su antigüedad.

El cilindro de arcilla para pintar labores en el cuerpo y en las mantas, es de dibujos más perfectos que los de piezas semejantes encontradas en la altiplanicie de Bogotá: son las grecas comunes en pinturas americanas antiguas, parecidas a las que tiene a los pies el ídolo hallado en Zachilla (América Central), pero diferenciándose por la intercalación de tres puntos alineados, y que se repiten por dos veces, coincidiendo con las líneas divisorias de cuatro cortes en forma de dentadura. Labores semejantes, sin los puntos, emplean

113. Nota del autor: «Antes de llegar a Santa Marta —dirección E. O.— está Yaharo, que es en las caídas de las sierras nevadas. Yaharo es buen puerto y buena tierra, y aquí hay heredades de árboles de muchas frutas de comer, y entre otras hay una que parece naranja, y cuando está sazónada para comer vuélvese amarilla: lo que tiene dentro es como manteca y es de maravilloso sabor y deja el gusto tan bueno y tan blando que es cosa maravillosa. Las sierras nevadas comienzan en Santa Marta y en par de Yaharo es lo más alto, y lo que parece encima blanco como la nieve, y de allí van fasta en par de Venezuela y de allí van hacia la tierra adentro. No se sabe a dónde porque no es ganada la tierra ni los individuos dan de ello más razón de que van muy lejos». Fernández de Enciso, obra que ya se mencionó. La fruta de que habla es el *Chrysophilu excelsior*: lo demás es interesante como primera descripción que se hizo de la comarca. A propósito, Acosta observa acertadamente, que Bastidas le dio en su primer viaje a la Bahía de Santa Marta al nombre que hoy tiene, y no en el segundo, al fundar la población, como se ha creído, porque Enciso llama al puerto Santa Marta en su obra que se editó en 1519.

todavía en sus mochilas de lana, mas no estampadas, los indígenas de la Sierra Nevada, y las mismas vi en el manto de algodón de Marasa, cacique de los chimilas, cuando fue a visitarme de ceremonia, la primera vez, en las riberas del Ariguaní.

Los números 35 y 36 del inventario señalan dos pies de vasija, que permiten suponer se usó esa clase de calzado por algunos habitantes de la nación, en época remotísima, o que conservaban memoria de tal uso, no raro entre los aztecas. Los muebles de que formaban parte los dos pies, eran sin duda obra antiquísima, y hoy sería prodigio imposible para los naturales, que en cerámica han retrocedido, allí como en toda la Sierra, a lo rudimentario en el arte. Y al examinar los dos pies se nota por muchos detalles, que no fueron imitación de las botas usadas por los conquistadores.

En su obra que he mencionado antes —capítulo V— dice Humboldt, describiendo al guerrero del relieve de Oajaca: «Dos cráneos que son sin duda dos enemigos vencidos, aparecen atados a la cintura del triunfador, cuyos pies cubren una especie de borceguí, que recuerda el caligae de los griegos y romanos».

En la página 320 del libro del Marqués de Nadaillac, que tengo a la vista, hay una lámina representativa también de un guerrero vencedor, copiada de un monumento de los aztecas: el personaje principal lleva el mismo calzado descrito por Humboldt en el pasaje anterior.

En las riberas del Dibulla, en sepulcros de la banda occidental, fueron hallados los objetos que marcan los números 37 y 38. Miden cuatro pulgadas de longitud o poco menos, y son de piedra semejante al mármol, morada con vetas blancas: el uno representa un pez de cola retorcida, cuya cabeza, redonda y hociuda, se parece a la de un delfín; el otro tiene en lugar de trompa una prolongación casi cilíndrica y más gruesa; ambas cabezas, cóncavas, llevan dos agujerillos de suspensión en el lugar de los ojos. He supuesto que tales dijes cargaban los marineros y pescadores, acaso suspendidos al cuello, para que les fuera propicio algún dios del mar, temible en aquellas costas más que el Neptuno de los helenos.

De los bustos tomados de urnas que desenterré en las llanuras de Chanchico, dije algo en página anterior, pero algunos detalles más

son oportunos aquí. El busto más notable de mujer (número 40), tiene corona en que se imitó pedrería; arracadas de collaritos de tumas o zímoni, y gargantilla también de dichas piedras. El inventario describe en lo preciso las demás cabezas, unas coronadas de pedrería, y de serpientes otra. Creo que trabajos en arcilla, de tal forma, no se habían encontrado antes en sepulcros antiguos de este país, y nada que se asemeje a ellos he visto en las láminas que hay en la obra del Marqués de Nadaillac, harto minuciosa. Adviértese, examinando los bustos, que algunos son de arcilla negra y de facciones más imperfectas, y que todos tienen las cabezas con diámetro mayor de una a otra sien, y muy corto de la frente al occipucio, presentando así forma aplanada. El arte que produjo aquellas efigies funerarias, fue indudablemente aprendido en Centro América o en Méjico, y el carácter de las figuras es azteca o yucateca, como lo cree el señor Thermos, doctísimo viajero de quien hice ya referencia.

Algo más sobre las cuentas o dijes de cornerina, ágata, serpentina, etc., zímoni o shi-moni de las tribus de la Nevada. No todas esas piedras son de forma cilíndrica y varias, las de mayor tamaño, de mármoles finísimos de diverso color, carecen de perforación. Algunas de las purpurinas tienen formas de botones, pequeños y grandes, y la horadación no atraviesa el dije, pues se hizo en una de las fases, de modo tal que dos agujeros comunicados sirven para ensartar las tumas. Las de cristal puro, cilíndricas, permiten admirar la precisión del artista que las perforó de las extremidades hacia el centro hasta encontrarse el un conducto con el contrario.

Evidentemente, los obreros o artistas usaban instrumentos de metal adecuado, no sólo de cobre, débil para el efecto, sino de bronce, del que hasta hoy no se han obtenido muestras en la Nevada ni en el Valle Dupar, y sí solamente del otro, fundido o laminado en cintas; de este cobre manufacturado ya, no puedo presentar una muestra, porque al solicitarla de la persona que la poseía, se supuso cándidamente que eso valía un tesoro.

Juan de Castellanos, Piedrahita, Alonso de Zamora y Uricochea, mencionan las joyas indígenas de piedra. El primero habla de ellas así, ocupándose de los taironas:

Horadan piedras en color sangrientas,
No malas para mal de los riñones;
También se labran muy menudas cuentas
De conchas que llamamos nacarones,
Que por aqueste reino y su distancia
Un tiempo fue rescate de importancia¹¹⁴.

Cité antes a Piedrahita al tratar del mismo asunto, y vienen al caso otros dos pasajes de su obra. Habla de la misma tribu: «De cuya riqueza (los minerales de oro) eran dueños los taironas, como de las canteras o minas que en dicha Sierra se hallan de pórfidos y mármoles *jaspeados, piedras de ijada, sangre y riñones, labradas con extraordinario arte y curiosidad para el arreo de las mujeres*».

Al describir los adornos y vestidos de los chibchas: «En los brazos se ponían por brazaletes sartaes de cuentas de piedra y hueso».

Hay estas líneas interesantes acerca del asunto en la Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada, por el P. M. Fray Alonso de Zamora, su cronista (libro II, cap. I):

Volvieron a entrar a los taironas, por ser aquella provincia centro de todo el oro, que llevaban a las fundiciones y platerías, en que eran únicos en labrar joyas, con que se adornaban ellos, y las naciones circunvecinas. En estas serranías, y en los arrosos que descienden de sus alturas, hallaron ricos minerales de oro, y tal vez una punta, que pesó de 600 castellanos. También apresó Pedro de Lerma, sobrino del General, 60.000 castellanos. De esta riqueza eran dueños los taironas, con las canteras

114. Nota del autor: Obra mencionada. Parte II. Elogio de Rojas, Canto I. El reino a que se refiere o país donde escribía, es el de los chibchas.

de pórvido, mármoles y jaspes, piedras de cruz, de ahijada, leche y sangre, que labraban con extraordinaria curiosidad.

El señor Ezequiel Uricoechea mencionó varias veces tales objetos en su libro titulado *Memoria sobre las antigüedades neo-granadinas*, publicado en Berlín en 1854, estudio que se refiere especialmente a los chibchas:

Adoraban también el arco iris, bajo el nombre de Cuchavira, y era especialidad para los enfermos de calentura. Solían invocarle las mujeres de parto. Las ofrendas que se le hacían eran esmeraldillas pequeñas, granitos de oro bajo, y cuentas de colores que venían desde el mar por cambios...

En los brazos se ponían brazaletes de sartales de cuentas de piedra o hueso, y además adornos de oro en las narices y orejas¹¹⁵.

Naidallac: «Los adornos de los chibchas eran collares de conchas llevadas desde las costas del Pacífico, situadas a más de doscientas leguas, *cuentas de piedra*, de oro y de plata, perlas y esmeraldas»¹¹⁶.

En guacas de Quetame, Fosca, Rióblanco, al Oriente de Bogotá, halló el señor Ezequiel Ramírez, en 1869, piedras cilíndricas perforadas por el centro, verdes, purpúreas, de todo en todo iguales a las que le mostré recogidas en la Sierra Nevada de Santamarta; y refirióme que los excavadores o guaqueros, estimándolas en poco, las botaban. El señor Arturo Paris me obsequió una en Noviembre último, extraída seguramente de un sepulcro de Cundinamarca: es de

115. Nota del autor: Páginas 16, 17 y 24.

116. Nota del autor: Obra que se citó ya, cap. VIII. El Perú. Rectificando la cita se advertirá el error, disculpable, de incluir en capítulo de tal nombre estudios acerca de los chibchas, y también en lo que dice de la distancia al Pacífico. Las conchas y las piedras finas de que se trata, no las verdes, de Talkshiefer, de que habló el señor Uricoechea en la página 52, se importaban de la costa Atlántica que hoy les pertenece a los Estados del Magdalena y de Bolívar.

mármol rojo finísimo, agujereada con singular maestría e idéntica a otras del mismo mármol, que obtuve en la Sierra Nevada.

Al examinar el señor Thermos las *tumas* que voy a cederle al Museo de la Nación, dedujo que eran imitación de joyas orientales encontradas en sepulcros antiquísimos, si es que no habían sido traídas de aquellas regiones.

Muy antigua debe ser la afición de los guajiros a las cuentas de cornerina roja y el aprecio en que las tienen cuando es puro y sabido su color, bien de forma de botoncillos, que ya describí, o cilíndrica, o en la de los mabey. Como he apuntado en el índice de tales objetos, doce *tumas* sanas y de bello tinte, valen en la Guajira una mula o caballo que se vendería por veinticinco o treinta pesos, y un mabey muy escogido representa un valor de cinco o seis, pues los indígenas ricos dan por él un becerro de año. Aunque no tan codiciadas y de lujo las *tumas* de otros colores, las llevan también en sus collares de numerosas sartas las indias ricas. Fuera erróneo suponer que tomaron de los aruá su afición a esas joyas, y más me inclino a pensar que los emigrantes antillanos las conocían y difundieron el uso de ellas al incorporarse a la tribu. Y esta suposición adquiere mayores fundamentos al percibir diferencias de lenguaje, y aun de ciertos hábitos, en la comparación de las parcialidades del Oriente y Occidente de la Península. En la inducción se puede ir todavía más lejos sin riesgo de errar: la tribu conquistadora, proveniente de las bocas del Orinoco o de las Guayanas, se posesionó de la región oriental, porque ahí subsisten en servidumbre los descendientes de los aruá o vencidos. Esto observé además: los guajiros de la región occidental, varones y hembras, les dan mayor aprecio que los otros a las *tumas* que llevan por gala al cuello, prefiriendo los jefes jóvenes las de figura de botoncillos.

Washington Irving menciona más de una vez adornos de tal especie, siguiendo a Colón en sus navegaciones por las costas de Cuba y de Jamaica. El Almirante había virado de bordo al Sudeste el 13 de junio de 1594, persuadido entonces, y mientras vivió, de que era Cuba el Continente. Tomó a sus costas después de muchas contrariedades al

avanzar hacia el Sur, y soltó anclas el 7 de julio «en la entrada de un río de aquella abundante y voluptuosa región».

«El Cacique de las cercanías, jefe de dilatados territorios, recibió al Almirante con demostraciones de alegría y reverencia a la vez... Este venerable indio traía una sarta de cuentas a que daban sus paisanos cierto valor místico» Y ya en Jamaica:

Esta bizarra escuadra llegó al lado de la Capitana europea, a donde entró el Cacique con toda su comitiva. Venía el caudillo de gala. Llevaba en la cabeza una banda de piedras pequeñas de varios colores, pero principalmente verdes, simétricamente arregladas con otras piedras blancas que llenaban los intervalos y enlazadas todas en la frente por medio de una joya de oro. También llevaba dos láminas del mismo metal colgadas de las orejas por medio de sortijas de pedrezuelas verdes. De un collar de cuentas blancas, preciosas entre los indios, tenía suspendida una grande flor de lis de oro inferior, y un cinturón de varias piedras semejantes a las de la cabeza completaba sus decoraciones regias.

Su mujer estaba adornada de un modo semejante y cubierta además con un pequeño delantal de algodón y con bandas de lo mismo alrededor de los brazos y piernas. Las hijas no llevaban más adorno que *un cinturón de piedras pequeñas del que pendía un dije del tamaño de una hoja de hiedra, compuesto de varias pedrezuelas prendidas sobre el algodón.*

Fáltanme en la enumeración que había interrumpido la anterior incidencia, los objetos curiosos o de interés por su antigüedad, obtenidos en Chimichagua. El más valioso de ellos está descrito así en el inventario: una cabeza de mujer, tallada en piedra negra, primorosa figura por la belleza de las facciones y otros detalles; podría suponerse que este trabajo es obra de un artista europeo; pero no tiene raya en lo alto de la cabeza para dividir las crenchas, y rostros de ese carácter o tipo son muy comunes en las mujeres indígenas de la Sierra



Indios arhuacos delante de su choza. Sierra Nevada. Misión de Joseph de Brettes, 1894. Reproducción fotográfica del Museo del Louvre. París, Biblioteca Nacional de Francia.

Nevada y en las tribus guajiras. Cabe añadir que entre los chimilas abundan asimismo las mujeres de correcto e interesante rostro, como ha de verse cuando mencione dos de las esposas de Marasa, jefe de la tribu y a la inteligente muchacha que escogió en su familia con el fin de que respondiera a mis preguntas en la formación del vocabulario, y sobre otros pormenores que me importaban.

Las tribus de las riberas de Zapatosa, que fueron víctimas de las crueldades de Alfínger antes que llegaran allí Pedro de Lerma y Lebríja sobrevivieron a la conquista pero en pequeñas agrupaciones, refundidas después en los pueblecillos ribereños del Magdalena, cuyos habitantes han sido en su mayor número, o en mayoría muy considerable, de raza africana, lo propio que en Tenerife, Remolino, el Banco y otros lugares de importancia por su ventajosa posición e industrias. De aquellas agrupaciones dispersas, residuo mísero de las tribus aniquiladas, se avecindó una en Chimichagua y cercanías, de la cual hablaré en ocasión oportuna. Motivos hay para inferir que las tribus de Zapatosa no fueron de tipo muy diferente al de los chimilas, con quienes vivían en contacto y frecuente relación.

No tomo empeño en demostrar que la escultura a que me refiero haya sido obra de los chimichaguas, ni de otra tribu indígena, pero examinada la obra hasta en sus minuciosos detalles, adviértese que no es de perfección suma, y que su mayor mérito consiste en haber modelado el escultor un rostro de mujer, cuyas imperfecciones de talladura resaltan al punto con sólo aplicarles un lente. En desorden la cabellera, que es abundosísima, no tiene línea divisoria de las crenchas, como se indicó antes, y de haberse pretendido figurar un rostro de madona, el partimiento así de los cabellos debió de ser un detalle imprescindible para el artista. Si del análisis que hagan de la escultura en el Museo Nacional personas competentes, resultare que la obra es indígena, quedará probado también que en labores de tal especie las tribus de nuestra costa atlántica habían adquirido un grado de perfección que no obtuvieron los chibchas ni otras naciones aborígenes del interior. Pudo ser la escultura trabajada por algún indígena de talento singular, adelantado a su tribu y a la época

en que vivió, hipótesis probable, puesto que casos semejantes han ocurrido y ocurren en pueblos incultos. Se comete error grave al creer que en las tribus salvajes el desarrollo intelectual es uniforme, y que no se adelantan a su nación individualidades de organismos selectos o mejor dicho, seleccionados anticipadamente a favor de las circunstancias propicias y muy naturales.

Es más: a las tribus de la laguna de Zapatosa pudo llegar la cultura de los taironas, bien notable como se ha ido viendo, y antes desconocida hasta cierto punto por los historiadores del país. Si el dominio de aquella nación no alcanzaba al golfo de Urabá, aunque por un error, cuya causa explicaré, aseguren lo contrario algunos cronistas, Sí eran estos sus límites, y de buena tinta debió saberlo Fr. Alonso de Zamora, investigador tenaz en todo lo relativo a las tareas encomendadas a religiosos de su orden:

Tuvieron con P. Prior una santa conferencia, en que se determinó que el P. Fr. Luis Vero pasara predicando por las riberas del río de la Magdalena, que entrara al Valle Dupar, y que por aquella parte llegara con su predicación hasta la gran laguna de *Maracaybo*¹¹⁷. Que S. Luis anduviera por todas las naciones de las sierras nevadas y las cercanas a Santa Marta y la Ramada, en que se comprendía la nación más numerosa de los taironas, que se extendía desde las cumbres más altas de la Sierra, hasta las riberas del mar, y por la parte de la tierra, hasta la ciénaga de Zapatosa y Provincia del Chimila¹¹⁸.

117. Nota del autor: De Maracayuy; adición importante a las indicaciones que hice, reforzando las del señor Rojas acerca de la vía que siguieron las tribus caribes de Sur a Norte: «Detenidos por la gran caída del Paraná, llamada Maracayuy, les fue preciso abrir a través de los bosques un camino para arrastrar las canoas y reembarcarse más abajo». D. Miguel Lobo, Contra-almirante de la Armada española. *Historia general de las antiguas colonias hispano-americanas*, lib. II, cap. II.

118. Nota del autor: Lib. III, cap. XII.

De las antigüedades de los indios de Chimichagua, resta únicamente hacer mención de un amuleto trabajado en piedra muy fina, que representa una vulva de tamaño un poco menor que el natural, de corte convexo en el envés: debió de usarse para bruñir o alisar tejidos, y nada tiene de improbable que le atribuyeran virtudes de cierta especie al mueblecillo, porque eso deja suponer lo erótico de su forma.

IV

Temiendo que abunden en estas páginas inserciones que me ha sido imposible suprimir, de buen grado prescindiría de lo que sobre la materia hay en la obra muy reciente del Marqués de Naidallac; pero él reúne casi todos los datos que se poseen acerca de jeroglíficos americanos, larga obra de viajeros ilustres y audaces, y ella debe mostrarme rumbo y miras para el estudio que ahora emprendo. Ha de ser meramente una adición cortísima a lo conocido ya, importante acaso porque se trata de regiones no estudiadas y de los restos y memorias de un pueblo que sucumbió, viril y numeroso en otros siglos, y de su origen que iba escondiéndose más y más en las sombras del pasado. La conquista redujo a los taironas a esclavitud cruel, y al oprobio siguió el exterminio, sin que a evitarlo bastaran los mandatos de leyes previsoras ni la intercesión de algunos sacerdotes misericordiosos: hecha excepción de los araucanos y guajiros, la misma suerte de los pueblos aborígenes del Nuevo Mundo en la primera mitad del siglo XVI.

De entonces acá, durante la época de la colonia, de soporífera inercia, y en la zozobra de la República, no hubo atmósfera propicia a esta clase de estudios, ni estímulos para ellos; y desdeñadas, sin apoyo, mala suerte habían corrido hasta hace poco, en este país y en otros suramericanos, las investigaciones apenas iniciadas respecto de tribus poderosas, que al desaparecer dejaron monumentos y vestigios de una civilización embrionaria y tal vez decadente: ahí subsisten los enigmas en los desiertos salvajes desafiando las interpretaciones de la ciencia

y su poder. El Nuevo Mundo es una inmensa necrópolis de naciones que perecieron en la centuria de la conquista, y estudiarlas en las ignotas soledades que les sirven de tumbas es la obra preferente de la etnogenia¹¹⁹ en los tiempos actuales.

Nótase que Naidallac no entra de firme, ni convencido de la importancia del asunto, al comienzo de su estudio y apreciaciones sobre las pictografías americanas y aquella vacilación causa extrañeza, porque al concluir ese capítulo emite conceptos claros acerca del valor arqueológico de los jeroglíficos y emblemas de que ha tratado, Véase.

Uno de los rasgos más notables de las poblaciones indígenas son las pinturas, las esculturas, los grabados en roca que se encuentran en Nuevo Méjico, Arizona y el Colorado. Han dado origen a una palabra nueva, la pictografía, de la cual pedimos licencia para usar a nuestro turno, aunque no este-mos en manera alguna persuadidos, como ciertos arqueólogos americanos, de que estos hombres pretendieron trazar así su propia historia, las luchas en que habían tomado parte, sus migraciones, o sus cacerías. Las figuras aparecen en general tan ingenuamente trazadas, que los descendientes no habrían podido, contemplándolas, comprender nada de las proezas de sus antepasados. Es más probable que estas figuras, por curiosas que sean, deban con frecuencia su origen a la fantasía del pintor o del escultor.

No solamente en las rocas se hallan las representaciones que nos ocupan: los numerosos bloques erráticos del Valle del Gila están cubiertos de toscas figuras de hombres o de animales. Estas pictografías abundan sobre todo en las orillas del Mancos y del San Juan y en los cañones que se extienden hacia el Oeste. Unas están grabadas a una profundidad que varía de un cuarto

119. **etnogenia.** «Parte de la etnografía que trata especialmente del origen y formación de las distintas razas humanas» (Alemany y Bolúfer).

a media pulgada; otras, trazadas a grandes rasgos, decolor rojo o blanco las primeras, colocadas a menudo a alturas casi inaccesibles, han exigido un trabajo considerable. Son obra de los *CliffDwellers* (los hombres que habitaban las rocas). Así es de suponer, porque se encuentran casi siempre en las cercanías de sus moradas. Añadiremos, sin embargo, que las inscripciones y las figuras son muy raras cerca de los pueblos que se reputan como los más antiguos: las más recientes podrían muy bien ser posteriores a la conquista española. Su sola apariencia permitiría afirmarlo, si una de ellas no representase un caballo; pero sabemos que este animal era desconocido en América antes de la llegada de los conquistadores¹²⁰.

Es preciso también fijarse en el hacha simbólica, repetida varias veces en estos grabados. Su forma se parece sin duda a las hachas grabadas en los monumentos megalíticos de Bretaña. Este es un hecho curioso cuya importancia no se debe exagerar demasiado.

De los grabados en roca más interesantes, citaremos uno de las orillas del San Juan, a unas diez millas de la desembocadura del Plata: representa una larga serie de hombres, de animales y hasta aves de patas y cuellos largos, que se dirigen todos hacia el mismo lado; dos hombres están de pies en un trineo tirado por un cervidio, que se puede suponer sea un reno: otros hombres siguen o dirigen la marcha. *Es evidente que estos grabados se refieren a la migración de una tribu.*

M. Jackson señala igualmente cerca de Mac Elmo, un escarpe cubierto, en una extensión de seis pies cuadrados, de figuras de hombres, cervidios y lagartos; y M. Bandelier, pictografías cuyo

120. Nota del autor: Si lo recuerda el lector, es inútil llamar nuevamente la atención a un dictamen de Darwin que anoté en otra página.

desgaste o deterioro parece atestiguar su remota antigüedad. Estas, situadas a inmediación de las ruinas de Pecos, *representan huellas de hombre o de niño*, una figura humana y un círculo muy regular que encierra cúpulas (cupules), semejantes a los que existen en nuestros megalitos. Sobre los ríos Puerco y Zuní afluentes del Colorado Chiquito, se hallan dibujos que parecen verdaderos jeroglíficos, cuya significación es desconocida, y no nos atrevemos a afirmar que la tengan.

Las rocas que rodean el Gran Lago Salado, cerca de Utah, capital ahora de los mormones, están cubiertas de esculturas parecidas a las de *Egipto*. Algunas son figuras humanas de dimensión natural, talladas en granito azul muy duro, a más de treinta pies de altura. Todo contribuye a mostrar suma de trabajo de que son incapaces los indios de hoy, y dificultades de ejecución que no podrían superar. La elevación a que se encuentran algunas de esas esculturas hace presumir que después de la obra hatenido lugar un fenómeno geológico, como por ejemplo, el desagüe de un lago.

La necesidad de reproducir las figuras, los animales, los acontecimientos que les habían admirado, la de precisar su significación por medio de inscripciones, es uno de los rasgos más característicos de las razas americanos...

Estos grabados o pinturas se encuentran en todas las regiones que formaban la América española. Se indican cerca del volcán apagado de Masaya, en los Estados Unidos de Colombia¹²¹, en las orillas del Orinoco, en Venezuela, donde su estado de deterioro permite apenas reconocerlas, en el istmo del Darién, donde desde 1520 las hallaron los conquistadores. El

121. Nota de autor: Es un volcán de la república de Nicaragua: pormenores interesantes acerca de él hay en el Diccionario de Alcedo; llama teocales los adoratorios donde los indígenas invocaban a sus dioses. Ahí deben estar los emblemas o jeroglíficos a que alude Nadaillac.

lugar-teniente Whipple las descubrió en las rocas de Arizona; el profesor Kerr, en los Montes Negros, cerca de los orígenes del Tennessee; y recorriendo los Montes Blancos, entre las ciudades de Columbus (Nevada) y de Benton (California), se encuentran a cada paso, ya representaciones de hombres y de animales, ya signos indescifrables. Ni los Pah-Utes, que ocupan la vertiente californiana, ni los Shawnees, que acampan cerca de Columbus, pretenden atribuir el origen de aquéllos a sus antepasados. A unas veinte millas al Sur de Benton, el camino sigue un desfiladero angosto; lo limitan a ambos lados rocas casi perpendiculares, que se elevan a alturas de cuarenta a cincuenta pies. Estos muros de piedra están cubiertos de figuras cuyo origen y época no se conocen, y nada ha revelado hasta hoy el nombre de esos artistas primitivos¹²².

Pasemos al capítulo VIII, del cual tomé ya algunas líneas referentes a los adornos de los chibchas:

Humboldt señala entre los paralelos 2° y 4°, a la entrada del país de los muisca¹²³, rocas de granito o de sienita cubiertas de figuras colosales de cocodrilo y de tigre; parecen encargadas de defender las imágenes del Sol y de la Luna, a las cuales acompañan. Ameghino habla también de jeroglíficos de la Nueva Granada, y quizá se deben atribuir a estos mismos hombres *dos columnas muy altas cubiertas de esculturas y situadas en la confluencia del Carare y del Magdalena*, las cuales son objeto de la veneración supersticiosa de los indígenas.

Al fin de ese párrafo hay en el número de una nota, en la cual se cita la *Historia de la Provincia del Nuevo Reino de Granada*. He querido

122. Nota del autor: Cap. V.

123. Nota del autor: Mucho más al nordeste: en la llanura que ciñen el Orinoco, al Atabapo, el Río Negro y el Casiquiari. Véase la obra de Alejandro Humboldt titulada *Cuadros de la naturaleza*, cap. XXI del Libro Primero.

evidenciar la indicación de Zamora, y sólo encuentro este pasaje que probablemente fue mal interpretado, como aquel otro de Humboldt:

Su adoratorio más principal (de los musos) eran dos elevados peñascos en forma de hermosísimas columnas, llamadas Furateñas (nombre que tenía la señora de aquellos países, cuando entraron los españoles) ambas de piedra istriadas. Cada una tendrá de grueso en sus cimientos, como un cuarto de legua en circuito, y de alto llegan hasta las nubes (!). A lo que parece, fueron estas columnas iguales en altura; porque una de ellas se ve descabezada y la otra entera, de que presumen algunos, que algún rayo le cortó la cabeza y se la puso a los pies. De la mitad de la una nace una bellísima fuente, que con abundancia se derrama en el río de las Minas, que pasando por medio de estas *columnas, corre a desaguar en el de la Magdalena, con nombre del río de Carare*. De estas columnas fingieron, que eran madre e hija, Diosas, que habitaban en aquellas selvas, a quienes los musos daban adoraciones y hacían sacrificios. A este adoratorio ocurrían algunos de la nación de los moscas, con grandísimo secreto, porque si lo sabían los musos se los comían vivos, llegando a tanto su ceguedad, que tenían celos de que otras naciones adoraran sus Columnas¹²⁴.

Continúa Nadaillac:

Cada día, por decirlo así, trae nuevos hechos que aumentan nuestros conocimientos. No podemos omitir las curiosas pictografías recién descubiertas en los valles de Bogotá, de Tunja y del Cauca¹²⁵: parecen una carta del país toscamente

124. Nota del autor: Lib, III, Cap. XVIII, Pág. 267.

125. Nota del autor: Del Cauca: no tiene nada de extraño. Adelante se hará mención del adoratorio de la tribu de Petekuy, monumento que hallé en 1864 cerca del Boquerón de Golondrinas, abajo de la hacienda de el Retiro, diez o doce kilómetros de Cali hacia el Occidente.

trazada, donde se pueden, sin embargo, reconocer los pueblos más cercanos.

A cada paso la América del Sur muestra los vestigios de una raza que ha desaparecido, de una civilización eclipsada, y siempre es forzoso llegar a la misma conclusión: ¡nuestra impotencia absoluta para señalar el origen o la descendencia de estas razas, representadas hoy por algunos miserables salvajes sin pasado ni porvenir!

Aunque en estas últimas apreciaciones falte rigurosa exactitud en lo que dice o conceptúa respecto de las tribus indígenas que subsisten en la América meridional —probablemente no estudiadas con el debido detenimiento por el autor— adviértese ya que su dictamen sobre la importancia de las pictografías del Nuevo Continente es muy diverso del que emitió empezando a ocuparse de la materia en el capítulo V.

Sabias y muy prolijas observaciones contiene lo relativo a pictografía americana un capítulo de la obra del señor Aristides Rojas, a que me he referido varias veces. Si no las aprovechara, a lo menos en parte, a fin de complementar el trabajo que me ocupa, él sería deficiente. Empero, revisados los emblemas y jeroglíficos de la Sierra Nevada de Santa Marta, más oportunas y significativas han de ser las citas que haré del libro del señor Rojas.

La piedra Kuakamakué tiene en lo alto de su dorso un símbolo de que ya he hablado; dos círculos muy perfectos, cada uno de los cuales encierra otro muy pequeño. La figura es representación de dos soles unidos, e indicaba, según supongo, límites en los dominios de alguna tribu: es un emblema idéntico al que se ve sobre el hombro derecho, del monstruo gigante, medio humano, que copié en la cúspide de Atisánaruák, doce o trece kilómetros al Poniente de San Sebastián, centro del territorio primitivo de los businkas. La piedra de Kuakamakuó, situada al comenzar los declivios de la Sierra hacia Mediodía, y que tiene al Septentrión el fértil y extenso valle donde

estuvo la antigua Valencia de Jesús, señaló de seguro el límite meridional de alguna tribu que moraba en ese valle: es aquella de que no guardan memoria los businkas, a la cual perteneció el cementerio de formas extrañas mencionado antes.

El triángulo de la figura marcada con el número 4, y que lleva un diminuto círculo en el centro, vuelve sólo a aparecer semejante en la roca de Hugüíruambá, a la izquierda de la figura Ikanusi, Satanás.

El signo marcado con el número 5 es acaso el resto de un emblema que tuvo más complicada forma: no lo encontré repetido en otros dibujos. Mas sí la figura o signo que lleva el número 6; hay alguno que se le parece, copiado a orillas del Tamañake, y otro entre los que lleva al costado la figura 28 de Morkóntek, e invertido se le halla en la piedra de lonzeirá, 96. A ser posible, personas competentes decidirán si son en realidad signos determinados las dos figuras que acabo de indicar.

Nótese que los brazos de las figuras humanas distinguidas con los números 8, 9, 47, 49, 73, 86 y 94, no van pegados al cuerpo o tendidos sobre él. La imagen número 8, de hembra seguramente, fue dibujada en su extremidad inferior en la forma de algunos ídolos o tunjos chibchas. La acompaña, incompleta, la figura de un hombre, de ademán imperioso, o como si señalase un rumbo: es al Oriente.

Tolerándolo mis lectores muy susceptibles, los partidarios de la teoría darwiniana, podríamos *suponer* que la figura número 12, mitad simia y de rostro muy raro, es representación de la forma que tuvo el animal, temible como se ve, que precedió al hombre en la escala de perfeccionamiento.

La figura 13, algo como un Ibis cuya cabeza está formada por el signo del Sol, y el cuerpo con una eclipse que lleva otro círculo central, quizá sea de importancia para los arqueólogos concedores en pormenor de los emblemas egipcios.

En el dibujo de la figura número 14, algo deteriorada, llama la atención la forma de la falda, que no cae a lo largo del cuerpo; y así no se repite en las restantes. Estas de que he venido hablando desde que hice mención de la número 8, están en las ruinas del adoratorio

inmediato a la necrópolis desconocida de los aborígenes. Infiero que sobre aquellas ruinas, se levantó alguna construcción en tiempo inmemorial, porque al pie de la roca mayor están como caídas en desorden masas que no tienen grabados. En contorno es visible, más que en otras regiones de la Sierra, el efecto de una conmoción plutónica.

Sobre la faz que mira al Norte, se halla el grabado número 15, que lleva a su derecha la figurita 16, de quince centímetros en cuadro. La principal tiene la forma de un Sol por cabeza, prolongándose el resto de la faz en ancha trompa: no está de pies y el vestido cae desde el cuello hasta la base, detalle que exige atención, porque la ropa talar no se usa hoy entre los aborígenes; las túnicas de los businkas llegan sólo a la mitad de la pierna.

En lo alto de la ribera del Sirkariuka, quince kilómetros de San Sebastián, al Noroeste, se halla la piedra de aquel nombre, que parece haber rodado de la pendiente inmediata, o acaso ha sido cubierta en parte por tierra que arrastraron las lluvias en larguísimo tiempo. Está únicamente visible el flanco que mira al Levante, y representa sin duda al Sol; pero los indígenas no le rinden culto, ni ponen ofrendas a sus pies. La cubrían murales espesos que fue preciso destrozar para descubrir el dibujo. En tanto que despejaban los indios que llevé de compañeros al valle de Busin, les oí lo que sobre el adoratorio saben. Lo llaman *Guayina zaco* (madre de leones), quizá porque un rostro de león es lo más notable del dibujo; pero el nombre clásico de la roca, o el que le dan los sacerdotes, es Sirkariuka. La piedra se ha rajado, y a inmediación de la partidura el dibujo es incopiable, por borroso y confuso. Ese vacío se nota en la pintura que tomé. A la derecha del adoratorio, o mejor dicho al Sur, hay una plaza o extensión llana, en donde probablemente hubo algunas habitaciones, a juzgar por los vestigios que allí se ven medio ocultos en las malezas.

Desviándome sobre las riberas peñascosas de Bonsinuochúkua, al ascender por la empinada cuesta del mismo nombre, encontré las figuras 18 y 19, desconocidas por los indígenas: la primera es notable por la forma del gorro que tiene en la cabeza y el corazón dibujado sobre el pecho. De pronto ocurre que se trató de pintar a un soldado

español; mas el gorro no es muy diferente del que usan los businkas (tútusóma), y ha de notarse que la forma o símbolo del corazón, con el significado que nosotros podríamos darle, aparece también muy marcada en la figura 86 de Yarvaso, de pormenores interesantes que haré notar luego. El grabado número 19 es gigantesco; representa de seguro a un guerrero indígena de talla muy grande.

Estamos en las riberas del Tamañake que corre al Sur del Valle de Busin, quedando de por medio un ramal de colinas altas y amenas. Del signo número 21 hice mención ya; tal vez no esté completo, y nótase que no lo está el número 20, aislado así sobre una piedra altísima: el número 22, de líneas perfectamente regulares, se halla, solo también, en la faz superior y plana de una roca de gran tamaño que parece haber servido de mesa o plataforma en los ritos de la tribu; muy cerca se desliza, medio cegado por las algas, un arroyo que debió correr límpido y libre en otros días.

Los grabados de la piedra Morkóntek, en la vega de Tomayokey, cinco o seis kilómetros al Sudoeste de San Sebastián, son interesantes, y los arqueólogos que hayan estudiado minuciosamente los jeroglíficos toltecas y aztecas, podrán hacer comparaciones de importancia. Ese círculo de la figura número 23, dividido en cuatro secciones, más claramente marcadas en el dibujo original, se encuentra repetido en las pictografías de los pueblos a que me referí. El emblema número 27 es quizá representación deteriorada de un peso o balanza, signo denominado mican en la astronomía árabe, y que probablemente empleaban también en la suya los indios, como los egipcios y caldeos, según Humboldt.

Induje que los arabescos o grecas de la figura 29, formaban parte de un grabado que el tiempo borró; pero aparece más claro el emblema número 28, que representaba tal vez algo como un animal de tiro, que lleva caparazón: ese penacho sobre la cabeza informe, justifica la conjetura, y en cuanto a los signos que tiene al costado, o dibujos que tal parecen, los arqueólogos americanistas decidirán.

La complicada labor, distinguida con el número 30, que ha sufrido algún menoscabo, merece estudio prolijo, comparándose sus

pormenores o conjunto de símbolos con los ya conocidos por los anticuarios en Centro-América. Acaso no me equivoque al pensar que de esa región del Continente trajeron los primitivos habitantes de la Sierra Nevada, o emigrantes de remotos siglos, memoria o naciones de mitología y astronomía que encontré representados en sus adoratorios o monolitos venerados.

El águila rampante que lleva el número que sigue, está inmediata a la figura anterior y a su derecha, en la faz oriental de la roca. Es inútil recordar en qué forma se le rendía adoración al águila entre los aztecas, que extendieron su dominio hasta el lago de Nicaragua.

Parecen muy rudimentarios los emblemas de Kakaruaviko: es natural la inferencia de que pertenecen a varias épocas, bien lejanas las unas de las otras, los grabados que reviso de prisa. Posible es que algunos estén en la parte enterrada de la roca, pues apenas se levanta del suelo unos ochenta centímetros: las avenidas de la quebrada de Trankeruke, en cuyos márgenes está, han aglomerado en contorno aluvión arcilloso. Allí empieza el valle de San Sebastián, elevado 2.000 metros sobre el nivel del mar, con 189 de temperatura media. Los dibujos visibles en Kakaruaviko, de poco interés, no me estimularon a descubrir los restantes, y acaso no los hay.

Detengámonos unos momentos en la cumbre de Atisánaruák, doce o trece kilómetros al Sudoeste de San Sebastián. El número 33 señala el gigante de cabeza monstruosa que lleva un signo de límite en el hombro derecho: ocupa toda la piedra tendida y baja en que se le grabé. Humboldt transcribe esta tradición de los indios de Cholula, la ciudad santa de los mejicanos, y centro de su teocracia, como indudablemente lo fue de otra en nuestro país el valle de San Agustín, cubierto de estatuas y ruinas que no se han estudiado todavía con detenimiento y prolijidad científica que por su importancia exigen; penoso es confesarlo. He aquí la leyenda de los indígenas de Cholula, que responde a inducciones que hice sobre el gigante de *Atisánaruák* y en cierto modo las confirma:

Antes de la gran inundación (apacihuiliztli) ocurrida cuatro mil ocho años después de la creación del mundo, habitaban el país de Anahuac unos gigantes (Tzacuilixequ); los que se salvaron de la irrupción de las aguas se transformaron en peces, a excepción de siete que se refugiaron en las cavernas. Vueltas las aguas a su natural corriente, el gigante *Xelhua*, llamado el arquitecto, marchó a Chololan donde construyó una colina artificial en memoria de la montaña Tlaloc, que le había servido de refugio como a sus seis compañeros... Vieron los dioses con enojo este arrogante edificio, cuya cima debía tocar en las nubes, irritáronse con la audacia de *Xelhua*, y lanzando sus fuegos sobre la pirámide hicieron que muchos obreros perecieran y que la obra no continuase¹²⁶.

Aun suponiendo que Pedro de los Ríos, religioso dominico, alterara la tradición hasta cierto punto a su amaño, como ha sucedido con muchas de este género al escribirlas sacerdotes católicos, siempre quedará lo esencial de la leyenda que referían los indígenas de Cholula en mil quinientos sesenta y seis.

Acúdase al índice si se quiere conocer la posición de los emblemas restantes que copié en el grupo de rocas de Atisánaruák. En la figura 37 son ya notables los dibujos que circundan la cabeza del personaje representado, y está allí la serpiente muy significativa en el calendario y jeroglíficos aztecas. Aquellos dibujos son los mismos que se ven en las figuras números 41, 44, 45 y otras, repitiéndose también en la evoluta radiante de Plankemeinak, que representa al Sol adorado como divinidad. Ornatos de ese estilo tiene la figura copiada del pórtico de *Chichen Itza*, monumento de la América Central, y hállaseles asimismo en otros de esa región y de Méjico.

El carácter emblemático de la figura 38 contradice más que otras de la colección el aserto de que la mayor parte de las pictografías

126. Nota del autor: *Sitios de la cordillera y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Segunda parte, cap. II.

americanas, especialmente las de Venezuela y Colombia, son fantásticas, o caprichosas labores de los artistas aborígenes. Ese complicadísimo enlace de líneas curvas y rectas para constituir el extraño conjunto indescifrable, no ha sido obra de puro entretenimiento, y si enfadoso me fue tomar la copia exacta, mucho más debió serlo el trabajo del grabador. ¿Es conmemoración de un suceso? ¿Representa una divinidad protectora...? En el coronamiento del simbólico dibujo fija la atención el pequeño estandarte partido en cuatro secciones, del cual surge la curva luminosa que tiene en su extremidad el signo del Sol. Abajo de éste se ve un yelmo o casco de guerra. En la base hay un grupo animado que contrasta con el aspecto general de la figura; es un ave que defiende sus huevos con afán cariñoso, y al pie está otra que ataca el nido.

La escritura simbólica de los pueblos mejicanos, dice Humboldt, ofrece signos que corresponden al veinte y segunda y tercera potencias del mismo número, que es total de los dedos de pies y manos. Un pequeño estandarte o pabellón representa veinte unidades; y su cuadrado, cuatrocientas, estaba figurado por medio de una pluma, porque unos cuantos granos de oro encerrados en su cañón, se usaban como moneda en algunos puntos. Un saco significa el cubo de veinte, ocho mil, y le daban el nombre de xiquipili, por una especie de bolsa que contenía ocho mil granos de cacao. Un estandarte dividido por dos líneas cruzadas y mitad colorado, era símbolo de mitad de veinte, o sean diez; si el estandarte tenía coloradas tres cuartas partes, designaba quince unidades, o sean tres cuartas partes de veinte¹²⁷.

Los cascos o yelmos de guerra es sabido que los usaban los aztecas. Enumerando los diez y ocho meses del año que contaban los mismos pueblos, escribió esto el autor que acabo de mencionar:

127. Nota del autor: Obra últimamente citada, Segunda parte, cap. VI.

Quecholi, mes en que llega a las orillas del lago de Tezcuco el flamante phocucopterus, pájaro que los mejicanos llaman Teoquechol, garza divina, por el hermoso color de su plumaje. Del 5 al 24 de noviembre.

Panquetzaliztli, del nombre del estandarte del dios *Huitzilopochtli* llevado en las procesiones desde la famosa fiesta de Teocualo o dios comido por los fieles, bajo la forma de harina de maíz amasada con sangre. Del 25 de noviembre al 14 de diciembre.

Pictografías restantes de Atisánaruak: los números 39 y 40, signos claramente dibujados, no sugieren interpretación que esté a mi alcance, o mejor dicho, conjetura, porque sólo hacer inferencias me es posible, y, como sucedería a cualquiera en mi caso, no aseguro el acierto; lo mismo que de las otras dos, cabe decir de la figura número 41 a que ya me he referido: de la representación de la divinidad, número 42, hablé en otro lugar, e hice mérito de lo que acerca de ese símbolo me indicó AnikuGama, sacerdote businka que cariñosamente me sirvió de guía en viajes y expediciones alrededor de San Sebastián: creo también que el jeroglífico número 43, importante, será interpretable por los arqueólogos americanistas que dispensen a este libro el honor de estudiarlo.

Toco al fin un punto difícil en la revisión del álbum pictográfico, pero no me intimida desconfianza alguna respecto a las inducciones que sobre el particular tengo hechas. Transmontando la serranía de Atisánaruak, y descendiendo hacia Occidente unos siete kilómetros, se llega al valle de Seimakek, comarquita perteneciente a la familia de Duinari, que es hoy el más anciano y venerable sacerdote de los businkas. Corre de Sur a Norte un riatillo entre faldas limpias que se abren y tienden en verdes prados sobre las márgenes del San Sebastián. Desde tiempo remotísimo, y heredado de una generación a otra, aquel retiro es propiedad de sacerdotes indígenas. Muerto Duinari, lo poseerá su hijo Aniku Gama.

En lo bajo de la pendiente oriental se halla la roca de Seimakek, orientada de Sur a Norte: tiene su dorso una altura de ciento veinte centímetros más o menos y mide de largo muy poco más de cuatro metros. Desde la extremidad Sur, partiendo de la figura 52, corre hasta el otro extremo de la roca, en lo más alto de su lomo, una línea hondamente grabada, de la cual se hallan como suspendidas en los flancos de Poniente y Levante las figuras que luego indicará. En la extremidad Norte se ven los dibujos marcados con las cifras 45 y 46, pero el que está a la izquierda de la primera de las dos, debe ser un símbolo separado. Nótanse en las figuras 45 y 46 estos pormenores: la media luna, que no está dibujada en las 96 figuras restantes, se ve entre los adornos o atributos simbólicos del ídolo o figura mayor en el grupo distinguido con el número 45; en el dibujo inmediato, que forma un solo cuerpo con el anterior, se advierte que aquél descansa sobre dos pequeños rostros, representaciones de la Luna seguramente, como en el símbolo de la derecha y en la figura 46. Si cuento con toda la atención del lector, ya habrá notado que solamente en la roca de Seimakek se encuentran tales representaciones de la Luna.

Pasemos a los flancos de la roca, e invirtamos el orden de los números para tomar por punto de partida, como debió ser, la figura 52, o sea la extremidad Sur del cordón que recorre el dorso. Antes, fijémosnos en la forma del dibujo que va a servir de principio a la descripción de los costados: esa figura 52 representa un rollo de cuerda, con un instrumento por el cual pasa el hilo que se extiende hacia el Norte; y debe recordarse que la evoluta significa eternidad en los símbolos de que trato, o inconmensurable tiempo.

Flanco oriental, revisándolo de Sur a Norte:

Figura 51. Es algo como la cabeza de un cordero, o de animal parecido, que toca con el hocico un dibujo que acaso representó al Sol con variante leve. La azada rústica o primitiva, igual a las de jade o feldespato compactado que usaban los aborígenes en sus labores agrícolas, está en lo alto de la cabeza, y un cuadrilátero pequeño, allí junto, en lo más central: no tan cerca como en la plancha lo indica el dibujo, sino en punto intermedio en la distancia que va de la figura

52 a la 51, se halla ese circulillo que se ve sobre la última como un pasador del cordón.

Figura 50. Es una imagen del Sol, el doble círculo que se repite en grabados de las demás rocas; pero aquí el círculo es radioso, y de él pende otro de pequeñas dimensiones: representan, a no dudarlo, el Sol y la Luna.

Figura 49. Nada más característico del dios que rige al Sol: es un Febo salvajemente dibujado, que no puede equivocarse con otra divinidad. Arrastra un Sol circundado de radiaciones; lleva sobre las espaldas dos astros pequeños, y empuña un cetro.

Sigue en dirección Norte, sobre el mismo flanco oriental, la figura 48. Reconócese que son dos distintas, enlazadas. La pequeña del lado izquierdo muestra juntos la Luna y otro astro, quizá Sirio o Júpiter, venerados aún por las tribus de la Nevada. En el grupo de la derecha hay una divinidad —y tolérese el nombre a falta de otro— cuya cabeza coronada de rayos o luengos resplandores, se apoya sobre círculos, astros sin duda, que complementan su trono, hombros y base. Entre la figura descrita y la última o término del grupo, se yergue una cabeza de singular forma, cuasi humana; es de serpiente, y su cuerpo, borrado ahora, se tendía a las plantas del dios TONATIUH¹²⁸. Sin poderlo dudar, él es. La lengua enorme y colgante lo caracteriza, reconociéndosele por tal detalle entre todos los dioses aztecas.

Debo advertir que copié esa figura sin reconocer entonces su grandísima importancia. Hace pocas semanas que en el informe del Coronel Agustín Codazzi sobre las ruinas de San Agustín, excitaron mi atención las figuras 2 y 16 en las láminas adjuntas a ese trabajo, y me detenía mucho en él por importarme fundar mejor ciertas inducciones en lo relativo a origen de los chibchas¹²⁹. Vínoseme a la

128. Nota del autor: «Serpientes que son en todos los pueblos emblemas de tiempo». Humboldt, obra citada. *Monumentos de los Indios muisca*.

129. Nota del autor: La memoria del Coronel Codazzi está en el tomo II de la *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia*, por el señor Felipe Pérez, 1863. Bogotá. Precisa advertirlo, citando así la obra, aunque la mencioné en páginas anteriores.

memoria un pasaje de Humboldt al describir los monumentos de los pueblos indígenas de Méjico, y releído, ya se comprende por qué acudí presuroso a examinar en una de mis carteras de viaje y en las planchas la figura 48 de Seimakek.

Más tarde tendré que ocuparme de aquel informe, que por lo somero dista mucho de satisfacer las exigencias de investigadores científicos, sobre todo hoy, y en punto tan importante para los arqueólogos de este país.

A guisa de pertinente digresión permitaseme transcribir lo que escribió Codazzi acerca de las estatuas que en las ruinas de San Agustín representan al dios *Tonatiuh* de los mejicanos, Kala DEL INDOSTÁN, y el pasaje de Humboldt a que aludí: comentarios hará el lector.

La segunda estatua (número 2), (dice Codazzi), mide un metro de altura, es cilíndrica y no tiene piernas; su cabeza está metida entre un gorro con recortes simétricos que cubren enteramente las orejas y la nariz, y deja libres dos ojos redondos muy abiertos, y la desmesurada boca mostrando los dientes y cuatro grandes colmillos cruzados; de lo interior de la boca sale una plancha a manera de lengua, que, *sostenida por las manos contra el pecho, cubre hasta la cintura terminando en una pequeña cabeza humana con expresión de muerta.*

Desde luego, a la vera del camino, se presenta una estatua de medio cuerpo con cabeza casi cuadrada, y extrañas facciones, que nada tienen de humano, salvo la posición relativa y cierta expresión de impasibilidad (figura 16). Sostiene con las manos una plancha que, en guisa de lengua, le sale de la boca y termina en una pequeña cabeza sin cuerpo, semejante a la que en la estación de la entrada al valle, se ve en una de las das estatuas (figura número 2) que allí se encuentran.

La pregunta que se halla a seguida de esos detalles, da una idea de las erróneas interpretaciones que en muchos casos le ocurrieron al señor Codazzi al examinar de prisa algunas estatuas y monumentos de San Agustín:

¿Imponía esta figura un mandato de silencio, so pena de ser decapitado quien lo quebrantara?

El hecho indudable de haber dos representaciones del dios Kala del Indostán en aquel valle recóndito, no lejano del volcán de Puracé, difunde luz víctima en las tinieblas que hasta hoy ocultaban el origen el pueblo que tales comarcas habitó. Indo-peruano era, y no es dificultoso indicar la causa de su desaparición ni por qué vinieron residuos de esa tribu en busca de asilo y clima benéfico a las alturas de la Cordillera Oriental que se levantan al Norte de la altiplanicie del Funza.

En su sapientísimo estudio del calendario azteca, describe Humboldt el monumento que le suministró tan valiosos datos sobre la materia: es una piedra enorme encontrada a la profundidad de cinco decímetros en la plaza mayor de Méjico, junto a los cimientos del gran templo de Mexitli:

Aparece en el centro de la piedra el famoso signo *Nahui olin Toneatiuh* (el Sol en sus cuatro movimientos) de que tenemos ya hablado. Rodean al Sol ocho rayos triangulares que se encuentran en el calendario ritual, *Tonalamatl*, en las pinturas históricas, por dondequiera se halla representado aquel astro: *Tonatiuh*; aludiendo ese número ocho a la división del día y la noche en ocho partes. *Figúrase el dios Tonatiuh con larga boca abierta y provista de dientes, de la que sale fuera la lengua; actitud que recuerda la de Kala, el Tiempo, divinidad del Indostán, que según un pasaje del BAGA VAT GUITA, «se traga los mundos abriendo*

su inflamada boca, armada de terribles dientes y enseñando la enorme lengua»¹³⁰.

Tocábale el turno a la figura 47 cuando hube de interrumpir la descripción del flanco oriental de la roca de Seimakek. Bajo un pórtico grotescamente dibujado, como obra al fin de un pueblo incapaz todavía de bellas idealizaciones, está un personaje, sin aureola de ninguna especie, porque de seguro no se trató de representar a una divinidad sino a un rey que recibe el fruto de las cosechas y las distribuye justiciero y generoso. Es enorme la nariz de la figura, y ello demuestra precisamente el acierto de la inducción que acabo de hacer. Quiera que no, necesito apoyarla en observaciones de Humboldt, ¿porque a dónde sino a sus estudios profundísimos sobre los aztecas he de acudir? Hablando del relieve que representa al guerrero de Oajaca, impropriamente llamado así, porque se le encontró en Guatemala, dice:

... No puede suponerse que haya alterado la proporción entera de las figuras (el pintor español); convicción que se consigue cuando se observa la minuciosidad con que se han pintado la forma de la cabeza, los ojos y singularmente los adornos del casco, consistentes en flores, cintas y plumas; adornos que, juntamente con las narices de *extraordinarias dimensiones* que aquí se ven, también se hallan en las pinturas mejicanas que se conservan en Roma, Velletri y Berlín.

Más adelante:

Lo que admira en esta composición más, *es el tamaño enorme de la nariz, repetido en todas las cabezas vistas de perfil, y que*

130. Nota del autor: Humboldt indica en una nota, que en esos últimos renglones son traducción de Wilkins. *Sitios de las cordilleras*, etc. Madrid, 1878. Segunda parte, cap. VI, pp. 202 y 203.

esencialmente caracterizan los monumentos de escultura mejicana. En los cuadros jeroglíficos que se conservan en Viena, Roma, Velletri o en Méjico, todas las divinidades, héroes y hasta sacerdotes aparecen con narices aguileñas de gran magnitud.

La figura o personaje tiene a su izquierda un rostro que parece suspendido del pórtico en forma de trofeo; al opuesto lado procuró imitar el grabador frutas y vasijas, no otra cosa. No supongo que el monarca representado así fuera azteca: acaso recuerde ese dibujo del monolito más importante de los businkas al último rey de los toltecas. Dice el mismo autor de quien he venido transcribiendo algunos pasajes:

Quando en 1190 llegaron a la región de Nueva España los mejicanos o aztecas, que eran una de las siete tribus de los Anahuatlacs, pueblo ribereño, ya encontraron sobre el sitio las pirámides de Teotihuacán, Cholula o Chulalán y Papantla, que atribuyeron a los toltecas; nación ésta poderosa y civilizada, que 500 años antes ocupaba a Méjico, sirviéndose de la escritura jeroglífica y de un año y una cronología superiores a cuanto se conocía entre los pueblos del Antiguo Continente. Invadieron los toltecas el país en el año 648 de la era vulgar, y vencidos por aquella otra nación después de poseerlo en más de cinco centurias, gran parte de los toltecas avanzó en migraciones hacia el Sur, rumbo en el cual no encontraban enemigos. De ellos quizá, y no de los aztecas, es el rastro de civilización cuyos restos se han seguido hasta el lago de Nicaragua. En adelante, tribus expatriadas, que debieron suspirar en el clima tórrido de Centro-América por lo dulce y saludable del suelo patrio ya perdido, ¿qué rumbo seguirían? Pienso que alguna parcialidad de aquella nación, en busca de regiones más propicias, costeó el golfo del Darién, y al divisar las cimas de la Nevada, que debió recordarles a los toltecas el país

de Anahuac, se dirigieron sin vacilación a las montañas cuyas cumbres níveas se ven a cuarenta leguas de distancia.

No hay tradición alguna, observa el erudito etnógrafo germano, que revele lazos de unión entre las naciones de la América Meridional y las del Norte del Istmo de Panamá. Los anales del imperio mejicano que parece llegan al siglo VI de nuestra era, señalan las épocas de las emigraciones, sus causas, y los nombres de los jefes de la ilustre familia de Citín, que proviniendo de regiones desconocidas de Aztlán y Teocolhuacán, llevaron a Anahuac pueblos septentrionales. Piérdese la fundación de Tenochtitlán, como la de Roma, en los tiempos heroicos, y los anales aztecas, semejantes a los de los chinos y tibetanos, sólo desde el siglo XII refieren, casi sin interrupción, las fiestas seculares, la genealogía de los reyes, los tributos impuestos a los vencidos, la construcción de las ciudades, los fenómenos celestes y los acontecimientos más minuciosos que han influido en el estado de las nacientes sociedades.

Mas poco importa que las tradiciones no nos descubran relación alguna directa entre los pueblos de una y otra América, pues su historia nos da a conocer notables analogías en sus respectivas revoluciones políticas y religiosas, de que data la civilización de los aztecas, muisca y peruanos¹³¹.

Con la figura del rey tolteca termina la serie de las que ocupan el flanco oriental de la roca de Seimakek. Pasemos al otro. Preciso es describir los grabados alterando también el orden de la numeración, a fin de recorrerlos de Sur a Norte, o sea partiendo del símbolo 52. Obsérvese que los ocho dibujos, del 60 al 53, son notablemente distintos. Escapa a toda interpretación la figura 60, que copié con escrupulosa fidelidad, como cada una de las restantes. Es algo que

131. Nota del autor: Obra citada. Introducción.

se acerca a la forma de un escabel toscamente delineado. Hay tres círculos en línea horizontal, dentro de los cuales, concéntricos, se notan dos más: los del medio se diferencian de los otros por un detalle accesorio, y así también los de la izquierda: de los círculos de la derecha, a la extremidad de una curva, penden dos pequeñitos, apareados. El grabado 59 representa una divinidad superior, y sobre su corona radiante se levanta un astro que despide rayos de luz; es quizá un planeta. De apariencia humilde parece la figura 58 al lado de la precedente, pero en la corona o nimbo hay dos pequeños astros, y otro en su mano única. El grabado 57 lleva ornatos más modestos, y uno distinto de todos los demás: tiene un astro encima de la cabeza, y posada en la frente, al lado izquierdo, un ave; no es otra cosa: así la he visto figurada en las estatuitas de oro que representa la diosa Huithaca de los chibchas. La figura 56 es la de un hacha, no pendiente del cordón que recorre el dorso de la roca, sino sobre la línea misma; así está el dibujo inmediato de un ídolo pequeño.

En las transcripciones que de la obra de Nadaillac dejo hechas, se habrá notado que fijó mucho su atención el hacha que figura entre los jeroglíficos descubiertos en las orillas del Mancos y el San Juan.

De los dos últimos dibujos o símbolos del flanco, el que lleva el número 54 tiene vestido talar y el siguiente, borrado en parte, lleva a su lado izquierdo un astro y otro suspendido de uno de los brazos.

No vacilo en aseverar que la roca de Seimakek representa el calendario de la nación predecesora de los businkas, sehiukos y guamakas en la Sierra Nevada. Desconocidos son los nombres de sus símbolos, y las divisiones que del tiempo hacían los sacerdotes de aquel pueblo cuyos vestigios estudiamos; pero algún día, tal vez no distante ya, estas indicaciones servirán de base para estudios completos, que han de ser confirmación de mis inducciones; sin temor lo aseguro.

El calendario de los muiscas era muy defectuoso, y así lo demostró Humboldt en el estudio que de él hizo, comparándolo con el de los aztecas y peruanos. Como recurso valioso y medio de poder, lo esculpían los sacerdotes o *chuques* en piedras de reducidas dimensiones, haciéndolo un objeto manual, y muchos ejemplares se han

conseguido desde que lo interpretó a fines del siglo pasado, investigador ingeniosísimo, don Juan Domingo Duquesne La Madrid, canónigo de esta metrópoli¹³².

El pueblo antecesor de los taironas y businkas, más práctico y entendido en la pictografía que la nación donde imperaban Quiminchuateca y Zaquezazipa, grabó en las rocas las divinidades de su teogonía, la historia de sus migraciones y los grandes acontecimientos; y por lo mismo es muy natural el descubrimiento de su

132. Nota del autor: «Como el año rural se componía de doce sunas, agregaban los Jeques, sin conocimiento del Pueblo, y al finalizar el tercer año, un mes décimotercio análogo al Jun de los chinos...

La imperfección del calendario de los muiscas debe atribuirse al uso de los números, cuya serie tiene dos términos menos que lunas el año rural; y por esto, no obstante la intercalación del mes treinta y siete, *cuhupqu*, recolección, caía cada año, en el intervalo de seis, en un mes de distinta denominación. Así los jeques anunciaban qué signo presidía en el corriente el mes de las espigas de Mayo, que corresponde al *Abib* o *Iisán* del calendario de los hebreos. Este raro calendario muisca, en el cual se llamaba octubre, que es el octavo mes, unas veces tercero, otras quinto, y en que no coincidían las sunas con las estaciones, bastante sensibles en la meseta de Bogotá, a pesar de su proximidad al Ecuador, tiene su explicación: y es que los lamas de Iraca fundaban su poderío en la ignorancia del pueblo. Así los sacerdotes del Tibet y el Indostán aprovecharon también la multiplicidad de catasterismos que siguen los años, los meses, los días lunares y las horas, anunciándolos al pueblo para levantar un impuesto a costa de su credulidad». Humboldt, *Monumentos de los Indios muiscas*. Le Gentil, *Viaje a la India*.

Les da Humboldt el nombre de jeques y lamas a los sacerdotes chibchas, recordando la designación o título de ciertos jefes árabes y de los sacerdotes de la India. Muy disculpable es que olvidara el ilustre viajero el nombre de los sacerdotes muiscas, pero no que los llamen jeques algunos historiógrafos colombianos. Piedrahita, que incurre en el mismo error, lo pone de manifiesto en este pasaje de su obra y en otros:

«Para aumentar el culto de esta falsa religión tenían los sacerdotes y ministros de ella, que llamaban Chuques, todos agoreros, y que de ordinario consultaban al demonio, con varias supersticiones, para que les diese respuesta a las consultas que le hacían».

Hay casi a seguida unos renglones, de curioso contraste con los copiados ya:

«Estos Jeques tenían su morada y habitación en los templos, y trataré de sus costumbres para que algunas de ellas sirvan de confusión a los que somos indignos ministros de Dios. No se les permitía casarse, vivían castamente, y era tanto el rigor con que se atendía a que en esto fuesen observantes, que si había presunción de lo contrario, los privaban del ministerio, Decían que teniéndolos por hombres santos, a quienes respetaban y honraban más que a todos, y con quienes consultaban las materias más graves, era de mucha indecencia y estorbo que fuesen profanos y sensuales; y añadían que las manos con que se hacían las ofrendas y sacrificios a los dioses en sus templos, debían ser limpias y no polutas» (lib. I, cap. III).

calendario en el valle que siempre fue residencia de los grandes sacerdotes de la tribu.

El adoratorio de Plánkemeinák, circundado de rocas de donde copié muchos emblemas, se halla en un vallecito pintoresco, diez kilómetros al Norte de San Sebastián, en las márgenes del río Kurakatá. Haré meramente alusión a cinco figuras, aunque hay trece en aquel grupo. La 61, mencionada ya, es la más notable de todas, o la principal del adoratorio: ríndenle veneración los sacerdotes businkas, y no me dejó duda de ello un incidente que tuvo lugar el día en que, acompañado de Aniku Gama, creyó el hallarse libre de mi vigilancia, porque me absorbía completamente, algo lejos, la copia de los grabados.

Detengámonos en la figura 65: es una lucha de elefantes o grupo incompleto de ellos, única en todos los emblemas de la Nevada. ¿Existió en algún tiempo remotísimo tal especie de animales en la Sierra? Sólo hallé restos petrificados de mastodontes, que fueron extraídos cerca de Tenerife en la orilla oriental del río Magdalena. Menos insegura es la inducción de que los toltecas trajeron memoria de aquel símbolo. Sobre la cabeza del elefante hay la representación de un ave; a veces la dibujaban rústica y sencillamente, como se nota en las figuras 57, 70 y 73.

En la 68 aparece de nuevo el estandarte o pabellón, símbolo azteca a que aludí antes. Los dibujos 69 y 70 merecen especial atención. En el primero se representó seguramente la victoria obtenida por una nación sobre otra: la cabeza que simboliza al pueblo vencedor está coronada de serpientes, al igual de uno de aquellos bustos de arcilla que recogí en el cementerio hallado en las orillas del Enea; el segundo —70— es una planta colocada en un pote de forma singular, símbolo extraño en la colección, y cerca se ve otro pequeño de que hace parte un ave, o indicación de tal cosa.

Los arqueólogos perspicaces han de advertir la significación de la figura 73, e interpretarán, si fuere posible, el signo elevado sobre la testa del semidiós o personaje de la especie, y la circunstancia de verse un astro a la extremidad de la línea trazada como prolongación del

brazo derecho, En la mitología bárbara de aquel pueblo (si acaso hubo alguna que no merezca tal epíteto) figuraba también, por lo que se ve, una divinidad semejante al libidinoso hijo de Mercurio y de Venus.

En la travesía que hice de San Sebastián a Atanques por los desiertos más fragosos de la Sierra, no encontré pictografías en las rocas: sólo hay algunas de carácter especial en el país de los kogües, sobre las faldas meridionales, a la derecha del camino, o ruta que baja de Atanques al Valle Dupar. Dije que son de carácter distinto, y se explica la causa de ello por la región de la Sierra en que se hallan los grabados. Cuando los dibujó en las rocas la tribu de los kogües, vivían en los declivios que no alcanzaban a cubrir los raudales del Kariguañá, cuyo lecho era entonces el valle que desemboca sobre las planicies marinas de Riohacha. La tribu fue pescadora en ese lejanísimo tiempo; el gran río le prodigaba alimentación, y desde que abandonó el primitivo cauce de salida al Océano cambiaron para ella en absoluto las ventajas que su posición en estribaciones del Mediodía le procuraba. Sus gentes, míseros residuos de la antigua población, tienen rasgos y facha de indígenas ribereños; si bien es verdad que han tomado de los negros y mestizos de las llanuras afición a la beodez y la garrulería africana.

La mayor de aquellas rocas pintadas (iguina siki, en esa tribu y las restantes al Norte y Nordeste) conserva sin mucho desgaste los grabados del número 73 bis. Son, a lo que parece, representación de enormes iguanas y de una serpiente todavía más grande. Las cabezas de los tres reptiles inducen a sospechar que cuando se las pintó existían variedades o especies de esos géneros ya extinguidos. Hay sobre la derecha y en lo alto del grupo una figura proporcionalmente menor y sana, que según todas las apariencias representó un templo o teocali¹³³.

Me fijé mucho en los pormenores raros de la figura 74. Se trató de dibujar un cisne, o animal semejante, de cuatro patas o con remos posteriores, de cabeza informe y empenachada. Esas gallardías de las

133. **teocali**. «Templo de los antiguos nahuas en México» (DLE).

curvas en las delineaciones del cuerpo, del grabado son, y contrastan mucho con las formas del dibujo 75, grotesca representación de una garza común. Tal vez en vano me impacienta el deseo de que se compare la figura 74 con el teoquechol, garza divina en los jeroglíficos aztecas.

Del dibujo 76 me dijo el señor Thermos que lo había encontrado en pictografías de Méjico y de la América Central, y no es raro en las pocas descritas y estudiadas en la altiplanicie de Bogotá y al Norte de ella.

Trasmontemos la Sierra Nevada, y después de cruzar las corrientes del Nina cerca de San Miguel, detengámonos en Sehiuko (Santa Rosa). Catorce o quince kilómetros al Noroeste de la población, pasando por un puente salvaje del río Alunji¹³⁴ y más adelante la quebrada de Kuvikungüe, se encuentra la grande roca de Karlavangaka. De sus grabados voy a ocuparme.

Las figuras 80 y 82, aves de gran tamaño, sin alas, parecen recuerdo de la forma del avestruz. El dibujo distinguido con el número 81 representa un ave de la misma especie, pero en actitud de combate; su cabeza redonda tiene largo y agudo pico, y lleva de cola dos plumas arqueadas, complemento que no aparece en la figura 82, colocada de perfil. La forma de estas aves no llamaría mucho la atención en los grabados de Atanques, por razones que al tratar de ellos apunté; mas en un valle profundo, casi en el propio corazón de las montañas, es más extraño el carácter de las tres figuras principales de Karlavangaka, que todas están en el flanco norte de la roca.

Inmediata a aquélla, y no de menor tamaño, tiene otra las figuras 83 y 84: la primera, mitad hombre y mitad monstruo, tiene en la parte central de los círculos concéntricos del jeroglífico 84, con cierta variante en el punto donde sobresale el pecho; las piernas, de vestidura muy extraña, inducirían a suponer que el grabador imitó un detalle del vestido español, si no se tuviera presente que en la época de la conquista y largo tiempo después, los españoles no usaban, de

134. Nota del autor: En los dialectos de los guamakas y sesiukos las jotas tienen sonido francés.

la rodilla al pie, esa forma de vestido, muy común ahora. Sea de ello lo que fuere, imitada o no, la base de la figura es exótica y singular en los dibujos de la colección.

La piedra Kámanchi está en una de las lomas incultas que se levantan al Norte de Santa Rosa. De muy poca altura sobre el suelo, es a modo de un asiento en la forma que indica la figura 85, con longitud de un metro y pocos centímetros más. No es, pues, un grabado, y se hace muy dificultoso colegir el uso que se daba a la roca. A muy corto trecho está la de Yarvaso, sobre la cual ofrecí fijar la atención, llegado su turno. El dibujo representa indudablemente una mujer, y estos pormenores son notables: su cabeza no es el símbolo del Sol, sino la evoluta, que significa eternidad o tiempo perdurable; un corazón claramente dibujado reemplaza al pecho, y de él o de la cintura cae la falda, bastante correcta, hasta cubrir los pies; es de sentirse que se hayan desgastado los accesorios de la figura, porque de otra suerte se haría menos difícil formular alguna interpretación.

Por lo visto, la forma del corazón fue significativa en el pueblo salvaje que veneró esa figura y tal símbolo, formando la de una mujer en asocio del que representa la eternidad, denuncia cierto grado de refinamiento, de relativo desarrollo estético.

En la ribera septentrional del río Marocaso (Setkuá), tendida de Este a Oeste en lo bajo de una falda, está la piedra de Seukuke, medio enterrada, y de la cual sólo es visible el dorso amplísimo. Paréceme de poca importancia la figura 87, ave informe de cuatro patas, que tiene junto un polluelo. La representación de un tigre, muy grotesca como se notará, se ve al Noroeste de la roca: ese dibujo hace recordar a Güeraba, el tigre voracísimo de la tradiclon guamaka. Huellas de esa especie de animal figuran en los grabados 89 y 90, que formaron probablemente una sola inscripción. Ocho pies humanos hay en la serie de dibujos que constituyen las dos agrupaciones. Detengámonos en este punto para echarle una breve ojeada a lo que algunos cronistas y autor muy competente en la materia dicen respecto a los pies o huellas de hombres (de apóstoles, según se cree) halladas en rocas de América. Divertirá la digresión, y perdóneseme esta última.

En orden cronológico, vaya primero el dictamen de Piedrahita:

No hay duda en que lo más de esta relación (la referente a Bochica) se compone de fábulas y engaños, y que de ordinario en la gente ignorante el mismo no saber dar razón de las cosas las persuade y dicta notables quimeras, que fácilmente abraza su incapacidad. Pero siendo cierto (como lo es) que no hubo parte en el mundo donde no resonasen las noticias del Evangelio, divulgadas por los discípulos de Cristo Nuestro Señor, que para ese efecto se dividieron por todo el universo predicando su doctrina; y siendo tan corriente en los autores modernos (a que dieron luz los antiguos) que entre las demás partes en que predicó el bienaventurado Apóstol San Bartolomé fue una de ellas ésta de las Indias Occidentales, es muy verosímil que el Bochica, de quien hacen esta relación, fuese este glorioso Apóstol, y con la antigüedad del tiempo y falta de letras y jeroglíficos para escribir y estampar sus acaecimientos, variasen de suerte las noticias de ellos en las memorias de unos y otros (que son los libros historiales que tenían), que de un suceso verdadero hayan fabricado una fábula tan llena de los errores que van referidos; y muévenme a pensarlo así los motivos que se irán expresando sucintamente.

... Y sea el tercero el sentimiento común de naturales y extranjeros, de que el vestigio que se halla estampado en una piedra de la provincia de Ubaque fue señal del pie del Apóstol, que dejó para prueba de su predicación, y tránsito por aquellas partes, como por las de Quito, donde se halla otra en la misma forma. Noticias y acciones son éstas, que sin grave nota no podremos atribuir las a otro que a San Bartolomé, y si no dígame el más curioso lector, ¿de quién otro que de un Apóstol pudieron referirse entre gentiles las que tenemos dichas?¹³⁵

135. Nota del autor: Lib. I, cap. III.

A pesar de estas y otras lucubraciones por el estilo, calificué de verdaderamente ilustre al Obispo Piedrahita; y de tal elogio no me arrepiento, porque bastante fue que en muchas materias escribiera como lo hizo, en su época y bajo el influjo de la educación sacerdotal que recibió. La Historia de la Provincia del Nuevo Reino por Fr. Alonso de Zamora, abunda en disertaciones semejantes, y el capítulo XVI del libro II fue destinado especialmente a ellas. Afirma que el Apóstol Santo Tomás estuvo en el Brasil y en Nueva España, como en el país conquistado por Quesada, y apoyó sus conceptos en los emitidos por Fr. Tomás Malvenda, el P. Manuel Nóbrega, Fr. Gregório García y Fr. Pedro Simón. He aquí algunas líneas sobre el asunto:

Con que de este Sagrado Apóstol se verificarán las señales, que se hallan en todo este Nuevo Reino de Granada. En la provincia de Cartagena hallaron los españoles algunos ídolos con mitras y báculos. En el cerro de Itaco de las de Muzo, se halla una losa, y en ella impresas huellas de pie humano...

En el Valle de Ubaque, de jurisdicción de esta ciudad de Santa Fe, cerca de una quebrada llamada Zaname, se halla en una piedra estampado un pie humano. Y aun cuando la tradición de los naturales no asegurara ser vestigio del pie del Apóstol, que predicó en este Reino, lo acreditaran los continuos milagros que dicen han obrado los polvos de aquella piedra, que los indios dan a beber a los enfermos¹³⁶. En la jurisdicción de la Grita, del Gobierno de Mérida, del mismo Reino, en un lugar llamado Pueblo-Hondo, hay una piedra, que llaman del Apóstol, en que están estampados dos pies humanos...

136. Nota del autor: En el *Diccionario* de Alcedo se dice más o menos lo mismo en lo referente a Ubaque, pero atribuyéndole, no ya a Santo Tomás sino a San Bartolomé la huella milagrosa, según la tradición y el dictamen de varios autores.

Entre los sagrados Apóstoles se halla, que Santo Tomás dejaba estampadas en las piedras señales de su cuerpo, y gloriosas plantas. En un monte de los muchos que tiene la isla de Ceilán (ya es más lejos) dice nuestro Fr. Juan de la Puente, que se ve una piedra, y en ella esculpidas las plantas de un hombre. Y habiendo determinado la Iglesia, que predicó a los indios orientales, en que se han hallado estas señales; hallándose en estas occidentales del Nuevo Reino las de las plantas de pie humano, de este glorioso Apóstol, se puede asegurar, que fue el Sol resplandeciente, que derramó los primeros rayos del Evangelio, en este Nuevo Reino; pues en tantas partes de él se halla su imagen, y señales de sus plantas sagradas; que se han hecho venerar hasta con milagros. Fuera de las referidas, dice el P. Fr. Pedro Simón, que en el pueblo de Iza, cerca de Sogamoso, está una piedra, y en ella estampado un pie humano, con la cual tienen tanta devoción las indias, que estando cercanas a parto, beben de sus polvos, y paren con facilidad.

Basta y sobra para el caso. Así lo creará el lector, hallando muy natural que subsistan leyendas de esta clase, especialmente en los países que fueron colonias españolas. Pero no estaría bien prescindir de lo que sobre el asunto dice un autor muy citado en la costa samaria, siempre que de antigüedades se trata. Díganos el señor Alférez de la Rosa lo que supo y opinaba en lo tocante a huellas de pies humanos halladas en las rocas de la Provincia de Santa Marta:

El R. P. Fr. Silvestre de la Bata, religioso capuchino, misionero de los indios de nación guajiros de la Provincia del Río de la Hacha, y comisario de aquella misión, me asegura que habiendo atravesado toda la Sierra Nevada, en que habitan hoy los indios de nación aurohuácos, y llevando en su compañía a algunos de ellos, llegó a un paraje en que halló estampada en una piedra grande una huella de un pie descalzo; y que por la tradición antigua, de que anduvo por esta América el Apóstol

Santo Tomás, veneró por suya la huella, arrodillándose a oscurlarla; y que los aurohuácos le dijeron, burlando su adoración, que aquella señal era del pie de alguno de sus antiguos; y replicando el Padre, que ¿cómo podía imprimirse en la piedra un pie que no fuese de algún santo? le respondieron, que cuando nace la piedra, está blanda como jabón, y después se va endureciendo poco a poco; y así, no dudase que era pie de indio que pasó por sobre la piedra cuando estaba blanda. El Padre conoció el engaño con que el demonio les tenía desfigurada aquella maravilla, y los instruyó en la verdad. Muchas opiniones hay de ser esta huella de San Luis Beltrán, fundadas en que pasó por allí dando las primeras voces del Evangelio, y por eso lo he puesto en este lugar; pero los aurohuácos se visten hasta hoy muy conformes a la vestidura que usaban los Apóstoles; si bien hechas de manta basta que ellos tejen; y considerando que este modo de vestirse lo traen desde el tiempo de sus antepasados, es más persuasible que lo tomaron aquellos del Apóstol y por consiguiente, que estuvo en la Sierra y puede ser suya la estampa. Quédese esto en la piadosa opinión, puesto que ya sea del Apóstol, o ya sea de San Luis, siempre es obra milagrosa y digna de memoria.

Todo esto y lo demás de la misma laya es muy curioso en los primitivos cronógrafos del país, como en los fárragos de sus parodiadores hasta fines del siglo XVIII y benévola tolerancia merece. De ahí que diga Humboldt, al hablar de tan peregrinas tradiciones, que los expedicionarios iberos buscaban por dondequiera en el Nuevo Continente las huellas del Apóstol Santiago.

El pasaje tomado de la *Floresta* me ha inducido a pensar que no sólo en la roca de Seukuke hay en la Nevada, como símbolos, huellas de pies humanos, pues donde copié las pictografías que van con los números 89 y 90, Fr. Silvestre de la Bata habría tenido que oscular ocho pies y no uno, entre ellos algunos de niño y de mujer, circunstancia bien capaz de sugerirle versión mística muy diversa. Tengo la



Inulo chimilla tirando el arco. Misión de Joseph de Brettes, 1895. Reproducción fotográfica del Museo del Louvre. París. Biblioteca Nacional de Francia.

certidumbre de que en un viaje más detenido o convenientemente despacioso por las regiones de la Nevada, me hubiera sido posible agrandar la colección de signos y emblemas que tomé de las rocas.

Las transcripciones hechas, que podrían ser muchas más, son cuando menos demostración de que las huellas de pies humanos fueron símbolo en la pictografía de algunos pueblos aborígenes en ambas Américas. En lo que respecta a la materia tomé de la obra de Nadaillac, no se habrá olvidado la mención que hace de las huellas de hombre o de niño encontradas por Bandelier en las ruinas de Pecos.

Viene a punto hacer notar que en los nakchatras o casillas lunares de los indios, una sravana es representada por los pies de *Vicnu*, el Sol, y que entre los jeroglíficos de los días del calendario mejicano, figura *Olin*, camino o movimiento del Sol, simbolizándose con tres huellas de pies.

Al lado noroeste de la piedra de Seukuke hay un tosco dibujo de tigre, y huellas del mismo animal aparecen en las figuras 89, 90 y 91. En su prolija disertación sobre los calendarios indo, azteca, mogol, etc., observó Humboldt lo siguiente:

Los monos y tigres que figuran en los jeroglíficos de los días y en la tradición mejicana de las cuatro edades o destrucciones del Sol, no pueblan la región septentrional de Nueva España, ni las costas nordeste de América, deduciéndose de aquí con bastante probabilidad de acierto, que esos signos ozomatli y ocelotl de los zodíacos toltecas, aztecas, mogoles y tibetanos, y de otros muchos pueblos a quienes hoy separa gran espacio, han nacido en un mismo punto del Antiguo Continente¹³⁷.

No cabe decir otro tanto del tigre que se halla en la roca Seukuke, porque tales fieras abundan en las regiones ardientes o de bajo nivel, en contorno de la Nevada; y casi podría arriesgarse la observación de que en edades geológicas muy anteriores a la presente, la temperatura

137. Nota del autor: Obra citada antes.

de las zonas templadas debió de ser más alta, no siendo imposible en ellas, por tanto, la aclimatación o existencia de algunas especies de los géneros simiano y felino.

La mano que en la figura 90 aparece como parte superior de un signo especial, que no se repite en otros grabados, es común en las simbolizaciones aztecas y venezolanas; y en el grabado 89 se nota una planta al lado izquierdo de la inscripción, pormenor que trae a la memoria el símbolo malinali (yerba) de los aztecas.

Las figuras 89 y 90, indudablemente una sola inscripción, se grabaron quizá con el fin de conmemorar alguna época o acontecimiento más trascendental en la tribu, y acaso llegue a ser todo ello descifrable.

Algo he dicho antes de la representación del Icanusi de los businkas, Chikamusi (Luzbel o Demonio) de los guamakas. Fáltanle únicamente los cuernos y la cola para ser idéntico a Satanás o Espíritu Rebelde y tentador del catolicismo: es la figura dominante en los grabados de Hugürruambá.

Terminase al cabo esta descripción en la enorme roca de Lonzeirá, que se encuentra aislada en medio de un angosto valle, casi al pie de los altos contrafuertes de la serranía al Levante: el sitio en que está es llamado Seukúkumake por los indígenas. Nada más que el símbolo 90 tiene la roca cerca de su cima en el flanco occidental. Supóngome que no hay un grabado de mayor antigüedad que éste en aquellas montañas. Duro es el granito en que se le dibujó, y sobre la superficie negra del peñasco ya apenas se ven como sombras indecisas al cubrirlo favorablemente la luz del Sol en ocaso. Los días de siglos y siglos resplandecieron sobre él, y sólo subsiste esa figura de forma heráldica, que tal vez guarda un nombre en aquellos signos, nombre perdido en lo profundo y tenebroso de los tiempos, y que nunca ha de volver a oír la humanidad.

V

Destínoles una sección de este capítulo a los estudios del señor Aristides Rojas sobre pictografías de las tribus indígenas de Venezuela:

nada menos merecen sus observaciones respecto al asunto, y además de su importancia intrínseca tienen muchos puntos de relación y semejanza con las que dejo escritas al revisar los emblemas y jeroglíficos de la Sierra Nevada de Santa Marta. Indicaré después algunos grabados del territorio de Colombia, que aún esperan estudio formal de los etnógrafos del país, pictografías que en su mayor parte apenas han sido mencionadas hasta hoy, o permanecen desconocidas. Propóngome dejar así tan completo como me sea posible, en lo relativo a la materia, este trabajo, en circunstancias favorables, muy distintas de las presentes, arqueólogos de la nación lo terminarán.

En la cordillera litoral de Venezuela hay un valle pintoresco donde se hallan los campos de Burburata, Patanemo, Guaiguaza y San Esteban partiendo del último hacia las alturas de Hilaria, de 1.388 metros sobre el nivel del mar, en un sitio inmediato a las de Campanero, están los grabados con que empieza su estudio el señor Rojas.

Entre las diversas figuras que tiene el jeroglífico de Campanero, sobresalen: la que imita una embarcación, varios dibujos que aparecen como fortificaciones o compartimientos y una serie de medias Lunas, que por el lado derecho van elevándose hasta llegar a una imagen del Sol. *Una serpiente, figuras que parecen laganos¹³⁸, cocodrilos y otros animales llenan por el lado izquierdo y por el centro el cuadro, presentando un conjunto variado.*

Habla en seguida de las figuras que se hallan en otro sitio cercano a San Esteban; de las que se han encontrado en las montañas litorales,

138. No encontramos referencias de un animal que se llame *lagano*; lo más cercano es *lugano* (o *lúgano*), para designar «cierto pájaro», según el *Diccionario panhispánico de dudas*, o «pájaro del tamaño del jilguero, de plumaje verdoso, manchado de negro y ceniza, amarillo en el cuello, pecho y extremidades de las remeras y timoneras, y color pardo negruzco en la cabeza y gris en el vientre. La hembra es más cenicienta y tiene manchas pardas en el abdomen. Se adapta a la cautividad, y suele imitar el canto de otros pájaros» en el *Diccionario* de la RAE. La edición de María Teresa Cristina escribe *lagartos*.

desde su origen en el Estado de Barquisimeto; de las que vio en el de Falcón, y de las que hay en el de Yaracuy.

Cerca de Guataparo, en el mismo Estado de Carabobo, al Oeste de Valencia, se hallan también figuras, entre las cuales sobresale un Ibis.

En la colonia de Tovar al Norte de la Victoria, y sobre una meseta de la loma de Maya, se encuentran muchas rocas cubiertas de figuras que representan caras humanas, *serpientes, tigres y manos*, formando grupos, como también imágenes del Sol y de la Luna. Estas rocas esculpidas se hallan igualmente en el descenso de la fila montañosa hacia las vertientes del río Tuy en su prolongación hacia las costas del mar... Figuras semejantes se encuentran también en el camino que conduce de Caracas a los Valles del Tuy, en varios lugares acerca de Turmerito, iguales a las que se han visto en las Antillas y más allá, en las cercanías de Charallave, se ve impresa sobre una hermosa roca *la huella de un pie*, que según la tradición de los campesinos del lugar, es *la huella de San Juan*.

En los estribos de la cordillera costanera que se pierde en la dilatada llanura del Estado Guárico, en los morros de la Galera cerca de Camatagua, se ven dibujos hechos con *almagre*, que imitan círculos, manos, diferentes figuras geométricas, y lo que es más notable aún, la rana¹³⁹.

139. Nota del autor: Requiere atención este pasaje con motivo de que se mencionan los dibujos hechos con almagre u ocre rojo, y la rana, símbolo importante entre los chibchas y también en la nación que tuvo el centro de su teocracia, en el valle de San Agustín. De lo que he transcrito de Nadaillac acerca de pictografías, viene el caso recordar lo que dice de las trazadas en orillas del Mancos y del San Juan. por ser algunas de color rojo o blanco. Todas las pictografías chibchas fueron hechas con la Gámesa, pero no se ha demostrado que fuera obra de aquella misma sustancia u otra semejante; solo cabe exceptuar la de nación. De las figuras que copió el Coronel Codazzi en las ruinas de San Agustín, la que tiene el número 25 representa una rana de gran tamaño, y él la describe así: «Bajando a una hon-

La región más al Norte, con rocas llenas de jeroglíficos que tiene el Orinoco, está en el puerto de Caicara, al Este de la desembocadura del Apure, y en San Rafael de Capuchino, frente a Cabruta, en las sabanas que se extienden desde el cerro de Quiriquinoa hasta las orillas del Cauca¹⁴⁰. La altura a que están esculpidas las figuras, manifiesta que éstas no han podido trazarse sino con la ayuda de grandes andamios. Cuando Humboldt preguntó a los indígenas de estos lugares, cómo se habían podido esculpir aquellas rocas, ellos le contestaron, sonreídos, que sus antepasados llegaron en canoas a la cima de aquellas alturas, y que así pudieron grabar los diversos dibujos que las adornan¹⁴¹.

Más al Sur de Caicara y a algunas millas de los cerros de la Encaramada, aparece como aislada la roca llamada por los indios Tepu Mereme¹⁴² (roca pintada) llena de dibujos simbólicos que representan cocodrilos, boas y tigres gigantescos, utensilios domésticos, imágenes del Sol y de la Luna.

Habla en seguida de los emblemas a que se refiere Humboldt en el capítulo XXI, Libro Primero de su obra titulada *Cuadros de la naturaleza*, y habría de ser redundante reproducir todas las observaciones hechas por tan conocido autor.

donada de 44 metros (lugar marcado H. por donde corre un arroyo) se encontró la imagen de una rana colosal, que sin duda significaba entre los andaquíes, lo mismo que entre los chibchas, abundancia de aguas; coincidencia que no deja de ser interesante, pues indicaría cierto comercio de ideas entre las dos apartadas naciones». A no dudarle, fue muy anterior a los andaquíes la nación que labró las estatuas del valle de San Agustín, y es muy posible que de ella tomaran también los chibchas, o sus antecesores, la veneración a tal especie de batracios: esta conjetura tiene algún fundamento, como se verá al ocuparme más detenidamente de aquellas ruinas.

140. Nota del autor: Kaura es el nombre que le dan los guajiros a la cabra, y kauráuta a la piel del mismo animal. Kai en la misma lengua, significa sol, y kara, niña de pocos años. ¿Tal vez el nombre de aquel puerto equivalía a niña hermosa?

141. Nota del autor: Pero Humboldt añade: «Esto es sin duda un sueño geológico imaginado para resolver el problema de una civilización extinguida hace tiempo».

142. Nota del autor: Tepu-Merena escribió Humboldt.

Prosigue el señor Rojas:

Por el estudio que hemos hecho de las diversas pictografías venezolanas, comprendemos que éstas representan épocas distintas de nuestra historia. Las más antiguas coinciden con la bajada de las aguas y levantamiento del fondo del antiguo Océano, al Este de los Andes. En este caso están las rocas pintadas del Orinoco y sus afluentes y las de los llanos del Guárico, Cojedes, Portuguesa, etc.

Casi todos los jeroglíficos están a orillas de las aguas o cercanos a algún río, y siempre en la dilatada zona que se extiende desde las bocas del Orinoco hasta los Andes; y en la cordillera de la costa, desde Paria hasta el entroncamiento de esta misma cordillera con los Andes de Barquisimeto. Puede decirse que los jeroglíficos, ya en las llanuras y orillas de los ríos, ya en las alturas de la cordillera costanera de Venezuela, *marcan el itinerario del pueblo caribe y de sus diversas tribus de Este a Oeste*. Trasmontando los Andes de Barquisimeto, Mérida, Trujillo y Táchira, desaparecen las rocas con jeroglíficos, lo que nos indica que pueblos de otro origen diferente del caribe poblaron las grandes alturas al Occidente de Venezuela.

De los *Cuadros de la naturaleza*, capítulo ya citado, sí es ahora pertinente la transcripción de algunas líneas, de valía por el dictamen que emitió Humboldt después de 1848, en la elucidación del mismo punto que el señor Rojas acaba de tocar:

Las figuras simbólicas que Roberto Schomburgk halló en la cuenca del Esequibo, cerca de las rápidas de Waraputa, se parecen, dice él, a las que existen en la isla Saint-John, y cuyo origen caribe es innegable. Sin poner en duda la exactitud de tal afirmación, no puedo creer, sin embargo, a pesar de la vasta extensión de las comarcas porque se esparcieron los caribes

y del antiguo poder de esta bella raza, que la zona inmensa de rocas esculpidas que atraviesan de Oeste a Este gran parte de la América meridional, pueda ser obra de los caribes. Más bien ha de verse en éstas las huellas de una civilización antigua, que se remonta a una época en que no se conocían aun ni los nombres ni el parentesco de las razas que distinguimos hoy. El mismo respeto que por todas partes se muestra hacia estas groseras esculturas de los antepasados, prueba que los indios de nuestros días no tienen idea ninguna de cómo se ejecutan tales cosas.

El señor Rojas continúa:

Los temas son variados según la localidad indígena que se estudie; y las piedras simbolizan sucesos diferentes. Y a son caras de caciques en conmemoración de algún hecho de armas o de la conquista de alguna región; ya son piedras sepulcrales con manos, pies, animales, indicando algún antiguo cementerio sobre alguna meseta circundada de árboles; ya son imágenes del Sol y de la Luna en curvas crecientes¹⁴³, acompañadas de alguno que otro trofeo de guerra; ya representan, finalmente, la bajada de las aguas, la época lacustre, cuando los indígenas podían atracar sus canoas en las aguas del Orinoco, a las rocas que se levantan hoy sobre el actual nivel de la corriente, y que llevan en sus cimas figuras pintadas. En estos casos, sobresalen en él cuadro una o más embarcaciones y la figura de la *rana*.

Sábese que los chaimas, cumanagotos, tamanacos y otras naciones originarias del pueblo caribe, adoraban al Sol y la Luna; y que para ellos la rana fue el dios de las aguas. Refiere Ruiz Blanco que los cumanagotos nunca mataban las ranas, a las

143. Nota del autor: Probablemente son las volutas de los dibujos 42, 52, 93 y otros tomados en la Sierra Nevada, cuya significación inferí por lo que del primero me indicó Aniku Gama.

que tenían como uno de sus animales domésticos, castigándola cuando no llovía. No es, pues, de extrañar que figure este animal entre los jeroglíficos del Orinoco, donde los caribes del tiempo de la conquista conservaban la tradición del último cataclismo geológico del Continente americano¹⁴⁴.

La semejanza de las figuras, hasta en sus más pequeños pormenores, y la ausencia de caracteres o de escritura, manifiestan que las tribus indígenas de Venezuela no pasaron en sus dibujos de la idea simbólica, y que, en muchos casos, su pictografía puede considerarse como de un carácter puramente mímico o figurativo. Sin embargo, la mayor parte de ellas recuerdan un hecho, un mito, una tradición que ha pasado de padres a hijos y se ha conservado en el transcurso de los siglos, como veremos más adelante. Cualquiera que sea el sentido de estas figuras y el objeto con que fueron esculpidas sobre las rocas graníticas, no dejan de merecer por esto el interés de aquellos que se ocupan en la historia filosófica de nuestro planeta, ha dicho Humboldt. El respeto, por otra parte, que ellas inspiran a los restos de los pueblos indígenas, la veneración, el santo recuerdo y el mismo fanatismo con que se oponen a que sean destruídos por la mano del hombre civilizado, comprueban la opinión de Brinton, cuando dice que todos estos jeroglíficos son los mudos y elocuentes epítafios de las pasadas generaciones.

144. Nota del autor: Es de notarse que los guajiros, caribes indudablemente, no adoran al sol ni a la luna. Admiran a Mareigua, a quien dan también el nombre de peuriyú: temen a Yarfa o Yarfamá y a Guandurú, Espíritu maligno que causa enfermedades; pero no los representan en forma alguna, solo guardan los ancianos jefes (raurá) un amuleto al cual atribuyen cierto poder: es de oro más o menos puro, del tamaño de un turpial, mitad hombre, mitad águila; el Guara. De la rana ví meramente representaciones toscas, de oro o tumaba, en los collares de algunas mujeres guajiras. Habitando un país donde no abundan las aguas, la tribu olvidó su culto al batracio. que no tiene atmósfera, ni elemento favorable en la Península. Ranillas como aquellas, del mismo metal, usan las mujeres de la Nevada, pero muy rara vez, si es frecuente hallar la forma del animal en los dibujos bastos de sus mochilas de lana o algodón.

Copiosos datos suministra en lo tocante a pictografías americanas el libro del señor Rojas, pero al no prescindir ahora de muchos, pudiera agrandarse demasiado esta adición, complemento de los estudios que hice en la Sierra Nevada de Santa Marta, y urge volver cuanto antes al cauce y desarrollo final del presente capítulo.

No obstante, hay en el libro apreciaciones e indicios de que no estaría bien desentenderse.

Habla de dos inscripciones, hallada la una en un túmulo de Gravecreek (Virginia Occidental), y la otra en la desembocadura del Tauton. Juzgó el señor Rojas, ateniéndose a los juicios de Rafu y Jomard, que la primera podía ser rúnica o ibérica, y que la otra, estudiada por Mathieu, permitía suponer que habitantes de la Atlántida estuvieron en América cuarenta y ocho años antes de la desaparición de aquel Continente. El Congreso Americanista reunido en 1875, decidió que ninguno de tales descubrimientos era merecedor de la importancia que se les había dado, y por resolverse está si los caracteres de la inscripción encontrada en Gravecreek son rúnicos.

Cuanto a las inscripciones fenicias de la piedra que dizque se halló en el Brasil en 1873, sábase ya que todo ello fue superchería odiosa de alguno que por ese medio pretendió ganarse renombre, y aun parece que al infeliz le costó su audacia la vida: el búho de Minerva ve en lo tenebroso, y escarnece airado a los profanadores del templo.

Páginas adelante:

Pero si ellos (los jeroglíficos del Orinoco) son contemporáneos de la época lacustre, ¿qué significan, qué acontecimientos interpretan, qué historia de los antiguos pueblos conmemoran? Para nosotros, algunos de estos dibujos simbólicos recuerdan el último cataclismo americano, otros fijan la tradición universal que ha existido en todos los pueblos de la tierra, el diluvio¹⁴⁵; y otros la entrada en las tierras americanas *de los*

145. Nota del autor: ¿La universalidad del diluvio mosaico está plenamente demostrada por la ciencia? ¿Todos los pueblos del globo guardan tradición de ese cataclismo? Los

*primeros hombres que comenzaron a poblarla, muchísimos siglos antes del cristianismo*¹⁴⁶. Estudiemos las antiguas leyendas de Venezuela y encontraremos la escultura simbólica, como el primer germen de una civilización en la aurora de su historia.

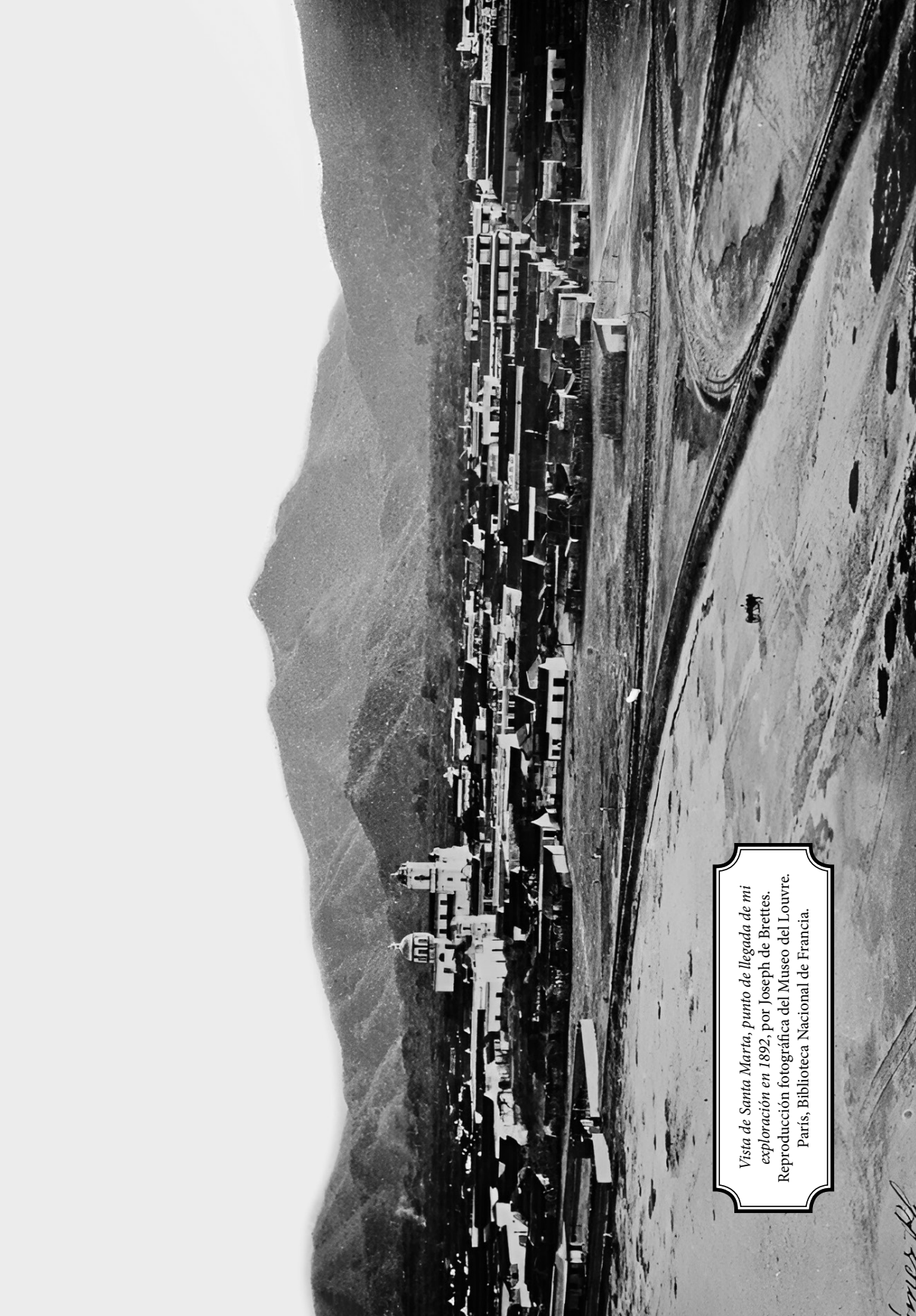
Refiere Schomburgk que los indios macousi, en las regiones del Esequibo, creen que el único ser natural que sobrevivió a una inundación general, volvió a poblar la tierra cambiando las piedras en hombres. Este mito, añade Humboldt, fruto de la brillante imaginación de los macousi, y que recuerda a Deucalión y Pirra, se reproduce todavía bajo diferentes formas entre los tamanacos del Orinoco.

Debemos la tradición de los tamanacos, sobre la formación del mundo, después del diluvio, a un célebre misionero italiano, el padre Gilij que vivió mucho tiempo en las regiones del Orinoco. Refiere este misionero que AMALIVACA, el padre de los tamanacos, es decir, el Creador del género humano, llegó en cierto día, sobre una canoa, en los momentos de la grande inundación que se llama la *edad de las aguas*, cuando las olas del Océano chocaban en el interior de las tierras, contra las montañas de la Encaramada¹⁴⁷. Cuando les preguntó el misionero a los tamanacos, cómo pudo sobrevivir el género humano después de semejante catástrofe, los indios le contestaron al instante, que todos los tamanacos se ahogaron, con la excepción de un hombre y de una mujer que se refugiaron en la cima de la elevada

aborígenes de la Nevada, visto está, ninguna conserva, y lo propio sucede en otras regiones americanas.

146. Nota del autor: He subrayado esas palabras porque se debe hacer notar incontinentemente que todavía se duda y vacila mucho entre los hombres de ciencia respecto al origen de los primeros hombres que habitaron la América. ¿Eran autóctonos? ¿Vinieron de una o de distinta, regiones del Asia? ¿De alguna de Africa, cuando tuvo diferente forma el mundo ignoto en sus regiones tropicales? ¿Existió la Atlántida?

147. Nota del autor: Ruego al lector que recuerde cuando hablé de los montes de Sulivaka, donde nacieron los primeros hombres, según la tradición de los businkas.



Vista de Santa Marta, punto de llegada de mi exploración en 1892, por Joseph de Brettes.
Reproducción fotográfica del Museo del Louvre.
París, Biblioteca Nacional de Francia.

Ames P.



*Guajira. Puerto de Riohacha. Misión de Henry
Candeler, 1890. Reproducción fotográfica del
Museo del Louvre. París, Biblioteca Nacional de
Francia.*

montaña de Tamacú, cerca de las orillas del río Asiverú, llamado por los españoles Cuchivero; que desde allí ambos comenzaron a arrojar, por sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que de las semillas de éstas salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra. Amalivaca, viajando en su embarcación, grabó las figuras del Sol y de la Luna sobre la roca pintada (*Tepu-mereme*) que se encuentra cerca de la Encaramada.

Humboldt vio la gran piedra que los indios le mostraron en las llanuras de Maita, la cual era, según los indígenas, un instrumento de música, el *tambor de Amalivaca*.

La leyenda no queda, empero, reducida a esto, según refiere Humboldt. *Amalivaca tuvo un hermano*, VOCHI, quien le ayudó a dar a la superficie de la tierra su forma actual; y cuentan los tamanacos, que los dos hermanos, en su sistema de perfectabilidad, quisieron, desde luego, arreglar el Orinoco de tal manera, que pudiera siempre seguir el curso de la corriente al descender y al remontar el río¹⁴⁸.

Amalivaca tuvo dos hijas que tuvieron un *decidido gusto por los viajes*; y la tradición refiere, en sentido figurado, que el padre les fracturó las piernas para imposibilitarlas en sus deseos de viajar y poder de esta manera poblar la tierra de los tamanacos.

Después de haber arreglado las cosas en la región anegada del Orinoco, Amalivaca se reembarcó y regresó a la otra orilla, al mismo lugar de donde había venido¹⁴⁹. Los indios no habían

148. Nota del autor: Vochi: acaso sea el mismo Bochica; nadie ignora que vino de la región oriental, según las leyendas de los chibchas.

149. Nota del autor: La tradición no dice que los hermanos fueran de raza blanca: y al tratarse de aquel regreso de Amalivaca, no hay ya mención alguna de Vochi. Es interesante notar como figuraron Huitaca y Vaqui en las memorias legendarias de los chibchas. Véase

visto desde entonces llegar a sus tierras ningún hombre que les diera noticia de su generador sino a los misioneros, e imaginándose que la otra orilla era la Europa, uno de los caciques tamanacos preguntó inocentemente al padre Gilij: «Si había visto por allá al gran Amalivaca, el padre de los tamanacos, *que había cubierto las rocas de figuras simbólicas*».

No fue Amalivaca una creación mítica sino un hombre histórico, el primer civilizador de Venezuela, cuyo nombre se ha conservado en la memoria de millares de generaciones.

Al llegar ahí, transcribe el señor Rojas un párrafo de Humboldt, que copia de los *Viajes al Orinoco*. He aquí lo más conducente a mi propósito:

Esta divinidad nacional, *Amalivaca*, que llega por agua de una tierra lejana, que prescribe leyes a la naturaleza y *obliga a los pueblos a renunciar a sus emigraciones*; y estos rasgos diversos de un sistema de creencia tan antiguo, son muy dignos de fijar nuestra atención... El nombre de Amalivaca está extendido sobre un espacio de más de cinco mil leguas cuadradas, y vuelve a encontrarse como designando al *Padre de los hombres* (nuestro grande abuelo) hasta entre las naciones caribes, cuyo idioma no se parece al tamanaco más que el alemán y el griego al persa y sánscrito. Amalivaca no es primitivamente el *Grande Espíritu*, y el *Viejo del Cielo*, este ser invisible, cuyo culto nace

Piedrahita, lib. II, cap. III. De la misma página tomo lo siguiente: «Referian, y lo hacen al presente por tradición de unos a otros, que en los pasados siglos aportó a aquellas regiones un hombre extranjero, a quien llamaban unos Nemquetheba, otros Bochica, y otros Zué, y algunos dicen que no fue solo el extranjero, sino tres, que en diferentes tiempos entraron predicando, pero lo más común y recibido entre ellos es que fue uno solo con los tres epítetos referidos». Del lib. I, cap. II: «Lo que sí es verosímil por conjeturas es, que de los Llanos (nombre que se les da a las pampas de Oriente) subieron al Nuevo Reino los primeros que lo habitaron, donde la destemplanza de la región, opuesta a la de que subieron les obligó a vestirse para reparo de los fríos».

del de la fuerza de la naturaleza, cuando los pueblos se elevan insensiblemente al sentimiento de la unidad, sino más bien, un personaje de los tiempos heroicos, un hombre que viniendo de lejos, ha vivido en la tierra de los tamanacos y caribes, grabando rasgos simbólicos sobre las rocas...

VI

Poca o ninguna importancia se daba a las pictografías de los aborígenes cuando escribió Piedrahita. Del libro I, capítulo III de su obra, transcribí ya un pasaje en que dice que a los chibchas les faltaban letras o jeroglíficos para escribir y memorar sus acontecimientos; y en el capítulo I del libro II se halla esto otro: «Las noticias que ha recogido el desvelo más curioso no pueden empañar la pluma en acaecimientos más antiguos: desdicha que se originó de la falta que los indios bogotáes tuvieron de letras (como se dijo arriba) y de jeroglíficos o equipos que usaron los del Perú y Méjico para encadenar sus historias y dar cuenta de los siglos pasados». Sería inoficioso hacerles notar a los lectores, porque han de saberlo, que los toltecas y aztecas no usaron los quipos.

Zamora hace referencia a la inscripción ilegible que hay en la Piedra de Guane, al pie de ciertas figuras humanas, que a no dudarlo fueron obra posterior a la conquista¹⁵⁰.

De las *Antigüedades Indígenas*, o escrito sobre las ruinas de San Agustín por el Coronel Codazzi, parte de la geografía del Tolima publicada por el señor Felipe Pérez, tomó el señor Rojas lo relativo a los monolitos de Saboyá y Gámeza: este último —lo advertí ya— es grabado; en todos los restantes de Boyacá y Cundinamarca se empleó el ocre rojo, uso aprendido de las tribus que emigraron de las regiones del Oriente a la altiplanicie de Bogotá.

150. Nota del autor: Lib. II, cap. XVI. Lib. III, cap. XV.

El señor doctor Liborio Zerda describe así la roca de Pandi, que aparece también dibujada en su obra última¹⁵¹:

Distante del pueblo de Pandi, un kilómetro, y cerca de la gruta «La Alfonsa», se encuentra la piedra pintada con figuras simbólicas de los antiguos indios de este valle; la tinta indeleble del rojo de la chica o del ocre rojo mezclado con resinas, parece que fue el color que emplearon para estas pinturas que han resistido algunos siglos a la acción de la intemperie. Esta piedra es un enorme canto de asperón, que, como otros muchos, fue desprendido y arrastrado por las aguas del lago de Sumapaz que inundaron el valle de Icononzo; su forma es casi cúbica, pero sus aristas fueron redondeadas por el frote; tiene aproximadamente 20 metros de largo y 15 de alto; su cara superior está revestida de una capa de tierra vegetal que mantiene algunas gramíneas, helechos, líquenes, algas y otras plantas pequeñas; sobre una de sus caras verticales, de superficie lisa, están pintados varios grupos de figuras, al parecer caprichosas, pero se halla en primer término la figura del Sol, que para las tribus chibchas fue *Xuá* el dios y señor de la naturaleza; se encuentra también la rana, símbolo de las aguas, al lado del alacrán o escorpión, y del lagarto, animales muy comunes en los climas templados de estas regiones; en la parte media y hacia la derecha hay figuras rectangulares con líneas en ángulos entrantes y salientes, muy semejantes a las que estos indios pintaban en sus piezas cerámicas y también muy semejantes a las esterillas que de caña teñida de colores fabrican desde muy remotos tiempos los indios de Icononzo. La altura a que están colocadas estas figuras sobre la piedra, indica que hubo alguna intención manifiesta al vencer las dificultades que se debieron presentar para imprimir estos caracteres; pero por

151. Nota del autor: *El Dorado*, 1883.

desgracia aquí se detiene toda investigación por no tenerse base que pueda servir para su interpretación.

No parece que los dibujos de Pandi sean obra exclusiva de los chibchas: algunas figuras se asemejan a las de la roca de Aipe, de que luego hablaré. Si era Icononzo el nombre de una antigua ciudad de muiscas, que estuvo al Sur del valle, como lo indica Humboldt, cabe la presunción de que ella fue punto donde cambiaban sus frutos y artefactos los pueblos de la altiplanicie, por los productos de los valles ardientes, tal como se efectúa hoy en La Mesa: la vía de comunicación de los chibchas con la hoya del Magdalena, fue la misma que ahora conduce a Pandi. No hace Humboldt mención de esas pictografías en el capítulo donde habla de los puentes naturales de Icononzo, que visitó en septiembre de 1801, al empezar su viaje de Bogotá a Popayán y Quito; es de suponer que de ellas no le hablaron, ni de las ruinas de San Agustín, que mucho interés era natural le inspiraran.

Se me ha dicho que en Doa, seis o siete leguas de Pandi al Sur, hay una roca pintada. Corre cerca el río Sumapaz; se cruza el llano para llegar a su orilla, y de ahí, siguiendo diez y ocho o veinte cuadras en dirección al Oeste, está la piedra dentro del bosque. Son las señales obtenidas del cazador que la encontró por casualidad. Sin peligro de equivocarme, infiero que en las riberas de aquel río existen otros monumentos de la misma clase, que ocultan las hoscas selvas en vano, pues los arqueólogos de bufete no han ido a profanarlas.

En las cercanías de Facatativá hay un sitio denominado Las Cuevas, y allí varias pinturas indígenas, de importancia indudable para todo lo referente a la etnogenia de esta región, y hasta hoy no han sido ni siquiera copiadas. El señor Thermos me dijo que había dibujado unas pocas, y a ser menos angustiosos los días en que termino este trabajo, descripción completa de todos esos símbolos aparecería en el presente capítulo, lo mismo que de los de Une, población situada a 38 o 40 kilómetros al Sur de Bogotá.



Guajinos. Misión de Joseph de Brettes, 1892.
Reproducción fotográfica del Museo del Louvre.
París, Biblioteca Nacional de Francia.

Cerca de ese pueblo se halla una laguna, y en los peñascos del Poniente existen muchos dibujos hechos con ocre rojo; siguiendo hacia el Norte por el desagüe de ella, veinticinco cuadras, más o menos, hay otros; a media legua de la población, por la misma vía, se han visto algunos: un día de camino al Sur, en el ramal, están los últimos de que tengo noticia: estudio detenido de la comarca daría resultados de valor en la materia.

Codazzi habla de piedras con jeroglíficos pintados que se hallan a orillas del río Magdalena; pero sólo se conocen las pictografías de Aipe, en la ribera septentrional del río. Esto denuncia estudios incompletos, si no desidia, cuando los que se vienen haciendo de treinta o cuarenta años a esta parte en otras naciones de Sur-América, en lo relativo a antigüedades, merecen mención de las sociedades científicas. En el Peñón de Caro, margen occidental del Magdalena, al frente de Tenerife, más o menos, hay signos indígenas grabados, según me informa el señor Ramón Samper, que los ha visto.

La Marcada es el nombre que se da en el Estado del Tolima a una roca muy grande que dista dos leguas de la población del Líbano, al Sur. Llámase así por los signos que la cubren. Tiene 280 o 300 pies de largo y está a 250 ó 270 pies de altura. Hay hacia la mitad, en toda su longitud, unos cuantos jeroglíficos grabados, que a simple vista se distinguen desde abajo, aunque para dibujarlos con precisión se requiere antejo. Del centro de la roca se desprendió en tiempo remoto una gran parte, en la cual se ven figuras semejantes a las volutas distinguidas con los números 62, 92 y 93 en las planchas anexas; pero en otros signos son curvas reentrantes en las extremidades de un solo arco, a modo de una C muy grande cuyo fin y principio se enrollarán. Muchos jeroglíficos están confusos.

No se halla indicio que permita suponer cómo fueron cincelados esos signos a semejante altura. La parte superior del peñasco es el principio de una larga y pendiente bajada a Río-recio, y de aquél a las orillas del raudal no hay distancias menores de treinta cuadras. A inmediaciones de la piedra hay un cementerio de indios en el cual se han cavado guacas, y algunas han producido hasta ochenta pesos de buen oro.

Diez y ocho leguas al Sur de *La Marcada*, en la misma Cordillera Central y aproximadamente a igual altura, se encuentra otra roca con grabados en las lomas de Riofrío; varias de éstas fueron truncadas por los aborígenes para formar extensas plataformas o mesetas, a las cuales se asciende por escalones de diez a doce metros de largo y cinco o seis de anchura. Sobre las mesetas están los cementerios indígenas, y en una de ellas la roca mencionada, de color blanquecino como la del Líbano, y con jeroglíficos idénticos.

La consistencia de ambas rocas, la semejanza de los signos que las cubren, las dificultades para ejecutar los grabados, especialmente en la primera por la altura a que se hallan, demuestra de sobra que el trabajo no se hizo por entretenimiento o sólo capricho del grabador¹⁵².

En lo referente a la materia que me ocupa, al fin es posible hoy decir algo positivo sobre pictografías de los aborígenes de Antioquia, gracias a lo descubierto por el señor Camilo A. Echeverri, con lo cual puede que avancen mucho las investigaciones y labor arqueológicas en su Estado natal. Antes se había llegado apenas a las conclusiones o hechos de que habla el señor Andrés Posada Arango en su *Ensayo etnográfico sobre los aborígenes del Estado de Antioquia*, opúsculo de pocas páginas impreso en París en 1871. Redúciase en suma a esto:

Fray Pedro Simón, historiador del siglo XVII, hablando especialmente de los catíos, que eran la nación más culta de las que habitaban el territorio antioqueño, y a quienes atribuye claro entendimiento, afirma que usaban jeroglíficos, con los que escribían sus historias sobre mantas de algodón, pintándolas a mano. Además, se suelen hallar en las tumbas algunos objetos de oro o de madera, con dibujos o relieves complicados, que podrían quizá ser inscripciones.

152. Nota del autor: Al interés acucioso de mi hermano Henrique, que recorrió audazmente aquellas montañas en 1882, debo las indicaciones relativas a esas pictografías de la Cordillera Central, datos que se apresuró a enviarme al saber que podían serme útiles.

Poemas

Río Moro

Tu incesante rumor vine escuchando
desde la cumbre de lejana sierra;
los ecos de los montes repetían
tu trueno en sus recónditas cavernas.
Juzgué por ellos tu raudal; fingime
tras vaporoso velo tu belleza,
y ya sobre tu espuma suspendido,
gozo en ahogar mi voz en tu bramido.
¡Qué mísera ficción! Quizá en mis sueños
he recorrido tus hermosas playas,
en esas horas en que el cuerpo muere
y adora a Dios en su creación el alma;
que solo dejan en la mente débil
pálidas tintas y memorias vagas;
pero te encuentro grande y majestuoso,
rey ponderado del desierto hermoso.
Bajo el techo de musgos y de pancas,
abrigo del viajero solitario,
el rudo y fatigoso movimiento
de tus ondas veloces contemplando,
del fondo de las selvas me traían
las auras tus perfumes ignorados,
mezcla del azahar y del canelo,
gratos aromas de mi patrio suelo.
Entonces una lágrima rebelde
humedeció mi pálida mejilla,

dulce como esas que a los ojos piden
caros recuerdos de felices días;
elocuente, si hay lágrimas que encierren
la historia dolorosa de una vida;
aquí llevóla indiferente el río,
murió como las gotas de rocío.
Eres hermoso en tu furor; del monte
lanzado en tu carrera tortuosa,
vas sacudiendo la melena cana
que los peñascos de granito azota;
y detenido, de coraje tiembras,
columpiando al pasar la selva diosa;
las nieblas del abismo son tu aliento
que en leves copos despedaza el viento.
¿De dónde vienes así desconocido
con tu lujo y misterios? ¿Gente indiana
hacia el oriente tus orillas puebla
en verdes bosques y llanuras vastas,
cuyo límite azul borran las nubes
que en confín del horizonte vagan?
Dime, esas tribus que do naces moran,
¿viven felices o miseria lloran?
Pienso que a orillas del raudal velado
por grupos de jazmines y palmeras,
púdica virgen de esmeraldas ciñe
su negra y abundante cabellera;
y acaso el homicidio sangre humana
a los cristales de tus linfas mezcla,
y al odio y al amor indiferente,
confunde sus despojos tu corriente.
Vi al pescador de los lejanos valles
tus peñas escalando silencioso,
la guarida buscando de la nutria
y el pez luciente con escamas de oro;



Cruce del río Ariguani. Se ve pescando a indios chimilas. Misión de Joseph de Brettes, 1895. Reproducción fotográfica del Museo del Louvre. París, Biblioteca Nacional de Francia.

contome hazañas de su vida errante,
sentado de mi hoguera sobre el tronco;
lo vi dormir el sueño de la cuna,
y envidié su inocencia y su fortuna.
La fúnebre viragua¹⁵³ repetía sus trinos
que saludan al invierno,
y luces de topacio y de diamante
te daba del relámpago el reflejo;
en las cavernas, tu rumor ahogado,
tristes gemidos modulaba el viento;
y así admiré tu pompa y hermosura
entre las sombras de la noche oscura.
Viajero de regiones ignoradas,
¡ay! ni una sola de tus ondas crespas
a encontrar volveré, ni de mis pasos
en tus orillas durará la huella.
Más celosa que el tiempo que convierte
ricas ciudades en llanuras yermas,
guarda natura su secreto al hombre,
y do escribirlo osó, borra su nombre... Como burbujas en tu
manto llevas, irán los soles sobre ti pasando, y te hallarán los de
futuros siglos como hoy undoso, transparente y raudo.
No existirá ni la ceniza entonces
de mí, que rey de la creación me llamo,
y si guarda mi nombre el mármol frío,
lo hollará con desdén el hombre impío.
Más felices, las flores de tu orilla
nacen, al aire su perfume exhalan,
marchitas ya, se mecen en la espuma,

153. El término *viragua* no lo recogen los diccionarios consultados. Empero, la obra *Poesías de Jorge Isaacs* (1864), publicada por Imprenta de «El Mosaico», dice lo siguiente: «La *viragua* es de la familia de las palomas y las *torcazas*, y produce un arrullo lastimero como ellas. Los zoólogos no la conocen aún, como no conocen unas 2.000 especies de la zona tórrida» (p. 88).

y mil, más bellas, sus capullos rasgan;
más felices tus ondas, al océano
van a gemir en extranjeras playas;
y yo con mi ambición, pobre y proscrito,
de mi raza infeliz purgo el delito.

Las hadas

Soñé vagar por bosques de palmeras,
cuyos blondos plumajes, al hundir
su disco el sol en las lejanas sierras,
cruzaban resplandores de rubí.
Del terso lago se tiñó de rosa
la superficie límpida y azul,
y a sus orillas garzas y palomas
posábanse en los sauces y bambús.
Muda La tarde ante la noche muda,
las gasas de su manto recogió;
del indo mar dormido en las espumas
la luna hallóla y a sus pies el sol.
¡Ven conmigo a vagar bajo las selvas
donde las hadas templan mi laúd!
Ellas me han dicho que conmigo sueñas,
que me harán inmortal si me amas tú.

¡Ten piedad de mí!

¡Señor! si en sus miradas encendiste
ese fuego inmortal que me devora,
y en su boca fragante y seductora
sonrisas de tus ángeles pusiste;
si de tez de azucena la vestiste
y negros bucles; sí su voz canora,
de los sueños de mi alma arrulladora,

ni a las palomas de tus selvas diste,
perdona el gran dolor de mi agonía,
y déjame también buscar olvido
en las tinieblas de la tumba fría.
Olvidarla en la tierra no he podido.
¿Cómo esperar podré si ya no es mía?
¿Cómo vivir, Señor, si la he perdido?

En los desiertos del Ariguaní

¡Cuán lejos de las márgenes galanas
y verdes ribas de mi patrio río,
do volarán agora las tempranas brisas,
que anuncian el lujoso estío!
Excelsos montes, vívidas mañanas,
viajeras aves del azul vacío,
del niño trovador coro y hermanas,
¡cantad, cantad en el sepulcro mío!
¿Cómo hasta aquí? ¿De dó la desventura,
mi corazón, si amar fue tu flaqueza
y el bien de los humanos la locura?
Es de campo fecundo la maleza,
y hay en las heces del dolor dulzura,
como en las heces del placer vileza.

* * *

¡Retozos de sus ondas cristalinas,
naranjales en flor de sus riberas,
ecos de las canciones campesinas
al descender la noche a las praderas!
El chozo aquí de gentes peregrinas,
aullar lejano de nocturnas fieras,
el viento que sacude en las colinas
calvas, follajes mustios de palmeras...
¿A dónde más? ¿Por qué? Nunca victoria

alcanzó juventud afeminada
cuando labor exigen patria y gloria.
Si está el martirio al fin de la jornada,
¡merezcamos de mártires memoria,
y no tumba de mármol, desdeñada!

La tierra de Córdoba

*Estarán entre la muchedumbre de las naciones como el rocío enviado del Señor,
y como la lluvia sobre la hierba.*
Miqueas 5, 7

I

De qué raza descendes, pueblo altivo,
titán laborador,
rey de las selvas vírgenes y de los montes
níveos
que tornas en verjeles¹⁵⁴ imperios del cóndor?
¿De qué nación heroica tu grandeza
en la sublime lid
que arrebaté a verdugos la colombiana
tierra?
¡Legión fueron tus Gracos, fue Córdoba tu
Cid!
Estirpe tú del héroe de Ayacucho,
digna estirpe de él,
has hecho de tus montes su templo y su
sepulcro,
al numen de tus glorias y a tus banderas fiel.
Su sangre, que vertieron asesinos.
soberano te ungió, y óleo de libres llevan los hijos de tus hijos.
Morir puedes luchando; ¡vivir esclavo, nó!

154. **verjel.** desus. En la actualidad, se escribe *vergel*, con idéntico significado.

II

Al golpe de tus cíclopes retiemblan
montañas de la red
está de las profundas y codiciadas venas
que hacen argento y oro, yá en luz,
resplandecer.
Las tumbas del quimbaya y del catío
sus riquezas te dan;
tesoros de los dioses y de monarcas indios,
que descubrir no pudo el vándalo rapaz.
A tu querer y voz su curso sesgan
el Porce y el Nechí,
y en sus playados lechos recogen y te
ofrendan
oro que paga Europa como el bello de Ophir.
Y tus colonos van de cumbre en cumbre
al septentrión y al Sur,
segando vastas selvas bajo dosel de nubes:
vigor es su derecho, y su arma la segur.
Desde Anaime y Nabarco hasta las fuentes
hoscas del Guarinó,
los Andes son el huerto feraz de tu simiente,
vestíbulo de Arcadias que tu poder creo.
En él ostentan diamantinos dombos
el Tolima y el Ruiz,
gigantes ya véndidos que moles de sus hornos
lanzaron hasta el Cielo, sublimes al monr.
Como vierten raudales sus neveras,
que fecundando van
los valles que tú alfombras y pampas que el
sol quema,
tu savia rica y noble al patrio suelo das.

III

En lo selvoso de zuladas cimas
el chocillo se ve,
donde al teñir la noche lejano fuego brilla.
Así nació Salento y Manizales fue.
Carbonizada la derriba humea
donde incendio voraz
tendió luctuoso manto en vez de las florestas
y retostó los bosques del alto valladar.
Volando en las negruras de la noche,
la mota deja oír
sus tristes alaridos, y en los tumbados
robles
serpientes alza el viento de llama y de rubí.
En torno de su hoguera chispeadora
descansan a placer
los Hércules, oyendo burlones las historias
que cuenta de mohanes un viejo montañés;
o en el marino estruendo de las selvas
que el austro remeció,
el ronco grito escuchan del oso de las
sierras,
en los ignotos valles y cumbres rey feroz.
Difúndense las sombras y el silencio.
Y sólo el retumbar
repiten de tormentas lejísimas los ecos,
en antros y espesuras donde a dormirse van.

IV

Pronto las mieses ondulantes bordan
las vegas, al amor
de la cabaña linda que niños alborozan

a orillas del torrente de plácido rumor.
Entontes la oropéndola salvaje
y el tordo negriazul
anidan con sus tribus en palmas y boscajes
y anuncian las autoras de sonrosada luz.
Al viento da su prole zumbadora
la colmena montés,
y en el hogar piando su nuevo nido forma
la golondrina errante, del hombre amiga
fiel.

Ubres turgentes la vacada brinda
rumiando en el gramal,
y cantos de doncellas y sus alegres risas
se oyen en las frondas lozanas del maizal.
Hay en sus voces trinos de turpiales,
dulces mimos de amor,
arrullos de palomas, caricias maternales.
Susurros de sauceras do el viento revolé.
¡Bellas y pudibundas como fueron
las hijas de Jessé!
En árabe tocado rebosan los cabellos,
refulgen en sus ojos las noches de Kedén.
Efluvio exhalan de la selva virgen,
y en el talle gentil,
pudor encantos vela de Ruth casta y
humilde;
¡son un bendito germen vedado al vicio vil!

V

¿De qué raza descienes, pueblo altivo,
titán laborador,
que le abres amoroso tu hogar al peregrino
y tienes para humildes virtudes galardón?

Ellas dicha y encanto a los hogares
de tus labriegos dan;
dejan de las mines furor de tempestades,
el nimbo son de vírgenes, de los ancianos
paz; y lujo en la mansión del poderoso
que premiado se ve,
aumentan sus rebaños, agrandan su tesoro,
abierto a desvalidos que sufren hambre y
sed.

Como la vid del Maipo que sarmientos
extiende a su redor,
y cuelga de los álamos y verdes Limoneros
racimos que le dora y le perfuma el sol,
así tus gentes en futuros días
ciudades poblarán
al pie del Shinundúa y del nuboso Huila
sobre los montes de oro de Atrato y Urabá.

VI

La Iberia en sus conquistas no creaba
pueblos de tu poder:
vivieron en espanto, de hinojos... turba
esclava,
los que diezmó, ya indómitos, Fernando, el
tigre rey.
Del hierro, de la mita y los tributos
eran sobra ruin:
si en libertad olvidan sus glorias e
infortunios,
merecen en laceria y en la opresión morir.
¿España qué les dio del Nazareno?
¿La ley de paz y amor...?
Dejé de cien naciones los insepultos huesos,

pavesas de Atahualpa, del Zipa y Guatimoc.
No bastaba la cólera divina
a herir y éxterminar
Pizarros y Quesadas, Añascos y Valdivias,
que renacieron Sámanos, Morillos y Tolrás.
¡Y viven...! En centurias engendrados
de tinieblas y horror.
La ciega prole fueron de monstruos semi
humanos,
Caines a quien piélagos de sangre no sació.
Has repudiado la ominosa herencia
del ibero cruel:
ni tu labor es suya, ni suya la belleza
que gala es de tus hijas y orgullo de Israel.
No hay en ti lepra de la estirpe goda
que al vencer a Boabdil,
lanzó de sus dominios la raza poderosa
que a España hizo él emporio del mundo y su
pensil.
Hoy purga la insensata su delito
de implacable crueldad,
y tú, fecundo enjambre del pueblo
perseguido.
A Girardot tuviste y a Córdoba inmortal.

VII

De las vegas undosas del Tonusco
a las ricas de Otún,
se tornan en ciudades tus pintorescos burgos,
y en níveas torres símbolo de amor es ya la
cruz.
En las altas colinas y ribazos
los cortijos se vén,

cual las juvenecas albas que dejan el rebaño
y van en las herbosas laderas a pacer.
Respiro de sus huertos la fragancia,
y figúrome oír
las fuentes retozonas que los collados bajan,
canciones que de labios tan dulces aprendí...!
En esos campos la divina Ceres
a sus pechos crié
tus bardos y guerreros, tus Numas y
Cleomenes,
extraños a molicies del ocio corruptor.
Eran así los siervos y señores
hermanos al nacer,
y en Palacé afilaron las garras de leones:
los igualó su gloria primero que la ley.
¡Antákieh! Antákieh, ¡ redentora Edissa!
De sierva, como Agar,
se hizo libre, y madre de prole bendecida:
el cedro fue bellota, y el árbol selva es yá.
En cada piedra de sus fuertes muros,
que el tiempo enmoheció,
resuena todavía la voz de sus tribunos,
el himno de victoria del pueblo triunfador.
Sobre el Cauca estruendoso el alma otea.
Limpio el cielo turquí,
los montes, en lo hondo, tapiz las agrarias
selvas,
Cariguañá desiertos inunda en el confín...
¡El nido allí de flores y de huríes!
A luchar y vencer
sus hijos aprendieron en las gloriosas lides,
y guardan hoy de Córdoba la tumba y el
laurel.
A los dones de ufano despotismo



Indias arhuacos, Sierra Nevada. Misión de Joseph de Brettes, 1894. Reproducción fotográfica del Museo del Louvre, París, Biblioteca Nacional de Francia.

la muerte prefirió,
la tumba de los libres, de los jamás vencidos.
El vive en nuestras almas, ¡eterno vencedor!
Cuando a la Patria la traición deshonra,
y noche y tempestad
el sacro monte anublan... se ha visto airada
sombra,
y espectros de sus huestes en las tinieblas
hay.

VIII

En el lujoso valle do serpean
corrientes de zafir,
al sol que la enamora detiene y embelesa,
cristiana Sunamita, la hermosa Medellín.
Jazmines y floridos naranjales
sus perfumes le dan,
y arroyos de los montes descienden a
brindarle
en baños de odalisca sus ondas de cristal.
¡Como la miro en estrelladas noches
en mis sueños aún!
Formándole cojines se agrupan los alcores,
la cubren las montañas con su azulino tul.
Héla risueña en césped galano
al despuntar el sol:
riqueza son y orgullo coronas de sus manos;
de Aholibah las infamias y vicios execró.
Hoy juzga... como Débora en la sombra
del añoso palmar;
y ella que a los númenes dictó la patria
Historia,
en el Thabor sentencia con fuego escribirá.

Bibliografía

- Dirección de Hidrografía (1820). *Derrotero de las Islas Antillas, de las costas de Tierra Firme, y de las del seno mejicano. Formado en la Dirección de Trabajos Hidrográficos para inteligencia y uso de las cartas que ha publicado*, 2.^a ed. La Imprenta Real. <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/3941>
- Real Academia Española (s. f.). *Diccionario de la lengua española*, versión 23,7 [en línea]. <https://dle.rae.es>
- Alemany Bolúfer, J. (1900). *Diccionario de la lengua española*, 2.^a ed. Imprenta de Ramón Sopena. <https://archive.org/details/diccionariodelal00alemuoft>
- Isaacs, J. (1864). *Poesía*. Imprenta de «El Mosaico». https://books.google.com.co/books?id=zPmehhZhnrcC&dq=%22vira-gua%22&source=gbs_navlinks_s
- Isaacs, J. (1884). *Las tribus indígenas del estado del Magdalena*. Fundación El Libro Total. <https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=6479>
- Isaacs, J. (1967). *Las tribus indígenas del Magdalena*. Ediciones Sol y Luna. <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/2413/>
- Isaacs, J. (2011). *Estudio de las tribus indígenas del estado del Magdalena. Exploraciones*, ed. María Teresa Cristina. Obras Completas: Jorge Isaacs, vol. VI. Universidad Externado de Colombia y Universidad del Valle.
- Humboldt, A. (1876). *Cuadros de la naturaleza*, trad. Bernardo Giner. Imprenta y Librería de Gaspar. <https://books.google.com.ec/books?id=ApsQAQAAMAAJ&hl=es&pg=PP9#v=onepage&q&f=false>

- Humboldt, A. (1878). *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, trad. Bernardo Giner. Imprenta y Librería de Gaspar. <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/3227/>
- Rodríguez Pinilla, T. (1884). *Colón en España: estudio histórico-crítico sobre la vida y hechos del descubridor del Nuevo Mundo. Personas, doctrinas y sucesos que contribuyeron al Descubrimiento*. Sucesores de Rivadeneyra. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/colon-en-espana-estudio-historico-critico-sobre-la-vida-y-hechos-del-descubridor-del-nuevo-mundo-personas-doctrinas-y-sucesos-que-contribuyeron-al-descubrimiento-1061808/>
- Triana Antorveza, H. (1987). Misiones y lingüística indígena a finales del siglo XIX en Colombia. *Universitas Humanista*, 16(27), 189-204. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/10144>
- Zerda, L. (1883). *El Dorado. Estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los Chibchas, habitantes de la antigua Cundinamarca, y de algunas otras tribus*. Imprenta de Silvestre y Compañía. https://www.google.com.co/books/edition/El_Dorado/x__qTfqCZCYC?hl=es-419&gbpv=0